

Ellen G. White Estate

THE SPIRIT OF PROPHECY VOLUME THREE

ELLEN G. WHITE

El espíritu de profecía Volumen tres

Elena de White

1878

**Copyright © 2017
Ellen G. White Estate, Inc.**

Información sobre este libro

Visión general

Este libro electrónico es proporcionado por [Ellen G. White Estate](#). Está incluido en los [libros en línea](#) gratuitos más grandes. colección en el sitio web de Ellen G. White Estate.

Sobre el Autor

Elena G. de White (1827-1915) es considerada la autora estadounidense más traducida, sus obras se han publicado en más de 160 idiomas. Escribió más de 100.000 páginas sobre una amplia variedad de temas espirituales y prácticos. Guiada por el Espíritu Santo, exaltó a Jesús y señaló las Escrituras como base de la fe.

Más enlaces

[Una breve biografía de Elena G. de White](#)

[Acerca del patrimonio de Elena G. de White](#)

Acuerdo de licencia de usuario final

La visualización, impresión o descarga de este libro le otorga solo una licencia limitada, no exclusiva e intransferible para su uso exclusivo y personal. Esta licencia no permite la republicación, distribución, cesión, sublicencia, venta, preparación de obras derivadas u otro uso. Cualquier uso no autorizado de este libro rescinde la licencia otorgada por el presente.

Más información

Para obtener más información sobre el autor, los editores o cómo puede apoyar este servicio, comuníquese con Ellen G. White Estate en mail@whiteestate.org. Estamos agradecidos por su interés y comentarios y le deseamos la bendición de Dios mientras lee.

Prefacio

Los volúmenes uno y dos de esta obra están ante el público. Este volumen es la continuación del mismo tema importante. El tema del gran conflicto entre Cristo y Satanás se cerrará con la venida de Cristo, la resurrección de los muertos, la destrucción de Satanás y del pecado, y el glorioso reinado de Cristo en la Nueva Tierra. Cada volumen hasta el presente ha sido más instructivo e interesante que el que lo precedió y, a juzgar por el tema triunfante de la consumación cuando el reino glorioso de Cristo y de Dios se establezca en la Tierra Nueva, el cuarto volumen será superan con creces a cualquiera de los tres primeros.

Este volumen está solemnemente dedicado a la causa de Dios, con la oración ferviente del autor y los editores para que sea una gran bendición para la causa y el pueblo de Dios, y sea el medio en sus manos para abrir los ojos de muchos ciegos . a las cosas del Espíritu de Dios.

Editores.

[4] **Una palabra de explicación**

[5]

Cuando se trazaron los planes para los volúmenes del Espíritu de Profecía Serie se pensó que los libros debían contener aproximadamente cuatrocientas páginas y ese volumen podría dedicarse a Old historia del testamento, uno a la historia del Nuevo Testamento, y un tercero completando la historia de la controversia llevando a cabo la historia de la reforma hasta el final de la controversia. Los planes para la historia del Antiguo Testamento se cumplieron con éxito en Spirit of Prophecy, Volumen I. Pero A la Sra. White le resultó imposible aferrarse incluso a la vida de Cristo. el libro de cuatrocientas páginas, por lo que el Volumen II se cierra con la entrada triunfal en Jerusalén, dejando las escenas finales del paso de Cristo vida y obra de los apóstoles para el Volumen III. aquí también allí resultó ser más material del que podría incluirse en un libro de cuatrocientas páginas, por lo que se cortó en la página 392 con el capítulo "Oposición en Tesalónica."

Había sido la intención de la Sra. White retomar las escenas finales de la vida y obra de los apóstoles en los primeros capítulos del Volumen IV. Sin embargo, a medida que avanzaba hacia la publicación, se le indicó en visión que este volumen debería abrir con el relato de la destrucción de Jerusalén. La razón de esto pronto se hizo evidente, ya que El volumen IV pronto se convirtió en una obra vendida por nuestros repartidores. Sería ha sido incómodo tener un libro así abierto con los últimos años del ministerio de Pablo y Pedro.

Este cambio de plan dejó a los lectores con una pausa en la historia y Sra. White con varios capítulos sin usar. En la próxima edición de Volumen III estos se agregaron al cierre. En consecuencia hay dos tiradas, una de 392 páginas y otra de 442.

Dado que la página VIII de la primera impresión estaba llena, el índice no se modificó en la segunda impresión. Como se observará, la Los capítulos añadidos son:

Capítulo XXXII Pablo en Berea y Atenas	_____	393
Capítulo XXXIII Pablo en Corinto Capítulo	_____	404
XXXIV Pablo en Éfeso	_____	415

Capítulo XXXV Pruebas y victorias de Pablo	427
Capítulo XXXVI Martirio de Pablo y Pedro	436
Fideicomisarios blancos	

Contenido

Información sobre este libro i

Prefacio Una palabra.de iii

explicación. IV

El conflicto de los siglos. viii

Capítulo 1—Llorando por Jerusalén 9

Capítulo 2—La limpieza del templo 17

Capítulo 3—Jesús y los fariseos 28

Capítulo 4—Denunciando a los fariseos 42

Capítulo 5—En el atrio exterior. 55

Capítulo 6—La Cena de la Pascua 61

Capítulo 7—En el Jardín 70

Capítulo 8—En la Sala del Juicio 79

Capítulo 9—Condenación de Jesús 93

Capítulo 10—El Calvario 108

Capítulo 11—En el sepulcro 125

Capítulo 12—El conflicto terminó 132

Capítulo 13—La resurrección 138

Capítulo 14—Las mujeres en la tumba 143

Capítulo 15—Jesús en Emaús Capítulo 16 149

—En el aposento alto 156

Capítulo 17—Jesús en Galilea 161

Capítulo 18—Reunión de los hermanos 169

Capítulo 19—La ascensión de Cristo 180

Capítulo 20—El Pentecostés 190

Capítulo 21—El lisiado sanado 199

Capítulo 22—Los siete diáconos 211

Capítulo 23—La conversión de Saulo 221

Capítulo 24—Pablo comienza su ministerio 229

Capítulo 25—El ministerio de Pedro 234

Capítulo 26—Liberación de Pedro 242

Capítulo 27—Ordenación de Pablo y Bernabé 250

Capítulo 28—Predicación entre los paganos 259

Capítulo 29—Judío y gentil 266

Capítulo 30—Encarcelamiento de Pablo y Silas 273

Capítulo 31—Oposición en Tesalónica	280
Capítulo 32—Pablo en Berea y Atenas	284
Capítulo 33—Pablo en Corinto	292
Capítulo 34—Pablo en Éfeso	301
Capítulo 35—Las pruebas y victorias de	310
Pablo Capítulo 36—El martirio de Pablo y Pedro	316

[6]

El conflicto de los siglos

[7]

Capítulo 1—Llorando por Jerusalén

La cabalgata triunfal de Cristo a Jerusalén, justo antes de su crucifixión, fue el vago presagio de su venida en las nubes del cielo con poder y gloria en medio del triunfo de los ángeles y el regocijo de los santos. Entonces se cumplirán las palabras de Cristo: “No me veréis más, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor”. A Zacarías, en visión profética, se le mostró el día del triunfo final, cuando Cristo vendría en gloria; y también la condición de los judíos que lo rechazaron en su primera venida: “Y mirarán a mí, a quien traspasaron, y harán duelo por él, como quien se lamenta por su único hijo, y tendrán amargura por él, como el que está en amargura por su primogénito.”

Las lágrimas de Cristo mientras lloraba por Jerusalén fueron por los pecados de todos los tiempos. La nación judía era un símbolo de la gente de todas las épocas que desprecian las súplicas del amor infinito. Aquellos que profesan ser los representantes de Cristo en la tierra, pero cuyas vidas son una continua negación de él, pueden leer su propia condenación en la denuncia de Cristo de los judíos fariseicos. El Salvador vino al mundo trayendo la luz de la verdad; pero su consejo siempre ha sido rechazado y sus misericordias despreciadas por aquellos que han permitido [10] que el egoísmo y el amor a las riquezas y el honor mundano posean el templo del corazón.

El pecado de Jerusalén estuvo en el rechazo de sus presentes misericordias y advertencias. Como un tierno padre se compadece de un hijo amado pero descarriado y rebelde, así Jesús se compadeció de Jerusalén. Él había enviado profetas y sabios con consejos, súplicas y advertencias de juicios amenazados si ella se negaba a abandonar sus pecados. La sangre del sacrificio había fluido continuamente durante siglos, simbolizando la gran expiación del Hijo de Dios, para ser ofrecida por la salvación del hombre. Pero aunque los sacrificios de bestias habían sido abundantes, no podían suplir el lugar del verdadero dolor por el pecado y la obediencia a Dios. Un corazón quebrantado y un espíritu contrito habrían sido de mucho más

valor a los ojos de Dios que multitud de ofrendas sin verdadero arrepentimiento.

Jerusalén no había mejorado sus privilegios; ella había rechazado las advertencias de los profetas, y había matado a los santos representantes de Dios. Pero la generación que Jesús denunció no fue responsable de los pecados de sus padres, solo en la medida en que siguieron sus malas prácticas, y así se hicieron responsables por su curso de odio y venganza al perseguir a los antiguos mensajeros de Dios. Fueron las presentes misericordias y advertencias que esa generación estaba rechazando las que los aferraron a una culpa que la sangre de toros y machos cabríos no podía lavar. Orgullosos, farisaicos e independientes, se habían separado más y más del cielo hasta convertirse en súbditos voluntarios de Satanás. La nación judía durante siglos había estado [11] forjando los grilletes que esa generación se ataba irrevocablemente a sí misma.

Las lágrimas de Cristo expresaron su angustia al ver a su pueblo trayendo consigo destrucción segura. Con mucho gusto habría roto de sus cuellos el yugo de la esclavitud a una nación pagana. Pero, mientras los fariseos se quejaban amargamente de su humillación y opresión, rechazaban con odio la única ayuda que podía librarlos del cautiverio y convertirlos en un pueblo libre y feliz. La voz del Salvador se había escuchado durante tres años invitando a los cansados y cargados a venir a él y les daría descanso. Había esparcido bendiciones dondequiera que pisaran sus pies. Pero, en lugar de corresponder a su amor con gratitud, apartaron a Cristo de ellos, y ahora estaban a punto de sellar su propia perdición dándole muerte.

La Jerusalén terrenal representa una gran mayoría de los profesos cristianos de esta época del mundo. El Salvador nos ha dispensado sus bendiciones con el sacrificio infinito de su propia vida. Este es nuestro día de misericordias y privilegios. En cada edad del mundo se da a los hombres su día de luz y privilegios, un tiempo de prueba en el que pueden reconciliarse con Dios. Pero hay un límite a esta gracia. La misericordia puede suplicar durante años y ser rechazada y menospreciada; pero llega un momento en que la misericordia hace su última súplica. La dulce y cautivadora voz ya no suplica al pecador, y cesan los reproches y las advertencias.

Ese día ya había llegado a Jerusalén. Jesús, desde la cima del Monte de los Olivos, con una voz quebrada por incontenibles sollozos y lágrimas, hace su último llamamiento a la nación de su elección: "Si tú hubieras sabido, [12] también tú, al menos en este tu día, las cosas que pertenecen a tu paz..." Aún quedaba un pequeño remanente del día, en el cual Jerusalén podía ver y arrepentirse de su error fatal, y volverse a Cristo.

Mientras el sol poniente aún permanecía en los cielos, había tiempo para que ella se salvara. El ángel de la misericordia había suplicado durante mucho tiempo por la ciudad impenitente; pero ahora se preparaba para bajar del trono de oro, mientras se pronunciaban las palabras de justicia irrevocable: "Pero ahora están escondidas de tus ojos".

Las palabras de Cristo, pronunciadas en el monte, llegan hasta nuestro tiempo. Sus lágrimas fueron por nuestra impenitencia. Nos ha enviado una gran luz, como lo hizo con los judíos. Se nos han dado reprensiones, súplicas, advertencias y el amor anhelante del Salvador. Así como los atrios del templo fueron profanados por el tráfico profano en los días de Cristo, así el templo del corazón donde Cristo debe ser consagrado está profanado por el egoísmo, el amor al mundo, la malicia, la envidia y las pasiones profanas. El Salvador envía mensajes para advertir al pecador del peligro y despertar su corazón al arrepentimiento, pero con demasiada frecuencia se los recibe como cuentos vanos. Muchos de los que profesan piedad están tan poco santificados por el Espíritu de Dios hoy como lo estaban los fariseos en los días de Jesús. La luz de la verdad es rechazada por miles porque se trata de una cruz; no armoniza con sus prácticas y las inclinaciones naturales de sus corazones.

Los profetas de Dios no encontraron el favor del Israel apóstata porque a través de ellos sus pecados ocultos fueron sacados a la luz. Acab consideraba a Elías como su enemigo, porque el profeta fue fiel en revelar las iniquidades secretas del monarca. Así, hoy, el siervo de Cristo, el que reprende el pecado, encuentra burlas y desaires. La verdad bíblica, [13] la religión de Cristo, lucha contra una fuerte corriente de impureza moral .

El prejuicio es aún más fuerte ahora en los corazones de los hombres que en los días de Cristo. Los hombres, incitados por Satanás, plantean dudas en cuanto a la verdad de la Palabra de Dios y ejercen su juicio independiente. Eligen las tinieblas antes que la luz con peligro de sus almas; porque Dios no se propone remover toda objeción contra su verdad que el corazón carnal pueda ofrecer. Los misterios de la Palabra de Dios permanecen

tales para siempre a aquellos que se niegan a aceptar los preciosos rayos de luz que iluminarían su oscuridad. El amor divino derrama lágrimas de angustia sobre los hombres formados a semejanza de su Hacedor que no aceptarán su amor ni recibirán la impronta de su imagen divina.

Cristo contempló el mundo y todos los siglos desde lo alto del Monte de los Olivos; y sus palabras son aplicables a todo individuo que desprecie las súplicas de su divina misericordia. Burlador de su amor, hoy se dirige a ti. Es "tú, incluso tú", quien debe saber las cosas que pertenecen a tu paz. La retribución del pecador será proporcional a la luz que ha recibido.

El período de mayor responsabilidad para los judíos fue cuando Jesús estaba en medio de ellos. Y, sin embargo, incluso los discípulos apreciaron muy poco la presencia del Hijo de Dios hasta que les fue quitada, cuando Cristo ascendió al cielo. El Redentor no estaba dispuesto a romper su conexión con la nación judía. Había soportado su impenitencia y abuso durante años. Los miraba con la misma desinteresada devoción que siente una madre por el hijo que cuida.

[14] Durante siglos había impedido que los rayos de la ira de Dios cayeran sobre Jerusalén. Pero ahora ella había llenado la copa de su iniquidad por la persecución del Hijo de Dios, y la venganza divina iba a caer sobre ella. Jesús miró con inexpresable angustia la ciudad y el templo que había amado. "¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que te son enviados! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta a sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!"

Si el pueblo judío se hubiera despojado de su fanatismo e incredulidad ciega lo suficiente como para haber mirado en las profundidades del corazón amoroso y compasivo de Jesús, nunca podrían haber crucificado al Señor de la gloria. Pero eran perversos y farisaicos; y cuando los sacerdotes y los gobernantes oyeron la voz profética del pasado sonada en tonos de trompeta por la multitud, en respuesta a la pregunta: "¿Quién es este?" no la aceptaron como la voz de la inspiración. La larga lista de autoridades antiguas que señalaban a Jesús como el Mesías, y que fueron citadas por los discípulos, no trajo ninguna prueba a sus corazones. Pero estaban demasiado asombrados y enojados para expresar su indignación con palabras. Justo cuando secreta y astutamente trazaban sus planes para dar muerte a Jesús, ¡he aquí! el humilde

Galileo es repentinamente investido de un honor que nunca antes había reclamado y recibe un homenaje que hasta entonces había rechazado.

Los dignatarios del templo están mudos de asombro.

¡Dónde está ahora el jactancioso poder de los sacerdotes y gobernantes sobre el pueblo!

Las autoridades habían anunciado que cualquiera que reconociera a Jesús como el Cristo sería expulsado de la sinagoga y privado de sus sagrados privilegios. Sin embargo, aquí está la multitud entusiasta gritando hosannas al Hijo de David, y contando los títulos que le dieron los profetas. Así podrían los sacerdotes y gobernantes intentar privar a la tierra de la faz resplandeciente del sol, como cerrar del mundo los rayos de gloria del Sol de Justicia. A pesar de toda oposición, el reino de Cristo fue confesado por el pueblo.

Cuando los sacerdotes y gobernantes recobraron la voz, murmuraron entre ellos: “¿Veis cómo no prevalecéis sobre nada?

He aquí, el mundo se ha ido tras él.” Pero pronto se sacudieron el efecto paralizante de la extraña exhibición que habían presenciado, y trataron de intimidar a la multitud amenazándola con quejarse de ellos a las autoridades civiles por levantar una insurrección. Algunos de los fariseos llevaron a cabo sus amenazas y denunciaron airadamente a Jesús ante los oficiales romanos presentes como el líder de una rebelión. Otros se unieron a ellos, acusando al Salvador de erigirse en rey desafiando el poder romano. Anás, el sacerdote, instó a que estaba a punto de tomar posesión del templo y reinar como rey en Jerusalén.

Pero la voz serena de Jesús acalló por un momento el clamoroso multitud mientras proclamaba que su reino no era de este mundo; que no había venido a establecer una regla temporal; que pronto ascendería a su Padre, y sus acusadores no lo verían más hasta que regresara en gloria; y luego, demasiado tarde para su salvación, deberían reconocerlo, diciendo: “Bendito el que viene en el nombre del Señor”.

Jesús pronunció estas palabras con tristeza y con singular poder. [dieciséis] Los oficiales romanos fueron silenciados y sometidos. Sus corazones, aunque ajenos a la influencia divina, se conmovieron como nunca antes; y un repentino silencio cayó sobre la multitud. Aquel que podía comandar los elementos, cuya voz había calmado las furiosas aguas de las profundidades, también podía sofocar la excitación y la aprensión de los hombres paganos que no habían rechazado su luz ni endurecido sus fuerzas.

corazones contra él por el prejuicio. Los oficiales romanos leyeron amor, benevolencia y tranquila dignidad en el rostro tranquilo y solemne de Jesús. Los conmovía una simpatía que no podían comprender. Ante ellos había un hombre de porte humilde, pero de porte divino. Estaban más inclinados a rendirle homenaje que a arrestarlo por insurrección.

Percibieron que los sacerdotes y gobernantes eran las únicas personas que estaban enojadas y creando disturbios. Por lo tanto, se volvieron contra ellos y los acusaron de ser la ocasión de toda la confusión. Los sacerdotes y los fariseos, disgustados y derrotados por esto, se volvieron hacia el pueblo con sus quejas y se pelearon entre ellos con fuertes y airadas disputas. Había una división de opiniones entre el sacerdocio con respecto a Jesús. Annas lo acusó vehementemente de ser un impostor. Caifás lo había reconocido públicamente como profeta, pero consideró que su muerte era necesaria para el cumplimiento de la profecía. Estos dos líderes reunieron partidos a sus opiniones. La mayoría de la gente común estaba a favor de Jesús, declarando que nadie podía hacer las obras que él había hecho.

[17] Mientras se desarrollaban estas airadas contiendas, Jesús, el sujeto de toda esta disputa, pasó inadvertido al templo y miró a su alrededor con ojos tristes. Todo estaba en silencio allí, porque la escena que había ocurrido en el Monte de los Olivos había llamado a todo el pueblo a alejarse del templo. Después de mirarlo por un corto tiempo con semblante solemne, Jesús se retiró del templo con sus discípulos y pasó a Betania. Y cuando el pueblo lo hubiera puesto en el trono como rey de Israel, no se le encontraba por ninguna parte.

Jesús pasó toda la noche en oración, y por la mañana, cuando regresaba de Betania, pasó por un huerto de higueras. Tenía hambre, "Y viendo de lejos una higuera que tenía hojas, vino, por si acaso hallaba algo en ella; y cuando llegó a él, no encontró más que hojas; porque aún no era el tiempo de los higos. Y respondiendo Jesús, le dijo: Nadie coma de ti fruto de ahora en adelante para siempre.

Y lo oyeron sus discípulos."

No era la estación de los higos maduros, excepto en ciertas localidades; y en la elevada altura del Monte de los Olivos bien podría decirse: "Aún no era el tiempo de los higos". Es la naturaleza de la higuera que antes de que se abran las hojas aparece el fruto en crecimiento; por lo que se seguiría que sobre un árbol cubierto de hojas uno esperaría encontrar bien maduro

higos El árbol que Jesús vio era hermoso a la vista, pero al examinar minuciosamente sus ramas, descubrió que su apariencia era engañosa, porque "no tenía nada más que hojas". Para enseñar a sus discípulos una lección impresionante, usó la higuera como símbolo, la invistió de cualidades morales y la convirtió en el medio por el cual enseñar una verdad divina.

Los judíos se destacaron distintos de todas las demás naciones, profesando [18] lealtad perfecta al Dios del cielo. Habían sido especialmente favorecidos por él, y pretendían una mayor piedad que cualquier otro pueblo, cuando en realidad eran pecadores, corrompidos por el amor al mundo y la codicia de la ganancia. Alardeando de su bondad y conocimiento, pero llenos de hipocresía y crueldad, e ignorantes de los requisitos de Dios, eran como la higuera estéril que extiende sus ramas pretenciosas en lo alto, lujuriosa en apariencia y hermosa a la vista, pero sobre la cual Jesús no encontró "nada más que hojas".

La religión judía, con su magnífica exhibición de templos, altares sagrados, pompa sacrificial, sacerdotes mitrados y ceremonias impresionantes, no era más que una cubierta superficial bajo la cual dominaban el orgullo, la opresión y la iniquidad. Las hojas eran abundantes y hermosas, pero el árbol no daba buenos frutos. A la mañana siguiente, al pasar por el mismo huerto, los discípulos vieron que la higuera que Jesús maldijo estaba seca y volada de raíz a rama. Jesús presentó a sus discípulos la verdadera condición de los judíos en esta llamativa figura de la higuera estéril; y, como el árbol se secó bajo la maldición devastadora del Salvador, y quedó seco y quemado, seco desde las raíces, así todos los hipócritas pretenciosos deberían ser abatidos.

Los otros árboles en el huerto de higueras también estaban desprovistos de fruta; pero sus ramas no tenían hojas, por lo que no despertaron expectativas ni causaron decepción. Estos árboles sin hojas representaban a los gentiles, que no se jactaban de una piedad superior. En ellos encuentran aplicación las palabras de la Escritura: "Aún no era el tiempo de los Pero mientras los judíos, con orgullosa confianza en sí mismos, asumían la superioridad sobre todos los demás, los gentiles sentían en cierta medida su necesidad y debilidad, y anhelaban un día mejor, una luz más clara y segura para guiar sus pasos errantes.

La nación judía era aparentemente religiosa y se enorgullecía de su templo sagrado, la pompa de los sacerdotes y las imponentes ceremonias de los servicios matutinos y vespertinos, magníficas sinagogas

y ofrendas de sacrificio. Aquí había abundantes hojas, hermosas y brillantes, para cubrir la hueca hipocresía, la malicia y la opresión en el corazón de toda esta vana exhibición. Los judíos fueron privilegiados con la presencia de Cristo manifestado en la carne. Esta inestimable bendición que Dios les concedió debería haber suscitado su devoto reconocimiento. Pero en ciego prejuicio rechazaron las misericordias que les ofreció Jesús. Su amor les fue prodigado en vano, y no consideraron sus obras maravillosas. El dolor huyó cuando se acercó; la enfermedad y la deformidad fueron sanadas; la injusticia y la opresión se avergonzaron de su reprensión; mientras la muerte y el sepulcro se humillaban en su presencia y obedecían sus mandatos. Sin embargo, la gente de su elección lo rechazó a él y a sus poderosos milagros con desprecio. La Majestad del Cielo vino a los suyos, y los suyos no lo recibieron.

El juicio pronunciado sobre la higuera estéril no sólo simboliza la sentencia dictada sobre los judíos, sino que también es aplicable a los profesos cristianos de nuestro tiempo, que se han vuelto formalistas, egoístas, jactanciosos e hipócritas. Muchos que profesan la piedad se presentan ante el mundo como la higuera estéril, exhibiendo hojas pretenciosas [20] pero completamente desprovistas de fruto. Pasan por la forma de adoración, pero no tienen arrepentimiento ni fe. En el castigo de la higuera, Cristo demostró cuán odiosos son a sus ojos la hipocresía y la hueca pretensión. Siempre misericordioso con los verdaderamente penitentes, siempre dispuesto a recibirlos y curar sus enfermedades, demostró así que el pecador manifiesto está en una condición más favorable ante Dios que el cristiano que no da frutos para su gloria.

Eventos importantes se agruparon alrededor del final del ministerio de Cristo. Su entrada triunfal en Jerusalén, su limpieza del templo profanado y la destrucción de la higuera estéril, todo apuntaba a la ruina de Jerusalén. Las lágrimas de Jesús en el monte, cuando contemplaba la ciudad de su amor y cuidado, en medio del regocijo y los hosannas de miles, fueron los últimos alegatos del amor y la compasión rechazados.

Capítulo 2—La limpieza del templo

Cuando Jesús entró en el atrio exterior del templo, fue como entrar en un vasto corral de ganado. Mezclados con el mugido de los bueyes, el balido de las ovejas y el arrullo de las palomas, se oía el tintineo agudo de las monedas y el sonido de airados altercados entre traficantes, algunos de los cuales eran ministros de ritos sagrados. Los recintos sagrados del templo presentaban un espectáculo sumamente no santificado y doloroso para aquellos judíos concienzudos que, mientras deploraban la profanación del lugar santo de Dios, no podían impedirlo; pues los mismos dignatarios del [21] templo se dedicaban a la compra y venta, y al cambio de dinero. Eran astutos y avaros, y la codicia de la ganancia superaba todos los escrúpulos religiosos, y llevaban su tráfico a tales extremos que no eran mejores que ladrones a los ojos de Dios.

Tres años antes, al comienzo de su ministerio, Jesús había echado del templo a los que lo profanaban con su tráfico profano; y por su comportamiento severo y divino había impresionado los corazones de los comerciantes intrigantes. Ahora, al final de su misión terrenal, volvió al templo de Dios y lo encontró todavía profanado por las mismas prácticas abominables y los mismos profanadores.

Poco se dieron cuenta los sacerdotes y gobernantes de la obra solemne y sagrada que les correspondía realizar. En cada Pascua y Fiesta de los Tabernáculos, miles de cabezas de ganado eran sacrificadas, y los sacerdotes recogían su sangre y la derramaban sobre el altar. Los judíos se habían familiarizado con la sangre como purificador de la culpa, y casi habían perdido de vista el hecho de que el pecado hacía necesario todo este derramamiento de la sangre de las bestias, y que prefiguraba la sangre del amado Hijo de Dios que iba a ser derramada . por la vida del mundo, y que por la ofrenda de sacrificios los hombres debían ser dirigidos hacia un Redentor crucificado.

Jesús miró a las víctimas inocentes del sacrificio, simbolizándose a sí mismo, y vio cómo los judíos habían hecho de estas grandes convocatorias escenas de derramamiento de sangre y crueldad, destruyendo así en gran medida la solemnidad de la institución de los sacrificios. La reunión de un número tan grande de ganado vacuno y ovino hizo un mercado ruidoso.

[22] del atrio del templo, y dio cabida a ese espíritu de avaricia y comercio agudo que caracterizaba a los líderes del pueblo, que se esforzaban por mantener el negocio en sus propias manos. Estas personas obtuvieron inmensas ganancias por sus precios exorbitantes y tratos falsos. La indignación de Jesús se agitó; él sabía que su sangre, que pronto sería derramada por los pecados del mundo, sería tan poco apreciada por los sacerdotes y ancianos como la sangre de las bestias que mantuvieron fluyendo incesantemente.

En lugar del humilde arrepentimiento del pecado, se multiplicaba el sacrificio de las bestias, como si Dios pudiera ser reconciliado con un servicio tan despiadado. Samuel dijo: “¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y sacrificios, como en obedecer la voz de Jehová? He aquí, obedecer es mejor que sacrificar.” E Isaías, viendo a través de la visión profética la apostasía de los judíos, se dirigió a ellos como gobernantes de Sodoma y Gomorra: “Oíd palabra de Jehová, gobernantes de Sodoma; estad atentos a la ley de nuestro Dios, pueblo de Gomorra. ¿Para qué me sirve la multitud de vuestros sacrificios? dice el Señor. Lleno estoy de holocaustos de carneros, y de sebo de animales cebados; y no me agrada la sangre de becerros, ni de corderos, ni de machos cabríos. Cuando vengáis a presentaros ante mí, ¿quién os ha pedido esto de vuestra mano para hollar mis atrios? “Lavaros, os limpiaré; quitad la maldad de vuestras obras de delante de mis ojos; cesad de hacer el mal; aprender a hacerlo bien; busca el juicio, socorre al oprimido, juzga al huérfano, aboga por la viuda”.

El Salvador fue testigo del cumplimiento de esta profecía. Tres años antes había limpiado el templo, pero todo lo que contaminaba sus atrios [23] en ese tiempo existía ahora en un grado mucho mayor. En cumplimiento de la antigua profecía, el pueblo había proclamado a Jesús Rey de Israel; había aceptado su homenaje y el oficio de rey y sacerdote. Sabía que sus esfuerzos por reformar un sacerdocio corrompido serían en vano; pero sin embargo, su obra debe ser hecha, la evidencia de su misión divina debe ser dada a un pueblo incrédulo.

Mientras la mirada penetrante de Jesús recorría el atrio profanado del templo, todos los ojos se volvieron instintivamente hacia él. Las voces de la gente y el ruido del ganado fueron silenciados. Sacerdotes, gobernantes, fariseos y gentiles, todos miraban con mudo asombro e indefinible asombro al Hijo de Dios, que estaba ante ellos con la majestad del Rey de los Cielos, la divinidad resplandeciendo a través de la humanidad.

e invistiéndolo con una dignidad y gloria que nunca antes había exhibido. Un miedo extraño cayó sobre la gente. Los que estaban más cerca de Jesús se alejaron instintivamente de él tanto como la multitud lo permitía. Con la excepción de unos pocos de sus discípulos, el Salvador estaba solo. Todo sonido fue silenciado; el profundo silencio parecía insoportable, y cuando los labios firmes y apretados de Jesús se abrieron y su voz resonó en tonos de clarín, hubo un involuntario gemido o suspiro de alivio de todos los presentes.

Hablaba con acentos claros y con un poder que hacía tambalearse a la gente como movida por una poderosa tempestad: "Escrito está: Mi casa es casa de oración; mas vosotros la convertisteis en cueva de ladrones. Bajó las gradas y, con mayor autoridad que la que allí había manifestado tres años antes, con indignación que sofocó toda oposición, con un tono que resonó como una trompeta por todo el templo, ordenó: "Llévense estas cosas de aquí". El [24] disgusto de su semblante parecía un fuego consumidor; no había duda de su autoridad; todos huyeron con la mayor prisa de su presencia, llevándose consigo y conduciendo delante de ellos el ganado y las mercancías que habían profanado el templo del Altísimo.

Aquí Cristo demostró al mundo que, con todo su amor y misericordia infinitos, podía ejecutar una justicia severa.

Tres años antes, los dignatarios del templo se habían avergonzado de su precipitada huida ante el mandato del joven Jesús, y desde entonces se habían maravillado de sus propios temores y de la obediencia incondicional de un solo hombre humilde. Habían sentido que era imposible que se repitiera una rendición tan indigna de su parte. Sin embargo, una segunda vez estaban más aterrorizados y con mayor prisa que antes por obedecer su orden. Después de que los compradores y vendedores fueron expulsados, Jesús miró a la multitud que volaba con la más profunda piedad. Muchos quedaron ansiosamente esperando que este hombre, que asumió tal poder y autoridad, fuera el Mesías anhelado.

La multitud, que salía corriendo de los patios del templo, conduciendo su ganado delante de ellos, se encontró con una multitud que venía, trayendo consigo a los enfermos y moribundos, y preguntando por el gran Sanador. La gente voladora dio el informe más exagerado del acto de Cristo al limpiar el templo. Al oír esto, algunos de los que se apresuraban a encontrar a Jesús se volvieron atrás, temiendo encontrarse con uno tan poderoso, cuya sola mirada había echado de su presencia a los sacerdotes y gobernantes

un gran número se apresuró a pasar a través de la multitud apresurada, ansiosos por alcanzar a Aquel que era su única esperanza, y sintiendo que si [25] no lograba aliviarlos de sus penas y enfermedades, bien podrían morir de inmediato, ya que su poder era mayor que la de todos los demás.

Un maravilloso espectáculo se presenta ahora ante los discípulos; el atrio del templo, limpio de sus profanadores, se llena de enfermos y afligidos, algunos de los cuales son llevados ante Jesús en estado de muerte. Estos afligidos sienten su angustiosa necesidad; se dan cuenta de que deben perecer a menos que el gran Médico se apiade de ellos. Fijan sus ojos implorantes en el rostro de Cristo, esperando ver allí la severidad de la que habían oído hablar a quienes encontraron saliendo del templo; pero en ese rostro amado sólo se lee amor y tierna piedad.

Jesús recibió amablemente a los enfermos, y la enfermedad y la muerte cercana huyeron con un toque de su mano. Dio esperanza a los afligidos y abatidos, y aligeró las cargas de los corazones de los que lo buscaban. Los mudos, ciegos y paralíticos se fueron de su presencia regocijándose en perfecta sanidad. Recogió a los niños pequeños en sus brazos con tanta ternura como lo haría una madre amorosa, calmó sus llantos inquietos, desterró la fiebre y el dolor de sus pequeños cuerpos y los devolvió, sonrientes y saludables, a sus agradecidos padres.

Esa mañana el patio había sido un escenario de comercio y tráfico, lleno del ruidoso clamor de hombres y bestias; ahora, todo estaba en calma dentro de aquel recinto sagrado; y la multitud ansiosa escuchó las palabras de vida eterna de los labios del Salvador. Nada interrumpió su discurso salvo nuevas solicitudes de misericordia y libertad de la enfermedad, y los alegres gritos de alabanza al Sanador mientras los aliviaba de su sufrimiento.

[26] Los sacerdotes y gobernantes fueron atraídos involuntariamente de regreso al templo. Después de que el primer pánico de terror había amainado, se apoderaron de ellos la ansiedad de saber cuál sería el próximo movimiento de Jesús. Esperaban que él tomara el trono de David. Regresando en silencio al templo, escucharon las voces de hombres, mujeres y niños que alababan a Dios. Al entrar, se quedaron paralizados ante la extraña escena que se desarrollaba ante ellos. Vieron a los enfermos sanar, a los ciegos recuperar la vista, a los sordos recuperar el oído y a los lisiados saltar de alegría. Los niños fueron los primeros en regocijarse. Repitieron los hosannas que se gritaron el día anterior y agitaron las palmas de las m

ramas triunfantes ante el Salvador. El templo resonaba y resonaba con aclamaciones de "¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!" "He aquí, tu Rey viene a ti. ¡Él es justo y tiene salvación!" "¡Hosanna al hijo de David!"

Mientras los dignatarios del templo contemplaban toda esta conmoción y escuchaban las alegres y desenfrenadas voces de los niños, su antigua intolerancia volvió y se dispusieron a poner fin a tales demostraciones. Representaron al pueblo que el santo templo estaba contaminado por los pies de los niños y por sus ruidosos gritos y regocijos. Aquellos que habían permitido e incluso participado en altercados enojados, y comprando y vendiendo dentro de esos muros sagrados, que habían escuchado inmóviles el ruido molesto de los diversos animales permitidos dentro de los recintos, aparentemente estaban abrumados por la indignación de que el inocente regocijo de los niños alegres no se viera afectado. ser tolerado dentro del atrio del templo.

Los sacerdotes y gobernantes, al descubrir que no causaron ninguna impresión en las personas que habían sentido y presenciado el poder de lo divino [27] Maestro, se atrevió a apelar a Cristo mismo: "Y le dijo: ¿Oyes lo que éstos dicen? Y Jesús les dijo: Sí; ¿Nunca habéis leído: De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza? Si las voces de aquellos niños felices hubieran sido silenciadas, las mismas columnas del templo habrían sonado la alabanza del Salvador. Jesús fue siempre un amante de los niños; aceptó su simpatía infantil y su amor abierto y sin afectación. La alabanza agradecida de sus labios puros fue música en sus oídos y refrescó su espíritu que estaba deprimido por la hipocresía de los judíos. En esta ocasión había curado las enfermedades de los niños, los estrechó en sus brazos, recibió sus besos de agradecido cariño y se durmieron sobre su pecho mientras enseñaba al pueblo.

Dondequiera que iba el Salvador, la benignidad de su semblante y sus modales gentiles y amables ganaban el amor y la confianza de los niños.

Los fariseos estaban completamente perplejos y desconcertados por el giro que habían tomado las cosas y el fracaso de su intento de sofocar el entusiasmo de la gente. Uno estaba al mando a quien no podían intimidar con su asunción de autoridad. Jesús había tomado su posición como guardián del templo. Nunca antes había asumido una autoridad tan real; nunca antes sus palabras y actos habían sido poseídos

poder tan grande. Había hecho obras grandes y maravillosas en toda Jerusalén, pero nunca de una manera tan solemne e impresionante.

Jesús, al hacerse cargo del atrio del templo, había obrado allí un cambio maravilloso. Había desterrado a los compradores y vendedores, a los [28] cambistas y al ganado; “y no permitiría que nadie llevara ningún vaso por el templo”. Tan sagrado consideró el Redentor del mundo el edificio dedicado a la adoración de Dios. Los sacerdotes y gobernantes no se atrevieron a mostrar abierta hostilidad hacia Jesús en presencia de la gente que había presenciado sus obras. Aunque enfurecidos y confundidos por su respuesta, no pudieron lograr nada más ese día.

A la mañana siguiente se reunió el Sanedrín con el propósito de decidir qué se debía hacer con Jesús. Su singular invasión del templo fue tan presuntuosa y extraordinariamente extraña a sus ojos, que recomendaron la conveniencia de pedirle cuentas por la osadía de su conducta al interferir con los guardianes autorizados del templo. Tres años antes lo habían desafiado a que les diera una señal de su Mesianismo. Desde entonces había obrado prodigios en medio de ellos. Sanó a los enfermos, alimentó milagrosamente a miles de personas, caminó sobre las olas embravecidas y pronunció paz en el mar agitado. Había leído repetidamente los secretos de sus corazones como un libro abierto; había echado fuera demonios y resucitado a los muertos; sin embargo, todavía se negaban a ver y reconocer las evidencias de su condición de Mesías.

Ahora decidieron no exigir ninguna señal de su autoridad por su audaz acción con respecto al templo, sino confrontarlo con preguntas y acusaciones calculadas para obtener algunas admisiones o declaraciones por las cuales podrían condenarlo. Después de arreglar cuidadosamente su plan, se dirigieron al templo donde Jesús estaba predicando el evangelio a la gente, y procedieron a preguntarle qué autoridad tenía [29] para sus actos en el templo. Esperaban que respondiera que Dios lo había investido con la autoridad que allí había manifestado. Esta afirmación estaban dispuestos a negar. Pero en lugar de esto, Jesús les hizo una pregunta aparentemente relacionada con otro tema: “El bautismo de Juan, ¿era del cielo o de los hombres?” Sus interrogadores no sabían cómo responder. Si negaran la misión de Juan y su bautismo para arrepentimiento, perderían influencia entre la gente, porque Juan era reconocido por ellos como un

Dios. Pero si reconocieran que la misión de Juan era divina, estarían obligados a reconocer a Jesús como el Mesías; porque Juan lo había señalado repetidamente a la gente como el Cristo, diciendo: "He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo". Juan había hablado de Jesús como alguien cuya correa del zapato no era digno de desatar.

Jesús puso la carga de la decisión sobre ellos en cuanto al verdadero carácter de la misión de Juan. "Y discutían entre sí, diciendo: Si decimos del cielo, dirá: ¿Por qué no le creísteis? Pero si decimos: De los hombres, todo el pueblo nos apedreará; porque están persuadidos de que Juan era profeta." En sus corazones no aceptaron las enseñanzas de Juan. Si lo hubieran hecho, no podrían haber rechazado a Jesús, de quien Juan profetizó. Pero habían engañado al pueblo al suponer que creían en el ministerio de Juan; y ahora no se atrevían, en respuesta a la pregunta del Salvador, a declarar que la misión de Juan era divina para que Jesús no les exigiera la razón por la que no recibieron el testimonio del profeta acerca de él. Podría haber dicho: Si Juan era del cielo, yo también lo soy; mi ministerio y obra están tan íntimamente conectados con los suyos que no pueden separarse.

La gente escuchaba con gran expectación para oír qué respuesta darían los sacerdotes y gobernantes a la pregunta directa de Jesús, en cuanto al bautismo de Juan, si era del Cielo o de los hombres. Esperaban que reconocieran que Juan fue enviado por Dios; pero, después de consultar en secreto entre ellos, los sacerdotes decidieron ser lo más cautelosos posible; "y respondieron que no sabían de dónde era. Y Jesús les dijo: Ni yo os digo con qué autoridad hago estas cosas. Escribas, sacerdotes y gobernantes se quedaron confundidos y defraudados ante el pueblo, cuyo respeto habían perdido en gran medida por su cobardía e indecisión.

Todos estos dichos y hechos de Cristo fueron importantes, y su influencia se sentiría en un grado cada vez mayor después de la crucifixión, la resurrección y la ascensión. Muchos de los que habían esperado ansiosamente el resultado del interrogatorio de Jesús, finalmente se convertirían en sus discípulos, atraídos por primera vez hacia él por sus palabras en ese día memorable. La escena en el atrio del templo nunca se desvanecería de sus mentes. El contraste entre la apariencia de Jesús y el sumo sacerdote, mientras hablaban juntos, fue muy marcado. El poderoso dignatario del templo estaba vestido con ricas y espléndidas

con una tiara brillante sobre su cabeza. Su majestuoso porte, y su cabello y larga barba plateada por la edad, le daban una apariencia sorprendentemente venerable, calculada para inspirar a la gente con profunda temor.

La Majestad de los Cielos se presentó ante este augusto personaje sin adorno ni ostentación. Su ropa estaba manchada por el viaje; su rostro estaba pálido y expresaba una tristeza conmovedora; sin embargo, había una dignidad y benevolencia escrita allí que contrastaba extrañamente con el aire orgulloso, seguro de sí mismo y enojado del sumo sacerdote. Muchos de los que fueron testigos de las maravillosas palabras y obras de Jesús en el templo, lo consagraron en su corazón desde entonces como el profeta de Dios. Pero el odio de los sacerdotes hacia Jesús aumentó a medida que el sentimiento popular se volvió a su favor. La sabiduría por la cual escapó de las redes puestas a sus pies, agregó nuevo combustible a su odio, siendo una nueva evidencia de su divinidad.

Mientras permanecían mortificados y en silencio ante el Salvador, humillados en presencia de la gran multitud, él aprovechó su oportunidad de presentarles su verdadero carácter y la retribución que seguramente seguiría a sus malas acciones. Arregló la lección de tal manera que los sacerdotes y los ancianos deberían pronunciar su propia condenación: "Pero ¿qué pensáis vosotros? Ciertamente había dos hijos; y llegando al primero, le dijo: Hijo, ve hoy a trabajar en mi viña. Él respondió y dijo: No lo haré; pero después se arrepintió y se fue. Y llegando al segundo, dijo lo mismo. Y él respondió y dijo: Voy, señor; y no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad de su padre?"

Esta pregunta abrupta los tomó por sorpresa; habían seguido la parábola de cerca y ahora inmediatamente respondieron: "El primero". Fijando su mirada fija en ellos, Jesús respondió con acento severo y solemne: "De cierto os digo, que los publicanos y las ramera van delante de vosotros al reino de Dios. Porque vino a vosotros [32] Juan en camino de justicia, y no le creísteis; pero los publicanos y las ramera le creyeron; y vosotros, cuando lo habíais visto, no os arrepentisteis después para creerle."

Estas terribles verdades llegaron al corazón de los sacerdotes y gobernantes hipócritas. El primer hijo de la parábola representaba a los publicanos y ramera que al principio rehusaron obedecer las enseñanzas de Juan, pero luego se arrepintieron y se convirtieron. El segundo hijo representaba a los judíos que profesaban obediencia y virtud superior,

pero insultó a Dios al rechazar el regalo de su Hijo. Por sus malas obras perdieron el favor del Cielo. Despreciaron las misericordias de Dios. Jesús representa a los más irreflexivos y abandonados ocupando una posición más favorable ante Dios que los sacerdotes y gobernantes altivos y santurrones.

No estaban dispuestos a soportar estas verdades escrutadoras, sino que permanecieron en silencio, esperando que Jesús dijera algo que pudieran volver en su contra; pero aún tenían más que soportar. Jesús miró hacia el pasado, cuando sus ministros, los profetas de Dios, fueron rechazados y sus mensajes pisoteados por los antepasados de los mismos hombres que estuvieron delante de él. Vio que los hijos estaban siguiendo los pasos de sus padres, y llenarían la copa de su iniquidad dando muerte al Señor de la Vida. Se basó en el pasado, el presente y el futuro para componer su parábola: "Escuchen otra parábola: Había un padre de familia que plantó una viña, la cercó alrededor, cavó en ella un lagar y construyó una torre, y lo arrendó a unos labradores, y se fue a un país lejano. Y cuando se acercó el tiempo del fruto, envió a sus siervos a los labradores, para que recibieran los frutos de [33] . Y los labradores tomaron a sus siervos, y golpearon a uno, y mataron a otro, y apedrearón a otro. De nuevo, envió otros siervos más que el primero; e hicieron con ellos lo mismo. Pero al final de todo les envió a su hijo, diciendo: Tendrán reverencia a mi hijo. Pero cuando los labradores vieron al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y apoderémonos de su heredad. Y lo agarraron, y lo echaron fuera de la viña, y lo mataron.

Cuando venga, pues, el Señor de la viña, ¿qué hará con aquellos labradores?

Jesús se dirigió a todas las personas presentes; pero los sacerdotes y los gobernantes, no previendo que la parábola se les iba a aplicar, respondieron de inmediato: "Él destruirá miserablemente a esos hombres malvados, y arrendará su viña a otros labradores, que le darán los frutos a su tiempo . ." Nuevamente percibieron que habían pronunciado su propia condenación en presencia de la gente que escuchaba, con gran interés por Jesús. El Salvador se refirió a mensajero tras mensajero que habían sido enviados en vano a Israel con reprensiones, advertencias y súplicas. Estos fieles portadores de la verdad habían sido asesinados por aquellos a quienes fueron enviados, así como

los siervos fieles fueron asesinados por los labradores malvados. En el hijo amado que el Señor de la viña finalmente envió a sus siervos desobedientes, y a quien capturaron y mataron, los sacerdotes y gobernantes vieron repentinamente desplegarse ante ellos, una imagen clara de Jesús [34] y su destino inminente. Ya estaban planeando matar a Aquel que el Padre les había enviado como último y único llamado. En la retribución impuesta a los labradores desagradecidos se representaba la condenación de los que mataran a Cristo.

En la parábola de la viña, Jesús presentó a los judíos su verdadera condición. El cabeza de familia representaba a Dios, la viña, la nación judía rodeada por la ley divina que estaba calculada para preservarlos como un pueblo separado y distinto de todas las demás naciones de la tierra. La torre construida en la viña representaba su templo. El Señor de la viña había hecho todo lo necesario para su prosperidad. Así que Dios había provisto para Israel de tal manera que estaba en su poder asegurar el más alto grado de prosperidad. El Señor de la viña exigió de sus labradores una debida proporción del fruto; así Dios exigió de los judíos una vida correspondiente a los privilegios sagrados que les había dado. Pero como los siervos que exigían fruto en nombre de su amo eran muertos por los labradores infieles, así los judíos habían matado a los profetas que habían venido a ellos con mensajes de Dios. Estos no solo fueron rechazados, sino que cuando les envió a su Hijo único, el heredero destinado de la viña, pensando en preservar la viña para ellos y asegurar el honor y el beneficio que se derivaba de ella, los judíos altivos, los siervos infieles, razonaron entre ellos, diciendo: Este es el heredero; venid, matémosle. Así Jesús reveló en su parábola los oscuros propósitos de los judíos contra sí mismo.

Después que Jesús los escuchó pronunciar sentencia sobre sí mismos en su condenación de los labradores malvados, los miró con lástima [35] y continuó: “¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los constructores, ésta se ha convertido en cabeza de esquina; esto es obra del Señor, y es maravilloso a nuestros ojos? Por tanto os digo que el reino de Dios os será quitado, y será dado a una nación que produzca los frutos de él. Y cualquiera que cayere sobre esta piedra, será quebrantado; pero sobre quien cayere, lo triturrará hasta convertirlo en polvo.”

Los judíos habían repetido a menudo las palabras de esta profecía mientras enseñaban a la gente en las sinagogas, aplicándolas al Mesías venidero. Pero Jesús conectó al heredero asesinado tan cruelmente con la piedra que los constructores rechazaron, pero que finalmente se convirtió en la piedra principal de todo el edificio. Cristo mismo fue el originador del sistema judío, el fundamento mismo del costoso templo, el antitipo al que apuntaban todos los servicios de sacrificio. Los judíos habían esperado con aparente ansiedad la venida de Cristo. Los escribas, instruidos en la ley y conocedores de las declaraciones de los profetas acerca de su venida, sabían por la historia profética que el tiempo de mirar y esperar su venida al mundo había expirado. A través de las parábolas que Jesús habló a los judíos, les hizo recordar las profecías que habían anunciado las mismas cosas que entonces se estaban realizando. Procuró por todos los medios a su alcance despertar sus conciencias e iluminar su entendimiento, para que consideraran bien los pasos que estaban meditando.

En estas parábolas les expuso los propósitos de los fariseos, junto con las terribles consecuencias resultantes. Así se les dio una advertencia solemne . Y para dejar el asunto sin [36] sombra de duda, Jesús luego dejó caer todas las cifras y declaró claramente que el reino de Dios les sería quitado y dado a una nación que produzca fruto. Ante esto, los principales sacerdotes y los escribas se enfurecieron tanto que apenas pudieron contenerse de usar la violencia contra él; pero al percibir el amor y la reverencia con que la gente lo miraba, no se atrevieron a seguir la malicia de sus corazones.

* * * * *

Capítulo 3—Jesús y los fariseos

Al construir el templo de Salomón, las piedras se prepararon enteramente en la cantera, de modo que cuando se llevaron al lugar de la construcción, los obreros solo tenían que colocarlas en su lugar; el tallado, el escuadrado y el pulido ya estaban hechos. “Y mandó el rey , y trajeron piedras grandes, piedras preciosas, y piedras labradas, para echar los cimientos de la casa. Y los albañiles de Salomón y los albañiles de Hiram las tallaron, y las escuadras. Así que prepararon madera y piedras para construir la casa”. “Y la casa, cuando estaba en construcción, estaba hecha de piedra preparada antes de ser traída allí; de modo que no se oyó en la casa martillo, ni hacha, ni herramienta alguna de hierro, mientras se estaba edificando.

No se debía usar ningún instrumento sobre la piedra cuando se la llevara al lugar de la edificación. Se trajo una piedra de forma irregular [37] de la cantera para usarla en los cimientos del templo.

Pero los obreros no pudieron encontrar lugar para él y no lo aceptaron. Allí yacía sin uso, y los trabajadores lo rodeaban o tropezaban con él, muy molestos por su presencia. Durante mucho tiempo permaneció como una piedra rechazada. Pero cuando los constructores llegaron a la colocación de la piedra angular, durante mucho tiempo buscaron en vano una piedra del tamaño y la fuerza suficientes, y de la forma adecuada para ocupar ese lugar en particular y soportar el gran peso que descansaría . sobre eso Si hicieran una selección imprudente de una piedra para este importante lugar, la seguridad de todo el edificio estaría en peligro; deben encontrar una piedra capaz de resistir la influencia del sol, las heladas y las tempestades. Se habían elegido varias piedras en diferentes momentos; pero cuando se sometieron a la presión de pesos inmensos, se desmoronaron en pedazos. Otros no soportarían la prueba de cambios atmosféricos repentinos y, por lo tanto, fueron declarados no aptos para el lugar.

Pero allí yacía la piedra rechazada por tanto tiempo por los constructores; había soportado la exposición al aire ya los abrasadores rayos del sol sin revelar una costura o la más mínima grieta. Las tormentas lo habían azotado, pero seguía siendo el mismo. La atención de los constructores fue

finalmente atraídos por esta gran piedra, y la examinaron de cerca. Ya había superado todas las pruebas excepto una. Si podía soportar la prueba de una presión severa, decidieron aceptarlo como piedra angular. El juicio se hizo a satisfacción de todos. Se aceptó la piedra, se llevó a su posición asignada y se encontró que encajaba perfectamente.

En visión profética se le mostró a Isaías que esta piedra era un símbolo del Salvador del mundo. Él dice: “Santificad al mismo Señor de los ejércitos [38] ; y sea él vuestro temor, y sea él vuestro pavor. Y él será por santuario; sino por piedra de tropiezo y por tropezadero a ambas casas de Israel, por trompo y por lazo a los moradores de Jerusalén. Y muchos de ellos tropezarán, y caerán, y serán quebrantados, y serán enredados, y serán apresados.” Continuado en visión profética hasta el primer advenimiento, se le muestra al profeta que Cristo ha de soportar tribulaciones y pruebas de las cuales el tratamiento de la principal piedra del ángulo en el templo de Salomón es un símbolo: “Por tanto, así dice el Señor Dios: He aquí , Yo puse en Sion por fundamento una piedra, piedra probada, angular, preciosa, de cimiento firme; el que creyere, no se apresure.”

Dios en infinita sabiduría escogió la primera piedra y la puso él mismo. Él la llamó una “piedra segura”; el mundo entero puede cargar sobre él sus cargas y penas, pero puede soportarlas todas. Pueden edificar sobre esta piedra con perfecta seguridad. Cristo es una “piedra probada”, y nunca defrauda a los que confían en él. Ha soportado todas las pruebas que se le han impuesto. No fracasó en el desierto de la tentación cuando soportó la presión de la culpa de Adán y la de su posteridad. Salió más que vencedor de los poderes del mal. Ha llevado las cargas que le han echado aquellos que, al caer sobre esta roca, han sido quebrantados. En Cristo sus corazones culpables han encontrado alivio. Los que hacen de Él su fundamento descansan en perfecta seguridad.

Cristo está representado por la principal piedra del ángulo. Judíos y gentiles deben construir sobre este fundamento, y su conexión con Cristo, esta “piedra preciosa” los convierte en piedras vivas. Pedro en la siguiente figura muestra claramente para quién Cristo es la piedra fundamental y para quién piedra de tropiezo:

“Si es que habéis gustado que el Señor es misericordioso. Acercándoos a él , piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas escogida y preciosa por Dios, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales,

aceptable a Dios por Jesucristo. Por lo cual también está contenido en la Escritura: He aquí, pongo en Sion la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; y el que creyere en él no será avergonzado. Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso; pero a los que son desobedientes, la piedra que desecharon los edificadores, ésta les es puesta por cabeza de esquina, y piedra de tropiezo, y roca de escándalo, aun a los que tropiezan en la palabra, siendo desobedientes; para lo cual también fueron designados.”

Al revelar a los judíos su condenación por rechazar al Hijo de Dios y convertirlo en piedra de tropiezo, Jesús también se dirige a todos aquellos que son impenitentes y no lo aceptan como su Redentor. El destino de los judíos incrédulos será el de ellos. La única seguridad es construir sobre la base correcta. Millones están construyendo hoy sus esperanzas y perspectivas sobre cimientos que no han sido probados ni probados; pronto se tambalearán y caerán, arrastrando consigo las frágiles estructuras construidas sobre ellos.

Jesús había soportado pasivamente el abuso de los pecadores, así como la piedra rechazada había soportado el abuso de los trabajadores que tropezaban con ella.

Pero había de llegar el tiempo en que lo verían exaltado, así [40] como la piedra despreciada y desechada fue puesta por cabeza del ángulo.

Entonces los que rechazaron a Cristo serían castigados por su iniquidad. La ciudad y el templo de los judíos debían ser destruidos. La piedra iba a caer sobre ellos por la cual toda su gloria sería quebrada y esparcida como el polvo que se lleva el viento.

Jesús ha puesto ante nosotros el único fundamento verdadero sobre el cual podemos edificar con seguridad. Es lo suficientemente amplia para todos y lo suficientemente fuerte para sostener el peso y la carga de todo el mundo. Caer sobre esta piedra y ser quebrantados es renunciar a nuestra justicia propia e ir a Cristo con la humildad de un niño, arrepintiéndonos de nuestras transgresiones y creyendo en su amor perdonador. Todos los que edifican sobre este fundamento, que es Cristo, se convierten en piedras vivas por su conexión con Él, la principal piedra del ángulo. Muchas personas son talladas, pulidas y embellecidas por sus propios esfuerzos, pero nunca llegarán a ser “piedras vivas” porque no están conectadas con Cristo. Cuando caiga la lluvia, y se desate la tempestad, y vengan las inundaciones, caerán en ruina porque no están clavados en la roca eterna, la principal piedra del ángulo, Cristo Jesús.

Las piedras no fueron preparadas para sus respectivos lugares tal como estaban a punto de ser colocadas en la pared del templo; todo el acondicionamiento y planificación se realizó previo a su traslado al lugar de construcción. Así es que todo el tallado, ajuste y pulido del carácter debe hacerse durante la prueba del hombre. Cuando Cristo venga de nuevo a la tierra, no será para purificar y refinar el carácter de los hombres, y prepararlos para el Cielo. Su obra entonces será solamente cambiar sus cuerpos corruptibles y moldearlos como el cuerpo más glorioso de Cristo. Sólo un carácter simétrico y perfecto [41] en ese día dará derecho a los hombres al toque final de la inmortalidad.

La tierra es la cantera y el taller donde los hombres han de ser preparados y refinados para las cortes del Cielo. Así como las piedras que componían el templo de Salomón encajaron perfectamente en la pared, sin el toque de un hacha, un martillo o cualquier otro instrumento, así los santos resucitados y los que estén vivos en el momento de su venida serán arrebatados para reunirse el Señor en el aire, cada uno preparado para el gran cambio y ocupando el lugar que le corresponde en el templo del amor de Dios.

Pero cuando Cristo visite a los impíos, sus juicios caerán no sólo sobre los judíos, sino sobre todos los que han rechazado los beneficios celestiales de la gracia de Dios. La piedra que era pasiva, soportando humildemente todo el abuso que se le amontonaba, se levantará entonces en vida y poder sobre aquellos que la despreciaron y rechazaron. Verán en esto su roca de caída, un monte vengador que cae sobre ellos y los aplasta.

Esperando atraparlo en sus palabras, los principales sacerdotes y gobernantes le enviaron a los más maliciosos enemigos de Jesús, quienes fingían estar interesados en sus enseñanzas y deseando ser aprovechados por su sabiduría divina. Esperaban que Jesús fuera engañado por sus piadosas pretensiones, que lo tomaran desprevenido y lo llevaran a hablar de lo que pudieran aprovechar para condenarlo. Estaban mortificados y enojados porque se habían visto obligados a soportar el penetrante discurso de Jesús, poniendo al descubierto su verdadera condición y condenando su maldad, pero fueron completamente incapaces de refutar sus palabras.

Acordaron en privado con los herodianos que los acompañaran y escucharan las palabras de Jesús, para que pudieran ser testigos contra él cuando fuera procesado por su vida. Los fariseos siempre se habían preocupado y irritado por la exacción de impuestos o tributos.

por los romanos. Tomaron la posición de que era contrario a la ley de Dios. Ellos ahora tendieron una trampa por la cual pensaron que Jesús seguramente se enredaría y ofendería las leyes judías o la autoridad romana. Los espías acudieron a él de la manera más cortés y expresaron gran confianza en sus enseñanzas. Después de acosarlo con halagos en cuanto a su proceder sencillo, independientemente del favor o el ceño fruncido de los hombres, ellos, con una franqueza fingida, preguntaron como si quisieran información: "¿Es lícito dar tributo a César, o no?"

Pero su perverso designio fue claro para el Salvador, y volviéndose hacia ellos les respondió: "¿Por qué me tentáis, hipócritas? Muéstrame el dinero del tributo. Desprevenidos por la forma inesperada en que Jesús hizo frente a sus avances, y que mostraba claramente que no se dejó engañar por un momento por sus halagos engañosos, sus interrogadores inmediatamente le trajeron una moneda con la imagen y la inscripción del gobernante romano. "Y les dijo: ¿De quién es esta imagen y esta inscripción? Le dicen: De César. Entonces les dijo: Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios."

Los astutos espías se sintieron desconcertados y derrotados. La forma sumaria en que se había resuelto su cuestión no les dejaba nada más que decir. Sus planes estaban todos desordenados. Habían esperado que Jesús respondiera a su pregunta directamente de una forma u otra. Si [43] dijera: Es ilícito dar tributo a César, había algunos presentes cuya tarea era llevar inmediatamente el informe a las autoridades romanas, y hacer arrestar a Jesús de inmediato como alguien que estaba creando rebelión entre los judíos . . . Esperaban que esto asegurara su condenación. Pero en caso de que dijera: Es lícito dar tributo a César, tenían la intención de llamar la atención del pueblo judío sobre su decisión, y acusarlo de ser contrario a la ley.

Jesús leyó sus motivos y, sosteniendo en su mano la moneda romana, en la que estaba estampado el nombre y la imagen de César, declaró que, como vivían bajo la protección del poder romano, debían rendir a ese poder el apoyo. afirmaba, siempre que no entrara en conflicto con su deber para con Dios. Sino que en todo momento deben rendir obediencia a Dios, respondiendo a sus demandas, pero sujetos pacíficamente a las leyes de la tierra. Sus interrogadores, no preparados para esta respuesta de Jesús, "se maravillaron y lo dejaron, y se fueron". Aunque la ira de los sacerdotes y gobernantes sabía

sin límites, y deseaban prender a Jesús y matarlo con sus propias manos para vengarse de la mortificación que les había causado, pero no se atrevieron a atacarlo delante de la multitud. Con un esfuerzo magistral mantuvieron una apariencia justa mientras trazaban planes para destruirlo.

El Salvador sabía exactamente qué respuesta satisfaría las exigencias del caso. No dio ninguna ventaja ni al poder romano ni al judío. Su respuesta a los intrigantes judíos, “Dad a Dios lo que es de Dios”, fue un severo reproche para ellos. Si hubieran respondido a las demandas de Dios y cumplido fielmente sus obligaciones hacia él, [44] no se habrían convertido en una nación quebrantada, sujeta a un poder extranjero. Ningún estandarte romano habría ondeado sobre Jerusalén, ningún centinela romano habría permanecido en sus puertas, ningún gobernador romano habría gobernado dentro de sus muros. La nación judía estaba entonces pagando el castigo de su apostasía de Dios.

Pero tan pronto como los fariseos fueron silenciados, los saduceos vinieron con sus preguntas astutas, buscando atrapar al Salvador. Los saduceos eran una secta de los judíos que diferían materialmente en la fe de los fariseos. El único lazo de unión entre los dos parecía su mutua oposición al Salvador y sus enseñanzas, y su deseo de darle muerte. Los fariseos ponían sus tradiciones al mismo nivel que la ley de Dios, y con frecuencia las hacían tomar el lugar de la ley. Jesús había declarado que invalidaban la ley de Dios con sus tradiciones, ceremonias externas, diversos lavamientos, ayunos y largas oraciones, limosnas ostentosas y riguroso aislamiento de los gentiles. Estos constituían las principales características de su religión. En superstición y formalidad se parecían a la iglesia católica romana de la actualidad. Pero entre ellos había algunos de piedad genuina que recibieron las enseñanzas de Cristo.

Los saduceos no tenían respeto por las tradiciones de los fariseos. Profesaban creer la mayor parte de las Escrituras y las consideraban como su regla de acción; sin embargo, negaban la existencia de los ángeles, y también la resurrección del cuerpo, en la cual los fariseos creían firmemente. Los saduceos rechazaron la doctrina de una vida futura, con sus premios y castigos.

Creían en Dios como el único ser superior al hombre; pero ellos [45] afirmó que, habiendo creado al hombre, Dios lo dejó para que siguiera su propio curso. Argumentaron que una Providencia anulando el mantenimiento de la

maquinaria del universo, y un conocimiento previo de los acontecimientos privaría al hombre del libre albedrío y lo rebajaría a la posición de esclavo. Desvincularon, pues, al Creador de la criatura, sosteniendo que el hombre era independiente de una influencia superior; que su destino estaba en sus propias manos. Aunque negaban que el Espíritu de Dios obrara a través de esfuerzos humanos o medios naturales, aún sostenían que el hombre, mediante el empleo apropiado de sus propios poderes naturales, podía elevarse e iluminarse, y que su vida podía ser purificada por medio de métodos rigurosos y rigurosos . austeras exacciones.

Había muy poca unión entre ellos; un pueblo que se negara a reconocer la influencia del Espíritu de Dios sobre las acciones de los hombres, tendría poco respeto por las opiniones y sentimientos de los demás. Vivían para sí mismos; sus simpatías naturales fueron traídas dentro de una brújula estrecha; sus corazones no fueron tocados por el dolor y la necesidad de los demás; porque en su creencia era posible para todos asegurar las comodidades y bendiciones de la vida.

Al igual que el resto de los judíos, los saduceos se jactaban mucho de su primogenitura como hijos de Abraham según la carne, y del rigor con que observaban los requisitos externos de la ley; pero sus puntos de vista eran inconsistentes y heterogéneos. Rechazaron por completo la doctrina de la resurrección de los muertos, y razonaron que si las mismas partículas de materia que constituían el cuerpo mortal debían también componer el futuro ser inmortal [46] , entonces ese cuerpo debía tener carne y sangre, y resumirse en el mundo eterno la vida carnal interrumpida en la tierra, todas las debilidades y pasiones de esta vida se perpetúan en la vida del más allá.

En los días de Cristo, a los saduceos les encantaba la controversia y exhortaban con vehemencia sus objeciones a la resurrección de los muertos. En sus discusiones con los fariseos, estos últimos se confundieron en su fe acerca del estado futuro de los muertos. La muerte se convirtió para ellos en un misterio oscuro e inexplicable. Aprendieron a considerarlo como la calamidad más temible que pudiera sobrevenirle al hombre.

Pero la vida y la inmortalidad fueron traídas a la luz por medio de Jesucristo. Quienes lo aceptaron como el Redentor del mundo vieron más claramente que antes la vida futura de los muertos resucitados. Cristo pasando por la muerte, saliendo de la tumba y apareciendo de nuevo al hombre en su propia persona, y como tal ascendiendo al Padre, establece para siempre los hechos sagrados de la resurrección y el futuro,

vida inmortal de los justos, en la mente de todos los que creen en Cristo.

Los saduceos molestaban mucho a los fariseos, porque estos últimos no podían prevalecer sobre ellos en la discusión. Las discusiones entre las dos partes generalmente resultaron en disputas enojadas y las separaron más que antes. Pero muchos de los saduceos, que vivían sólo para esta vida, eran ricos e influyentes; por lo tanto, eran elegibles para el oficio de sumo sacerdote con la estipulación expresa de que sus puntos de vista incrédulos no deberían hacerse prominentes. Como los fariseos eran mucho más numerosos, los saduceos debían ceder a sus doctrinas externamente cuando ocupaban cualquier oficio sacerdotal. Pero el mismo hecho de ser elegibles para tal cargo influyó en sus [47] puntos de vista erráticos. Si los fariseos hubieran sido puros en la vida, habrían podido iluminar a los saduceos; pero tal como estaban tenían poca influencia sobre ellos.

Los saduceos rechazaron por completo las enseñanzas de Jesús, ya que estaba animado por un espíritu que se negaron a reconocer que se manifestaba así. Concebían a Dios como un Ser Supremo, exaltado por encima del hombre e inaccesible para él. Habiendo creado al hombre, lo dejó para controlar su propia vida y dar forma a los acontecimientos del mundo. La doctrina de Cristo se opuso directamente a la creencia de los saduceos. La palabra y las obras de Cristo dan testimonio de un poder divino que logra resultados milagrosos, de una vida futura y eterna exaltada por encima de la vida finita, de Dios como Padre para los hijos de los hombres, vigilante de sus verdaderos intereses y guardándolos. Enseñó que Dios es galardonador de los justos y castigador de los transgresores. No era un espíritu intangible, sino un gobernante viviente del universo. Este Padre misericordioso estaba constantemente trabajando por el bien del hombre, y atento a todo lo que le concierne. Los mismos cabellos de su cabeza están contados. Ni siquiera un gorrión cae al suelo sin que el Padre Celestial se dé cuenta, y el hombre es más valioso que muchos gorriones. Jesús les presentó su ignorancia de las Escrituras al asignar al poder humano lo que sólo podía ser obrado por el poder del Espíritu de Dios. Declaró que su confusión de fe y la oscuridad de su mente se debían principalmente a esta causa, y que las cosas espirituales deben discernirse espiritualmente.

Todo lo que bendijo la vida del hombre fue dado por su Padre Celestial. [48]
Dio el sol brillante para calentar la tierra. Él envió las duchas

lo que hizo que floreciera la vegetación. Los ángeles de Dios estaban continuamente ministrando a los hijos de los hombres, manteniendo la conexión entre el Cielo y la tierra, uniendo al hombre finito con el Dios Infinito. Sin embargo, aunque Dios se preocupaba por los intereses temporales del hombre, Jesús enseñó expresamente que se preocupaba mucho más por sus intereses eternos.

Los saduceos habían arreglado sus preguntas de modo que se sintieran seguros de desacreditar a Jesús respondiéndolas, si no eran el medio directo para condenarlo. Si estuviera de acuerdo con ellos en cuanto a la resurrección de los muertos, quedaría completamente excluido de toda comunión con los fariseos. Si difería de ellos, se proponían presentar su fe a la gente bajo una luz ridícula y volver su influencia en su contra mostrando el aparente absurdo de la doctrina de la resurrección del cuerpo. Estaban acostumbrados a disputar sobre este punto, y sus argumentos eran muy temidos por los que creían en la resurrección literal del mismo cuerpo que se había descompuesto en la tumba.

Los saduceos razonaron que si los muertos resucitaban con cuerpos formados de las mismas partículas de materia de las que habían estado compuestos anteriormente, y actuados por las mismas propensiones, entonces se reanudarían las relaciones de la vida terrenal, el marido y la mujer se unirían, el matrimonio se consumaría y todos los asuntos de la vida continuaría igual que antes de la muerte. De esta creencia [49] se encogieron con repugnancia y, en sus esfuerzos por alcanzar un ideal superior, anduvieron a tientas en la espesa oscuridad.

Pero, respondiendo a sus preguntas sobre este punto, Jesús levantó el velo de la vida futura y les dijo: “En la resurrección ni se casarán ni se darán en casamiento, sino que serán como los ángeles de Dios en el cielo”. Sin vacilar mostró que los saduceos estaban equivocados en su creencia. Probó que sus premisas eran falsas y que la estructura de su fe estaba edificada sobre un fundamento falso. “Os equivocáis”, dijo él, “por no conocer las Escrituras ni el poder de Dios”. No los acusó de hipocresía como había acusado a los fariseos, sino de error de creencia.

Los saduceos se habían jactado de que, de todos los hombres vivientes, se adherían estrictamente a las Escrituras; pero Jesús declaró que no habían conocido su verdadera interpretación. Ese conocimiento debe ser llevado al corazón por el poder esclarecedor de la gracia de

Dios. Los saduceos buscaban nivelar los misterios de Dios con su razonamiento finito en lugar de abrir sus mentes a la recepción de esas verdades sagradas por las cuales su comprensión se habría expandido. Miles se vuelven incrédulos porque sus mentes finitas no pueden comprender los misterios ocultos de Dios. No pueden explicar la maravillosa exhibición del poder divino, tal como se manifiesta en las providencias de Dios, y por lo tanto rechazan las evidencias de tal poder, y atribuyen todo a alguna agencia natural que pueden comprender aún menos. El hombre debe aceptar a Dios como Creador del universo, Aquel que manda y ejecuta todas las cosas. Debe obtener una visión amplia del carácter de Dios y los misterios de sus [50] agencias.

Cristo enseñaría a sus interrogadores que si no hubiera resurrección de los muertos, las Escrituras que profesan creer no servirían de nada. Dijo él: "Pero en cuanto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que os fue dicho por Dios, diciendo: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? Dios no es Dios de muertos, sino de vivos". Los preciosos muertos, desde Abel hasta el último santo que muere, oirán la voz del Hijo de Dios, y saldrán de sus tumbas y vivirán de nuevo. Dios será su Dios y ellos serán su pueblo. Habrá una relación estrecha y tierna entre Dios y sus santos resucitados. Esto está de acuerdo con el plan divino.

La dignidad y el poder con que Jesús abrió a las mentes entenebrecidas de sus oyentes las verdades de las Escrituras acerca de la resurrección de los muertos, y el poder divino ejercido en los asuntos temporales de la vida, asombraron a su audiencia y silenciaron a los saduceos. . No tenían una palabra para responderle. "Pero cuando los fariseos oyeron que había hecho callar a los saduceos, se juntaron". Pensaron que no sería bueno que Jesús tomara el campo de batalla de una manera tan victoriosa. En la disputa con los saduceos, ellos no habían logrado nada contra él, sino que ellos mismos fueron confundidos, y su ignorancia se hizo manifiesta por la sabiduría de sus respuestas. No se había dicho una sola palabra que pudiera aprovecharse en la condenación de [51] Jesús. Sus adversarios no habían ganado más que el desprecio del pueblo.

Pero los fariseos aún no desesperaban de inducirlo a hablar lo que podían usar contra él. Convencieron a cierto escriba erudito para que le preguntara a Jesús cuál de los diez preceptos era el de mayor importancia.

Los fariseos habían exaltado los primeros cuatro mandamientos, que señalan el deber del hombre para con su Hacedor, como de mucha mayor importancia que los otros seis, que señalan el deber del hombre para con su prójimo. En consecuencia, fallaron grandemente en la piedad práctica y en las relaciones y deberes de la vida. Jesús había sido acusado de exaltar los últimos seis mandamientos por encima de los primeros cuatro, porque mostró a la gente su gran deficiencia, y enseñó la necesidad de buenas obras, obras de misericordia y benevolencia, y que un árbol se conoce por sus frutos.

El erudito abogado se acercó a Jesús con una pregunta directa: “Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la ley?” La respuesta de Jesús es igual de directa y contundente: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el primer y gran mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos pende toda la ley y los profetas.”

Aquí muestra explícitamente al interrogador los dos grandes principios de la ley: el amor a Dios y el amor al hombre. De estos dos principios del gobierno moral de Dios penden toda la ley y los profetas. Los primeros cuatro mandamientos indican el deber del hombre hacia su Creador; [52] y el primer y gran mandamiento es: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón. Este amor no es una pasión, ni una fe infructuosa en la existencia y el poder de Dios, un frío reconocimiento de su amor sin límites; pero es un principio vivo y activo, manifestado en la obediencia voluntaria de todos sus requisitos.

Jesús enseñó a sus oyentes que ninguno de los preceptos de Jehová se podía quebrantar sin violar uno o ambos de los grandes principios sobre los que descansaban toda la ley y los profetas: amor a Dios y amor al hombre. Cada precepto está tan conectado con los demás en significado y obligación que al quebrantar uno, se quebranta el todo; porque todos ellos están unidos en un cuerpo simétrico. Es imposible que el hombre ame a Dios con todo su corazón y, sin embargo, tenga otros dioses delante del Señor. Este amor supremo a Dios no consiste en un mero reconocimiento de su poder universal, y la ofrenda

una forma prescrita de adoración a él, mientras que el corazón se deleita en servir a los ídolos. El amor propio, el amor al mundo, o un afecto indebido por cualquier cosa creada, es idolatría a los ojos de Dios, y separa los afectos de él. Dios requiere los mejores y más santos afectos del corazón, y no aceptará menos. Debe reinar supremo en la mente y el corazón.

Si los primeros mandamientos son fielmente observados, los otros seis, que definen el deber del hombre para con su prójimo, serán igualmente fielmente observados. Cuando Dios tenga el lugar que le corresponde en el trono del corazón, los deberes asignados en los últimos seis mandamientos se llevarán a cabo como allí se indica. El amor a Dios comprende el amor a los que están formados a su imagen. “Si alguno dice: Amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso.

Porque el que no ama a su hermano, a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios, a quien no ha visto? Cristo enseñó que los últimos seis mandamientos son como el primero. Los dos mandamientos que indicó son dos grandes principios que brotan de una misma raíz. No se puede guardar el primero y romper el segundo, ni guardar el segundo estando roto el primero.

El escriba era muy versado en la ley, y se asombró de la respuesta de Jesús; porque no había esperado encontrarlo en posesión de un conocimiento tan profundo y completo de las Escrituras como lo indicaba su respuesta. El erudito abogado quedó muy impresionado por la sabiduría del joven galileo; y ante los sacerdotes y gobernantes reunidos reconoció honestamente que Jesús había dado la interpretación correcta de la ley. Este escriba había recibido una visión más profunda y más amplia de los principios subyacentes a los preceptos sagrados que nunca antes había poseído, y respondió a las palabras de Jesús con sincero fervor:

“Bien, Maestro, has dicho la verdad; porque hay un solo Dios; y no hay otro sino él. Y amarlo con todo el corazón, y con todo el entendimiento, y con toda el alma, y con todas las fuerzas, y amar a su prójimo como a sí mismo, es más que todos los holocaustos y sacrificios”. Aquí había un fariseo que tenía alguna idea de lo que constituye la verdadera religión; que no es en ceremonias externas y vana ostentación, sino en humilde obediencia y amor a Dios, y consideración desinteresada por los demás. La prontitud del escriba para reconocer el razonamiento de Jesús como correcto, la respuesta decidida y pronta a ese razonamiento que hizo ante la gente,

[54] manifestó un espíritu completamente diferente del mostrado por los sacerdotes y gobernantes en su interrogatorio.

La sabiduría de las respuestas del Salvador convenció al escriba. Sabía que la religión judía consistía más en actos exteriores que en la piedad interior. Tenía cierto sentido de la indignidad de las ofrendas meramente ceremoniales, y del flujo continuo de sangre en expiación del pecado, mientras que el objeto de la ofrenda era ajeno a la mente. Los principios del amor y de la verdadera bondad de corazón le parecían de más valor a los ojos de Dios que todos estos ritos. El corazón de Jesús se compadeció del escriba honesto que se atrevió a enfrentar el ceño fruncido de los sacerdotes y las amenazas de los gobernantes, y expresar las convicciones honestas de su corazón. "Y viendo Jesús que respondía con discreción, le dijo: No estás lejos del reino de Dios. Y nadie después de eso se atrevió a hacerle ninguna pregunta.

Lo que necesitaba el escriba era el toque de la iluminación divina que le permitiera sentir la necesidad del arrepentimiento del pecado y la fe en el Salvador; que nadie puede salvarse por la ley, sino por el arrepentimiento y la fe en Cristo, el Abogado de los pecadores ante el Padre. El escriba estaba cerca del reino de Dios, en cuanto reconocía que las obras de justicia eran más agradables a Dios que los holocaustos y los sacrificios. Sin embargo, todavía necesitaba reconocer a Jesús como el Hijo de Dios. Todo el servicio religioso de los judíos no tenía ningún valor a menos que estuviera conectado con la fe viva en Cristo Jesús, quien era la sustancia de la cual ese servicio era la sombra. Cristo había mostrado repetidamente que la ley de su Padre contenía [55] algo más profundo que meros mandatos autoritarios. La mo la ley contiene el evangelio en principio.

Los fariseos se habían reunido alrededor de Jesús mientras respondía las preguntas del escriba. Ahora se volvió hacia ellos y les hizo una pregunta: "¿Qué pensáis de Cristo? ¿De quién es hijo? Jesús evidentemente estaba probando la fe de los fariseos en su divinidad, ya sea que lo consideraran simplemente como un hombre o como el divino Hijo de Dios. Un coro de voces respondió simultáneamente: "El hijo de David". Este era el título que la profecía había dado al Mesías. Cuando Jesús hubo revelado su divinidad con sus poderosos milagros, cuando los enfermos fueron sanados y los muertos resucitados, la gente se maravilló y se preguntó entre sí: "¿No es éste el hijo de David?" La mujer sirofenicia, el ciego Bartimeo y muchos otros

en voz alta para pedirle ayuda, "¡Tú, hijo de David, ten piedad de mí!" Solo unas horas antes, mientras cabalgaba hacia Jerusalén, había sido aclamado con gozosos "Hosannas al hijo de David, Bendito el que viene en el nombre del Señor", y los niños pequeños en el templo ese día habían hecho eco de los mismos gritos de alegría.

En respuesta a la respuesta del pueblo, que Cristo era el hijo de David, Jesús dijo: "David en Espíritu [el Espíritu de inspiración de Dios,] lo llamó Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate en mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Si David entonces lo llamó Señor, ¿cómo es él su hijo? Y nadie podía responderle palabra, ni nadie desde ese día en adelante se atrevió a hacerle más preguntas."

[56]

Capítulo 4—Denunciando a los fariseos

La gente común escuchó a Jesús con alegría y se reunió a su alrededor en el templo para recibir sus enseñanzas. Nunca antes se había representado una escena así . Allí estaba el joven galileo, sin ningún honor terrenal ni insignia real. Su vestido era tosco y manchado por el viaje. A su alrededor había sacerdotes con sus ropas lujosas, gobernantes con túnicas e insignias significativas de su posición exaltada, y escribas con rollos en sus manos a los que hacían repetidas referencias. Sin embargo, Jesús se mantuvo en pie con la dignidad de un rey investido con la autoridad del Cielo mirando sin pestañear a sus adversarios, que habían rechazado y despreciado sus enseñanzas y habían anhelado su vida durante mucho tiempo. En esta ocasión lo habían atacado en gran número con la determinación de provocarlo a pronunciar palabras que lo atraparan y sirvieran como medio para condenarlo. Pero sus preguntas solo abrieron el camino para que él les expusiera su verdadera condición y la terrible retribución que les esperaba si continuaban provocando a Dios con sus muchos y graves pecados.

El interés de la gente aumentó constantemente cuando Jesús enfrentó audazmente desafío tras desafío de los fariseos y presentó la verdad pura y brillante en contraste con su oscuridad y error. Estaban encantados con la doctrina que enseñaba, pero estaban tristemente perplejos. Habían respetado a sus reconocidos maestros por su inteligencia y [57] aparente piedad. Siempre habían rendido obediencia implícita a su autoridad en todos los asuntos religiosos. Sin embargo, ahora vieron a estos mismos hombres tratando de desacreditar a Jesús, un maestro cuya virtud y conocimiento brillaban más que antes de cada ataque de sus adversarios. Miraron los semblantes abatidos de los sacerdotes y de los ancianos, y vieron desconcierto y Se maravillaron de que los gobernantes no creyeran en Jesús, cuando sus enseñanzas eran tan claras y sencillas. Ellos mismos no sabían qué curso tomar y observaban con ansiosa ansiedad los movimientos de aquellos cuyo consejo siempre habían seguido.

Las parábolas de Jesús fueron pronunciadas para advertir y condenar a los gobernantes, y también para instruir las mentes inquisitivas de los presentes. Pero, para romper la cadena que ataba al pueblo a las costumbres y tradiciones, ya la fe incuestionable en un sacerdocio corrupto, expuso más plenamente que nunca antes el carácter de los gobernantes y ancianos. Era su último día de enseñanza en el templo, y sus palabras no solo iban a llegar a la audiencia que tenía ante él, sino que iban a pasar a través de los siglos hasta el fin de los tiempos, en toda lengua y para todo pueblo.

Las gemas de la verdad que cayeron de sus labios en ese día memorable quedaron escondidas en los corazones de muchos de los presentes. Para ellos comenzaba una nueva historia, nuevos pensamientos cobraban vida y se despertaban nuevas aspiraciones. Después de la crucifixión y resurrección de Cristo, estas personas pasaron al frente y cumplieron su comisión divina con una sabiduría y un celo correspondientes a la grandeza de la obra. Llevaban un mensaje que atraía los corazones y las mentes de los hombres y debilitaban viejas supersticiones que habían empequeñecido durante mucho tiempo las vidas de miles. Teorías, filosofías y razonamientos humanos [58] antes de que sus testimonios se convirtieran en fábulas ociosas. Poderosos fueron los resultados que surgieron de las palabras del humilde galileo a esa multitud asombrada y atónita, en el gran templo de Jerusalén.

Al leer las emociones conflictivas de la gente y la ansiedad con la que miraban a sus líderes y maestros, Jesús procedió a iluminar aún más sus mentes, diciendo: "En la cátedra de Moisés se sientan los escribas y los fariseos. Todos, pues, todo lo que os manden observar, observadlo y hacedlo; mas no hagáis según sus obras; porque dicen, y no hacen." Los escribas y fariseos afirmaban estar investidos de una autoridad divina similar a la de Moisés. Ellos asumieron tomar su lugar como expositores de la ley y jueces del pueblo. Como tales, reclamaban toda la deferencia y obediencia del pueblo. Pero Jesús amonestó a sus oyentes a hacer lo que los sacerdotes enseñaban según la ley; pero no para seguir su ejemplo; porque descuidaron los deberes que enseñaron a otros a observar.

Dijo él: "Atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos mismos no los moverán ni con un dedo." Los fariseos imponían una multitud de reglamentos minuciosos que tenían su base en la tradición y restringían irrazonablemente la libertad personal de acción. Ellos estrictamente

expuso ciertas porciones de la ley, exigiendo del pueblo observancias y ceremonias rigurosas, que ellos mismos ignoraron en secreto, y de hecho reclamaron exención si se les detectaba en su omisión.

[59] Las denuncias más severas que jamás salieron de los labios del Salvador fueron dirigidas contra aquellos que, mientras hacían grandes pretensiones de piedad, secretamente practicaban la iniquidad. La religión de los sacerdotes, escribas y gobernantes, como la de la Iglesia romana moderna, consistía principalmente en ceremonias externas y carecía de piedad espiritual y práctica. Dios dijo a Moisés: Atarás estos mandamientos de Jehová como una señal en tu mano; y estarán como frontales entre tus ojos. Los judíos interpretaron estas palabras como una orden de que la persona debía llevar los preceptos de las Escrituras . En consecuencia, estaban escritos en tela de una manera muy llamativa y atados alrededor de la cabeza y las muñecas. Pero el uso de estos preceptos no hizo que la ley de Dios se apoderara más firmemente de sus mentes y corazones, como Dios lo había diseñado. Los preceptos que deberían haber purificado sus vidas y haberlos incitado a las buenas obras y los actos de bondad y misericordia, se usaban como insignias para atraer la atención y dar a los portadores un aire de piedad y devoción que despertaría la veneración de todos los espectadores.

Jesús asestó un duro golpe a toda esta vana demostración de religión con estas palabras:

“Pero todas sus obras las hacen para ser vistos de los hombres; ensanchan sus filacterias, y ensanchan los bordes de sus vestiduras, y aman los aposentos altos en los banquetes, y los primeros asientos en las sinagogas, y saluciones en las plazas, y ser llamados de los hombres, Rabí, Rabí. Pero no os hagáis llamar Rabí; porque uno es vuestro Maestro, sí, Cristo; y todos vosotros sois hermanos. Y a nadie llaméis padre vuestro sobre la tierra; porque uno es vuestro Padre, que está en los Cielos. Ni seáis [60] llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, sí, Cristo.” En palabras tan claras, el Salvador reveló la ambición egoísta de los fariseos, siempre buscando poder y lugar, mostrando una humildad burlona, mientras sus corazones estaban llenos de envidia y avaricia. Cuando se invitaba a una persona a un festín, los invitados se sentaban según su rango y posición; y los que ocupaban los lugares más honrosos recibían las primeras atenciones y favores más especiales. Los fariseos estaban siempre ansiosos e intrigantes por recibir

Jesús también reveló su vanidad al amar que los hombres los llamaran Rabí, que significa maestro. Declaró que tal título no pertenecía a los hombres, sino sólo a Cristo. Sacerdotes, escribas y gobernantes, expositores de la ley y administradores de ella, eran todos hermanos, hijos de un solo Dios. Jesús inculcaría en la mente de la gente que no debían dar a ningún hombre un título de honor, indicando que él tenía algún control sobre su conciencia o fe.

Si Cristo estuviera hoy en la tierra, rodeado de los maestros religiosos de la época que llevan los títulos de Reverendo y Justo Reverendo, ¿no repetiría su dicho a los fariseos: “Ni seáis llamados maestros; porque uno es vuestro Maestro, el Cristo”? Muchos de los que asumen estos títulos honorarios carecen por completo de la sabiduría y la verdadera rectitud que indican. Demasiados esconden la ambición mundana, el despotismo y los pecados más bajos bajo la vestidura bordada de un alto y santo oficio. El Salvador continuó: “Pero el que es mayor entre vosotros será vuestro servidor. Y cualquiera que se ensalce, será humillado; y el que se humilla será enaltecido.”

La verdadera grandeza se mide por [61] el valor moral. La grandeza de carácter en la estimación del Cielo consiste en vivir para el bienestar de nuestros semejantes, en hacer obras de amor y benevolencia. Cristo fue un siervo del hombre caído; sin embargo, él era el Rey de Gloria. Todavía continuó sus denuncias de los hombres ricos y poderosos antes que él: “Pero ¡ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque cerráis el reino de los cielos delante de los hombres; porque ni entráis vosotros, ni dejáis entrar a los que están entrando.” Al pervertir el significado de las Escrituras, los sacerdotes cegaron el entendimiento de aquellos que de otro modo habrían visto la naturaleza del reino de Cristo y esa vida divina interior que es esencial para la verdadera santidad. Mediante su ronda interminable de formas, fijaron las mentes de la gente en los servicios externos, en detrimento de la verdadera religión.

No solo rechazaron a Cristo ellos mismos, sino que tomaron los medios más injustos para predisponer a la gente contra él, engañándolos con informes falsos y tergiversaciones flagrantes. En todas las épocas del mundo la verdad ha sido impopular; sus doctrinas no congenian con la mente natural; porque escudriña el corazón, y reprende su pecado oculto. Aquellos

quienes persiguen a los defensores de la verdad de Dios siempre, como los fariseos, tergiversaron sus palabras y motivos. Jesús prosiguió:—

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque devoráis las casas de las viudas, y por pretexto hacéis largas oraciones; por tanto, recibiréis mayor condenación.” Los fariseos influían tanto en la mente de muchas viudas conscientes que creían que era un deber

[62] dedicar toda su propiedad a fines religiosos. Estas mujeres engañadas confiarían la apropiación de su dinero a los escribas y sacerdotes, en quienes depositaban una confianza implícita; y esos hombres astutos lo usarían para su propio beneficio. Para encubrir su deshonestidad hicieron largas oraciones en público y una gran demostración de piedad. Jesús declaró que esta hipocresía les traería mayor condena. Muchos profesantes de la piedad exaltada en nuestros días están bajo la misma prohibición. El egoísmo y la avaricia manchan sus vidas; sin embargo, arrojan sobre todo esto una vestidura de aparente pureza, y engañan a las almas honestas; pero no pueden engañar a Dios; lee todo propósito del corazón y repartirá a cada uno según sus obras. El Salvador continuó sus denuncias:—

“¡Ay de vosotros, guías ciegos, que decís: Cualquiera que jurare por el templo, es nada; pero cualquiera que jurare por el oro del templo, es deudor. ¡Necios y ciegos! porque ¿qué es mayor, el oro, o el templo que santifica el oro? Y cualquiera que jurare por el altar, nada es; pero el que jura por la ofrenda que está sobre él, es culpable. ¡Necios y ciegos! porque ¿qué es mayor, la ofrenda, o el altar que santifica la ofrenda? Los sacerdotes interpretaron los requisitos de Dios para cumplir con su estándar falso y estrecho. Se atrevieron a hacer distinciones agradables entre la culpa comparativa de varios pecados, pasando por alto algunos a la ligera y tratando a otros de tal vez menos importancia como imperdonables. Aceptaron dinero de personas a cambio de excusarlos de sus votos; y en algunos casos se pasaban por alto delitos de carácter agravado en consideración de grandes sumas de dinero pagadas a las autoridades por el transgresor. Al mismo tiempo, estos sacerdotes y gobernantes pronunciarían juicios severos contra otros por ofensas triviales.

“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque pagáis el diezmo de la menta, el eneldo y el comino, y habéis omitido las cosas más importantes de la ley, el juicio, la misericordia y la fe; estos deberías

hecho, y no dejar el otro sin hacer". Según los requisitos de Dios, el sistema del diezmo era obligatorio para los judíos. Pero los sacerdotes no dejaron que el pueblo cumpliera con sus convicciones del deber de dar al Señor la décima parte de todo el producto comercial de la tierra. Llevaron al extremo los requisitos del sistema de diezmos, haciéndolos abrazar cosas tan insignificantes como el anís, la menta y otras pequeñas hierbas que se cultivaban de forma limitada. Esto hizo que el plan de diezmos fuera atendido con tal cuidado y perplejidad que era una carga agotadora. Mientras eran tan exactos en cosas que Dios nunca les había requerido, y estaban confundiendo su juicio y disminuyendo la dignidad del sistema divino de benevolencia por sus puntos de vista estrechos, estaban limpiando el exterior del plato mientras que el interior estaba corrupto. Exactos en asuntos de poca importancia, Jesús los acusa de haber "omitido los asuntos más importantes de la ley, el juicio, la misericordia y la fe". Ningún servicio exterior, ni siquiera en el requerido por Dios, puede ser un sustituto de una vida obediente. El Creador desea el servicio de corazón de sus criaturas.

Los judíos leyeron en los requisitos dados a Moisés que no se debe comer nada inmundo. Dios especificó las bestias que no eran aptas para [64] comer, y prohibió el uso de la carne de cerdo y la carne de ciertos otros animales, como probable para llenar la sangre con impurezas y acortar la vida. Pero los fariseos no dejaron estas restricciones donde Dios las había dejado. Los llevaron a extremos injustificados; entre otras cosas, se requería que la gente filtrara toda el agua utilizada, para que no contuviera el insecto más pequeño, imperceptible a simple vista, que podría clasificarse con los animales inmundos. Jesús, al contrastar estas exigencias triviales de limpieza externa con la magnitud de sus pecados reales, dijo a los fariseos: "¡Guías ciegos, que coláis un mosquito y tragáis un camello!".

"¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que a la verdad se muestran hermosos por fuera, pero por dentro están llenos de huesos de muertos y de toda inmundicia." Toda la pompa y ceremonia de los sacerdotes y gobernantes no era más que un manto para ocultar su iniquidad, ya que la tumba blanca y bellamente decorada cubre los restos putrefactos dentro de ella. Jesús también comparó a los fariseos con sepulcros escondidos que, bajo un bello exterior, ocultan la corrupción de los cadáveres: "Así también vosotros apareceis exteriormente

justos para con los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad". Todas las elevadas pretensiones de los que pretendían tener la ley de Dios escrita en sus corazones, así como llevada sobre sus personas, se demostraron así como vanas pretensiones. Jesús continuó: "¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque edificáis los sepulcros de los profetas, y **adornáis** los sepulcros de los justos, y decís: Si hubiésemos estado en los días de nuestros padres, no habiéramos sido sus cómplices en la sangre de los profetas.

Por tanto, vosotros sois testigos de que sois hijos de aquellos que mataron a los profetas". Los judíos eran muy particulares en embellecer las tumbas de los profetas muertos como prueba de su estima por ellos; sin embargo, no se beneficiaron de sus enseñanzas, ni hicieron caso de sus reprensiones y advertencias.

En los días de Cristo se abrigaba una consideración supersticiosa por las tumbas de los muertos. Esto fue llevado con frecuencia al borde de la idolatría, y se prodigaron grandes sumas de dinero en su decoración. La misma especie de idolatría es llevada a grandes extremos hoy, y especialmente por la Iglesia Romana. Pero el mundo cristiano en general es culpable de descuidar a la viuda y al huérfano, al pobre y al afligido, para erigir costosos monumentos en honor de los muertos. El tiempo, el dinero y el trabajo no se dedican a este propósito, mientras que se descuidan los deberes para con los vivos. Los fariseos edificaban los sepulcros de los profetas y adornaban sus sepulcros, y se decían unos a otros: Si hubiésemos vivido en aquellos días, no habiéramos sido partícipes de los que derraman la sangre de los siervos de Dios. Sin embargo, al mismo tiempo estaban planeando destruir al Hijo de Dios, y no habrían dudado en untar sus manos en su sangre si no hubieran temido al pueblo.

Esta condición de los fariseos debe ser una lección para el mundo cristiano de hoy; debería abrirles los ojos al poder de Satanás para engañar a las mentes humanas cuando se apartan una vez de la preciosa luz de la verdad y ceden al control del enemigo. Muchos siguen [66] las huellas de los fariseos. Reverencian a los mártires que murieron por su fe; y declaran que, si hubieran vivido en los días en que Cristo estuvo sobre la tierra, gustosamente habrían recibido sus enseñanzas y las habrían obedecido; nunca habrían sido partícipes de la culpa de aquellos que rechazaron al Salvador. Pero estas mismas personas sofocan sus convicciones honestas a toda costa en lugar de rendir obediencia a Dios cuando se trata de abnegación y humillación. En nuestros días la luz

brilla más claro que en la época de los fariseos. Entonces la gente debía aceptar a Cristo como se revela en la profecía, y creer en él a través de las evidencias que acompañaban a su misión. Los judíos vieron en Jesús a un joven galileo sin honor mundano y, aunque vino como la profecía predijo que vendría, se negaron a aceptar a su Mesías en pobreza y humillación, y lo crucificaron, como la profecía predijo que harían.

El mundo cristiano ahora tiene un Salvador que ha cumplido todas las especificaciones de la profecía con respecto a su vida y muerte; sin embargo, muchos rechazan sus enseñanzas, no siguen sus preceptos, crucifican al Salvador todos los días. Si fueran probados como lo fueron los judíos en la primera venida de Cristo, no lo aceptarían en su humillación y pobreza.

Desde que se derramó la primera sangre inocente, cuando el justo Abel cayó por mano de su hermano, la iniquidad se había multiplicado sobre la tierra. De generación en generación, los sacerdotes y gobernantes habían despreciado las advertencias de los profetas que Dios había levantado y capacitado para reprender los pecados del pueblo. Había mucha necesidad de estos hombres que, en todas las épocas, habían alzado la voz contra [67] los pecados de los reyes, gobernantes y súbditos, pronunciando las palabras que Dios les dio para pronunciar, y obedeciendo la voluntad divina ante el peligro. de sus vidas. De generación en generación se había ido acumulando un castigo terrible, que los enemigos de Cristo ahora atraían sobre sus propias cabezas por su ultraje y rechazo del Hijo de Dios, cuya voz se alzaba en condenación del pecado existente entre los sacerdotes . y gobernantes en mayor grado que en cualquier época anterior. Estaban llenando hasta rebosar su copa de iniquidad, que iba a ser vaciada sobre sus propias cabezas en justicia retributiva, haciendo responsable a su generación de la sangre de todos los hombres justos asesinados desde Abel hasta Cristo. Jesús les advirtió de esto: "Para que venga sobre vosotros toda la sangre justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien vosotros matasteis entre el templo y el altar. De cierto os digo que todas estas cosas vendrán sobre esta generación". El Salvador, con la mano levantada hacia el cielo y una luz divina envolviendo su persona, habló en carácter de juez de los que estaban ante él. La multitud que escuchaba se estremeció cuando su denuncia

se hablaron. La impresión hecha en sus mentes por sus palabras y miradas nunca se borraría en años posteriores.

Israel había prestado poca atención a los mandatos de Dios. Mientras las palabras de advertencia que Dios le había dado pronunciar estaban en los labios de Zacarías, una furia satánica se apoderó del rey apóstata, y se dio la orden de matar al profeta de Dios. Los escribas y fariseos [68] que escuchaban las palabras de Jesús sabían que eran verdaderas, y que la sangre del profeta asesinado se imprimió en las mismas piedras del atrio del templo y no se pudo borrar, sino que permaneció para dar su testimonio. a Dios, en testimonio contra el Israel apóstata. Mientras el templo permaneciera en pie, permanecería la mancha de esa sangre justa, clamando a Dios para ser vengado. Cuando Jesús se refirió a estos terribles crímenes, un escalofrío de horror recorrió los corazones de la multitud.

Su voz se había oído sobre la tierra con dulzura, súplica y afecto; pero ahora que la ocasión lo requería, habló como juez y condenó la culpa de los judíos. El Salvador, mirando hacia adelante, predijo que su futura impenitencia e intolerancia hacia los siervos de Dios sería la misma que había sido en el pasado:

“Por tanto, he aquí, os envío profetas, sabios y escribas. Y a algunos de ellos mataréis y crucificaréis; ya algunos de ellos azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad.”

Serían profetas y sabios llenos de fe y del Espíritu Santo, representados por Esteban, Santiago, Pablo y muchos otros, escribas, hombres de ciencia, que entendían las Escrituras y podían presentarlas en todos sus aspectos tal como Dios las reveló. despreciados y perseguidos, condenados y condenados a muerte.

El Salvador no pronunció palabras de represalia por el abuso que había recibido de manos de sus enemigos. Ninguna pasión profana agitó esa alma divina; pero su indignación estaba dirigida contra los hipócritas cuyos pecados graves eran una abominación a la vista de Dios. La [69] conducta de Cristo en esta ocasión revela el hecho de que el cristiano puede morar en perfecta armonía con Dios, poseer todos los dulces atributos del amor y la misericordia, y sin embargo sentir una justa indignación contra el pecado agravante.

La piedad divina marcó el semblante pálido y triste del Hijo de Dios cuando lanzó una mirada larga y persistente sobre el templo y

luego a sus oyentes, y con una voz ahogada por la profunda angustia del corazón y lágrimas amargas exclamó: “¡Jerusalén, Jerusalén, tú que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados, cuántas veces quise reunir a tus hijos, así como la gallina junta sus pollos debajo de sus alas, ¡y no quisisteis!”

Fariseos y saduceos fueron igualmente silenciados. Jesús llamó a su discípulos y se dispuso a salir del templo, no como uno derrotado y expulsado de la presencia de sus adversarios, sino como uno cuya obra ha sido cumplida. Se retiró como vencedor del concurso con sus oponentes intolerantes e hipócritas. Mirando alrededor del interior del templo por última vez, dijo con triste patetismo: “He aquí, vuestra casa os es dejada desierta. Porque os digo que no me veréis más hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor”. Hasta entonces la había llamado la casa de su Padre, pero ahora, al salir el Hijo de Dios de aquellos muros, la presencia de Dios se retiró para siempre del templo edificado para su gloria. De ahora en adelante sus servicios iban a ser una burla, y sus ceremonias sin sentido; porque el día de prueba de Jerusalén había llegado a su fin.

Jesús había pronunciado palabras claras y directas ese día, que conmovieron a sus oyentes en el corazón. Es posible que su efecto no se viera de inmediato, pero la semilla de la verdad sembrada en la mente de la gente debía brotar y [70] dar fruto para la gloria de Dios, y ser el medio para salvar muchas almas. Después de la crucifixión y resurrección del Salvador, las lecciones que había dado ese día revivirían en el corazón de muchos oyentes atentos, quienes a su vez repetirían la instrucción que habían oído, en beneficio de las generaciones futuras hasta el fin de los tiempos. Los discípulos estaban asombrados por la manera audaz y autoritaria en que su Maestro había denunciado a los fariseos hipócritas. Y los sacerdotes, escribas y gobernantes nunca debían olvidar las últimas palabras que Jesús les dirigió en el templo: “He aquí, vuestra casa os es dejada desierta”. Las palabras cayeron solemnemente en sus oídos e infundieron un terror sin nombre en sus corazones. Afectaron la indiferencia; pero la pregunta seguía surgiendo en sus mentes en cuanto a cuál era el significado de esas palabras. Un peligro invisible parecía estar amenazándolos.

¿Sería posible que el magnífico templo, que era la gloria de la nación, pronto se convirtiera en un montón de ruinas?

Los discípulos compartían el presentimiento general del mal y esperaban ansiosamente que Jesús hiciera una declaración más definida con respecto al tema. Al salir del templo con su Maestro, le llamaron la atención sobre su fuerza y belleza y la durabilidad del material del que estaba compuesto, diciendo: "Maestro, mira qué tipo de piedras y qué edificios hay aquí". Jesús, para hacer sus palabras lo más impactantes posible, también llamó la atención sobre la estructura elevada: "¿No veis todas estas cosas? De cierto os digo que no [71] quedará aquí piedra sobre piedra que no sea arrojada abajo."

Esta fue una declaración sorprendente para los discípulos. El asunto ahora quedó claro: el glorioso edificio, construido a un costo inmenso, que había sido el orgullo de la nación judía, iba a ser destruido desde sus mismos cimientos. Ninguna de esas piedras macizas, algunas de las cuales habían soportado la devastación del ejército de Nabucodonosor y permanecido firmes a través de la tormenta y la tempestad de siglos, iba a quedar sobre otra. No comprendieron claramente el propósito de toda esta ruina. No discernieron que en pocos días su Salvador sería ofrecido como víctima por los pecados del mundo. El templo y sus servicios ya no serían de utilidad. La sangre de las bestias no tendría ninguna virtud para expiar el pecado, porque entonces el tipo se habría encontrado con el antitipo, en el Cordero de Dios que habría ofrecido voluntariamente su vida para quitar los pecados del mundo. Más tarde, cuando todo se hubo cumplido, los discípulos entendieron plenamente las palabras de Jesús, y la razón de la calamidad que les anunciaba.

Jesús se demoró cerca del atrio donde las mujeres estaban depositando sus ofrendas en el tesoro. Observó las grandes donaciones de muchos de los ricos, pero no hizo ningún comentario sobre sus generosas ofrendas. Miró con tristeza a los asistentes y asistentes, muchos de los cuales presentaban grandes obsequios de manera ostentosa y satisfecha. En ese momento su semblante se iluminó cuando vio que una viuda pobre se acercaba vacilante, como si temiera ser observada. Cuando los ricos y los altivos pasaron junto a ella para depositar sus ofrendas, ella retrocedió como si apenas se **atrevera** a aventurarse más lejos. Y, sin embargo, su corazón anhelaba hacer algo, por pequeño que fuera, por la causa que amaba. Miró el ácaro que tenía en la mano; era muy pequeño en comparación con los regalos de quienes la rodeaban, pero era todo para ella. Al ver su oportunidad, se apresuró a arrojar sus dos ácaros y se dio la vuelta para batirse en retirada.

Pero al hacerlo captó la mirada de Jesús, que estaba fija en ella con seriedad.

El Salvador llamó a sus discípulos y les pidió que notaran la pobreza de la viuda; y mientras la miraban, palabras de elogio de los labios del Maestro cayeron inesperadamente en sus oídos: “De cierto, de cierto os digo, que esta pobre viuda ha echado más que todos ellos”. Lágrimas de alegría llenaron los ojos de la pobre mujer al sentir que su acto era comprendido y apreciado por Jesús.

Muchos le habrían aconsejado que se apropiara de su pequeña miseria para su propio uso en lugar de entregarla en manos de sacerdotes bien alimentados, para que se perdiera entre los muchos y costosos regalos donados al templo; pero Jesús entendió los motivos de su corazón. Ella creía en el servicio del templo designado por Dios, y estaba ansiosa por hacer todo lo posible para sostenerlo. Hizo lo que pudo, y su acto estaba destinado a ser un monumento a su memoria a través de los tiempos, y su alegría en la eternidad. Su corazón se fue con su donación, cuyo monto se estimó, no por su valor intrínseco, sino por el amor a Dios y el interés por su obra que había motivado la obra.

Es el motivo que da verdadero valor a nuestros actos, y los sella con un alto valor moral o con la ignominia. No son las grandes cosas que todo ojo puede ver y que toda lengua alaba las que **cuentan** para nuestro crédito eterno, sino los pequeños deberes realizados con alegría, los pequeños regalos que no hacen ostentación y que los ojos humanos consideran sin valor. Un corazón de amor y fe genuina en un objeto digno es más aceptable para Dios que el regalo más costoso. La viuda pobre daba su sustento para hacer lo poco que hacía. Se privó de comida para dar esos dos ácaros a la causa que amaba; y lo hizo con fe, creyendo que su Padre Celestial no pasaría por alto su gran necesidad. Fue este espíritu desinteresado y fe inquebrantable lo que ganó el elogio de Jesús.

Muchas almas humildes se sienten en tan grandes obligaciones por recibir la verdad de Dios, que desean grandemente compartir con sus hermanos más prósperos las cargas que les impone el servicio de Dios. Que pongan sus blancas en el banco del Cielo. Las escasas ofrendas de los pobres no deben ser rechazadas; porque si son dadas desde un corazón lleno de amor a Dios, esas bagatelas en valor se convierten en dones consagrados, ofrendas invaluables, que Dios sonríe y bendice.

Jesús dijo de la viuda pobre: “Ella ha dado más que todos”. Los ricos habían dado de su abundancia, muchos de ellos simplemente para ser vistos por los demás y ser honrados por ellos por sus grandes donaciones. No se negaron a sí mismos ninguna de las comodidades o lujos de la vida para hacer su donación, y por lo tanto no fue un sacrificio y no podía compararse en valor real con el óbolo de la viuda.

Capítulo 5—En el atrio exterior

[74]

“Y había entre ellos ciertos griegos que subían a adorar en la fiesta. Este vino, pues, a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le pidió, diciendo: Señor, queremos ver a Jesús. Felipe viene y le dice a Andrés, y de nuevo Andrés y Felipe le dicen a Jesús”.

Estos gentiles fueron excluidos del atrio del templo donde Jesús estaba sentado frente a la tesorería. Habían oído mucho a favor y en contra de Jesús, y estaban deseosos de verlo y escucharlo por sí mismos. No pudieron venir a él, sino que se vieron obligados a esperar en la corte de los gentiles. Mientras los discípulos llevaban el mensaje de los griegos a Jesús y esperaban su respuesta, él parecía estar en un estudio profundo y les respondió: “Ha llegado la hora en que el Hijo del hombre debe ser glorificado. De cierto, de cierto os digo, que si el grano de trigo no cae en tierra y muere, permanece solo; pero si muere, da mucho fruto.” La petición de los griegos de ver a Jesús trajo el futuro ante él. Los judíos habían rechazado al único que podía salvarlos. Pronto empaparían sus manos en su sangre y lo colocarían con ladrones y salteadores. El Salvador, rechazado por la casa de Israel, iba a ser rechazado. Anhelaba con alegría el período en que el muro de separación entre judíos y gentiles sería derribado, y el ancho campo de cosecha sería el mundo.

Jesús consideró a estos griegos como representantes de los gentiles en [75] largo. En ellos discernió las primicias de una abundante cosecha, cuando todas las naciones, lenguas y pueblos sobre la faz de la tierra escucharan las buenas nuevas de la salvación por medio de Cristo. Vio que la reunión de los gentiles seguiría a su muerte cercana. Por lo tanto, presentó a sus discípulos ya la multitud que escuchaba la figura del trigo, para representar cómo su muerte produciría una gran cosecha. Si retrocediera del sacrificio de su vida, permanecería solo, como el grano de trigo que no muere; pero si diera su vida, lo haría, como el grano de trigo

que cayó en tierra, resucita como primicia de la gran cosecha; y él, el Dador de vida, llamaría de las tumbas a los muertos que estaban unidos a él por la fe, y habría una gloriosa cosecha de grano maduro para el granero celestial. En el evangelio de la muerte y resurrección de Cristo, y la resurrección de los muertos, la vida y la inmortalidad salen a la luz, y el reino de los cielos se abre a todos los creyentes.

Después de que Jesús hubo hablado de sus propios sufrimientos y muerte, dijo: “El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo, para vida eterna la guardará. Si alguno me sirve, que me siga; y donde yo estuviere, allí también estará mi siervo. Si alguno me sirve, mi Padre lo honrará”. El Salvador no requiere que sus seguidores viajen por un camino que él mismo no ha pasado. Jesús soportó la vergüenza, el insulto y la privación desde el pesebre hasta el Calvario. Sin embargo, miró más allá de su agonía en el huerto, su traición, los bofetones y flagelaciones, la ignominia de ser [76] clasificado con los malhechores y morir angustiado en la cruz, al glorioso objeto de su misión, y el honor que debía recibir. recibir a la diestra de su Padre, donde sus verdaderos seguidores serían finalmente elevados con él. Todos los que han apreciado la cruz de Cristo y han sido partícipes de sus sufrimientos, abnegando el yo y obedeciendo a Dios, deben ser partícipes con él de su gloria. Los que habían perdido la vida en este mundo por causa de Cristo, la preservarían para la vida eterna. Fue el gozo de Cristo en su humillación y dolor que todos sus verdaderos discípulos fueran glorificados con él en el Cielo.

Entre los principales gobernantes había muchos que estaban convencidos de que Cristo era en verdad el Mesías; pero, frente a los enojados sacerdotes y fariseos, no se atrevieron a confesar su fe, para no ser expulsados de la sinagoga. Amaban más la alabanza de los hombres que la aprobación de Dios; y para salvarse del oprobio y la vergüenza, negaron a Cristo y perdieron su única oportunidad de vida eterna. A esta clase se aplicaron especialmente las palabras de Cristo: “El que ama su vida, la perderá”.

El mensaje de los griegos, que indicaba la ruptura de la pared divisoria entre judíos y gentiles, presentó a Jesús toda su misión, desde el momento en que se decidió por primera vez en el cielo que vendría a la tierra como Redentor del hombre, hasta la muerte que sabía le esperaba en el futuro inmediato. Un misterio

nube parecía envolver al Hijo de Dios. Era una tristeza que sentían aquellos que estaban en contacto cercano con él. Se sentó envuelto en sus pensamientos. Por fin el silencio fue roto por su voz lúgubre: "Ahora está turbada mi alma; y que voy a decir? Padre, sálvame de [77] esta hora; pero por esta causa vine a esta hora." Un presentimiento de su conflicto venidero con los poderes de las tinieblas, debido a la posición que había tomado voluntariamente con respecto a llevar la culpa del hombre caído y tomar sobre sí la ira del Padre a causa del pecado, hizo que el espíritu de Jesús desmayara, y la palidez de la muerte cubrió su rostro.

Recordó la persistencia y la malicia de Satanás, que había disputado audazmente con los ángeles en el cielo que su sentencia era injusta, sosteniendo que no había abnegación con Dios, y que Satanás, al luchar para llevar a cabo sus propósitos y tener los suyos propios. camino, sólo estaba imitando el ejemplo de Dios. Si Dios siguió su propia voluntad perfecta y continuamente, ¿por qué no habrían de hacerlo los primeros hijos creados a su imagen? Con este argumento Satanás engañó a muchos de los santos ángeles. Se quejaba continuamente de la severidad de Dios, así como los hijos a veces se quejan de la severidad de sus padres al impedirles llevar a cabo planes destructivos para el gobierno familiar. En lugar de someterse a la voluntad de Dios, se apartó de la luz de la razón y se opuso a los planes divinos.

En la guerra que siguió, Satanás pareció llevar la ventaja por un tiempo. Podía mentir; Dios no podía mentir. Podía moverse de mil maneras torcidas y engañosas para obtener un objeto deseado; Dios debe seguir el curso directo de la verdad y la justicia.

Por un tiempo Satanás triunfó en una aparente victoria. Pero Dios desenmascararía al enemigo y lo revelaría en su verdadero carácter. Cristo, al tomar la naturaleza del hombre, fue la divinidad revestida de humanidad. Él vino [78] como la luz del mundo, para iluminar y dispersar la densa oscuridad de los engaños de Satanás y revelar sus obras a los hijos de los hombres.

Cristo practicó la más rígida abnegación al resistir las múltiples tentaciones del adversario. Él venció a Satanás en el largo ayuno del desierto, y cuando vino a él como un ángel de luz, ofreciéndole el dominio del mundo a cambio de su adoración; hizo sacrificios que nunca serán requeridos del hombre, ya que el hombre nunca puede alcanzar su carácter exaltado. Toda su vida terrena fue una demostración de perfecta sumisión a la voluntad de su Padre. El curso

de Cristo y la de Satanás presentan el completo contraste de la vida de un obediente con la de un hijo desleal.

El triunfo final de Cristo sobre Satanás sólo podía perfeccionarse mediante la muerte del primero. Abrió así la salvación gratuita para el hombre, tomando sobre sí el estigma de la maldición y, al entregar su preciosa vida, arrebató de la mano de Satanás la última arma con la que podía ganar los reinos del mundo. Entonces el hombre podría ser libre del poder del mal a través de su Salvador Jesucristo.

Mientras el Hijo de Dios meditaba sobre estas cosas, y toda la carga de su misión pasó ante el ojo de su mente, levantó la cabeza y dijo: "Padre, glorifica tu nombre". No consideró un robo ser igual a Dios, y lo invitó a glorificarse en su Hijo. Una respuesta provino de la nube que se había cernido sobre la cabeza de Jesús: "Lo he glorificado y lo glorificaré de nuevo".

Una luz salió disparada de la nube, cuando se escuchó la voz, y rodeó a Cristo, como si los brazos del Poder Infinito lo rodearan como un muro de fuego. El pueblo contemplaba esta escena con terror y asombro. Nadie se atrevió a pronunciar una palabra. Con los labios silenciosos y el aliento contenido, se quedaron con los ojos clavados en Jesús. Habiéndose dado el testimonio de Dios Todopoderoso, la nube se elevó y se esparció en los cielos. La comunión visible entre el Padre y el Hijo terminó para ese tiempo.

Los espectadores ahora comenzaron a respirar más libremente e intercambiar opiniones sobre lo que habían visto y oído. Algunos declararon solemnemente su fe en Jesús como el Hijo de Dios, mientras que otros trataron de explicar la notable escena que acababan de presenciar. "Por tanto, el pueblo que estaba allí y lo oía, decía que tronaba; otros decían: Un ángel le habló." Pero los griegos inquisidores vieron la nube, oyeron la voz, comprendieron su significado y discernieron verdaderamente a Cristo; Jesús se reveló a su entendimiento como el Mesías.

La voz de Dios se había oído en el bautismo de Jesús al comienzo de su ministerio, y nuevamente en su transfiguración en el monte; y ahora, al final de su ministerio, fue escuchado por tercera vez, y en esta ocasión por un mayor número de personas y en circunstancias peculiares. Acababa de pronunciar las verdades más solemnes sobre la condición de los judíos. había hecho su últim

apelación, y pronunció su condenación. El muro de separación entre judíos y gentiles se tambaleaba y estaba a punto de caer a la muerte de Cristo.

Los pensamientos del Salvador ahora regresaron de contemplar el pasado y el futuro. Mientras la gente se esforzaba por explicar lo que habían visto y oído según las impresiones [80] hechas en sus mentes y según la luz que poseían, “ Respondió Jesús y dijo: Esta voz no ha venido por causa mía, sino por vuestra bien.” Fue la evidencia suprema de su Mesianismo, la señal del Padre de que Jesús había dicho la verdad y era el Hijo de Dios. ¿Se alejarían los judíos de este testimonio del alto Cielo?

Una vez habían preguntado al Salvador: ¿Qué señal nos muestras para que veamos y creamos? Se habían dado innumerables señales a lo largo del ministerio de Cristo; sin embargo, habían cerrado los ojos y endurecido el corazón para no ser convencidos. El milagro culminante de la resurrección de Lázaro no eliminó su incredulidad, sino que los llenó de mayor malicia; y ahora que el Padre había hablado, y ya no podían pedir más señal, sus corazones no se ablandaron y todavía se negaban a creer.

Jesús ahora reanudó su discurso donde lo había dejado: “Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré hacia mí. Esto dijo, dando a entender de qué muerte había de morir.” En el acto de Cristo muriendo por la salvación del hombre, el Cielo no sólo se hizo accesible al hombre, sino que Dios y su Hijo fueron justificados ante todo el Cielo al tratar con la rebelión de Satanás, y en su expulsión. La mancha que Satanás había puesto sobre el Cielo mismo iba a ser así limpiada; y ningún pecado podría jamás entrar allí por toda la eternidad.

Los santos ángeles y todas las inteligencias creadas de los mundos donde el pecado no había entrado respondieron con aleluyas a la sentencia judicial pronunciada sobre Satanás, aplaudiendo el acto de Cristo que quitó [81] la hipoteca que Satanás tenía sobre las almas de los hombres. Los santos ángeles, así como los que son lavados por la sangre de Cristo, son atraídos a él por su acto culminante de dar su vida por los pecados del mundo. Cristo, al ser levantado en la cruz para morir, abrió el camino de la vida tanto a judíos como a gentiles, a todas las naciones, lenguas y pueblos.

¡Ay de los judíos altivos que no supieron el día de su visitación ! Lentamente y con pesar, Cristo, con sus discípulos, abandonó para siempre el recinto del templo.

* * * * *

Capítulo 6—La Cena de la Pascua

Los escribas y los sacerdotes ahora consultaron juntos cómo podrían llevar a Jesús sin levantar un tumulto entre la gente; porque muchos de los que presenciaron sus prodigios creyeron que era el profeta del Altísimo, y se habrían indignado mucho ante cualquier atentado contra su libertad. Así que los dignatarios decidieron que la violencia abierta no sería una buena política, pero que la traición debe cumplir su propósito.

Judas, uno de los doce, propuso secretamente entregar a Jesús en sus manos, llevándolos a uno de los lugares de descanso del Salvador para la oración y el retiro. En este lugar tranquilo podrían asegurarse de su presa, porque no habría multitud que se les opusiera. Judas, siempre codicioso [82] de ganancias, hizo un contrato con los sacerdotes y gobernantes para entregar a su Maestro en sus manos por treinta piezas de plata. El Señor de la vida y la gloria fue vendido a la ignominia y la muerte por uno de sus discípulos por una ínfima suma de dinero.

El corazón de Judas no se había vuelto repentinamente tan bajo y corrupto. Su amor por las riquezas, como cualquier vicio que no se controla, se había fortalecido día a día, hasta que desequilibró su amor por el Salvador, y se convirtió en un ídola. Su mente se había degradado por la codicia; y un hombre que está esclavizado por la avaricia está en peligro de llegar a cualquier extremo en el crimen.

Judas, con el resto de los doce, había tenido el privilegio de escuchar las enseñanzas de Jesús y de presenciar sus actos de sacrificio en beneficio de los hombres. Había notado su tolerancia y paciencia; que cuando estaba cansado, hambriento y presionado por la multitud de pobres y afligidos, se compadeció de sus gritos y no rechazó a nadie sin alivio. Judas lo había visto hacer milagros al dar salud a los moribundos y alegría a los desesperados. Él mismo había sentido en su persona las evidencias de su poder divino. Pero cuando los hombres rechazan la luz y siguen ciegamente sus inclinaciones naturales, son conducidos a la oscuridad y los hechos más claros son ignorados. Judas era naturalmente avaro,

y había fomentado esta mala propensión hasta que se convirtió en el motivo principal de su vida.

Vemos con horror la traición de Judas; pero su caso representa a una gran clase que desfila bajo el estandarte de Cristo, pero que en realidad son sus peores enemigos. Solo adoran a sí mismos y al dinero, y [83] usan el nombre de cristiano como un manto para ocultar sus malas acciones. Venden su integridad por dinero y su Salvador por una pequeña ventaja mundana.

Después de que Judas hubo cerrado el contrato por el cual aceptó ser entregado a su Maestro en manos de aquellos que tenían sed de su vida, se mezcló con los otros discípulos como si fuera inocente e interesado en el trabajo de preparación para la pascua. El traidor pensó que sus viles propósitos estaban ocultos a su Maestro, aunque cada día proporcionaba nuevas pruebas de que los pensamientos y las intenciones de todos los corazones estaban abiertos para él.

Jesús se encontró con sus discípulos en el aposento alto, y pronto se dieron cuenta de que algo le preocupaba mucho. Finalmente, con una voz de tristeza conmovedora, se dirigió a ellos de esta manera: “Con mucho deseo he deseado comer esta pascua con ustedes antes de sufrir”. Claramente previó los eventos que iban a ocurrir en el futuro cercano. Su corazón se retorció de dolor al contemplar la ingratitud y la crueldad de aquellos a quienes había venido a salvar, y vio representado ante él el terrible destino que les esperaba en consecuencia.

Las entrevistas entre Jesús y sus discípulos solían ser momentos de serena alegría, muy apreciados por todos ellos. Las cenas pascales habían sido escenarios de especial interés; pero en esta ocasión Jesús estaba turbado en espíritu, y sus discípulos se compadecieron de su dolor aunque no sabían la causa. Esta fue virtualmente la última pascua que jamás se celebraría; porque el tipo se encontraría con el antitipo en la muerte del Cordero de Dios por los pecados del mundo. Cristo iba a recibir pronto su pleno bautismo de sufrimiento; pero las pocas horas tranquilas [84] entre él y Getsemaní debían ser gastadas en beneficio de sus discípulos.

“Y él les dijo: Con gran deseo he deseado comer esta pascua con vosotros antes que padezca; porque os digo que no la comeré más, hasta que se cumpla en el reino de Dios. Y tomó la copa, y dio gracias, y dijo: Tomad esto, y repartidlo entre vosotros; porque os digo que no beberé del fruto

de la vid, hasta que venga el reino de Dios. Y tomó pan, y dio gracias, y lo partió, y les dio, diciendo: Esto es mi cuerpo que por vosotros es entregado; haced esto en memoria mía. Asimismo también la copa después de la cena, diciendo: Esta copa es el Nuevo Testamento en mi sangre, que por vosotros se derrama". En esta última pascua se instituyó la cena del Señor.

Jesús, con su ejemplo, dio entonces a sus discípulos una lección de humildad. Habiéndose ceñido como un siervo, lavó los pies de sus discípulos, conversando con ellos mientras tanto con solemne ternura. Él, el Hijo inmaculado de Dios, se inclinó para lavar los pies de sus seguidores, como una de las últimas muestras de su amor por ellos.

Cuando hubo terminado la tarea, les dijo: "¿Sabéis lo que os he hecho? Me llamáis Maestro y Señor; y decís bien; porque así soy. Pues si yo, vuestro Señor y Maestro, os he lavado los pies, vosotros también debéis lavaros los pies unos a otros; porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, hagáis."

Había surgido una disputa entre los discípulos de Jesús en cuanto a quién debería ser más honrado en su reino; porque a pesar de la instrucción expresa que tantas veces habían recibido de lo contrario, [85] se habían aferrado a la idea de que Jesús establecería un reino temporal en Jerusalén; y las últimas demostraciones al entrar en la ciudad, y la manera en que los había recibido, revivieron esta creencia en sus mentes. Jesús había refrenado sus aspiraciones de honor, y ahora fortaleció la lección con un acto de humildad y amor, calculado para impresionarlos con un sentido de sus obligaciones mutuas, y que en lugar de pelear por el lugar, cada uno debe considerar a los demás como mejores que ellos. él mismo.

Cuando los discípulos se sentaron en la pascua con su amado Maestro, observaron que todavía parecía muy preocupado y deprimido. Una nube se posó sobre todos ellos, una premonición de alguna terrible calamidad, cuyo carácter no entendían. Mientras comían en silencio, Jesús dijo: "De cierto os digo que uno de vosotros me entregará". Asombro y consternación se apoderaron de ellos ante estas palabras. No podían comprender cómo alguno de ellos podía tratar con traición a su divino Maestro. ¿Por qué motivo podrían traicionarlo, ya quién? ¡Cuyo corazón podría dar a luz tal diseño! Seguramente ninguno de los doce favorecidos que habían tenido el privilegio sobre todos los demás de escuchar sus enseñanzas y que habían experimentado su maravilloso amor,

¡y por quienes había mostrado un gran respeto al ponerlos en íntima comunión con él!

Cuando se dieron cuenta de la importancia total de sus palabras y recordaron cuán ciertos eran sus dichos, un miedo repentino y la desconfianza en sí mismos se apoderaron de ellos. Comenzaron a examinar sus propios corazones para asegurarse de que algún pensamiento en contra del Maestro encontrara alojamiento allí. Con los sentimientos más dolorosos, uno tras otro preguntaban: "Señor, ¿soy yo?" Pero Judas se sentó en silencio. Juan, en profunda angustia, preguntó por fin: ¿Quién es, Señor? y Jesús respondió: "El que moja su mano conmigo en el plato, ése me entregará. El Hijo del hombre se va, como está escrito de él, pero ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre es entregado! bueno le hubiera sido a ese hombre no haber nacido." Los discípulos se habían mirado los rostros de cerca mientras preguntaban: "Señor, ¿soy yo?" y ahora el silencio de Judas atrajo todas las miradas hacia él. En medio de la confusión de preguntas y las expresiones de asombro, Judas no había oído las palabras de Jesús en respuesta a la pregunta de Juan. Pero ahora, para escapar del escrutinio escrutador de los discípulos, preguntó como lo habían hecho ellos: "Maestro, ¿soy yo?" Jesús respondió con acento solemne: "Tú lo has dicho". Confundido y vencido por el descubrimiento inesperado de su crimen, Judas se levantó apresuradamente para salir de la habitación; pero al salir, Jesús

Hubo una paciencia conmovedora manifestada en el trato de Jesús con Judas. Evidenciaba una misericordia infinita, dándole una oportunidad más de arrepentimiento, mostrándole que todos sus pensamientos y propósitos eran plenamente conocidos por el Hijo de Dios. Se dignó dar una prueba final y convincente de su divinidad a Judas antes de la consumación de su traición, para que pudiera apartarse de su propósito antes de que el arrepentimiento fuera demasiado tarde. Pero Judas, aunque sorprendido y alarmado, no se movió al arrepentimiento. Solo se asentó más firmemente en su plan cuando se hizo evidente el descubrimiento de su culpa. Salió y procedió a llevar a cabo la obra que se había comprometido a hacer.

[87] El propósito del Salvador al pronunciar el ay sobre Judas era doble: primero, dar al falso discípulo una última oportunidad para salvarse a sí mismo de la condenación del traidor; y, en segundo lugar, dar a los discípulos una evidencia suprema de su Mesianismo, al revelar el propósito oculto de Judas. Dijo Jesús: "No hablo de todos vosotros; Yo sé a quién he elegido; mas para que se cumpla la Escritura: El que

come pan conmigo, ha levantado contra mí su calcañar. Ahora os digo antes que suceda, para que cuando suceda, creáis que yo soy”.

Si Jesús hubiera permanecido en silencio, en aparente ignorancia de lo que le iba a ocurrir, podría haber quedado en la mente de sus discípulos la impresión de que su Maestro no tenía previsión divina y había sido engañado, sorprendido y entregado en manos de un turba asesina. Un año antes, Jesús les había dicho a sus discípulos que había escogido a doce, pero que uno era un diablo; y ahora sus palabras a Judas con motivo de la pascua, mostrando que esta traición era plenamente conocida por su Maestro, fortalecería la fe de sus verdaderos seguidores durante su humillación. Y cuando Judas hubiera llegado a su terrible fin, recordarían el ay que Jesús había pronunciado sobre el traidor.

La retirada de Judas fue un alivio para todos los presentes. El rostro del Salvador se iluminó de inmediato, y la sombra opresiva se disipó de los discípulos, al ver que la paz del Cielo volvía al rostro pálido y desgastado de su Señor. Jesús tenía mucho que decir a sus amados discípulos que no deseaba decir en presencia de la multitud, que no podía comprender las sagradas verdades que estaba a punto de revelar. Incluso los discípulos no pudieron entenderlos completamente hasta [88] después de que la resurrección debería haber tenido lugar.

Mirando a sus fieles seguidores, Jesús dijo: “Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, Dios también lo glorificará en sí mismo, y luego lo glorificará”. Luego les informó de su próxima separación de ellos. El ardiente Pedro no podía descansar mientras el asunto permaneciera en la incertidumbre. Él preguntó: “Señor, ¿adónde vas?”. Jesús respondió: “Donde yo voy, tú no me puedes seguir ahora; pero tú me seguirás después.” Pero el interés de Pedro se despertó intensamente e instó a Jesús a explicar su significado completo, diciendo: “Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Yo daré mi vida por tu causa.”

Jesús respondió con tristeza: “¿Darías tu vida por mí? De cierto, de cierto te digo, que el gallo no cantará hasta que me hayas negado tres veces.” Entonces, mirando con amor misericordioso a su pequeño rebaño, que pronto se quedaría sin pastor, trató de distraer sus mentes de la perplejidad en la que sus declaraciones los habían sumido, y dijo con ternura: “No se turbe vuestro corazón; S.M

creed en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si no fuera así te lo hubiera dicho. Voy a preparar un lugar para ti. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré conmigo; para que donde yo estoy, vosotros también estéis. Y sabéis adónde voy, y el camino que sabéis.

Con el más profundo interés, Jesús derramó la carga de su alma en palabras de consuelo, de consejo y de oración, que quedarían siempre impresas en la mente y el corazón de sus discípulos. Estas [89] palabras de los labios del Salvador, trazadas por el inspirado Juan en los capítulos quince, dieciséis y diecisiete, fueron repetidas una y otra vez por los discípulos para detener sus corazones hundidos en su gran desilusión y prueba. Sin embargo, no fue sino hasta después de la resurrección que se entendieron y apreciaron plenamente las palabras pronunciadas en esta memorable ocasión. Pero las verdades pronunciadas por el Redentor en ese aposento alto se han extendido a partir del testimonio de los discípulos por todas las tierras, y vivirán a través de todas las edades para consolar los corazones de los abatidos y dar paz y esperanza a miles de creyentes.

Jesús con sus discípulos salió ahora del aposento alto y cruzó el arroyo Cedrón. El dolor y la angustia volvieron a oprimir pesadamente su corazón. Con conmovedora tristeza se dirigió a sus compañeros: “Todos vosotros os sentiréis ofendidos por mí esta noche; porque escrito está: Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas. Pero después de que yo haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea”. Pedro, nuevamente ansioso por asegurarle a su Maestro su fidelidad, dijo: “Aunque todos se ofendan, yo no”. Jesús, reprendiendo su confianza como antes, dijo: “De cierto te digo que hoy, en esta noche, antes que el gallo cante dos veces, me negarás tres veces”. Pero Pedro sólo “habló con más vehemencia: Si muero contigo, no te negaré de ninguna manera. Asimismo también dijeron todos ellos.”

Jesús ahora se dirigió con sus discípulos al jardín de Getsemaní, al pie del monte de los Olivos, un lugar retirado que había visitado a menudo para tiempos de comunión con su Padre.

Era de noche; pero la luna brillaba intensamente y le reveló [90] una vid floreciente. Llamando la atención de los discípulos, dijo: “Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador.

Todo sarmiento que en mí no da fruto, él lo quita; y toda rama que da fruto, la limpia, para que dé más fruto.”

La nación judía era una rama sin fruto y, por lo tanto, debía ser separada de la vid viva, que era Cristo Jesús. Los gentiles debían ser injertados en el tallo, para convertirse en una rama viva, partícipe de la vida que nutrió la vid verdadera. Esta rama debía ser podada para que pudiera ser fructífera. En vista de su separación de sus discípulos, Jesús ahora los exhortó a unirse firmemente a él por la fe, para que pudieran llegar a ser parte de la vid viva y llevar una rica cosecha de frutos. “Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede dar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid; no podéis más vosotros, a menos que permanecáis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí, y yo en él, ése lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.”

Cuando el pecador se ha arrepentido de sus pecados y se une a Cristo, como el pámpano se injerta en la vid, la naturaleza del hombre cambia y es partícipe de la naturaleza divina. Ama las cosas que Cristo ama y odia lo que él odia. Sus deseos están en armonía con la voluntad de Dios. Atesora las palabras de Cristo, y ellas permanecen en él. El principio dador de vida del Salvador se comunica al cristiano. Del mismo modo, el pequeño vástago, sin hojas y aparentemente sin vida, se injerta en la vid viva y, fibra a fibra, vena a vena, bebe vida y fuerza de ella, hasta que [91] se convierte en una rama floreciente del tallo principal.

Todavía les recalcó la importancia de llevar adelante la obra que había comenzado y dar fruto para la gloria de Dios: “No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os he escogido a vosotros y os he ordenado que vayáis y deis a luz fruto, y que vuestro fruto permanezca; para que todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, os lo conceda.” Los discípulos fueron los depositarios elegidos de la verdad de Dios. Fueron testigos del reconocimiento de Jesús por el Padre como Hijo de Dios. Habían contemplado sus milagros, oído sus enseñanzas, y les correspondía dar el mensaje de salvación al mundo, para que por medio de su testimonio los hombres pudieran asirse de Cristo mediante una fe viva. Así los discípulos darían fruto para la gloria de Dios.

Jesús aseguró a sus discípulos que en ningún caso los abandonaría, sino que se revestiría de poder y se convertiría en su Abogado a la diestra del Padre, para presentar las peticiones que le hicieran en el nombre de su Hijo. Los discípulos entonces no comprendieron completamente

las palabras de su Maestro, pero más tarde en su experiencia religiosa atesoraron la preciosa promesa y presentaron sus oraciones al Padre en el nombre de Jesús.

Jesús advirtió a sus discípulos que no esperaran el elogio del mundo. Dijo él: “Si el mundo os odia, sabéis que me ha odiado a mí antes que a vosotros. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo suyo; mas porque no sois del mundo, antes yo os elegí del mundo, por eso el mundo os aborrece.” Los que son [92] del mismo espíritu que el mundo reciben sus sonrisas y su aprobación; pero los humildes discípulos de Jesús sufrirían escarnio y persecución. Jesús declaró que debían ser llevados ante reyes y gobernantes por causa de su nombre, y cualquiera que destruyera sus vidas sería tan engañado por Satanás que pensaría que estaba sirviendo a Dios. Toda indignidad y crueldad que el ingenio del hombre pudiera concebir recaería sobre los seguidores de Cristo. Pero en todas sus pruebas debían recordar que su Maestro había soportado semejante oprobio y sufrimiento. Debían recordar sus palabras: “El siervo no es mayor que su Señor. Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros; si han guardado mi palabra, también guardarán la tuya . Pero todo esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me envió.”

Los discípulos debían seguir valientemente las huellas del Salvador, manteniendo a la vista el premio de la vida eterna y ganando almas para Cristo. Incluso la oposición que iban a encontrar desarrollaría elementos firmes de carácter y virtudes brillantes. La fe, la paciencia y la confianza en Dios son el fruto perfecto que florece y madura mejor a la sombra de la adversidad.

Jesús expuso cuidadosamente ante sus discípulos los acontecimientos que seguirían a su muerte, para que cuando los alcanzara la persecución, pudieran estar preparados para soportarla y no caer en la tentación de apostatar de su fe para evitar el sufrimiento y la deshonra. Los guió gentilmente para que entendieran los grandes temas que iban a presentar al mundo. Les recalcó la importancia de su posición como [93] aquellos que habían sido testigos de las maravillosas manifestaciones de Dios a su Hijo, que habían contemplado los milagros de Cristo y recibido sus palabras de sabiduría. Dijo él: “Vosotros también daréis testimonio, porque habéis estado conmigo desde el principio”. La historia de aquellos discípulos,

y la evidencia que debían registrar, sería el estudio de las mentes pensantes a través de todas las épocas.

Jesús declaró claramente a los discípulos que había dejado la presencia de su Padre para venir al mundo, y que ahora estaba a punto de dejar el mundo y regresar a su Padre; pero se abstuvo de llenar sus mentes y confundir su entendimiento. Dijo él:

“Tengo muchas cosas que deciros; pero ahora no los podéis soportar.

Jesús sabía que no eran lo suficientemente fuertes para escuchar todas las maravillosas verdades relativas a su humillación y muerte. Después de su resurrección estarían mejor capacitados para comprenderlos y apreciarlos.

Jesús ahora tenía poco tiempo para consolar e instruir su pequeño grupo de seguidores. Su consejo de despedida fue rico en simpatía y verdad. Excesivamente preciosos para sus discípulos fueron esos últimos momentos pasados con su amado Maestro. Como un sumo sacerdote consagrado, ahora derramó la carga de su alma a su Padre en una petición por su iglesia como los ángeles nunca antes habían oído.

Esta oración fue profunda y plena, ancha como la tierra y llegando al alto Cielo. Con su brazo humano rodeó a los hijos de Adán en un firme abrazo; y con su fuerte brazo divino asió el trono del Infinito, uniendo así la tierra al Cielo, y el hombre finito al Dios infinito.

[94]

Capítulo 7—En el jardín

El Redentor, en compañía de sus discípulos, se dirigió lentamente al jardín de Getsemaní. La luna pascual, ancha y llena, brillaba en un cielo sin nubes. La ciudad de las tiendas de los peregrinos quedó en silencio.

Jesús había estado conversando fervientemente con sus discípulos e instruyéndolos ; pero a medida que se acercaba a Getsemaní se volvió extrañamente silencioso. Sus discípulos estaban perplejos y miraban ansiosamente su rostro, esperando leer allí una explicación del cambio que se había producido en su Maestro. Con frecuencia lo habían visto deprimido, pero nunca antes tan absolutamente triste y silencioso. A medida que avanzaba, esta extraña tristeza aumentaba; sin embargo, no se atrevieron a preguntarle sobre Su forma se tambaleaba como si estuviera a punto de caer, Sus discípulos buscaban ansiosamente su lugar habitual de retiro, para que su Maestro pudiera descansar.

Al entrar en el jardín, dijo a sus compañeros: "Siéntense aquí, mientras yo voy y oro allá". Seleccionando a Peter, James y John para que lo acompañaran, se adentró más en los rincones del jardín. Se había acostumbrado a preparar su espíritu para la prueba y el deber con la oración ferviente en este retiro, y con frecuencia había pasado toda la noche así. En estas ocasiones, sus discípulos, después de un breve período de vigilia y oración, dormían tranquilos a poca distancia de su Maestro hasta que Él los despertaba por la mañana para salir [95] y trabajar de nuevo. Así que, este acto de Jesús no suscitó comentarios de sus compañeros.

Cada paso que dio ahora el Salvador fue laborioso. Gimió en voz alta como si sufriera bajo la presión de una carga terrible; sin embargo, se abstuvo de asustar a sus tres discípulos elegidos con una explicación completa de la agonía que iba a sufrir. En dos ocasiones sus compañeros impidieron que cayera al suelo. Jesús sintió que debía estar aún más solo, y dijo a los tres favorecidos: "Mi alma está muy triste, hasta la muerte; Quedaos aquí y velad conmigo. Sus discípulos nunca antes lo habían oído pronunciar ta

tonos lúgubres. Su cuerpo estaba convulsionado por la angustia, y su pálido semblante expresaba un dolor más allá de toda descripción.

Se alejó un poco de sus discípulos, no tan lejos que no pudieran verlo ni oírlo, y cayó postrado con el rostro en el suelo frío. Fue dominado por un miedo terrible de que Dios estaba quitando su presencia de él. Se sintió separado de su Padre por un abismo de pecado, tan ancho, tan negro y profundo que su espíritu se estremeció ante él. Se aferró convulsivamente al suelo frío e insensible como para evitar que lo alejaran aún más de Dios. El rocío helado de la noche cayó sobre su cuerpo postrado, pero el Redentor no hizo caso. De sus labios pálidos y convulsos brotaba el amargo clamor: "Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú."

No fue el temor del sufrimiento físico que pronto iba a soportar lo que provocó esta agonía sobre el Hijo de Dios. Estaba soportando el castigo de la transgresión del hombre y temblando bajo el ceño fruncido del Padre. No debe llamar en su ayuda a su divinidad, sino que, como hombre, debe cargar con las consecuencias del pecado del hombre y del descontento del Creador hacia sus súbditos desobedientes. Al sentir rota su unidad con el Padre, temió que su naturaleza humana no pudiera soportar el conflicto venidero con el príncipe del poder de las tinieblas; y en ese caso la raza humana se perdería irremediablemente, Satanás sería el vencedor y la tierra sería su reino. Los pecados del mundo pesaron pesadamente sobre el Salvador y lo inclinaron a tierra; y la ira del Padre a consecuencia de ese pecado parecía aplastar su vida.

En el conflicto de Cristo con Satanás en el desierto de la tentación estaba en juego el destino de la raza humana. Pero Cristo fue vencedor, y el tentador lo dejó por un tiempo. Ahora había regresado para el último y temible conflicto. Satanás se había estado preparando para esta prueba final durante los tres años del ministerio de Cristo. Todo estaba en juego con él. Si fallaba aquí, su esperanza de dominio se perdería; los reinos de la tierra finalmente pasarían a ser de Cristo, quien "ataría al hombre fuerte" (Satanás) y lo expulsaría.

Durante esta escena de la angustia del Salvador, los discípulos al principio se turbaron mucho al ver a su Maestro, generalmente tan tranquilo y digno, luchando con un dolor que excedía toda expresión; pero estaban cansados y finalmente se quedaron dormidos, dejándolo solo para agonizar. A

Al cabo de una hora, Jesús, sintiendo la necesidad de la simpatía humana, se levantó con penoso esfuerzo y se dirigió tambaleándose al lugar donde había dejado a sus [97] compañeros. Pero ningún semblante comprensivo lo saludó después de su larga lucha; los discípulos estaban profundamente dormidos. ¡Ay! si se hubieran dado cuenta de que esta era su última noche con su amado Maestro mientras vivió como hombre sobre la tierra, si hubieran sabido lo que le traería el mañana, difícilmente habrían cedido al poder del sueño.

La voz de Jesús los despertó parcialmente. Percibieron su forma inclinada sobre ellos, su expresión y actitud indicaban un agotamiento extremo. Apenas reconocieron en su semblante cambiado el rostro habitualmente sereno de su Maestro. Señalando a Simón Pedro, se dirigió a él: “Simón, ¿duermes? ¿No pudiste velar una hora? ¡Vaya! Simón, ¿dónde está ahora tu jactanciosa devoción? ¡Tú, que declaraste recientemente que podías ir con tu Señor a la prisión o a la muerte, lo dejaste en la hora de su agonía y tentación, y buscaste reposo en el sueño!

Juan, el discípulo amoroso que se había reclinado sobre el pecho de Jesús, también dormía. Seguramente, el amor de Juan por su Maestro debería haberlo mantenido despierto. Sus fervientes oraciones deberían haberse mezclado con las de su amado Salvador en el tiempo de su supremo dolor. El abnegado Redentor había pasado noches enteras en las frías montañas o en los bosques, orando por sus discípulos, para que su fe no les fallara en la hora de su tentación. ¿Debería Jesús hacerle ahora a Santiago y a Juan la pregunta que les había hecho una vez: “¿Podéis beber de la copa que yo bebo? y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? no se habrían atrevido a responder: “Podemos”.

[98] La evidencia de la debilidad de sus discípulos excitó la piedad y la simpatía del Hijo de Dios. Cuestionó su fuerza para soportar la prueba que deben pasar al presenciar su traición y muerte. No los reprendió severamente por su debilidad, sino que, en vista de la prueba que se avecinaba, los exhortó: “Velad y orad, para que no entréis en tentación”. Entonces, su espíritu moviéndose en simpatía con la fragilidad de ellos, formó una excusa por su incumplimiento del deber para con él: “El espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil”.

De nuevo el Hijo de Dios fue presa de una agonía sobrehumana y, desmayado y exhausto, volvió tambaleándose al lugar de su lucha anterior. Nuevamente fue postrado a tierra. Su sufrimiento fue

incluso mayor que antes. Los cipreses y las palmeras fueron los mudos testigos de su angustia. De sus frondosas ramas caía un espeso rocío sobre su cuerpo afligido, como si la naturaleza llorara por su Autor luchando solo con los poderes de las tinieblas.

Unas horas antes, Jesús se había parado como un poderoso cedro, soportando la tormenta de oposición que descargaba su furia sobre él. Voluntades obstinadas y corazones llenos de malicia y sutileza se esforzaron en vano por confundirlo y dominarlo. Se destacó en majestad divina como el Hijo de Dios. Pero ahora era como una caña cascada golpeada y torcida por la furiosa tormenta. Poco tiempo antes, había derramado su alma sobre sus discípulos con nobles expresiones, reclamando la unidad con el Padre y entregando a su iglesia elegida en sus brazos en el lenguaje de quien tenía autoridad divina. Ahora su voz profirió gemidos reprimidos de angustia, y se aferró al frío suelo como buscando alivio.

Las palabras del Salvador fueron llevadas a los oídos de los adormecidos [99] discípulos: "Padre mío, si esta copa no puede pasar de mí sin que yo la beba, hágase tu voluntad". La angustia del amado Hijo de Dios hizo brotar gotas de sangre de sus poros. De nuevo se puso en pie tambaleándose, su corazón humano anhelando la simpatía de sus compañeros, y se dirigió a donde dormían sus discípulos. Su presencia los despertó y miraron su rostro con miedo, porque estaba manchado de sangre y expresaba una agonía mental que para ellos era inexplicable.

No volvió a dirigirse a ellos, sino que, dándose la vuelta, buscó de nuevo su retirada y cayó postrado, vencido por el horror de una gran oscuridad. La humanidad del Hijo de Dios tembló en esa hora de prueba. Había llegado el terrible momento que iba a decidir el destino del mundo. Las huestes celestiales esperaban la emisión con intenso interés. El destino de la humanidad temblaba en la balanza. El Hijo de Dios podría incluso entonces negarse a beber la copa asignada a los hombres culpables. Podría enjugarse el sudor de sangre de su frente y dejar que los hombres perecieran en su iniquidad. ¿Beberá el Hijo del Dios Infinito la amarga poción de la humillación y la agonía? ¿Sufrirán los inocentes las consecuencias de la maldición de Dios, para salvar a los culpables? Las palabras brotan temblorosas de los pálidos labios de Jesús: "Padre mío, si esta copa no pasa de mí sin que yo la beba, hágase tu voluntad".

Tres veces ha pronunciado esa oración. Tres veces se ha encogido la humanidad ante el último sacrificio supremo. Pero ahora la historia de la

raza humana se presenta ante el Redentor del mundo. Él ve que [100] los transgresores de la ley, si se los deja solos, deben perecer bajo el desagrado del Padre. Ve el poder del pecado y la total impotencia del hombre para salvarse a sí mismo. Las aflicciones y lamentaciones de un mundo condenado surgen ante él. Contempla su destino inminente y toma su decisión. Él salvará al hombre a cualquier costo para sí mismo.

Él acepta su bautismo de sangre, para que millones que perecen a través de él obtengan la vida eterna. Dejó los atrios del Cielo, donde todo era pureza, felicidad y gloria, para salvar a la única oveja perdida, al único mundo caído por la transgresión, y no se apartará de la misión que había escogido. Llegará hasta lo más profundo de la miseria para rescatar una raza perdida y arruinada.

Habiendo tomado la decisión y llegado a la crisis final, cayó en estado de muerte a la tierra de la que se había levantado parcialmente. ¿Dónde estaban ahora sus discípulos, para colocar sus manos tiernamente debajo de la cabeza de su Maestro desfalleciente, y bañar esa frente, en verdad estropeada más que los hijos de los hombres? El Salvador pisó el lagar solo, y de todo el pueblo nadie estaba con él. Y, sin embargo, no estaba solo. Él había dicho: "Yo y mi Padre uno somos". Dios sufrió con su Hijo. El hombre no puede comprender el sacrificio hecho por el Dios infinito al entregar a su Hijo al oprobio, la agonía y la muerte. Esta es la evidencia del amor ilimitado del Padre por el hombre.

Los ángeles que hicieron la voluntad de Cristo en el Cielo estaban ansiosos por consolarlo; pero estaba más allá de su poder aliviar su dolor. Nunca habían sentido los pecados de un mundo arruinado, y contemplaron con asombro el objeto de su adoración sujeto a un dolor más allá [101] de toda expresión. Aunque los discípulos habían fallado en simpatizar con su Señor en la hora de prueba de su conflicto, todo el Cielo estaba lleno de simpatía y esperaba el resultado con doloroso interés. Cuando finalmente se determinó, un ángel fue enviado desde el trono de Dios para ministrar al Redentor herido.

Los discípulos fueron repentinamente despertados de su sueño por una luz brillante que brillaba sobre y alrededor del Hijo de Dios. Se sobresaltaron con asombro y vieron a un ser celestial, vestido con vestiduras de luz, inclinado sobre su Maestro postrado. Con la mano derecha levantó la cabeza del divino doliente sobre su pecho, y con la izquierda señaló hacia el Cielo. Su voz era como la música más dulce, mientras pronunciaba palabras tranquilizadoras que presentaban a la mente

de Cristo los grandes resultados de la victoria que había obtenido sobre el enemigo fuerte y astuto. Cristo fue vencedor sobre Satanás; y, como resultado de su triunfo, millones serían victoriosos con él en su reino glorificado.

Bienaventurado fue para los hijos de los hombres que la misión del ángel no fuera notificar al Salvador que su oración repetida tres veces: Pase de mí esta copa, había sido concedida. Entonces, de hecho, los discípulos podrían haber seguido durmiendo, encerrados en el sueño de la desesperación sin esperanza. Pero el ángel fue enviado del Cielo para ayudar al Redentor a beber la copa que le fue presentada. El lenguaje de su oración ahora fue cambiado; con espíritu de sumisión oró: "Si esta copa no pasa de mí sin que yo la beba, hágase tu voluntad". Una serenidad celestial descansaba ahora sobre el rostro pálido y ensangrentado del Salvador.

La gloriosa visión del ángel deslumbró los ojos de los discípulos. Recordaron el monte de la transfiguración, la gloria que [102] rodeó a Jesús en el templo, y la voz de Dios saliendo de la nube. Ellos vieron la misma gloria aquí revelada, y no temieron más por su Maestro, ya que Dios lo había tomado a cargo y un ángel estaba presente para protegerlo de sus enemigos. Estaban cansados y pesados por el sueño, y de nuevo cayeron en la inconsciencia.

El Salvador del mundo se levantó y buscó a sus discípulos y, por tercera vez, los encontró profundamente dormidos. Los miró con tristeza. Sus palabras, sin embargo, los despertaron: "Duerman ahora y descansen; he aquí, la hora está cerca, y el Hijo del hombre es entregado en manos de los pecadores."

Mientras estas palabras estaban en sus labios, se escucharon los pasos de la multitud que lo buscaba. Judas tomó la delantera y fue seguido de cerca por el sumo sacerdote. Jesús se volvió hacia sus discípulos, mientras sus enemigos se acercaban, y dijo: "Levántense, vamos; he aquí, se acerca el que me entregará." El semblante del Salvador tenía una expresión de serena dignidad; no se veían rastros de su reciente agonía cuando salió al encuentro de su traidor.

Se puso delante de sus discípulos y preguntó: "¿A quién buscáis?" Ellos respondieron: "Jesús de Nazaret". Jesús respondió: "Yo soy". Al pronunciar estas palabras, la multitud retrocedió tambaleándose; y los sacerdotes, los ancianos, los soldados y hasta Judas, cayeron impotentes al suelo. Esto le dio a Jesús amplia oportunidad de escapar de ellos si así lo hubiera elegido. Pero él se mantuvo como uno glorificado en medio de esa tosca y

[103] banda endurecida. Cuando Jesús respondió: “Yo soy”, el ángel que últimamente le había servido se interpuso entre él y la multitud asesina, que vio una luz divina que iluminaba el rostro del Salvador y una forma de paloma que lo cubría. Sus malvados corazones se llenaron de terror. Ni por un momento pudieron ponerse de pie en presencia de esta gloria divina, y cayeron al suelo como muertos.

El ángel se retiró; la luz se desvaneció; Jesús se quedó de pie, tranquilo y dueño de sí mismo, con los brillantes rayos de la luna sobre su rostro pálido, y todavía rodeado de hombres postrados e indefensos, mientras los discípulos estaban demasiado asombrados para pronunciar una palabra. Cuando el ángel partió, los soldados romanos se pusieron en pie de un salto y, con los sacerdotes y Judas, se reunieron alrededor de Cristo como avergonzados de su debilidad y temerosos de que todavía se escaparía de su poder. Nuevamente el Redentor hizo la pregunta: “¿A quién buscáis?” De nuevo respondieron: “Jesús de Nazaret”. Entonces el Salvador dijo: “Os he dicho que yo soy. Si, pues, me buscáis a mí, dejad ir a éstos”—señalando a los discípulos. En esta hora de humillación, los pensamientos de Cristo no eran para sí mismo, sino para sus amados discípulos.

Deseaba salvarlos de cualquier nueva prueba de su fuerza.

Judas, el traidor, no olvidó su parte, sino que se acercó a Jesús, y tomó su mano como un amigo familiar, y le otorgó el beso del traidor. Jesús le dijo: “Amigo, ¿a qué vienes?” Su voz temblaba de dolor cuando se dirigió al engañado Judas: “¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?” Este llamado tan conmovedor debería haber despertado la conciencia del [104] traidor y tocado su corazón obstinado; pero el honor, la fidelidad y la ternura humana lo habían abandonado por completo. Se mantuvo audaz y desafiante, sin mostrar disposición a ceder. Se había entregado al control de Satanás y no tenía poder para resistirlo. Jesús no rechazó el beso del traidor. En esto nos da un ejemplo de paciencia, amor y piedad, que no tiene paralelo.

Aunque la multitud asesina estaba sorprendida y atemorizada por lo que había visto y sentido, su seguridad y audacia regresaron cuando vieron la audacia de Judas al tocar la persona de Aquel a quien habían visto glorificado recientemente. Ahora impusieron violentamente las manos sobre Jesús, y procedieron a atar esas preciosas manos que siempre se habían empleado en hacer el bien.

Cuando los discípulos vieron aquella banda de hombres fuertes postrados e indefensos en el suelo, pensaron que seguramente su Maestro no se dejaría llevar; porque el mismo poder que postró a esa turba mercenaria podría hacer que permanecieran en un estado de impotencia hasta que Jesús y sus compañeros pasaran ilesos fuera de su alcance. Estaban desilusionados e indignados al ver que se abrían las cuerdas para atar las manos de Aquel a quien amaban. Pedro, en su furor vehemente, cortó precipitadamente con su espada una oreja al siervo del sumo sacerdote.

Cuando Jesús vio lo que Pedro había hecho, soltó sus manos, aunque los soldados romanos las sujetaban con firmeza, y diciendo: “Sufrid hasta aquí”, tocó la oreja herida, y se curó instantáneamente. Luego le dijo a Pedro: “Vuelve a poner tu espada en su lugar; porque todos los que tomen espada, a espada perecerán. ¿Piensas [105] que ahora no puedo orar a mi Padre, y que en breve me dará más de doce legiones de ángeles? Pero, ¿cómo, pues, se cumplirán las Escrituras, que así debe ser?” “La copa que mi Padre me ha dado, ¿no la he de beber?” Entonces Jesús se volvió hacia el sumo sacerdote y los capitanes del templo, quienes ayudaron a componer esa multitud asesina, “y dijo: ¿Como contra un ladrón habéis salido con espadas y con palos para prenderme? Estuve con vosotros todos los días enseñando en el templo, y no me llevasteis; pero las Escrituras deben cumplirse.”

Cuando los discípulos vieron que Jesús no se libraba de sus enemigos, sino que se dejaba tomar y atar, se ofendieron de que sufriera esta humillación para sí mismo y para ellos.

Acababan de presenciar una exhibición de su poder al postrar al suelo a los que venían a llevárselo, y al sanar la oreja del sirviente, que Pedro había cortado, y sabían que si así lo deseaba, podría librarse de la turba asesina. Lo culparon por no haberlo hecho, y mortificados y aterrorizados por su inexplicable conducta, lo abandonaron y huyeron. Cristo había previsto esta deserción, y en el aposento alto les había advertido del curso que tomarían en ese momento, diciendo: “He aquí, la hora viene, sí, ya ha llegado, en que seréis esparcidos cada uno por su lado. , y me dejarán solo; y sin embargo no estoy solo, porque el Padre está conmigo.”

El mismo Judas se sorprendió de que Jesús se entregara en manos de aquellos que buscaban destruirlo. Con frecuencia [106] había sabido que los enemigos del Salvador hacían planes para llevárselo, pero Jesús se apartaba en silencio y derrotaba sus designios asesinos. Ahora el traidor vio con asombro que su Maestro se dejó atar y llevar. El falso discípulo se jactaba, sin embargo, de que Jesús sólo se había dejado arrebatarse para manifestar su poder liberándose de sus enemigos de manera milagrosa. Sabía que nada más podría librarlo de esa banda armada. Durante tres años, los judíos habían estado planeando en secreto llevárselo, y ahora que lo habían logrado, no lo dejarían escapar de la muerte, si podían evitarlo.

Jesús fue apresurado por la multitud que aullaba. Se movía dolorosamente, porque sus manos estaban fuertemente atadas y estaba muy bien vigilado. Primero fue conducido a la casa de Anás, el suegro del sumo sacerdote, el hombre cuyo consejo fue buscado y llevado a cabo por el pueblo judío como la voz de Dios. Anás ansiaba la terrible satisfacción de ver por primera vez a Jesús de Nazaret cautivo y atado. Una vez que se le mostró a Anás, se lo llevaron a toda prisa; porque los sacerdotes y gobernantes habían decidido que si una vez tenían posesión de su persona, no habría dilaciones en su juicio y condenación. Esto fue porque temían que la gente, recordando sus actos de caridad y misericordia entre ellos, lo rescataría de

Capítulo 8—En la Sala del Juicio

[107]

La banda armada, con su prisionero, recorrió las calles estrechas y oscuras, guiada por antorchas y faroles, porque aún era temprano en la mañana y estaba muy oscuro. En medio de insultos y burlas, el Salvador fue llevado de prisa al palacio del sumo sacerdote oficiante, Caifás. Aquí fue groseramente acusado por sus perseguidores, y burlonamente interrogado por el sacerdote, e injuriado por toda la asamblea. Pero mientras soportaba esta burla de examen, el corazón del Salvador fue traspasado por una punzada más aguda que la que sus enemigos podían infligir. Fue cuando escuchó a su amado discípulo negarlo con maldiciones y juramentos.

Después de abandonar a su Maestro en el jardín, dos de los discípulos recobraron la serenidad y se aventuraron a seguir, de lejos, a la turba que tenía a Jesús al mando. Estos discípulos fueron Pedro y Juan. El sacerdote reconoció a Juan como un conocido discípulo de Jesús y lo admitió en la sala donde se interrogaba al Salvador porque esperaba que Juan, al presenciar la humillación de su líder, se conmoviera con el mismo espíritu que impulsó a sus enemigos, y desprecian la idea de alguien que podría estar sujeto a tales indignidades, siendo el Hijo de Dios. Juan, habiéndose asegurado una entrada, habló en favor de su compañero, Pedro, y ganó el mismo favor para él.

La hora más fría de la noche era la que precedía al amanecer, y se había encendido un fuego en el salón. Alrededor de esto se reunió una compañía [108]; y Pedro presuntuosamente ocupó su lugar con los demás junto al fuego, y se quedó calentándose. No deseaba ser reconocido como uno de los discípulos de Jesús, y pensó que al mezclarse descuidadamente con la gente sería tomado por uno de los que habían llevado a Jesús a la sala.

Pero, cuando la luz destelló sobre el semblante de Peter, la mujer que cuidaba la puerta le lanzó una mirada escrutadora; ella había notado que él entró con Juan, y conjeturó que él era uno de los seguidores de Cristo. Ella lo interrogó de manera burlona: “Art

¿No eres también tú uno de los discípulos de este hombre? Peter estaba sorprendido y confundido; los ojos de la compañía instantáneamente se fijaron en él. Él fingió no entenderla, pero ella insistió y dijo a los que la rodeaban que este hombre estaba con Jesús. Pedro, sintiéndose obligado a responder, dijo enojado: "Mujer, no lo conozco". Esta fue la primera negación, e inmediatamente el gallo cantó. ¡Oh Pedro! ¡Tan pronto te avergüenzas de tu Maestro! ¡Tan pronto para negar cobardemente a tu Señor! El Salvador es deshonrado y abandonado en su humillación por uno de sus discípulos más celosos.

En primer lugar, Pedro no se había propuesto que se conociera su verdadero carácter; y, al asumir un aire de indiferencia, se colocó en el terreno del enemigo y se convirtió en un sujeto fácil para la tentación de Satanás. Parecía estar desinteresado en el juicio de su Maestro, mientras que en realidad su corazón se retorció de dolor al escuchar las crueles burlas y ver la burla y el abuso que estaba sufriendo.

Además de esto, estaba sorprendido y enojado de que Jesús [109] se humillara a sí mismo ya sus seguidores al someterse pasivamente a tal trato. Bajo estas emociones en conflicto, era difícil preservar su carácter de indiferencia. Su apariencia no era natural, ya que se esforzó por unirse a los perseguidores de Jesús en sus bromas inoportunas, para encubrir sus verdaderos sentimientos.

Estaba actuando como una mentira, y mientras trataba de hablar despreocupadamente, no pudo contener las expresiones de indignación por el abuso acumulado sobre su Maestro. En consecuencia, se llamó la atención sobre él por segunda vez, y nuevamente se le acusó de ser un seguidor de Jesús. Ahora negó la acusación con un juramento. El gallo cantó por segunda vez; pero Peter no lo oyó, porque ahora estaba completamente decidido a llevar a cabo el carácter que había asumido. Uno de los siervos del sumo sacerdote, siendo pariente cercano del hombre a quien el discípulo le había cortado la oreja, le preguntó: "¿No te vi yo en el jardín con él?" "Ciertamente tú eres uno de ellos; porque tú eres galileo, y tu habla concuerda con esto."

Ante esto, Pedro se enfureció, y para engañar por completo a sus interrogadores, y para justificar su carácter asumido, negó a su Maestro con maldiciones y juramentos. E inmediatamente el gallo cantó por tercera vez. Pedro lo escuchó entonces; y mientras los juramentos degradantes estaban frescos en sus labios, y el estridente canto del gallo aún resonaba en sus oídos, el Salvador apartó su rostro de los ceñudos jueces, y

miró de lleno a su pobre discípulo. Al mismo tiempo, los ojos de Peter se fijaron involuntariamente en su Maestro. Leyó en ese semblante afable una pena y un pesar profundos; pero no había ira allí.

Pedro estaba herido de conciencia; su memoria se despertó; él re- [110] recordó su promesa de unas pocas horas antes, que iría a la cárcel o a la muerte por su Señor. Recordó su dolor cuando el Salvador le dijo en el aposento alto que negaría a su Maestro tres veces esa misma noche. Pedro acababa de declarar que no conocía a Jesús, pero ahora se daba cuenta con amarga pena de lo bien que su Señor lo conocía y de la precisión con la que había leído su corazón, cuya falsedad ni siquiera él mismo conocía. Gimió en espíritu al darse cuenta de que su Maestro no sólo estaba soportando la más amarga humillación a manos de sus enemigos, sino que también estaba sufriendo una deshonra adicional a manos de uno de sus discípulos, que lo había abandonado y se negaba a reconocerlo en el reino. hora de su juicio.

La mirada de Cristo transmitió volúmenes al arrepentido Pedro. Leyó en esa mirada pena, amor y perdón. Una marea de recuerdos se precipitó sobre él. Recordó la tierna misericordia del Salvador, su bondad y longanimidad, la paciencia con la que trató a sus seguidores. Recordó la advertencia que Jesús le había hecho: “Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo. Pero yo he rogado por ti, que tu fe no desfallezca.” Reflexionó con horror sobre su vil ingratitud, su falsedad y perjurio. Miró una vez más a su Maestro y vio una mano sacrílega levantada para golpearlo en la cara. Incapaz de soportar más la escena, salió corriendo, desconsolado, del salón.

Siguió adelante en la soledad y la oscuridad, sabía y no le importaba adónde. Por fin se encontró en el jardín de Getsemaní, donde poco tiempo antes había dormido mientras el Salvador luchaba [111] con los poderes de las tinieblas. El rostro doliente de su Señor, manchado de sudor sanguinolento y convulso de angustia, se alzaba ante él. Recordó con amargo remordimiento que Jesús había llorado y agonizado solo en oración. Mientras aquellos que debieron haberlo sostenido en esa hora de prueba estaban durmiendo. Recordó su encargo solemne: “Velad y orad, para que no entréis en tentación”. La escena de unas pocas horas antes vino vívidamente a su mente. Volvió a presenciar las lágrimas y los gemidos de Jesús. Fue una tortura para su corazón sangrante saber que había añadido la carga más pesada a la del Salvador.

humillación y pena. Cayó postrado en el mismo lugar donde su Señor se había hundido bajo su inexprresable peso de aflicción.

El primer error de Pedro fue dormir cuando Cristo le había dicho que velara y orara. En el momento más crítico, cuando el Hijo de Dios estaba necesitado de su simpatía y de sus oraciones sentidas, fue incapaz de dárselas. Los discípulos perdieron mucho durmiendo; Jesús se propuso fortalecerlos para la severa prueba de fe a la que iban a ser sometidos. Si hubieran pasado ese período de duelo en el jardín, velando con el amado Salvador y orando a Dios, Pedro no se habría visto obligado a depender de sus propias fuerzas débiles; él no habría negado a su Señor.

Esta importante vigilia nocturna debieron pasar los discípulos en nobles luchas mentales y oraciones, que les habrían dado fuerzas para presenciar la terrible agonía del Hijo de Dios. Los habría preparado, como deberían contemplar sus sufrimientos en la cruz, para comprender hasta cierto punto la naturaleza [112] de la abrumadora angustia que soportó. Entonces habrían podido recordar mejor las palabras que les había dicho en referencia a sus sufrimientos, muerte y resurrección; y en medio de la oscuridad de esa hora de prueba, algunos rayos de esperanza habrían iluminado la oscuridad y sostenido su fe. Cristo les había dicho antes que estas cosas sucederían. Sabía el poder que el príncipe de las tinieblas usaría para paralizar los sentidos de sus discípulos cuando deberían estar velando y orando.

El discípulo Juan, al entrar en la sala del juicio, no trató de ocultar el hecho de que él era uno de los seguidores de Jesús. No se mezcló con la ruda compañía que insultaba y se burlaba de su Maestro. No fue interrogado, porque no asumió un carácter falso y, por lo tanto, quedó sujeto a sospechas. Buscó un rincón apartado, seguro de la observación de la multitud, pero tan cerca de Jesús como le fuera posible. En este lugar pudo escuchar y ver todo lo que sucedió en el juicio de su Señor.

Si Pedro hubiera sido llamado a luchar por su Maestro, habría demostrado ser un soldado audaz y valiente; pero se volvió cobarde cuando lo señalaron con el dedo del escarnio. Muchos que no dudan en participar en la guerra activa por el Señor, se ven impulsados a negar su fe a través de las burlas de sus enemigos. Se colocan en el camino de la tentación al asociarse con aquellos a quienes deberían

evitar. Invitan así al enemigo a que los tienta, y son inducidos a hacer y decir cosas de las que nunca habrían sido culpables en otras circunstancias. El discípulo de Cristo, quien, en nuestros días, disfraza su fe por temor al sufrimiento o al reproche, niega a su Señor [113] virtualmente como lo hizo Pedro en la sala del juicio. Siempre hay quienes se jactan de su libertad de pensamiento y acción, y se ríen de los escrúpulos de los concienzudos que temen hacer el mal. Sin embargo, si esas personas justas son persuadidas a ceder en su fe, son despreciadas por los mismos que fueron agentes de Satanás para tentarlos a su ruina.

Sin embargo, Pedro, al igual que Juan, presencié gran parte del simulacro de juicio de Jesús. Era necesario que hubiera una pretensión de juicio legal; pero se mantuvo un gran secreto para que la gente no obtuviera información de lo que se estaba haciendo, y presentara su testimonio en vindicación de Jesús, sacando a la luz las obras poderosas que él había hecho. Esto traería la indignación del pueblo sobre el Sanedrín; sus actos serían condenados y anulados; y Jesús sería liberado y recibiría un nuevo honor de manos del pueblo.

Mientras se convocaba a los miembros del concilio del Sanedrín, Anás y el sacerdote Caifás interrogaron a Jesús, con el propósito de provocarlo a hacer alguna declaración que pudieran usar en su perjuicio. Presentaron dos cargos contra él, por uno o ambos de los cuales tenían la intención de efectuar su condena. Una era que era un perturbador de la paz, el líder de una rebelión. Si este cargo pudiera ser verificado, sería condenado por las autoridades romanas. El otro cargo era que él era un blasfemo. Esto, de ser cierto, aseguraría su condenación entre los j

El sumo sacerdote interrogó a Jesús acerca de su doctrina y de los discípulos que creían en él. Jesús respondió brevemente: "Hablé [114] abiertamente al mundo; Siempre enseñé en la sinagoga y en el templo, donde siempre acuden los judíos; y en secreto no he dicho nada. ¿Por qué me preguntas? preguntad a los que me oyeron, qué les he dicho; he aquí, ellos saben lo que dije."

Jesús era muy consciente de que su interlocutor pretendía obtener alguna declaración de él que debería despertar los temores de las autoridades romanas de que estaba tratando de establecer una sociedad secreta con el propósito de establecer finalmente un nuevo reino. Por lo tanto, claramente

declaró a Anás que no tenía secretos con respecto a su propósito o doctrinas. Volviéndose hacia su interrogador, dijo con sorprendente énfasis: "¿Por qué me preguntas?" ¿No habían puesto los sacerdotes y los gobernantes espías para vigilar sus movimientos e informar de cada una de sus palabras? ¿No habían estado presentes en cada reunión del pueblo, y llevado información de todos sus dichos y hechos en estas ocasiones a los sacerdotes? "Preguntad a los que me oyeron, qué he dicho," respondió Jesús; y sus palabras fueron un reproche para Anás, que lo había perseguido durante meses, esforzándose por atraparlo y llevarlo ante un tribunal secreto, en el que el pueblo no podía tener voz, para que pudiera obtener por perjurio lo que era imposible. ganar por medios justos.

Las palabras de Jesús fueron tan cercanas y puntiagudas que el sumo sacerdote sintió que su alma estaba siendo leída por su prisionero. Aunque Anás se llenó de odio contra Jesús por estas palabras, lo disimuló hasta que se presentó una oportunidad más apropiada para dar rienda suelta a su malicia y celos. Pero uno de los sirvientes del sumo sacerdote, pensando que su amo no era tratado con el debido respeto, golpeó a Jesús en el rostro, diciendo: "¿Le respondes así al sumo sacerdote?" A esta pregunta y golpe insultantes, Jesús respondió suavemente: "Si he hablado mal, dad testimonio del mal; pero si bien, ¿por qué me golpeas?"

La Majestad del Cielo podría haber convocado en su ayuda legiones de ángeles leales para protegerlo contra la malignidad de sus enemigos; pero fue su misión, en el carácter de la humanidad, soportar mansamente las burlas y los azotes, dejando un ejemplo de paciencia a los hijos de los hombres. Aquellos en cuyo poder había caído Jesús no tenían respeto por esta sublime paciencia. El hecho de que fuera un cautivo pasivo en sus manos fue la señal para que le infligieran los insultos más bajos que sus corruptos corazones pudieran inventar.

Cuando el consejo estuvo completamente reunido en la sala del juicio, Caifás asumió su cargo como presidente. Este hombre siempre había considerado a Jesús como su rival. La sencillez y elocuencia combinadas del Salvador habían atraído a grandes multitudes para escuchar sus enseñanzas, que contenían una sabiduría como nunca habían oído de labios de sacerdotes o escribas. La ansiedad de la gente por escuchar a Jesús y su disposición a aceptar sus doctrinas habían despertado los celos amargos del sumo sacerdote.

Jesús permaneció tranquilo y sereno ante el sumo sacerdote, mientras los ojos de la multitud estaban sobre él, y la más salvaje excitación prevalecía alrededor. Por un momento Caifás miró al cautivo, golpeado por una repentina admiración por su digno porte. Lo invadió la convicción de que este hombre era semejante a Dios. Al instante siguiente desterró el pensamiento, despreciando las sugerencias de su propia mente. Inmediatamente, [116] se oyó su voz con tono burlón y altivo, rogando a Jesús que hiciera delante de él uno de aquellos poderosos milagros que tanta fama le habían dado entre el pueblo; pero sus palabras cayeron en los oídos del Salvador como si no las hubiera oído.

El pueblo comparó involuntariamente el porte excitado y maligno de Anás y Caifás con el porte sereno y majestuoso de Jesús. Una influencia santa parecía emanar del Salvador e impregnar la atmósfera que lo rodeaba. La pregunta surgió incluso en las mentes de la endurecida multitud presente: ¿Debe este hombre de presencia divina ser sentenciado como un delincuente común? Caifás, percibiendo la influencia que estaba obteniendo, apresuró el juicio. Tomó su posición en el trono del juicio, mientras Jesús estaba a sus pies. A ambos lados estaban los jueces y aquellos especialmente interesados en el juicio. Los soldados romanos estaban alineados en la plataforma, debajo del trono.

El sumo sacerdote se levantó con su espléndida túnica, con una tiara resplandeciente y un pectoral costoso, sobre los cuales, en días pasados, la luz de la gloria de Dios había resplandecido a menudo. En fuerte contraste con esta exhibición estaban las toscas vestimentas de Jesús. Y sin embargo, el que estaba vestido con ropas hogareñas había reinado en los atrios del Cielo, coronado y con vestiduras resplandecientes, asistido por santos ángeles. Sin embargo, allí estaba al pie de un trono terrenal para ser juzgado por su vida.

Los sacerdotes y los gobernantes habían decidido en consejo que Jesús debía ser condenado, pudieran o no proporcionar evidencia de su culpabilidad. Era necesario presentar cargos contra él que serían considerados criminales por el poder romano o ellos [117] legalmente no podrían hacer nada contra él. Sus acusadores pudieron encontrar muchos que testificaran que él había denunciado a los sacerdotes y escribas; que los había llamado hipócritas y asesinos; pero esto no les importaría nada a los romanos, que estaban ellos mismos disgustados con la pretensión de los fariseos. Tal testimonio tampoco pesaría nada con los saduceos; porque en sus agudas contiendas

con los fariseos, les habían usado un lenguaje de la misma importancia. Sus acusadores estaban ansiosos por evitar levantar la oposición de los saduceos contra los fariseos; porque si las dos partes llegaban a contender entre sí, Jesús probablemente escaparía de sus manos.

Pudieron obtener abundante evidencia de que Jesús había hecho caso omiso de sus tradiciones y hablado irreverentemente de muchas de sus ordenanzas; pero tal evidencia no tenía valor, ya que no tendría peso ni para los romanos ni para los saduceos. No se atrevieron a acusarlo de quebrantar el sábado por temor a que un examen revelara cuál había sido el carácter de su obra en ese día. En ese caso, sus milagros obrados para sanar a los afligidos saldrían a la luz y derrotarían el mismo objetivo que deseaban obtener.

Cristo había dicho, acerca del templo de su cuerpo, que podía destruirlo y resucitarlo en tres días. Sus oyentes entendieron que estas palabras se referían al templo judío. De todo lo que Jesús había dicho, los sacerdotes no pudieron encontrar nada que pudieran usar en su contra excepto esto. Los romanos se habían comprometido a reconstruir y embellecer el templo. Se enorgullecían de él como obra de ciencia y arte; y los sacerdotes contaban con su indignación cuando [118] se comprobó que Jesús, un hombre humilde, se había declarado capaz de edificarla en tres días si se destruía. En este terreno podían encontrarse romanos y judíos, fariseos y saduceos; porque todos tenían el templo en gran veneración.

Además de esto, habían sobornado a falsos testigos para que testificaran que Jesús era culpable de incitar a la rebelión y tratar de establecer un gobierno separado. Esperaban que esto excitaría aún más las aprensiones de los romanos y lograría el objeto deseado. Pero cuando estos testigos fueron llamados, su testimonio fue tan vago y contradictorio que no tuvo valor. Al interrogarlos, se les indujo a falsificar sus propias declaraciones. Se estaba volviendo evidente para la gente que los cargos contra Jesús no podían mantenerse. La vida del Salvador había sido tan perfecta, y su doctrina tan pura, que la envidia y la malicia podían encontrar poco en cualquiera de ellos que pudiera ser tergiversado.

Finalmente se encontraron dos testigos cuya declaración no era tan contradictoria como la de los otros. Uno de ellos, un hombre corrupto que había vendido su honor por una suma de dinero, habló de Cristo como

al mismo nivel que él mismo. Dijo él: Este dijo: Puedo derribar el templo de Dios, y en tres días reedificarlo. En el lenguaje figurado de la profecía, Jesús había anunciado así su propia muerte y resurrección, su conflicto y victoria; pero sus enemigos habían malinterpretado sus palabras para adaptarlas a sus propios propósitos. Las palabras de Jesús eran verdad y verdad; la evidencia era falsa y Si las palabras de Jesús hubieran sido relatadas exactamente como él las pronunció, no habría habido nada ofensivo en ellas. Si hubiera sido un simple hombre, como lo suponían, su declaración solo habría indicado [119] un espíritu irrazonable y jactancioso, pero no podría haberse interpretado como una blasfemia.

Caifás instó a Jesús a que respondiera a la acusación que se le hacía; pero el Salvador, sabiendo que su sentencia ya estaba determinada, nada le respondió. La evidencia obtenida de los dos últimos testigos no probó nada contra él digno de muerte; y Jesús mismo permaneció tranquilo y silencioso. Los sacerdotes y los gobernantes comenzaron a temer que después de todo no lograrían su objetivo. Estaban desilusionados y perplejos porque no habían obtenido nada de los falsos testigos para condenar a su prisionero. Su única esperanza ahora era hacer que Jesús hablara y dijera algo que lo condenara ante la gente.

El silencio de Cristo en esta ocasión ya había sido descrito por Isaías en visión profética: "Angustiado él, y afligido, no abrió su boca. Es llevado como cordero al matadero; y como oveja muda delante de sus trasquiladores, así él no abre su boca."

El sumo sacerdote levantó ahora su mano derecha hacia el cielo de la manera más imponente, y con voz solemne se dirigió a Jesús: "Te conjuro por el Dios vivo que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios". Así apelado por la más alta autoridad reconocida en la nación, y en el nombre del Altísimo, Jesús, para mostrar el debido respeto por la ley, respondió: "Tú has dicho". Todos los oídos se inclinaron para escuchar, y todos los ojos estaban fijos en su rostro, mientras con voz tranquila y modales dignos, dio esta respuesta. Una luz celestial pareció iluminar su pálido semblante cuando añadió : "Sin embargo, os digo que en lo sucesivo veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder y viniendo sobre las nubes del cielo".

Por un momento, la divinidad de Cristo brilló a través de su apariencia de humanidad; y el sumo sacerdote se estremeció ante los ojos penetrantes del Salvador. Esa mirada parecía leer sus pensamientos ocultos y quemarse en su corazón; y nunca en el más allá olvidó aquella mirada escrutadora del perseguido Hijo de Dios. Esta confesión voluntaria de Jesús, afirmando su filiación con Dios, se hizo de la manera más pública y bajo el juramento más solemne. En él presentó a las mentes de los presentes una inversión de la escena que entonces se representaba ante ellos, cuando él, el Señor de la vida y la gloria, estaría sentado a la diestra de Dios, el Juez supremo del cielo y la tierra, desde cuya decisión no cabría recurso. Les trajo una visión de ese día, cuando, en lugar de ser rodeado y abusado por una multitud alborotada, encabezada por los sacerdotes y jueces de la tierra, vendría en las nubes del cielo, con poder y gran gloria, escoltado por legiones de ángeles, para pronunciar la sentencia de sus ene

Jesús sabía cuál sería el resultado de este anuncio; que aseguraría su condenación. El objeto de los sacerdotes diseñadores estaba ahora ganado. Jesús se había declarado a sí mismo como el Cristo. El sumo sacerdote, para dar a los presentes la impresión de que estaba celoso de la majestad ultrajada del cielo, rasgó sus vestiduras y, levantando las manos hacia el cielo como si tuviera santo horror, dijo con una voz calculada para despertar a los excitados : gente a la violencia: "Blasfemias ha dicho [121] ; ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? he aquí, ahora habéis oído su blasfemia. ¿Qué os parece? La respuesta de los jueces fue: "Él es culpable de muerte".

Los sacerdotes y los jueces, exultantes por la ventaja que habían obtenido con las palabras de Jesús, pero ansiosos por ocultar su maliciosa satisfacción, ahora se acercaron a él y, como si no pudieran creer que habían oído bien, simultáneamente preguntaron: " ¿Eres tú el Cristo? Dinos." Jesús miró con calma a sus hipócritas interrogadores y respondió: "Si os lo digo, no me creeréis. Y si os pregunto, no me responderéis, ni me dejaréis ir. Jesús podría haber rastreado las profecías, y haber dado a sus acusadores evidencia de que las mismas cosas que habían sido predichas con respecto al Mesías estaban ocurriendo entonces. Él podría haberlos silenciado así; pero entonces no habrían creído. Él podría haberles señalado sus poderosos milagros; pero habían puesto sus corazones en contra de la luz del Cielo, y ningún poder podía cambiarlos.

Hubo algunos en esa asamblea que prestaron atención a las palabras de Jesús y notaron su porte divino mientras permanecía serenamente ante los enfurecidos jueces. La semilla del evangelio encontró alojamiento ese día en los corazones donde finalmente brotaría y daría una cosecha abundante. La reverencia y el asombro que sus palabras inspiraron en los corazones de muchos de los que las escucharon aumentaron y se desarrollaron en una fe perfecta en Jesús como el Redentor del mundo. Algunos de los testigos de esa escena fueron luego colocados en una posición similar a la de Jesús en la sala del juicio; y fueron probados por sus vidas por ser discípulos de Cristo.

Cuando los jueces pronunciaron la condenación de Jesús, [122] una furia satánica se apoderó del pueblo. El rugido de las voces era como el de las fieras. Corrieron hacia Jesús, gritando, ¡Él es culpable, mátenlo! y si no hubiera sido por los soldados romanos, Jesús no habría vivido para ser colgado en la cruz del Calvario. Hubiera sido despedazado ante sus jueces, si la autoridad romana no hubiera interferido, y por la fuerza de las armas detuvo la violencia de la turba.

Aunque Jesús estaba atado, también estaba custodiado y retenido por dos hombres para que no escapara de las manos de sus perseguidores. Los jueces y gobernantes ahora se olvidaron por completo de la dignidad de su oficio, e insultaron al Hijo de Dios con epítetos inmundos, vituperándolo con respecto a su filiación y declarando que su presunción al proclamarse a sí mismo el Mesías, a pesar de su bajo nacimiento, lo hacía merecedor de la muerte más ignominiosa. La mayoría de los hombres disolutos se involucraron en este infame abuso del Salvador. Le arrojaron un vestido viejo sobre la cabeza, y sus perseguidores burlones lo golpearon en la cara, gritando: "Profetízanos, Cristo, ¿quién es el que te hirió?" Al quitarse la prenda, un pobre desgraciado le escupió en la cara. Pero el Salvador no dirigió ninguna palabra ni mirada de represalia contra las almas engañadas que lo rodeaban, quienes se habían deshecho de toda restricción porque percibieron que los sacerdotes y gobernantes sancionaban sus actos.

Jesús se dio cuenta de que las huestes del Cielo estaban presenciando su humillación, y que el más pequeño de los ángeles, si hubiera sido llamado en su ayuda, podría haber dispersado instantáneamente esa multitud insultante y librarlo de su poder. Jesús mismo podría haber derribado a la multitud *excitada* como si fueran muertos, por una mirada o palabra de su divinidad, o

los echó atemorizados de su presencia, como había hecho con los profanadores del templo. Pero estaba en el plan de la redención que sufriera el desprecio y el abuso de los hombres malvados, y consintió en todo esto cuando se convirtió en el Redentor del hombre. Los ángeles de Dios registraron fielmente cada mirada, palabra y acto insultante dirigido contra su amado Comandante; y los hombres viles que despreciaron y escupieron sobre el rostro sereno y pálido de Cristo, un día lo contemplarían en su gloria, brillando más que el sol. En ese tiempo terrible orarían a las rocas y las montañas: “Escóndannos del rostro de Aquel que está sentado en el trono, y de la ira del Cordero”.

Jesús fue empujado de un lado a otro, y tan insultado y maltratado que al final los oficiales romanos se avergonzaron y se enojaron de que un hombre contra el cual aún no se había probado nada fuera sometido al trato brutal de la peor clase de personas. En consecuencia, acusaron a las autoridades judías de asumir el ejercicio de un poder que no les pertenecía, al juzgar a un hombre por su vida y pronunciar su condena. Declararon que al hacer esto infringían el poder romano, y que incluso estaba en contra de la ley judía condenar a muerte a cualquier hombre por su propio testimonio. Esta intervención de la autoridad romana provocó una pausa en la ruda excitación.

En ese momento, una voz ronca resonó en el salón, lo que envió un escalofrío de terror a través de los corazones de todos los presentes: Él es inocente. Perdónalo, [124] ¡Oh Caifás! ¡No ha hecho nada digno de muerte! La figura alta de Judas ahora se abrió paso abriéndose paso entre la multitud asustada. Su rostro estaba pálido y demacrado, y grandes gotas de sudor caían sobre su frente. Corrió al trono del juicio y arrojó ante el sumo sacerdote las piezas de plata que había recibido como precio por la traición de su Señor. Agarró ansiosamente la túnica de Caifás y le imploró que liberara a Jesús, declarando que era inocente de todo crimen. Caifás lo sacudió enojado, pero estaba confundido y no sabía qué decir. La perfidia de los sacerdotes se reveló ante el pueblo. Era evidente para todos que Judas había sido sobornado para entregar a Jesús en manos de aquellos que buscaban su

Judas continuó rogándole a Caifás que no hiciera nada contra Jesús, declarando que él era en verdad el Hijo de Dios, y maldiciéndose a sí mismo por haber entregado sangre inocente. Pero el sumo sacerdote, habiendo recobrado el dominio de sí mismo, respondió con escalofriante desdén:

“¿Qué nos importa eso a nosotros? Ocúpate de eso. Luego representó a la gente que

Judas era un pobre maníaco, uno de los locos seguidores de Jesús, y les encargó que no dejaran que ninguna influencia prevaleciera para liberar al prisionero, que era un vil engañador.

Encontrar que sus oraciones fueron en vano. Judas cayó a los pies de Jesús, reconociéndolo como el Hijo de Dios, rogándole perdón por su pecado e implorándole que ejerciera su poder divino y se librara de sus enemigos. El Salvador no reprochó a su traidor ni con la mirada ni con la palabra. Sabía que estaba sufriendo el más amargo remordimiento por su crimen. Miró compasivo a Judas y [125] declaró que para esa hora había venido al mundo.

Un murmullo de sorpresa recorrió la asamblea ante la paciencia celestial manifestada por Jesús. Una vez más, una convicción se apoderó de sus mentes de que este hombre era más que mortal. Pero entonces surgió la pregunta: si en verdad era el Hijo de Dios, ¿por qué no se liberó de sus ataduras y se levantó triunfante sobre sus acusadores?

El amor al dinero había pervertido la naturaleza más noble de Judas, convirtiéndolo en un agente apropiado para que Satanás lo usara en la traición de Cristo. Cuando Judas se molestó por la reprensión implícita de Jesús debido a su espíritu codicioso en ocasión de que María ungiera a su Señor con un ungüento costoso, cedió al tentador y le dio fácil acceso a Satanás a su mente. Pero cuando decidió vender a su Maestro a los sacerdotes y gobernantes asesinos, no pensó que Jesús permitiría que lo llevaran. Pensó que los sacerdotes serían estafados en su soborno, y él, el traidor, obtendría el dinero para usarlo en algún propósito propio, y Jesús tendría una nueva oportunidad de mostrar su poder divino al librarse de las artimañas de sus enemigos.

Desde el momento de su traición en el jardín, Judas no había perdido de vista al Salvador. Lo buscó ansiosamente para sorprender a sus enemigos al aparecer ante ellos en el carácter del Hijo de Dios, descartando todas sus tramas y poder. Pero cuando lo vio sometándose dócilmente a su abuso, dejándose juzgar y condenar a muerte, su corazón lo golpeó y se dio cuenta de la magnitud de su propio crimen: había vendido a su divino Maestro a la vergüenza y la muerte. Recordó lo bondadoso y considerado que Jesús había sido siempre con él, y su corazón se llenó de remordimiento y angustia. Ahora despreciaba la codicia que Jesús había reprobado y que lo había tentado a vender al Salvador por unas pocas piezas de plata.

Al darse cuenta de que sus súplicas para salvar la vida de Jesús no sirvieron de nada con el sumo sacerdote, salió corriendo de la sala desesperado, gritando: ¡Es demasiado tarde! ¡Es muy tarde! Se sintió incapaz de vivir para ver a Jesús crucificado y, en una agonía de remordimiento, salió y se ahorcó.

Posteriormente, el dinero que Judas había arrojado ante el sacerdote se utilizó para la compra de un cementerio público. “Y tomando los principales sacerdotes las piezas de plata, dijeron: No es lícito echarlas en el arca del tesoro, porque es precio de sangre. Y consultaron, y compraron con ellas el campo del alfarero, para sepultar en él a los extranjeros. Por eso se llamó aquel campo, Campo de sangre, hasta el día de hoy.

Si se necesitaba algún testimonio para probar la inocencia de Jesús, se dio en la confesión de Judas. No solo fue una evidencia de la inocencia del Salvador, sino que el evento fue un cumplimiento directo de la profecía. En visión profética, Zacarías había mirado a lo largo de los siglos y visto el juicio del amado Hijo de Dios. El acto de Judas se describe así: “Y les dije: Si os parece bien, dadme mi precio; y si no, aguanta. Y pesaron por mi precio treinta piezas de plata. Y el Señor me dijo: Echalo al alfarero; un buen precio que yo era apreciado en ellos. Y tomé las treinta piezas de plata y las eché al alfarero en la casa del Señor.

Capítulo 9—Condenación de Jesús

[127]

Cuando le preguntaron a Jesús: ¿Eres tú el Hijo de Dios? sabía que responder afirmativamente haría segura su muerte; una negación dejaría una mancha en su humanidad. Hubo un tiempo para callar y un tiempo para hablar. No había hablado hasta que fue claramente interrogado. En sus lecciones a sus discípulos había declarado: “A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos”. Cuando fue desafiado, Jesús no negó su relación con Dios. En ese momento solemne estaba en juego su carácter y debía ser reivindicado. Dejó en esa ocasión un ejemplo a seguir para el hombre en circunstancias similares. Le enseñaría a no apostatar de su fe para escapar del sufrimiento o incluso de la muerte.

Si los judíos hubieran tenido la autoridad para hacerlo, habrían ejecutado a Jesús inmediatamente después de la condenación apresurada de sus jueces; pero tal poder había pasado de ellos a manos de los romanos, y era necesario que el caso se remitiera a las autoridades competentes de ese gobierno para una decisión final. Los judíos estaban ansiosos de apresurar el juicio y ejecución de Jesús, porque si no se hacía de inmediato, se demoraría una semana debido a la celebración inmediata de la pascua. En ese caso, Jesús estaría atado, y la intensa excitación de la turba que clamaba por su vida se habría mitigado, y se habría producido una reacción natural [128] . La mayor parte de la gente habría despertarse en su favor, y con toda probabilidad se lograría su liberación . Los sacerdotes y gobernantes sintieron que no había tiempo que perder.

Todo el Sanedrín, seguido de la multitud, escoltó a Jesús al tribunal de Pilato, el gobernador romano, para asegurar la confirmación de la sentencia que acababan de pronunciar. Los sacerdotes y gobernantes judíos no podían entrar ellos mismos en el salón de Pilato por temor a la profanación ceremonial, que los descalificaría para participar en la fiesta pascual. Para condenar al inmaculado Hi

se vieron obligados a apelar al juicio de uno cuyo umbral no se atrevían a cruzar por temor a la profanación. Cegados por el prejuicio y la crueldad, no podían darse cuenta de que su fiesta de la pascua no tenía valor, ya que habían contaminado sus almas por el rechazo de Cristo. La gran salvación que trajo fue tipificada por la liberación de los hijos de Israel, cuyo evento fue conmemorado por la fiesta de la pascua. El cordero inocente inmolado en Egipto, cuya sangre rociada sobre los postes de las puertas hizo que el ángel destructor pasara sobre los hogares de Israel, prefiguró al Cordero de Dios sin pecado, cuyos méritos son los únicos que pueden evitar el juicio y la condenación del hombre caído. El Salvador había sido obediente a la ley judía y observado todas sus ordenanzas divinamente señaladas. Acababa de identificarse con el cordero pascual como su gran antitipo, al conectar la cena del Señor con la pascua. ¡Qué amarga burla, pues, la ceremonia que iban a celebrar los sacerdotes perseguidores [129] de Jesús! Pilato vio, en el acusado, a un hombre que tenía las marcas de la violencia, pero con un semblante sereno y noble y un porte digno. Muchos casos habían sido juzgados ante el gobernador romano, pero nunca antes había estado en su presencia un hombre. No descubrió ningún rastro de crimen en su rostro; y algo en el aspecto del prisionero excitó su simpatía y respeto. Se volvió hacia los sacerdotes, que estaban de pie junto a la puerta, y preguntó: "¿Qué acusación traéis contra este hombre?"

No estaban preparados para esta pregunta. No se habían propuesto exponer los detalles del presunto crimen de Jesús. Habían esperado que Pilato, sin demora, confirmaría su decisión contra el Salvador. Sin embargo, le respondieron que habían juzgado al prisionero de acuerdo con su ley y lo encontraron merecedor de muerte. Dijeron ellos: "Si no fuera malhechor, no te lo habríamos entregado". Pero Pilato no quedó satisfecho con la explicación de los judíos, y les recordó su incapacidad para ejecutar la ley. Insinuó que si su juicio solo era necesario para obtener su condenación, era inútil traerle el prisionero. Él dijo: "Tomadlo vosotros, y juzgado según vuestra ley".

Los sacerdotes traicioneros se sintieron burlados; vieron que no sería bueno especificar los motivos de su condenación de Jesús. Pilato consideraría la acusación de blasfemia como la expresión de intolerancia religiosa y celos sacerdotales; y el

el caso sería inmediatamente desestimado. Pero si pudieran excitar los temores del gobernador romano de que Jesús era un líder de la sedición, [130] su propósito se cumpliría. Constantemente surgían tumultos e insurrecciones entre los judíos contra el gobierno romano, pues muchos afirmaban que era contra la ley judía pagar tributo a una potencia extranjera. Las autoridades habían considerado necesario tratar muy rigurosamente con estas revueltas entre la gente, y estaban constantemente al acecho de desarrollos de ese carácter, a fin de reprimirlos de inmediato. Pero Jesús siempre había sido obediente al poder reinante. Cuando los intrigantes sacerdotes trataron de tenderle una trampa enviándole espías con la pregunta: "¿Es lícito rendir tributo a César?" había dirigido su atención a la imagen y la inscripción de César sobre el dinero del tributo, y respondió: "Dad a César lo que es de César". Jesús mismo había pagado tributo y había enseñado a sus discípulos a hacerlo.

En su apuro, los sacerdotes llamaron a los falsos testigos en su ayuda. "Y empezaron a acusarle, diciendo: Hallamos a este hombre pervirtiendo a la nación, y prohibiendo dar tributo al César, diciendo que él mismo es el Cristo, un rey."

Pilato no fue engañado por este testimonio. Ahora estaba seguro de que se había tramado un profundo complot para destruir a un hombre inocente que se interponía en el camino de los dignatarios judíos. Se volvió hacia el prisionero y "le preguntó, diciendo: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Y él le respondió y dijo: Tú lo dices". Jesús se paró ante Pilato, pálido, magullado y desmayado por la falta de sueño y comida. Había sido llevado de un lugar a otro y sometido a insultos y violencia; sin embargo, su porte era noble, y su semblante estaba iluminado como si un rayo de sol brillara sobre él.

Cuando Caifás, que estaba en la trilla, oyó su respuesta, [131] Anciano de la sala del juicio, el sumo sacerdote se unió a otros para llamar a Pilato a testigo de que Jesús había admitido su crimen por esta respuesta, que era un reconocimiento virtual de que estaba tratando de establecer un trono en Judá en oposición al poder de César. . Sacerdotes, escribas y gobernantes, todos unidos en ruidosas denuncias de Jesús, y en importunar a Pilato para que pronunciara sentencia de muerte sobre él. El alboroto sin ley de los enfurecidos sacerdotes y dignatarios del templo confundió los sentidos del gobernador romano. Finalmente, cuando se aseguró cierta medida de tranquilidad, se dirigió de nuevo a Jesús, diciendo

“¿Nada respondiste? mira cuántas cosas testifican contra ti. Pero Jesús todavía no respondió nada; de modo que Pilato se maravilló.” El silencio del Salvador lo dejó perplejo. No vio en el prisionero señales de carácter sedicioso, y no confiaba en las acusaciones de los sacerdotes. Con la esperanza de obtener la verdad de él y escapar del clamor de la multitud alborotada, le pidió a Jesús que entrara con él en su casa. Cuando lo hubo hecho, y estando los dos solos, Pilato se volvió hacia Jesús y con voz respetuosa le preguntó: “¿Eres tú el Rey de los judíos?”

Jesús no respondió directamente a esta pregunta. Sabía que la convicción se había despertado en el corazón de Pilato y deseaba darle la oportunidad de reconocer hasta qué punto su mente había sido influenciada en la dirección correcta. Entonces él respondió: “¿Dices tú esto por ti mismo, o te lo dijeron otros de mí?” El Salvador deseaba una declaración de Pilato sobre si su pregunta procedía de las [132] acusaciones que acababan de hacer los judíos o de su deseo de recibir la luz de Cristo. Pilato anhelaba una fe más inteligente. El porte digno de Jesús y su sereno aplomo cuando se le colocó en una posición en la que naturalmente se desarrollaría un espíritu de odio y venganza, asombró a Pilato y ganó su profundo respeto. La pregunta directa que le acaba de hacer Jesús fue inmediatamente comprendida por él, lo que evidenciaba que su alma estaba conmovida por la convicción. Pero el orgullo se levantó en el corazón del juez romano y venció al Espíritu de Dios. “Pilato respondió: ¿Soy judío? Tu nación y los principales sacerdotes te han entregado a mí; ¿Qué has hecho?”

La oportunidad de oro de Pilato había pasado. Jesús, sin embargo, no lo dejó sin más luz. Por su deseo, Dios envió un ángel a la esposa de Pilato; y, en un sueño, se le mostró la vida pura y el carácter santo del hombre que estaba a punto de ser consignado a una muerte cruel. Jesús no respondió directamente a la pregunta de Pilato sobre lo que había hecho; pero claramente le declaró su misión: “Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis siervos pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero ahora mi reino no es de aquí. Entonces Pilato le dijo: ¿Eres tú rey, pues? Respondió Jesús: Tú dices que yo soy rey. Para esto nací, y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo el que es de la verdad oye mi voz”.

Jesús trató así de convencer a Pilato de que era inocente de aspirar a los honores reales sobre la tierra. Pilato se había sentido confundido por los elementos perturbados y divididos del mundo religioso, y su mente [133] se aferró ansiosamente a las palabras de Jesús declarando que había venido al mundo para dar testimonio de la verdad. Pilato había oído muchas voces gritar: ¡Aquí está la verdad! ¡Tengo la verdad! Pero este hombre, procesado como criminal, que pretendía tener la verdad, movió su corazón con un gran anhelo de saber qué era y cómo podía obtenerse. Le preguntó a Jesús: “¿Qué es la verdad?” Pero no esperó una respuesta; el tumulto de la multitud excitada aumentaba continuamente; sus gritos impacientes resonaron en sus oídos y lo llamaron a su posición judicial. Salió a donde estaban los judíos, que estaban detrás de la puerta de la sala, y declaró con voz enfática: “No encuentro en él ningún delito”.

Esas palabras, trazadas por la pluma de la inspiración, permanecerán para siempre como una prueba para el mundo de la vil perfidia y falsedad de los judíos en sus acusaciones contra Jesús. Incluso el magistrado pagano lo declaró inocente. Mientras Pilato hablaba así, la ira y la decepción de los sacerdotes y ancianos no conocían límites. Habían hecho grandes esfuerzos para lograr la muerte de Jesús, y ahora que parecía haber una perspectiva de su liberación, parecían dispuestos a despedazarlo. Perdieron toda razón y dominio propio, y dieron rienda suelta a maldiciones y maldiciones contra él, comportándose más como demonios que como hombres. Fueron fuertes en sus censuras a Pilato, y amenazaron con la venganza de la ley romana contra él si se negaba a condenar a uno que, afirmaban,

Durante todo este alboroto, Jesús se mantuvo inmóvil, sin pronunciar palabra en respuesta al abuso que se amontonaba sobre él. Había hablado [134] libremente a Pilato cuando estaba solo con él, para que la luz de su verdad pudiera iluminar el entendimiento entenebrecido del gobernador romano; y ahora no podía decir nada más para evitar que cometiera el temible acto de condenar a muerte al Hijo de Dios. Pilato se volvió de nuevo a Jesús y le preguntó: “¿No oyes cuántas cosas testifican contra ti? Y él le respondió que nunca una palabra; tanto que el gobernador se maravilló mucho.”

Ahora se oyeron voces airadas que declaraban que la influencia sediciosa de Jesús era bien conocida en todo el país. Dijeron: “Él alborota al pueblo, enseñando por toda la judería, comenzando

desde Galilea hasta este lugar. Pilato en este momento no pensó en condenar a Jesús, porque estaba seguro de que él era víctima de los sacerdotes envidiosos e intrigantes. Como luego le dijo a Jesús, tenía el poder de condenarlo o liberarlo; pero temía la mala voluntad del pueblo; así que cuando escuchó que Jesús era galileo y estaba bajo la jurisdicción de Herodes, aprovechó la oportunidad para evitar más dificultades y se negó a decidir el caso, enviándolo a Herodes, que estaba entonces en Jerusalén.

Jesús estaba débil y cansado por la falta de sueño y comida, y por los malos tratos que había recibido; sin embargo, su condición de sufrimiento no despertó piedad en los corazones de sus perseguidores. Fue arrastrado a la sala del juicio de Herodes en medio de los abucheos y los insultos de la multitud despiadada. Pilato, además de eludir su responsabilidad con respecto al juicio de Jesús, pensó que sería una buena oportunidad para sanar una vieja disputa [135] entre él y Herodes. Pensó que este acto de su parte sería considerado por Herodes como un reconocimiento de su autoridad superior y, por lo tanto, traería una reconciliación. En esto no se equivocó, porque los dos magistrados se hicieron amigos durante el juicio del Salvador.

Cuando Herodes oyó hablar por primera vez de Jesús y de las maravillas realizadas por él, se aterrorizó y dijo: "A Juan lo decapité; ha resucitado de entre los muertos"; "por lo tanto, obras poderosas se manifiestan en él". Herodes nunca antes había conocido a Jesús, pero había deseado mucho verlo y ser testigo de su maravilloso poder. Se alegró de que le trajeran prisionero, porque no dudó de que podía obligarlo a obrar un milagro como condición para salvarle la vida. La conciencia de Herodes estaba mucho menos sensible que cuando temblaba de horror ante la petición de Herodías de la cabeza de Juan el Bautista. Durante un tiempo había sentido los agudos agujones del remordimiento por el terrible acto que había cometido para satisfacer la venganza de una mujer cruel; pero sus percepciones morales se habían degradado más y más por su vida licenciosa, hasta que sus pecados aparecían como insignificancias a sus ojos. Los hombres que son capaces de los peores crímenes son aquellos que una vez fueron convencidos por el Espíritu de verdad, y se apartaron de la luz a las tinieblas de la iniquidad. Herodes casi se había convertido en discípulo de Juan; pero en el mismo momento de la decisión, había caído en la trampa de Satanás y había matado a uno a quien sabía que era un verdadero profeta.

Cuando el Salvador fue llevado ante Herodes, la chusma se levantó y se agolpó, gritando contra el prisionero, acusándolo unos de un crimen y otros de otro. Herodes ordenó silencio [136] y ordenó que desataran a Jesús, porque deseaba interrogarlo.

Miró con curiosidad, mezclada con un impulso de piedad, el rostro pálido y triste del Salvador, que estaba marcado por una profunda sabiduría y pureza, pero mostraba un cansancio y un sufrimiento extremos. Herodes, así como Pilato, sabían por su conocimiento del carácter de los judíos, que la malicia y la envidia los habían llevado a condenar a este hombre inocente.

Herodes instó a Jesús a salvar su vida obrando un milagro que daría evidencia de su poder divino. Pero el Salvador no tenía tal obra que hacer. Había tomado sobre sí la naturaleza del hombre, y no debía realizar un milagro para satisfacer la curiosidad de los malvados, ni para ahorrarse una jota del dolor y la humillación que el hombre sufriría en circunstancias similares. Herodes lo instó a demostrar que no era un impostor demostrando su poder ante la multitud. Llamó a los mutilados, lisiados y deformes y, de manera autoritaria, ordenó a Jesús que sanara a estos sujetos en su presencia, instando a que si realmente había obrado curaciones tan notables como las que se decían de él, todavía tenía poder para hacer maravillas, y ahora podría convertirlo en su propio beneficio procurando su liberación.

Pero Jesús se paró tranquilo ante el soberano soberano como quien no ve ni oye. Herodes instó repetidamente su propuesta a Jesús y reiteró el hecho de que tenía el poder de liberarlo o condenarlo. Incluso se atrevió a jactarse del castigo que había infligido al profeta Juan por atreverse a reprenderlo. A [137] todo esto Jesús no respondió ni de palabra ni con la mirada. Herodes estaba irritado por el profundo silencio del prisionero, que indicaba una total indiferencia hacia el personaje real ante el cual había sido convocado. La reprensión abierta habría sido más aceptable para el gobernante vanidoso y pomposo que ser ignorado en silencio.

Si Jesús hubiera deseado hacerlo, podría haber pronunciado palabras que habrían traspasado los oídos del endurecido rey. Podría haberlo golpeado con miedo y temblor al exponerle toda la iniquidad de su vida y el horror de su destino inminente. Pero Jesús no tenía luz para dar a alguien que había ido directamente en contra de

el conocimiento que había recibido del más grande de los profetas. Los oídos de Cristo siempre habían estado abiertos a las súplicas fervientes incluso de los peores pecadores; pero no tuvo oído para las órdenes de Herodes. Esos ojos, que siempre se habían posado con piedad y perdón en el pecador arrepentido, por más profanados y humildes que fueran, no tenían mirada que mirar a Herodes. Esos labios, que habían derramado preciosas palabras de instrucción, y siempre estaban listos para responder las preguntas de aquellos que buscaban conocimiento, y para hablar consuelo y perdón a los pecadores y abatidos, no tenían palabras para el orgulloso y cruel Herodes. Ese corazón, siempre tocado por la presencia de la aflicción humana, estaba cerrado al rey altivo que no sentía necesidad de un Salvador.

El silencio de Jesús ya no podía ser soportado por Herodes; su rostro se ensombreció de pasión, y con ira amenazó a Jesús; pero el cautivo aún permanecía impasible. Herodes luego se volvió hacia la multitud y lo denunció como un impostor. Sus acusadores sabían bien que no era un impostor; habían visto demasiadas evidencias de su poder [138] para ser engañados de esa manera. Sabían que incluso la tumba se había abierto a su orden, y los muertos habían salido, vestidos de nuevo con la vida. Se habían aterrorizado mucho cuando Herodes le ordenó que obrara un milagro; porque de todas las cosas temían una exhibición de su poder divino, que sería un golpe mortal para sus planes, y tal vez les costaría la vida. Por lo tanto, los sacerdotes y los gobernantes comenzaron a clamar con vehemencia contra él, acusándolo de hacer milagros por el poder que le había dado Beelzebub, el príncipe de los demonios.

Algunos gritaron que decía ser el Hijo de Dios, el Rey de Israel. Herodes, al oír esto, dijo con escarnio: ¿Es un rey? Luego corónalo, y vístele un manto real, y adora a tu rey.

Luego, volviéndose a Jesús, declaró enojado que si se negaba a hablar, debería ser entregado en manos de los soldados, quienes tendrían poco respeto por sus reclamos o su persona; si fuera un impostor, no sería más de lo que se merece; pero si era el Hijo de Dios, podía salvarse a sí mismo obrando un milagro. Tan pronto como se pronunciaron estas palabras, la multitud, instigada por los sacerdotes, se abalanzó hacia Jesús. Si los soldados romanos no los hubieran hecho retroceder, el Salvador habría sido despedazado.

Por sugerencia de Herodes, ahora se trenzaba una corona de una vid que tenía espinas afiladas, y se colocaba sobre la frente sagrada de

Jesús; y un viejo y andrajoso manto de púrpura, una vez la prenda de un rey, fue colocado sobre su noble figura, mientras Herodes y los sacerdotes judíos fomentaban los insultos y la crueldad de la turba. Luego colocaron a Jesús sobre un gran bloque, al que burlonamente llamaban trono, le colocaron una caña vieja en la mano a modo de cetro y, en medio de risas satánicas, [139] maldiciones y burlas, la grosera multitud se inclinó ante él burlonamente como a un rey. De vez en cuando, alguna mano asesina arrebatava la caña que le habían puesto en la mano y lo golpeaba en la cabeza con ella, clavándole las espinas en las sienes y haciendo que la sangre le corriera por la cara y la barba.

Satanás instigó el cruel abuso de la turba envilecida, dirigida por los sacerdotes y gobernantes, para provocar, si era posible, la represalia del Redentor del mundo, o para impulsarlo a librarse por un milagro de las manos de sus perseguidores, y así romper el plan de salvación. Una mancha en su vida humana, un fracaso de su humanidad para soportar la terrible prueba que se le impuso, haría del Cordero de Dios una ofrenda imperfecta, y la redención del hombre sería un fracaso. Pero aquel que pudiera comandar las huestes celestiales, y en un instante llamar en su ayuda legiones de santos ángeles, uno de los cuales podría haber vencido inmediatamente a esa cruel multitud, él que podría haber derribado a sus torturadores por el destello de su divina majestad, —sometido al más grosero insulto y ultraje con compostura digna. Así como los actos de sus torturadores los degradaron por debajo de la humanidad, a la semejanza de Satanás, así la mansedumbre y la paciencia de Jesús lo exaltaron por encima del nivel de la humanidad.

Cuando Herodes vio que Jesús se sometió pasivamente a toda la indignidad que se amontonaba sobre él, conservando una serenidad sin igual a través de todo ello, lo movió un temor repentino de que después de todo esto podría no ser un hombre común el que estaba frente a él. Quedó muy perplejo cuando miró el rostro puro y pálido del prisionero y se preguntó si no sería un Dios descendido a la tierra. El mismo [140] silencio de Jesús habló con convicción al corazón del rey, como ninguna palabra podría haberlo hecho. Herodes notó que mientras unos se inclinaban ante Jesús en burla, otros, que se adelantaban con el mismo fin, miraban el rostro del doliente y veían plasmado en él una mirada tan de rey que se volvían avergonzados de su propia osadía. Herodes estaba intranquilo y, a pesar de su dureza, no se atrevía a

ratificar la condenación de los judíos; y por lo tanto envió a Jesús de vuelta a Pilato.

El Salvador, tambaleándose de cansancio, pálido y herido, vestido con un manto de escarnio y una corona de espinas, fue llevado sin piedad a la corte del gobernador romano. Pilato estaba muy irritado; porque se había felicitado de haberse librado de una terrible responsabilidad cuando remitió a Herodes a los acusadores de Jesús. Ahora preguntó con impaciencia a los judíos qué querían que hiciera. Les recordó que ya había examinado al prisionero y no le había encontrado culpa; que sus acusadores no habían podido sostener un solo cargo contra él; que había enviado a Jesús a Herodes, tetrarca de Galilea, y uno de su propia nación, el cual tampoco halló nada digno de muerte contra el preso. Pilato dijo: "Por lo tanto, lo castigaré y lo soltaré".

Aquí Pilato expuso su debilidad. Había declarado que Jesús era inocente de los crímenes de los que se le acusaba, pero estaba dispuesto a hacer un sacrificio parcial de justicia y principios para comprometerse con una turba insensible; estaba dispuesto a permitir que un hombre inocente fuera azotado, para que su ira inhumana pudiera ser apaciguada. Pero el hecho de que se propusiera llegar a un acuerdo con ellos [141] colocó a Pilato en desventaja con la multitud ingobernable, que ahora presumía de su indecisión y clamaba más por la vida del prisionero. Pilato se volvió hacia la gente y les manifestó que los sacerdotes y los ancianos no habían probado en ningún grado los cargos presentados contra Jesús. Esperaba por este medio despertar su simpatía por él, para que estuvieran dispuestos. Mientras tanto, Jesús había caído exhausto sobre el pavimento de mármol. En ese momento, un mensajero se abrió paso entre la multitud y colocó en la mano de Pilato una carta de su esposa, que decía así:

"No tengas nada que ver con ese justo; porque hoy he padecido mucho en sueños por causa de él. La esposa de Pilato no era judía; pero el ángel de Dios le había enviado esta advertencia, para que, por medio de ella, Pilato fuera impedido de cometer el terrible crimen de entregar a la muerte al divino Hijo de Dios.

Pilato palideció al leer el mensaje; pero los sacerdotes y gobernantes habían ocupado el intervalo en inflamar aún más las mentes de la gente, hasta que llegaron a un estado de furia insana. El gobernador se vio obligado a actuar; se volvió hacia la multitud y habló con

gran fervor: "¿A quién queréis que os suelte? Barrabás, o Jesús, llamado el Cristo.?" Era costumbre en esta fiesta que el gobernador soltara un preso, a cualquiera que el pueblo quisiera que fuera puesto en libertad. Pilato aprovechó esto como una oportunidad para salvar a Jesús; y al darles a elegir entre el inocente Salvador y el notable ladrón y asesino Barrabás, esperaba despertarles un sentido de justicia. Pero grande fue su asombro cuando el grito, "¡Fuera con este hombre, y suéltanos a Barrabás!" fue iniciada por [142] los sacerdotes y seguida por la multitud, resonando por la sala como el ronco grito de los demonios.

Pilato se quedó mudo de sorpresa y decepción; pero al apelar a la gente y ceder a su propio juicio, había comprometido su dignidad y perdido el control de la multitud. Los sacerdotes vieron que, aunque estaba convencido de la inocencia de Jesús, podían intimidarlo y decidieron llevar su punto de vista. Entonces, cuando Pilato preguntó: "¿Qué, pues, haré de Jesús, llamado el Cristo?" gritaron unánimes: ¡Que sea crucificado!

"Y el gobernador dijo: Pues, ¿qué mal ha hecho? Pero ellos clamaban más, diciendo: ¡Que sea crucificado!". Aquí Pilato volvió a revelar su debilidad, al someter la sentencia de Jesús a una multitud sin ley y enfurecida. Cuán ciertas fueron las palabras del profeta: "El juicio se ha vuelto atrás, y la justicia está lejos; porque la verdad ha caído en la calle, y la equidad no puede entrar." La mejilla del gobernador palideció al escuchar el terrible grito: "¡Crucifícale!". No había pensado que llegaría a eso: un hombre a quien repetidamente había declarado inocente, para ser enviado a la más temible de las muertes. Ahora vio qué cosa tan terrible había hecho al poner la vida de un hombre justo en la balanza contra la decisión de aquellos que, por envidia y malicia, lo habían entregado a juicio. Pilato había dado paso tras paso en la violación de su conciencia, y en excusarse de juzgar con equidad y justicia, como su posición exigía que hiciera, hasta ahora se encontró casi indefenso en manos de los judíos.

Nuevamente hizo la pregunta: "¿Por qué, qué mal ha hecho?" y [143] otra vez gritaron: "¡Crucifícalo!" Una vez más Pilato protestó con ellos en contra de dar muerte a alguien contra quien nada podían probar. Nuevamente, para conciliarlos, propuso castigarlo y dejarlo ir. No bastó que el Salvador del mundo,

desmayado de cansancio y cubierto de heridas, debe ser sometido a la vergonzosa humillación de tal prueba; pero su carne sagrada debe ser magullada y mutilada para satisfacer la furia satánica de los sacerdotes y gobernantes. Satanás, con su ejército infernal, se había apoderado de ellos.

Pilato, con la vana esperanza de excitar su piedad, para que decidieran que este era suficiente castigo, ahora hizo que Jesús fuera azotado en presencia de la multitud. El doliente pálido, con una corona de espinas sobre su cabeza, y desnudo hasta la cintura, dejando al descubierto las largas y crueles llagas, de las cuales fluía la sangre libremente, fue colocado al lado de Barrabás. Aunque el rostro de Jesús estaba manchado de sangre y presentaba marcas de agotamiento y dolor, su noble carácter no podía ocultarse, sino que contrastaba marcadamente con el del jefe de los ladrones, cuyos rasgos proclamaban que era un hombre degradado y degradado . endurecido forajido.

Pilato se llenó de simpatía y asombro al contemplar la paciencia sin quejas de Jesús. La dulzura y la resignación se expresaban en todos sus rasgos; no había debilidad cobarde en sus modales, sino la fuerza y la dignidad de la paciencia. Pilato no dudó que la vista de este hombre, que había soportado insultos y ultrajes de tal manera, al ser contrastado con el repulsivo criminal que tenía a su lado, movería a la gente a la simpatía, y decidirían que Jesús ya había sufrido bastante. Pero no comprendía el odio fanático de los sacerdotes hacia Cristo, quien, como Luz del mundo, había puesto de manifiesto su oscuridad y error.

Pilato, señalando al Salvador, con voz de súplica solemne dijo a los sacerdotes, gobernantes y pueblo: "He aquí al hombre". "Os lo traigo para que sepáis que no hallo falta en él". Pero los sacerdotes habían llevado a la turba a una furia loca; y, en lugar de compadecerse de Jesús por su sufrimiento y paciencia, gritaron: "¡Crucifícale, crucifícale !". y sus voces roncas eran como el rugido de bestias salvajes.

Pilato, perdiendo toda paciencia con su crueldad irrazonable, gritó desesperadamente: "Tomadlo vosotros, y crucificadlo; porque no hallo falta en él."

El gobernador romano, familiarizado con las escenas crueles, educado en medio del fragor de la batalla, se compadecía del prisionero doliente que, despreciado y azotado, con la frente ensangrentada y la espalda lacerada, tenía aún más el porte de un rey en su trono que la de un criminal condenado. Pero los corazones de su propia gente

se endurecieron contra él. Los sacerdotes declararon: "Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios".

Pilato se sobresaltó por estas palabras; no tenía una idea correcta de Cristo y su misión; pero tenía una fe indistinta en Dios y en seres superiores a la humanidad. El pensamiento que una vez había pasado por su mente tomó ahora forma más definida, y se preguntó si no sería un personaje divino el que estaba frente a él, vestido con la túnica púrpura de la burla y coronado de espinas, [145] pero con un porte tan noble que el romano incondicional temblaba de asombro al mirarlo.

"Cuando Pilato oyó estas palabras, tuvo más miedo; y fue otra vez al pretorio, y dijo a Jesús: ¿De dónde eres tú? Pero Jesús no le dio respuesta." Jesús ya le había dicho a Pilato que él era el Mesías, que su reino no era de este mundo; y no tenía más palabras para un hombre que abusaba tanto del alto cargo de juez como para ceder sus principios y autoridad a las demandas de una chusma sedienta de sangre. Pilato estaba molesto por el silencio de Jesús, y se dirigió a él con altivez:—

"¿No me hablas? ¿No sabes que tengo poder para crucificarte, y tengo poder para soltarte? Respondió Jesús: No tendrías poder alguno contra mí, si no te fuera dado de lo alto; por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene." Aquí Jesús colocó la carga más pesada de culpa sobre los jueces judíos, quienes habían recibido evidencia inequívoca de la divinidad de Aquel a quien habían condenado a muerte, tanto de las profecías como de sus propias enseñanzas y milagros. ¡Qué escena fue esta para transmitir al mundo a través de todos los tiempos! El compasivo Salvador, en medio de su intenso sufrimiento y dolor, excusa en lo posible el acto de Pilato, quien podría haberlo liberado del poder de sus enemigos.

Pilato estaba ahora más convencido que antes de la superioridad del hombre que tenía delante, y trató una y otra vez de salvarlo. "Pero los judíos dieron voces, diciendo: Si a éste dejas ir, no eres amigo de César; cualquiera que se hace rey, contra César habla". Esto fue tocar a Pilato en un punto débil. El gobierno lo había mirado [146] con cierta sospecha; y sabía que un informe de infidelidad de su parte probablemente le costaría su posición.

Sabía que si los judíos se convertían en sus enemigos, no podía esperar piedad de sus manos; porque tenía ante sí un ejemplo de la perseverancia con que buscaban destruir a uno a quien odiaban sin razón.

La amenaza implícita en la declaración de los sacerdotes, con respecto a su lealtad al César, intimidó a Pilato, de modo que cedió a las demandas de la multitud y entregó a Jesús a la crucifixión antes que arriesgarse a perder su posición. Pero lo mismo que temía le sobrevino después, a pesar de sus precauciones. Sus honores le fueron despojados; fue derribado de su alto cargo; y, picado por el remordimiento y el orgullo herido, se suicidó poco después de la crucifixión.

“Al ver Pilato que de nada podía prevalecer, sino que más bien se hacía alboroto, tomó agua y se lavó las manos delante de la multitud, diciendo: Inocente soy yo de la sangre de este justo; véanlo. Caifás respondió desafiante: “Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos”; y sus palabras fueron repetidas por los sacerdotes y gobernantes, y recogidas por la multitud en un rugido inhumano de voces. “Entonces todo el pueblo respondió y dijo: Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos”.

En esta exhibición de locura satánica, la luz de la convicción brilló más claramente sobre la mente de Pilato. Nunca antes había sido testigo de una presunción tan temeraria y una crueldad tan despiadada. Y en fuerte [147] contraste con la pasión ingobernable de sus perseguidores estaba el reposo digno de Jesús. Pilato dijo en su propia mente: Él es un Dios, y pensó que podía distinguir una suave luz que brillaba sobre su cabeza. Mirando así a Cristo, palideció de miedo y de autocondenación; luego, enfrentándose al pueblo con semblante turbado, dijo: Limpio soy de su sangre. Tomadlo vosotros y crucificadlo; pero fíjense, sacerdotes y gobernantes, lo declaro un hombre justo, y que Aquel a quien él reclama como su Padre los juzgue por la obra de este día, y no a mí. Luego, volviéndose a Jesús, continuó: Perdóname por este acto; No soy capaz de salvarte.

Poco tiempo antes, el gobernador había declarado a su preso que tenía poder para ponerlo en libertad o condenarlo; pero ahora pensó que no podía salvarlo a él, y también a su propia posición y honor; y prefirió sacrificar una vida inocente antes que su propio poder mundano. Si hubiera actuado con prontitud y firmeza desde el principio,

cumpliendo sus convicciones de derecho, su voluntad no habría sido dominada por la turba; no se habrían atrevido a dictarle . Su vacilación e indecisión demostraron su ruina irreparable.

Cuántos, como Pilato, sacrifican los principios y la integridad para evitar consecuencias desagradables. La conciencia y el deber señalan un camino, y el interés propio señala otro; y la corriente, moviéndose fuertemente en la dirección equivocada, arrastra hacia la densa oscuridad de la culpa a quien se compromete con el mal.

La ira de Satanás fue grande al ver que toda la crueldad que había inducido a los judíos a infligir a Jesús no había sacado el menor murmullo de sus labios. Aunque había asumido la naturaleza de hombre, estaba sostenido por una fortaleza divina y no se apartaba en ningún [148] particular de la voluntad de su Padre.

¡Maravilla, oh cielos! y asómbrate, oh tierra! He aquí el opresor y el oprimido. Una inmensa multitud encierra al Salvador del mundo. Las burlas y las burlas se mezclan con los juramentos groseros de la blasfemia. Su nacimiento humilde y su vida humilde son comentados por miserables insensibles. Su pretensión de ser el Hijo de Dios es ridiculizada por los principales sacerdotes y ancianos, y la broma vulgar y la burla insultante se pasan de boca en boca. Satanás tiene el control total de las mentes de sus siervos. Para hacer esto con eficacia, había comenzado con los principales sacerdotes y los ancianos, y los había imbuido de un frenesí religioso. Esto lo habían comunicado a la chusma grosera e inculta, hasta que hubo una armonía corrupta en los sentimientos de todos, desde los sacerdotes y ancianos hipócritas hasta los más envilecidos. Cristo, el precioso Hijo de Dios, fue llevado y entregado al pueblo para ser crucificado.

* * * * *

Capítulo 10—El Calvario

Se llevaron a Jesús con fuertes gritos de triunfo; pero su ruido cesó por un tiempo cuando pasaron por un lugar retirado, y vieron al pie de un árbol sin vida el cuerpo muerto de Judas, que había traicionado a Cristo.

Fue un espectáculo de lo más repugnante; su peso había roto la cuerda [149] con la que se había colgado al árbol, y, al caer, su cuerpo había quedado horriblemente destrozado, y estaba siendo devorado por los perros. Se ordenó que los restos mutilados fueran enterrados de inmediato, y la multitud pasó; pero hubo burlas menos ruidosas, y muchos rostros pálidos revelaron los pensamientos aterradores en su interior. La retribución parecía ya estar visitando a aquellos que eran culpables de la sangre de Je

Para entonces, la noticia de la condenación de Jesús se había extendido por toda Jerusalén, infundiendo terror y angustia a miles de corazones, pero trayendo un gozo malicioso a muchos que habían sido reprendidos por las enseñanzas del Salvador. Los sacerdotes estaban obligados por la promesa de no molestar a ninguno de sus discípulos si Jesús les era entregado ; por lo que toda clase de personas acudieron a la escena del ultraje, y Jerusalén quedó casi vacía. Nicodemo y José de Arimatea no habían sido convocados al concilio del Sanedrín, y sus voces no tenían nada que ver con condenar a Jesús. Estuvieron presentes en su crucifixión, pero incapaces de cambiar o modificar su terrible frase.

Los discípulos y creyentes de los alrededores se unieron a la multitud que siguió a Jesús hasta el Calvario. También estaba allí la madre de Jesús , sostenida por Juan, el discípulo amado. Su corazón fue golpeado por una angustia indecible; sin embargo, ella, con los discípulos, esperaba que la dolorosa escena cambiaría y Jesús afirmarí su poder y se presentaría ante sus enemigos como el Hijo de Dios. Entonces, de nuevo, el corazón de su madre se hundió al recordar las palabras en las que él se había referido brevemente a las cosas que estaban ocurriendo ese día.

[150] Apenas había cruzado Jesús la puerta de la casa de Pilato cuando sacaron la cruz que había sido preparada para Barrabás y la colocaron sobre sus hombros magullados y sangrantes. Las cruces también fueron

puesto sobre los compañeros de Barrabás, que iban a sufrir la muerte al mismo tiempo que Jesús. El Salvador había soportado su carga por unas pocas varas, cuando, por la pérdida de sangre y el cansancio y el dolor excesivos, cayó desmayado a tierra. Mientras yacía bajo la pesada carga de la cruz, cómo anhelaba el corazón de la madre de Cristo colocar una mano de apoyo debajo de su cabeza herida y bañar esa frente que una vez había sido almohada sobre su pecho. Pero, ¡ay!, ese triste privilegio le fue negado.

Cuando Jesús revivió, la cruz fue colocada de nuevo sobre sus hombros y fue empujado hacia adelante. Siguió tambaleándose unos pasos, llevando su pesada carga, y luego cayó sin vida al suelo. Al principio fue declarado muerto, pero finalmente revivió de nuevo. Los sacerdotes y gobernantes no sintieron compasión por su víctima sufriente; pero vieron que le era imposible llevar más lejos el instrumento de tortura. Estaban desconcertados de encontrar a alguien que se humillara a sí mismo para llevar la cruz al lugar de la ejecución. Los judíos no pudieron hacerlo debido a la profanación y su consiguiente incapacidad para celebrar la próxima fiesta de la pascua.

Mientras pensaban qué hacer, Simón, un Cireneo, que venía de la dirección opuesta, se encontró con la multitud, fue apresado por instigación de los sacerdotes y obligado a llevar la cruz de Cristo. Los hijos de Simón eran discípulos de Jesús, pero él mismo nunca se había relacionado con él. Esta ocasión fue provechosa para él. La cruz que se vio obligado a llevar se convirtió en el medio de [151] su conversión. Sus simpatías se conmovieron profundamente a favor de Jesús; y los acontecimientos del Calvario, y las palabras pronunciadas por Jesús, le hicieron reconocer que era el Hijo de Dios. Simón siempre se sintió agradecido a Dios por la singular providencia que lo colocó en posición de recibir evidencia por sí mismo de que Jesús era el Redentor del mundo.

Cuando se pensó que Jesús estaba muriendo bajo el peso de la cruz, muchas mujeres, que, aunque no creyentes en Cristo, sintieron lástima por sus sufrimientos, prorrumpieron en un llanto lastimero. Cuando Jesús revivió, los miró con tierna compasión. Sabía que no lo lamentaban por ser un maestro enviado por Dios, sino por motivos de humanidad común. Miró a las mujeres que lloraban y dijo: "Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, sino por vosotras mismas y por vuestros hijos".

Jesús no despreció sus lágrimas, pero la simpatía que expresaron despertó una cuerda más profunda de simpatía en su propio corazón por ellos. Se olvidó de su propio dolor al contemplar el destino futuro de Jerusalén. Hace poco tiempo el pueblo había clamado: “Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos”. ¡Cuán ciegamente habían invocado el destino del que pronto se darían cuenta! Muchas de las mismas mujeres que lloraban por Jesús perecerían con sus hijos en el sitio de Jerusalén.

Jesús se refirió no solo a la destrucción de Jerusalén, sino al fin del mundo. Dijo él: “Entonces comenzarán a decir a los montes:

Caed sobre nosotros; ya los montes, cúbrenos. Porque si hacen [152] estas cosas en el árbol verde, ¿qué se hará en el seco? Los inocentes estaban representados por el árbol verde. Si Dios permitió que su ira a causa de los pecados del mundo cayera sobre el Redentor, en el sentido de que se le permitió sufrir la muerte por crucifixión, ¿qué podría esperarse que sucediera sobre los impenitentes e incrédulos, que habían menospreciado las misericordias de Dios, compradas para ellos por la muerte de su Hijo? La mente de Jesús se desvió de la destrucción de Jerusalén a un juicio más amplio, cuando todos los impenitentes sufrirían la condenación por sus pecados; cuando vendría el Hijo del hombre, acompañado no por una turba asesina, sino por las poderosas huestes de Dios.

Una gran multitud siguió al Salvador al Calvario, muchos burlándose y mofándose; pero algunos lloraban y contaban su alabanza. Los que había sanado de diversas enfermedades y los que había resucitado de entre los muertos, declaraban con voz ferviente sus maravillas y exigían saber qué había hecho Jesús para que fuera tratado como un malhechor. Sólo unos días antes, lo habían acompañado con alegres hosannas y agitando ramas de palmeras, mientras cabalgaba triunfalmente hacia Jerusalén. Pero muchos de los que entonces habían gritado su alabanza, porque era popular hacerlo, ahora aumentaron el grito de “¡Crucifícalo! ¡Crucifícale!

Con motivo de la entrada de Cristo cabalgando en Jerusalén, los discípulos habían sido elevados al más alto grado de expectativa. Se habían acercado mucho a su Maestro y habían sentido que se sentían muy honrados de estar conectados con él. Ahora lo seguían en su humillación a distancia. Estaban llenos de un dolor inexpresable y de esperanzas defraudadas. ¿Cómo se verificaron las palabras de Jesús: “Todos vosotros os escandalizaréis de mí esta noche; porque escrito está, heriré

el pastor y las ovejas del rebaño serán esparcidas.”

Sin embargo, los discípulos todavía tenían una débil esperanza de que su Maestro manifestaría su poder en el último momento y se libraría de sus enemigos.

Al llegar al lugar de la ejecución, los condenados eran atados a los instrumentos de tortura. Mientras los dos ladrones luchaban en las manos de quienes los tendían en la cruz, Jesús no opuso resistencia. La madre de Jesús miraba con agonizante suspenso, esperando que hiciera un milagro para salvarse.

Seguramente Aquel que había dado vida a los muertos no se dejaría crucificar. ¡Qué tortura debe haber soportado esta mujer al presenciar la vergüenza y el sufrimiento de su hijo, pero no pudo ministrarle en su angustia! Un amargo dolor y decepción llenaron su corazón. ¿Debe renunciar a su fe en que él era el verdadero Mesías? ¿Permitiría el Hijo de Dios que lo mataran tan cruelmente? Vio sus manos extendidas sobre la cruz, esas amadas manos que siempre habían dispensado bendiciones y que tantas veces habían sido extendidas para sanar a los que sufrían. Y ahora trajeron el martillo y los clavos, y mientras los clavos atravesaban la carne tierna y los sujetaban a la cruz, los discípulos, afligidos en el corazón, sacaron de la cruel escena el cuerpo desmayado de la madre de Cristo.

Jesús no hizo ningún murmullo de queja; su rostro permaneció pálido y sereno, pero grandes gotas de sudor caían sobre su frente. No hubo mano compasiva para limpiar el rocío de la muerte de su rostro, ni palabras de simpatía y fidelidad inmutable para detener su corazón humano. Estaba [154] pisando el lagar solo; y de todo el pueblo no había ninguno con él. Mientras los soldados hacían su trabajo terrible, y él estaba soportando la agonía más aguda, Jesús oró por sus enemigos: “Padre, perdónalos; porque no saben lo que hacen.” Su mente pasó de su propio sufrimiento al crimen de sus perseguidores, y la terrible pero justa retribución que sería de ellos. Se compadeció de ellos en su ignorancia y culpa. No se invocaron maldiciones sobre los soldados que lo estaban tratando con tanta dureza, no se invocó venganza sobre los sacerdotes y gobernantes que fueron la causa de todo su sufrimiento, y luego se regodeaban en el cumplimiento de su propósito, sino solo una súplica por su perdón—“porque no saben lo que hacen”.

Si hubieran sabido que sometían a una tortura exquisita a uno que había venido a salvar a la raza pecaminosa de la ruina eterna, lo habrían hecho.

han sido invadidos por el horror y el remordimiento. Pero su ignorancia no quitó su culpa; porque era su privilegio conocer y aceptar a Jesús como su Salvador. Rechazaron toda evidencia, y no sólo pecaron contra el Cielo al crucificar al Rey de Gloria, sino contra los sentimientos más comunes de la humanidad al dar muerte tortuosamente a un hombre inocente. Jesús se estaba ganando el derecho de convertirse en el Abogado del hombre en la presencia del Padre. Esa oración de Cristo por sus enemigos abrazó al mundo, acogiendo a todo pecador que debía vivir, hasta el fin de los tiempos.

Después de que Jesús fue clavado en la cruz, varios hombres poderosos la levantaron y la empujaron con gran violencia en el lugar preparado para ella, [155] causando la más atroz agonía al Hijo de Dios. Pilato luego escribió una inscripción en tres idiomas diferentes y la colocó sobre la cruz, sobre la cabeza de Jesús. Decía así: "Este es Jesús, el Rey de los judíos". Esta inscripción, colocada de manera tan llamativa sobre la cruz, irritó a los judíos. En la corte de Pilato habían gritado: ¡Crucifícale ! ¡No tenemos más rey que César! Declararon que cualquiera que reclamara como rey a otro que no fuera César era un traidor. Pero se habían extralimitado al negar cualquier deseo de tener un rey de su propia nación. Pilato, en su inscripción, escribió los sentimientos que habían expresado. Era una declaración virtual, y así la entendían todos, que los judíos reconocieran que, debido a su lealtad al poder romano, cualquier hombre que aspirara a ser rey de los judíos, por inocente que fuera en otros aspectos, debería ser juzgado por ellos. digno de la muerte. No se mencionaba ningún otro delito en la inscripción; simplemente declaró que Jesús era el rey de los judíos.

Los judíos vieron esto y le pidieron a Pilato que cambiara la inscripción. Dijeron los principales sacerdotes: No escribas: Rey de los judíos; sino que dijo: Yo soy el Rey de los Judíos." Pero Pilato, enojado consigo mismo por su anterior debilidad, y despreciando profundamente a los celosos y astutos sacerdotes y gobernantes, respondió con frialdad: "Lo que he escrito, he escrito".

Y ahora se representó una escena terrible. Sacerdotes, gobernantes y escribas olvidaron la dignidad de sus oficios sagrados y se unieron a la chusma para burlarse y burlarse del Hijo de Dios moribundo, diciendo: "Si tú eres el Rey de los judíos, sálvate a ti mismo". Y algunos se repetían burlescamente [156] entre ellos: "A otros salvó; a sí mismo no puede salvarse. Si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y

le creeremos. Confió en Dios; que lo libre ahora, si lo quiere; porque dijo: Yo soy el Hijo de Dios.” “Y los que pasaban lo injuriaban, meneando la cabeza y diciendo: ¡Ay, tú que derribas el templo y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo y desciende de la cruz!”.

Estos hombres, que profesaban ser los expositores de la profecía, repetían ellos mismos las mismas palabras que la inspiración había predicho que pronunciarían en esta ocasión; sin embargo, en su ceguera, no percibieron que estaban cumpliendo la profecía. Los dignatarios del templo, los soldados endurecidos, el vil ladrón en la cruz, y los viles y crueles entre la multitud, todos unidos en su abuso de Cristo.

Los ladrones que fueron crucificados con Jesús sufrieron como tortura física con él; pero uno solo se endureció y se volvió desesperado y desafiante por su dolor. Asumió las burlas de los sacerdotes e injurió a Jesús, diciendo: “Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros”. El otro malhechor no era un criminal empedernido; su moral había sido corrompida por la asociación con la base, pero sus crímenes no eran tan grandes como los de muchos que estaban debajo de la cruz injuriando al Salvador.

Al igual que el resto de los judíos, había creído que el Mesías vendría pronto. Había oído a Jesús y sus enseñanzas lo habían convencido; pero por la influencia de los sacerdotes y gobernantes se había apartado de él. Había buscado ahogar sus convicciones en las fascinaciones del placer. Las asociaciones corruptas lo habían llevado más y más lejos en la maldad, hasta que fue arrestado por un delito abierto [157] y condenado a morir en la cruz. Durante ese día de prueba había estado en compañía de Jesús en la sala del juicio y camino al Calvario. Había oído a Pilato declarar que era un hombre justo; había marcado su comportamiento divino y su piedad de perdonar a sus torturadores. En su corazón reconoció a Jesús como el Hijo de Dios.

Cuando escuchó las palabras burlonas de su compañero de crimen, “lo reprendió, diciendo: ¿No temes tú a Dios, estando en la misma condenación? Y nosotros en verdad con justicia; porque recibimos la debida recompensa de nuestras obras; pero este hombre no ha hecho nada malo. Luego, cuando su corazón se volvió hacia Cristo, la iluminación celestial inundó su mente. En Jesús, magullado, escarnecido y colgado en la cruz,

vio a su Redentor, su única esperanza, y le suplicó con fe humilde:

“¡Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino!

Y Jesús le dijo: De cierto te digo hoy, [Al colocar la coma después de la palabra hoy, en lugar de después de la palabra tú, como en las versiones comunes, el verdadero significado del texto es más evidente.] serás conmigo en el Paraíso.”

Jesús no prometió al ladrón arrepentido que iría con él, el día de su crucifixión, al Paraíso; porque él mismo no ascendió a su Padre sino hasta tres días después. Ver a [Juan 20:17](#). Pero él le declaró: “Te digo hoy...”, queriendo grabar el hecho en su mente, que en ese momento, mientras soportaba la ignominia y la persecución, tenía el poder de salvar a los pecadores. Era [158] el Abogado del hombre ante el Padre, teniendo el mismo poder que cuando sanaba a los enfermos y resucitaba a los muertos; fue su derecho divino prometer ese día al malhechor arrepentido y creyente: “Estarás conmigo en el Paraíso”.

El criminal en la cruz, a pesar de su sufrimiento físico, sintió en su alma la paz y el consuelo de la aceptación de Dios. El Salvador, levantado en la cruz, soportando el dolor y la burla, rechazado por los sacerdotes y los ancianos, es buscado por un alma culpable y moribunda con una fe que discierne al Redentor del mundo en Aquel que está crucificado como un malhechor. Por tal objeto dejó el Hijo de Dios el Cielo, para salvar a los pecadores perdidos y que perecen. Mientras que los sacerdotes y gobernantes, en su desdén farisaico, no logran ver su carácter divino, él se revela al ladrón arrepentido como el Amigo y Salvador del pecador. Enseña así que el pecador más vil puede encontrar el perdón y la salvación por los méritos de la sangre de Cristo.

El Espíritu de Dios iluminó la mente de este criminal, quien se aferró a Cristo por la fe, y, eslabón tras eslabón, se unió la cadena de evidencia de que Jesús era el Mesías, hasta que la víctima sufriente, en la misma condenación consigo mismo, se puso de pie. delante de él como el Hijo de Dios. Mientras los líderes judíos lo niegan, e incluso los discípulos dudan de su divinidad, el pobre ladrón, al borde de la eternidad, al final de su tiempo de prueba, ¡llama a Jesús su Señor! Muchos estaban dispuestos a llamarlo Señor cuando obró milagros, y también después de que se levantó de la tumba; pero nadie lo llamó Señor mientras colgaba agonizante en la cruz, excepto el ladrón penitente, que fue salvado en la hora undécima.

Esta fue una conversión genuina bajo circunstancias peculiares, porque [159] un propósito especial y peculiar. Testificó a todos los espectadores que Jesús no era un impostor, sino que sostuvo su carácter y llevó a cabo su misión hasta la escena final de su vida terrenal. Nunca en todo su ministerio hubo palabras más agradecidas a sus oídos que la expresión de fe de los labios del ladrón agonizante, en medio de las blasfemias y burlas de la turba. Pero que nadie descuide las oportunidades presentes y demore el arrepentimiento, asumiendo la conversión del ladrón en la hora undécima, y confiando en un arrepentimiento en el lecho de muerte. Cada rayo de luz que se descuida deja al pecador en mayor oscuridad que antes, hasta que algún terrible engaño se posea de su mente y su caso se vuelva desesperado. Sin embargo, hay casos, como el del pobre ladrón, donde la iluminación llega en el último momento y es aceptada con una fe inteligente. Tales penitentes encuentran el favor de Cristo.

Con asombro los ángeles contemplaron el amor infinito de Jesús, quien, sufriendo la más atroz agonía de mente y cuerpo, pensó sólo en los demás, y animó al alma penitente a creer. Mientras derramaba su vida en la muerte, ejerció un amor por el hombre más fuerte que la muerte. En la humillación de Cristo, él, como profeta, se había dirigido a las hijas de Jerusalén; como sacerdote y Abogado, había suplicado al Padre que perdonara los pecados de sus destructores; como un amoroso Salvador, había perdonado la iniquidad del ladrón arrepentido que lo invocaba. Muchos de los que fueron testigos de esas escenas en el Calvario fueron posteriormente establecidos por ellos en la fe de Cristo.

La serpiente levantada en el desierto representaba al Hijo del hombre levantado sobre la cruz, Cristo le dijo a Nicodemo: "Como Moisés [160] levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado, para que todo aquel que crea en él no perezca, mas tenga vida eterna." En el desierto vivían todos los que miraban a la serpiente de bronce elevada, mientras que los que se negaban a mirar morían. Los dos ladrones en la cruz representan las dos grandes clases de la humanidad.

Todos han sentido el veneno del pecado, representado por la picadura de la serpiente de fuego en el desierto. Aquellos que miran y creen en Jesucristo, como el ladrón lo miró cuando fue levantado sobre la cruz, vivirán para siempre; pero aquellos que rehúsan mirarlo y creer en él, como el ladrón empedernido rehusó mirar y creer en el Redentor crucificado, morirán sin esperanza.

Los enemigos de Jesús ahora esperaban su muerte con impaciente esperanza. Ese evento que imaginaron silenciaría para siempre los rumores de su poder divino y las maravillas de sus milagros. Se halagaron a sí mismos pensando que entonces ya no deberían temblar a causa de su influencia. Los insensibles soldados que habían tendido el cuerpo de Jesús sobre la cruz, se repartieron sus ropas entre sí, disputándose una sola prenda, que estaba tejida sin costura. Finalmente decidieron el asunto echando suertes. La pluma de la inspiración había descrito con precisión esta escena cientos de años antes de que ocurriera: “Porque perros me han rodeado; Me ha cercado la asamblea de los impíos ; horadaron mis manos y mis pies.” “Repartieron entre ellos mi ropa, y sobre mi vestidura echaron suertes”.

Los ojos de Jesús recorrieron la multitud que se había congregado [161] para presenciar su muerte, y vio al pie de la cruz a Juan sosteniendo a María, la madre de Cristo. Ella había regresado al terrible escenario, al no poder permanecer más tiempo alejada de su hijo. La última lección de Jesús fue una de amor filial. Miró el rostro afligido de su madre, y luego a John; dijo él, dirigiéndose a la primera: “Mujer, ahí tienes a tu hijo”. Luego, al discípulo: “Aquí tienes a tu madre”, Juan entendió bien las palabras de Jesús, y el encargo sagrado que le fue encomendado. Inmediatamente sacó a la madre de Cristo del temible escenario del Calvario. Desde ese momento la cuidó como un hijo obediente, llevándola a su propia casa. ¡Oh, misericordioso y amoroso Salvador! En medio de todo su dolor físico y angustia mental, tuvo un cuidado tierno y considerado por la madre que lo había dado a luz. No tenía dinero para dejarla, con el cual asegurar su comodidad futura, pero estaba consagrado en el corazón de Juan, y le dio a su madre al discípulo amado como un legado sagrado. Esta confianza resultó ser una gran bendición para John, un recordatorio constante de su amado Maestro.

El ejemplo perfecto del amor filial de Cristo resplandece con brillo imperecedero en la niebla de los siglos. Mientras soportaba la tortura más aguda, no se olvidó de su madre, sino que hizo todas las provisiones necesarias para su futuro. Los seguidores de Cristo deben sentir que es parte de su religión respetar y proveer para sus padres. Ningún pretexto de devoción religiosa puede excusar a un hijo o hija de cumplir con las obligaciones debidas a un padre.

[162] La misión de la vida terrena de Cristo estaba ahora casi cumplida.

complacido Su lengua estaba reseca y dijo: "Tengo sed". Empaparon una esponja con vinagre y hiel y se la ofrecieron a beber; y cuando lo hubo gustado, lo rehusó. Y ahora el Señor de la vida y la gloria moría, en rescate por la raza. Fue el sentido del pecado, trayendo la ira del Padre sobre él como sustituto del hombre, lo que hizo que la copa que bebió fuera tan amarga, y quebrantó el corazón del Hijo de Dios.

La muerte no debe ser considerada como un ángel de misericordia. La naturaleza retrocede ante el pensamiento de disolución, que es la consecuencia del pecado.

Pero no fue el pavor de la muerte lo que provocó la indecible agonía de Jesús. Creer esto sería colocarlo por debajo de los mártires en coraje y resistencia; porque muchos de los que habían muerto por su fe, sucumbieron al tormento y a la muerte, gozándose de haber sido tenidos por dignos de sufrir por Cristo. Cristo fue el príncipe de los que sufren; pero no fue la angustia corporal lo que lo llenó de horror y desesperación; era un sentido de la malignidad del pecado, un conocimiento de que el hombre se había familiarizado tanto con el pecado que no se daba cuenta de su enormidad, que estaba tan profundamente arraigado en el corazón humano que era difícil de erradicar.

Como sustituto y garantía del hombre, la iniquidad de los hombres fue puesta sobre Cristo; fue tenido por transgresor para redimirlos de la maldición de la ley. La culpa de todos los descendientes de Adán de todas las épocas oprimía su corazón; y la ira de Dios, y la terrible manifestación de su desagrado por la iniquidad, llenó de consternación el alma de su Hijo. La retirada del rostro divino del Salvador, en esta hora de suprema angustia, traspasó su corazón con un dolor que nunca podrá ser plenamente comprendido [163] por el hombre. Cada dolor que soportó el Hijo de Dios en la cruz, las gotas de sangre que brotaron de su cabeza, sus manos y pies, las convulsiones de agonía que sacudieron su cuerpo, y la angustia indecible que llenó su alma al ocultarse la muerte de su Padre. frente a él, habla al hombre, diciendo: Es por amor a ti que el Hijo de Dios consiente en que se le impongan estos crímenes atroces; para ti saquea el dominio de la muerte, y abre las puertas del Paraíso y de la vida inmortal. El que calmó las olas furiosas con su palabra, y caminó sobre las olas cubiertas de espuma, que hizo temblar a los demonios y huir de su toque la enfermedad, que resucitó a los muertos y abrió los ojos de los ciegos, se ofrece a sí mismo en la cruz. como el último

sacrificio por el hombre. Él, el portador del pecado, soporta el castigo judicial por la iniquidad, y se convierte en el pecado mismo del hombre.

Satanás, con sus feroces tentaciones, torció el corazón de Jesús. El pecado, tan odioso a sus ojos, se amontonó sobre él hasta que gimió bajo su peso. No es de extrañar que su humanidad temblara en esa hora terrible. Los ángeles presenciaron con asombro la agonía desesperada del Hijo de Dios, tanto mayor que su dolor físico que apenas lo sintió. Las huestes del Cielo velaron sus rostros ante la terrible vista.

La naturaleza inanimada expresó simpatía por su Autor insultado y moribundo. El sol se negó a contemplar la espantosa escena. Sus rayos llenos y brillantes iluminaban la tierra al mediodía, cuando de repente pareció borrarse. La oscuridad completa envolvió la cruz, y todo lo que la rodeaba, como un velo fúnebre. No hubo eclipse u otra causa natural para esta oscuridad, que era profunda como la medianoche [164] sin luna ni estrellas. La densa negrura era un emblema de la agonía y el horror del alma que envolvía al Hijo de Dios. Lo había sentido en el jardín de Getsemaní, cuando de sus poros brotaron gotas de sangre, y donde habría muerto si no hubiera sido enviado un ángel desde los atrios del Cielo para vigorizar al divino doliente, para que pudiera pisar su sangre. Camino manchado al Calvario.

La oscuridad duró tres horas completas. Ningún ojo podía penetrar la oscuridad que envolvía la cruz, y nadie podía penetrar la oscuridad más profunda que inundaba el alma sufriente de Cristo. Un terror sin nombre se apoderó de todos los que estaban reunidos alrededor de la cruz. El silencio de la tumba parecía haber caído sobre el Calvario. Las maldiciones y los insultos cesaron en medio de frases a medio pronunciar. Hombres, mujeres y niños se postraron sobre la tierra con un terror abyecto. Vídidos relámpagos, no acompañados por truenos, de vez en cuando salían de la nube y revelaban la cruz y el Redentor crucificado.

Sacerdotes, gobernantes, escribas, verdugos y la multitud, todos pensaron que había llegado su hora de retribución. Después de un tiempo, algunos susurraron a otros que Jesús ahora bajaría de la cruz. Algunos intentaron regresar a la ciudad a tientas, golpeándose el pecho y gimiendo de miedo.

A la hora novena las terribles tinieblas se disiparon del pueblo, pero todavía envolvieron al Salvador como en un manto. Los relámpagos furiosos parecían

para ser arrojado a él mientras colgaba de la cruz. Entonces "Jesús clamó a gran voz, diciendo: Eloi, eloi, ¿lama sabactani? que traducido es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"

Mientras las tinieblas exteriores se asentaban en torno a Cristo, muchas voces exclamaron: ¡La venganza de Dios es sobre él! ¡ Los rayos de la ira de Dios son [165] arrojados sobre él porque afirmó ser el Hijo de Dios! Cuando resonó el grito desesperado del Salvador, muchos de los que habían creído en él se llenaron de terror; la esperanza los abandonó; si Dios había abandonado a Jesús, ¿qué sería de sus seguidores y de la doctrina que habían atesorado?

Las tinieblas ahora se levantaron del espíritu oprimido de Cristo, y revivió a una sensación de sufrimiento físico, y dijo: "Tengo sed". Esta era una última oportunidad para que sus perseguidores simpatizaran con él y lo aliviaran; pero cuando la oscuridad se disipó, su terror disminuyó, y volvió el viejo temor de que Jesús aún pudiera escapar de ellos, "y uno corrió y llenó una esponja con vinagre, y la puso sobre una caña, y le dio de beber, diciendo: Sin hablar de; a ver si viene Elías a derribarlo.

Al entregar su preciosa vida, Cristo no se animó con un gozo triunfante; todo era una oscuridad opresiva. Allí colgaba sobre la cruz el inmaculado Cordero de Dios, su carne lacerada con azotes y heridas; aquellas manos preciosas, que siempre habían estado listas para aliviar a los oprimidos y dolientes, extendidas sobre la cruz, y sujetas por los crueles clavos; esos pies pacientes, que habían recorrido leguas cansadas en la dispensación de bendiciones y en la enseñanza de la doctrina de la salvación al mundo, magullados y clavados en la cruz; su cabeza real herida por una corona de espinas; esos labios pálidos y temblorosos, que siempre habían estado listos para responder a la súplica de la humanidad doliente, formados con las tristes palabras: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?"

En silencio, la gente espera el final de esta terrible escena. De nuevo brilla el sol; pero la cruz está envuelta en tinieblas. [166] Sacerdotes y gobernantes miran hacia Jerusalén; y he aquí, la densa nube se ha posado sobre la ciudad, y sobre las llanuras de Judá, y los feroces relámpagos de la ira de Dios se dirigen contra la ciudad predestinada. De repente, las tinieblas se levantan de la cruz, y con claros tonos de trompeta, que parecen resonar por toda la creación, Jesús clama: "Consumado es"; "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". Una luz rodeó el

cruz, y el rostro del Salvador resplandeció con una gloria como la del sol. Luego inclinó la cabeza sobre su pecho y murió.

Todos los espectadores se quedaron paralizados y con gran expectación contemplaron al Salvador. Nuevamente la oscuridad se posó sobre la faz de la tierra, y se escuchó un retumbar ronco como un trueno pesado. Esto fue acompañado por un violento temblor de la tierra. La multitud fue sacudida en montones, y sobrevino la más salvaje confusión y consternación. En las montañas circundantes, las rocas estallaron en pedazos con un fuerte estruendo, y muchas de ellas se desplomaron desde las alturas hasta las llanuras de abajo. Los sepulcros fueron abiertos y los muertos fueron arrojados fuera de sus tumbas. La creación parecía estremecerse hasta convertirse en átomos. Sacerdotes, gobernantes, soldados y verdugos enmudecieron de terror y se postraron en tierra.

Las tinieblas fueron nuevamente levantadas del Calvario, y colgaban como un paño mortuario sobre Jerusalén. En el momento en que Cristo murió, había sacerdotes ministrando en el templo ante el velo que separaba el lugar santo del lugar santísimo. De repente sintieron temblar la tierra debajo de ellos, y el velo del templo, un velo fuerte y rico que había sido renovado anualmente, fue rasgado en dos de arriba abajo por la misma mano sin sangre que escribió las palabras del juicio final sobre ellos. Los muros del palacio de Belsasar. El lugar santísimo, en el que los pies humanos habían entrado sagradamente solo una vez al año, se reveló a la mirada común. Dios siempre antes había protegido su templo de una manera maravillosa; pero ahora sus misterios sagrados fueron expuestos a ojos curiosos. La presencia de Dios ya no eclipsaría el propiciatorio terrenal. Ya no resplandecería la luz de su gloria, ni la nube de su sombra de desaprobación, las piedras preciosas del pectoral del sumo sacerdote.

Cuando Cristo murió en la cruz del Calvario, se abrió un camino nuevo y vivo tanto para judíos como para gentiles. En adelante, el Salvador iba a oficiar como Sacerdote y Abogado en el Cielo de los cielos. De ahora en adelante, la sangre de las bestias ofrecida por el pecado no tenía valor; porque el Cordero de Dios había muerto por los pecados del mundo. La oscuridad sobre la faz de la naturaleza expresó su simpatía por Cristo en su agonía. Evidenciaba a la humanidad que el Sol de Justicia, la Luz del mundo, estaba retirando sus rayos de la ciudad una vez favorecida de Jerusalén, y del mundo. fue un milag

testimonio dado de Dios, para que la fe de las generaciones venideras sea confirmada.

Jesús no entregó su vida hasta que hubo terminado la obra que vino a hacer; y exclamó con su último aliento: "¡Consumado es!" Los ángeles se regocijaron cuando se pronunciaron las palabras; porque el gran plan de redención se estaba llevando a cabo triunfalmente. Hubo gozo en el Cielo de que los hijos de Adán pudieran ahora, a través de una vida de obediencia, ser finalmente exaltados a la presencia de Dios. Satanás fue [168] derrotado y sabía que su reino estaba perdido.

Cuando el cristiano comprenda plenamente la magnitud del gran sacrificio hecho por la Majestad de los Cielos, entonces se magnificará ante él el plan de salvación, y la meditación del Calvario despertará las emociones más profundas y sagradas de su corazón. La contemplación del incomparable amor del Salvador debe absorber la mente, tocar y derretir el corazón, refinar y elevar los afectos y transformar completamente todo el carácter. El lenguaje del apóstol es: "Me propuse no saber nada entre vosotros, sino a Jesucristo, ya éste crucificado". Y podemos mirar hacia el Calvario y exclamar: "Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo".

Con la muerte de Cristo, las esperanzas de sus discípulos parecieron desvanecerse. Miraron sus párpados cerrados y su cabeza caída, su cabello ensangrentado, sus manos y pies perforados, y su angustia fue indescriptible. No habían creído hasta el final que él moriría, y difícilmente podían dar crédito a sus sentidos de que estaba realmente muerto. La Majestad de los Cielos había entregado su vida, abandonada por los creyentes, desatendida por un acto de alivio o una palabra de simpatía; porque ni siquiera a los ángeles compasivos se les había permitido ministrar a su amado Comandante.

Caía la noche y una quietud sobrenatural se cernía sobre Calvary . La multitud se dispersó y muchos regresaron a Jerusalén muy cambiados en el espíritu de lo que habían sido en la mañana. Muchos de ellos se habían reunido en la crucifixión por curiosidad, y no por odio hacia Cristo. Aun así, aceptaron los informes fabricados [169] de los sacerdotes acerca de él, y lo consideraron un malhechor. En la ejecución habían absorbido el espíritu de los líderes judíos y,

bajo una excitación antinatural, se había unido a la multitud para burlarse de él y vituperarlo.

Pero cuando la tierra se cubrió de tinieblas y fueron acusados por sus propias conciencias, la razón recuperó nuevamente su dominio y se sintieron culpables de haber cometido un gran mal. No se oían bromas ni risas burlonas en medio de aquella penumbra espantosa; y cuando se levantó, se dirigieron solemnemente a sus hogares, atemorizados y con la conciencia herida. Estaban convencidos de que las acusaciones de los sacerdotes eran falsas, que Jesús no era un farsante; y unas pocas semanas más tarde estaban entre los miles que se convirtieron por completo a Cristo, cuando Pedro predicó sobre el día de Pentecostés, y el gran misterio de la cruz fue explicado con otros misterios con respecto al Mesías.

Los oficiales romanos a cargo estaban de pie alrededor de la cruz cuando Jesús gritó: “Consumado es”, con una voz de poder sorprendente, y luego murió instantáneamente con ese grito de victoria en sus labios. Nunca antes habían presenciado una muerte como esa en la cruz. Era algo inaudito que uno muriera así dentro de las seis horas posteriores a la crucifixión. La muerte por crucifixión fue un proceso lento y prolongado; la naturaleza se agotó cada vez más hasta que fue difícil determinar cuándo se había extinguido la vida. Pero para un hombre que moría así reunir tal poder de voz y claridad de expresión como lo había hecho Jesús, inmediatamente antes de su muerte, fue un evento tan asombroso que [170] los oficiales romanos, experimentados en tales escenas, se maravillaron grandemente; y el centurión que mandaba el destacamento de soldados de servicio allí, inmediatamente declaró: “Verdaderamente éste era Hijo de Dios”. Así, tres hombres, muy diferentes entre sí, declararon abiertamente su fe en Cristo el mismo día de su muerte: el que comandaba la guardia romana, el que llevó la cruz de su Salvador y el que murió en la cruz a su lado. .

Los espectadores y los soldados que guardaban la cruz estaban convencidos, hasta donde sus mentes eran capaces de captar la idea, de que Jesús era el Redentor a quien Israel había buscado durante tanto tiempo. Pero la oscuridad que cubría la tierra no podía ser más densa que la que envolvía las mentes de los sacerdotes y gobernantes. No cambiaron por los eventos que habían presenciado, y su odio hacia Jesús no había disminuido con su muerte.

En su nacimiento, el ángel estrella en los cielos había conocido a Cristo y había conducido a los videntes al pesebre donde yacía. Las huestes celestiales lo habían conocido y cantado sus alabanzas sobre las llanuras de Belén. El mar había reconocido su voz y fue obediente a su mandato. La enfermedad y la muerte habían reconocido su autoridad y cedido su presa a su demanda. El sol lo había conocido, y ocultó su rostro de luz de la vista de su angustia agonizante. Las rocas lo habían conocido, y se estremecieron en fragmentos ante su último grito. Aunque la naturaleza inanimada reconoció y dio testimonio de que Cristo era el Hijo de Dios, los sacerdotes y gobernantes no conocieron al Salvador, rechazaron la evidencia de su divinidad y endurecieron sus corazones contra sus verdades. No eran tan susceptibles como las rocas de granito [171] de las montañas.

Los judíos no querían que los cuerpos de los que habían sido ejecutados permanecieran esa noche en la cruz. Temían que la atención de la gente se dirigiera más a los acontecimientos que concurrieron a la muerte de Jesús. Temían los resultados del trabajo de ese día en la mente del público. Entonces, bajo el pretexto de que no querían que la santidad del sábado fuera profanada por los cuerpos que permanecían en la cruz durante ese día santo, que era el que seguía a la crucifixión, los principales judíos enviaron un pedido a Pilato para que les permitiera apresurar la muerte de las víctimas, para que sus cuerpos pudieran ser retirados antes de la puesta del sol.

Pilato estaba tan poco dispuesto como ellos a que el espectáculo de Jesús en la cruz se prolongara un momento más de lo necesario. Obtenido el consentimiento del gobernador, a los dos que estaban crucificados con Jesús se les quebraron las piernas para acelerar su muerte; pero Jesús ya estaba muerto, y no le quebraron las piernas. Los rudos soldados, que habían presenciado las miradas y palabras de Jesús en su camino al Calvario, y mientras moría en la cruz, se ablandaron por lo que habían presenciado, y se abstuvieron de estropearlo rompiéndole las extremidades. Así se cumplió la profecía, que declaraba que no se le quebraría hueso alguno; y la ley de la pascua, que requería que el sacrificio fuera perfecto y completo, también se cumplió en la ofrenda del Cordero de Dios. No dejarán de él para la mañana, ni quebrarán hueso de él; conforme a todas las [172] ordenanzas de la pascua la celebrarán”.

Un soldado, a sugerencia de los sacerdotes que querían asegurar la muerte de Jesús, clavó su lanza en el costado del Salvador, infligiendo una herida que le habría causado la muerte instantánea si no hubiera estado ya muerto. De la ancha incisión hecha por la lanza brotaron dos chorros copiosos y distintos, uno de sangre, el otro de agua. Este hecho notable fue notado por todos los espectadores, y Juan lo declara muy definitivamente; dice: “Uno de los soldados le abrió el costado con una lanza, y al instante salió sangre y agua. Y el que lo vio dio testimonio, y su testimonio es verdadero; y él sabe que dice la verdad, para que creáis. Porque estas cosas sucedieron para que se cumpliese la Escritura: No será quebrado hueso suyo. Y también otra Escritura dice: Mirarán al que traspasaron.

Después de la resurrección, los sacerdotes y gobernantes hicieron circular el informe de que Jesús no murió en la cruz, que simplemente se desmayó y luego fue resucitado. Otro informe mentiroso afirmaba que no era un cuerpo real de carne y hueso sino la semejanza de un cuerpo que fue puesto en la tumba. Pero el testimonio de Juan acerca del costado abierto del Salvador, y la sangre y el agua que manaron de la herida, refuta estas falsedades que fueron traídas a la existencia por los judíos sin escrúpulos.

Capítulo 11—En el sepulcro

[173]

La traición contra el gobierno romano fue el presunto delito por el que Jesús fue ejecutado, y las personas condenadas a muerte por este delito fueron abatidas por los soldados rasos y enviadas a un cementerio reservado exclusivamente para esa clase de criminales que habían sufrido la pena extrema de la Ley.

John no sabía qué medidas debía tomar con respecto al cuerpo de su amado Maestro. Se estremeció ante la idea de que fuera manipulado por soldados toscos e insensibles y colocado en un lugar de entierro deshonorado. Sabía que no podía obtener ningún favor de las autoridades judías y que poco podía esperar de Pilato. Pero José y Nicodemo llegaron al frente en esta emergencia. Ambos hombres eran miembros del Sanedrín y conocían a Pilato.

Ambos eran hombres ricos e influyentes. Estaban determinados a que el cuerpo de Jesús tuviera una sepultura honrosa.

José fue audazmente a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús para el entierro. Su oración fue concedida rápidamente por Pilato, quien creía firmemente que Jesús había sido inocente. Pilato ahora por primera vez escuchó de José que Jesús estaba realmente muerto. El conocimiento se le había ocultado deliberadamente, aunque varios informes contradictorios habían llegado a sus oídos sobre los extraños eventos que acompañaron a la crucifixión. Ahora supo que el Salvador murió en el mismo momento en que había pasado la misteriosa oscuridad que envolvía la tierra [174]. Pilato se sorprendió de que Jesús hubiera muerto tan pronto; porque aquellos que fueron crucificados frecuentemente demoraron días en la cruz. El relato que ahora recibió Pilato de la muerte de Jesús le hizo creer más firmemente que no era un hombre corriente. El gobernador romano estaba extrañamente agitado y lamentaba profundamente la parte que había tomado en la condenación del Salvador.

Los sacerdotes y gobernantes habían encargado a Pilato ya sus oficiales que se guardaran de cualquier engaño que los discípulos de Jesús pudieran intentar practicar sobre ellos con respecto al cuerpo de su Maestro. Pilato, por tanto, antes de conceder la petición de José, mandó llamar

el centurión que estaba al mando de los soldados en la cruz, y escuchó con certeza de sus labios que Jesús estaba muerto; y en cumplimiento de la ferviente petición de Pilato, relató las terribles escenas del Calvario, corroborando el testimonio de José.

Entonces Pilato dio una orden oficial de que el cuerpo de Jesús debía ser entregado a José. Mientras el discípulo Juan estaba ansioso y preocupado por los sagrados restos de su amado Maestro, José de Arimatea volvió con el encargo del gobernador; y Nicodemo, anticipando el resultado de la entrevista de José con Pilato, vino con una costosa mezcla de mirra y áloe de unas cien libras de peso. El más honrado en toda Jerusalén no podría haber recibido más respeto en la muerte.

Las mujeres de Galilea se habían quedado con el discípulo Juan para ver cómo se disponía el cuerpo de Jesús, que les era muy precioso, aunque con él había perecido su fe en él como el Mesías prometido. Los discípulos estaban sumidos en el dolor; estaban tan abrumados por los acontecimientos que habían ocurrido que no pudieron recordar las palabras de Jesús que decía que tales cosas sucederían con respecto a él. Las mujeres se asombraron al ver a José y Nicodemo, ambos consejeros honrados y ricos, tan ansiosos e interesados como ellos en la disposición adecuada del cuerpo de Jesús.

Ninguno de estos hombres se había unido abiertamente al Salvador mientras vivía, aunque ambos creían en él. Sabían que si declaraban su fe serían excluidos del concilio del Sanedrín, debido al prejuicio de los sacerdotes y ancianos hacia Jesús. Esto los habría privado de todo poder para ayudarlo o protegerlo usando su influencia en el consejo. Varias veces habían mostrado la falacia de los motivos de su condenación y protestado contra su arresto, y el concilio se había disuelto sin lograr aquello para lo que había sido convocado; porque era imposible procurar la condenación de Jesús sin el consentimiento unánime del Sanedrín. El objeto de los sacerdotes finalmente se había obtenido convocando un concilio secreto, al cual no fueron convocados José y Nicodemo.

Los dos consejeros ahora se acercaron audazmente en ayuda de los discípulos. La ayuda de estos hombres ricos y honrados era muy necesaria en ese momento. Podrían hacer por el Salvador inmolado lo que

era imposible de hacer para los discípulos más pobres; y sus posiciones influyentes los protegieron, en gran medida, de la censura y la amonestación. Mientras que los reconocidos discípulos de Cristo estaban demasiado [176] completamente desanimados e intimidados para mostrarse abiertamente como sus seguidores, estos hombres se adelantaron audazmente y desempeñaron su noble papel.

Suave y reverentemente sacaron con sus propias manos el cuerpo de Jesús del instrumento de tortura, sus lágrimas de simpatía cayeron rápidamente al contemplar su cuerpo magullado y lacerado, que cuidadosamente lavaron y limpiaron de la mancha de sangre. José poseía un sepulcro nuevo, excavado en piedra, que se reservaba para sí mismo; estaba cerca del Calvario, y ahora preparó este sepulcro para Jesús. El cuerpo, junto con las especias traídas por Nicodemo, fue cuidadosamente envuelto en una sábana de lino, y los tres discípulos llevaron su preciosa carga al nuevo sepulcro, donde nunca antes había yacido un hombre. Allí enderezaron aquellos miembros mutilados y cruzaron las manos amoratadas sobre el pecho sin pulso. Las mujeres galileas se acercaron para ver que se había hecho todo lo que se podía hacer por la forma sin vida de su amado Maestro. Entonces vieron rodar la pesada piedra contra la entrada del sepulcro, y el Hijo de Dios quedó reposando. Las mujeres fueron las últimas en la cruz y las últimas en la tumba de Cristo. Mientras se acumulaban las sombras de la tarde, María Magdalena y las otras Marías se demoraron en el lugar sagrado de descanso de su Señor, derramando lágrimas de dolor por el destino de Aquel a quien amaban.

Aunque los gobernantes judíos habían llevado a cabo su diabólico propósito de dar muerte al Hijo de Dios, sus aprensiones no se calmaron, ni su celo por Cristo murió. Mezclado con el gozo de la venganza gratificada, había un temor siempre presente de que su cuerpo muerto que yacía en la tumba de José resucitaría. Habían [177] trabajado para creer que él era un engañador; pero fue en vano. En todas partes escucharon preguntas sobre Jesús de Nazaret de parte de aquellos que no habían oído hablar de su muerte, y habían llevado a sus amigos enfermos y moribundos a la Pascua para ser sanados por el gran Médico. Los sacerdotes sabían en sus corazones que Jesús había sido todopoderoso; habían presenciado su milagro en la tumba de Lázaro; sabían que allí había resucitado a los muertos, y temblaban de miedo de que él mismo resucitara de entre los muertos.

Le habían oído declarar que tenía poder para dar su vida y para volverla a tomar; se acordaron de que había dicho: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré; juntaron esto y aquello, y tuvieron miedo. Cuando Judas entregó a su Maestro a los sacerdotes, les repitió la declaración que Jesús había hecho en privado a sus discípulos cuando iban camino a la ciudad.

Él había dicho: “He aquí, subimos a Jerusalén; y el Hijo del hombre será entregado a los principales sacerdotes ya los escribas, y lo condenarán a muerte, y lo entregarán a los gentiles para que lo escarnezan, lo azoten y lo crucifiquen; y al tercer día resucitará.” Recordaron muchas cosas que él había dicho, que ahora reconocían como claras profecías de los acontecimientos que habían tenido lugar. No deseaban pensar en estas cosas, pero no podían cerrarlas a su entendimiento. Como su padre, el diablo, creyeron y temblaron.

[178] Ahora que había pasado el frenesí de la excitación, la imagen de Cristo se entrometía en sus mentes, mientras permanecía sereno y sin quejarse ante sus enemigos, soportando sus vituperios y abusos sin murmurar. Recordaron la oración de perdón, ofrecida en favor de los que lo clavaron en la cruz, su olvido de su propio sufrimiento y su respuesta misericordiosa a la oración del ladrón moribundo, la oscuridad que cubrió la tierra, su levantamiento repentino, y su grito de triunfo: “Consumado es”, que pareció resonar en el universo, su muerte inmediata, el temblor de la tierra y el estremecimiento de las rocas, la apertura de los sepulcros y el rasgado del velo del templo. Todas estas notables circunstancias presionaron en sus mentes la abrumadora evidencia de que Jesús era el Hijo de Dios.

Cuando Judas informó a los sacerdotes las palabras de Jesús con respecto a su muerte cercana, se burlaron de la idea de su conocimiento previo de los acontecimientos. Todas sus predicciones se habían cumplido hasta el momento, y no tenían la seguridad de que toda su predicción no se cumpliría. Si Jesús resucitaba de entre los muertos, temían que sus vidas pagarían la pena de su crimen. No podían dormir, porque estaban más preocupados por la muerte de Jesús que durante su vida. Entonces habían pensado que su única esperanza de prosperidad e influencia estaba en silenciar su voz de reproche; ahora temblaban ante el poder milagroso que había poseído.

Descansaban muy poco el sábado. Aunque no cruzarían el umbral de un gentil por temor a la contaminación, celebraron un concilio acerca del cuerpo de Cristo. Sabían que los [179] discípulos no intentarían sacarlo hasta después del sábado; pero estaban ansiosos de que se tomaran todas las precauciones al final.

Por tanto, “los principales sacerdotes y los fariseos se juntaron a Pilato, diciendo: Señor, nos acordamos que aquel engañador dijo, cuando aún vivía: Dentro de tres días resucitaré. Manda, pues, que se asegure el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos de noche, y lo hurten, y digan al pueblo: Ha resucitado de entre los muertos; así el último error será peor que el primero.” Pilato estaba tan poco dispuesto como los judíos a que Jesús resucitara con poder para castigar la culpa de los que lo habían destruido, y puso una banda de soldados romanos al mando de los sacerdotes. Dijo él: “Vosotros tenéis un reloj; sigue tu camino, hazlo lo más seguro que puedas. Fueron, pues, y aseguraron el sepulcro, sellando la piedra y poniendo guardia.

La disciplina del ejército romano era muy severa. Un centinela encontrado durmiendo en su puesto era castigado con la muerte. Los judíos se dieron cuenta de la ventaja de tener tal guardia alrededor de la tumba de Jesús. Pusieron un sello sobre la piedra que cerraba el sepulcro, para que no fuera removido sin que el hecho se supiera, y tomaron todas las precauciones para que los discípulos no practicaran ningún engaño con respecto al cuerpo de Jesús. Pero todos sus planes y precauciones sólo sirvieron para hacer más completo el triunfo de la resurrección y establecer más plenamente su verdad.

¡Cómo deben haber mirado Dios y sus santos ángeles todos esos preparativos para custodiar el cuerpo del Redentor del mundo! ¡Cuán débiles y tontos debieron parecer esos esfuerzos! Las palabras del [180] salmista describen esta escena: “¿Por qué se enfurecen las naciones, y los pueblos piensan cosas vanas? Se levantarán los reyes de la tierra, y los gobernantes consultarán juntos contra el Señor y contra su Ungido, diciendo: Rompamos sus ligaduras, y echemos de nosotros sus cuerdas. El que está sentado en los cielos se reirá; el Señor se burlará de ellos.” Los guardias romanos y las armas romanas fueron impotentes para confinar al Señor de la vida dentro del estrecho recinto del sepulcro. Cristo había declarado que tenía poder para dar su vida y volverla a tomar. La hora de su victoria fue

cerca.

Dios había gobernado los eventos que se agrupaban alrededor del nacimiento de Cristo. Había un tiempo señalado para que él apareciera en forma de humanidad. Una larga línea de profecías inspiradas apuntaba a la venida de Cristo a nuestro mundo y describía minuciosamente la forma de su recepción. Si el Salvador hubiera aparecido en un período anterior de la historia del mundo, las ventajas obtenidas por los cristianos no habrían sido tan grandes, ya que su fe no se habría desarrollado ni fortalecido al detenerse en las profecías que se extendían hasta el futuro lejano y relataban el hechos que iban a suceder.

Debido a la perversa desviación de los judíos de Dios, Él les había permitido caer bajo el poder de una nación pagana. Sólo se concedía a los judíos un cierto poder limitado; incluso al Sanedrín no se le permitía pronunciar un juicio final sobre ningún caso importante que involucrara la imposición de la pena capital. Un pueblo controlado, como los judíos, por el fanatismo y la superstición, es sumamente **cruel** e implacable. La sabiduría de Dios se mostró al enviar a su Hijo al mundo en un momento en que dominaba el poder romano.

Si la economía judía hubiera poseído plena autoridad, no tendríamos ahora una historia de la vida y el ministerio de Cristo entre los hombres. Los celosos sacerdotes y gobernantes se habrían llevado rápidamente a un rival tan formidable. Habría sido apedreado por la falsa acusación de quebrantar la ley de Dios. Los judíos no dieron muerte a nadie por crucifixión; ese era un método romano de castigo; por lo tanto, no habría habido cruz en el Calvario. Entonces no se habría cumplido la profecía ; porque Cristo iba a ser levantado de la manera más pública en la cruz, como la serpiente fue levantada en el desierto.

El poder romano fue el instrumento en la mano de Dios para evitar que la Luz del mundo se apagara en las tinieblas. La cruz fue levantada, según el plan de Dios, a la vista de todas las naciones, lenguas y pueblos, llamando su atención al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

Si la venida de Cristo se hubiera aplazado muchos años más tarde, hasta que el poder judío hubiera disminuido aún más, la profecía habría fracasado en su cumplimiento; porque no habría sido posible que los judíos, con su poder menguante, hubieran influenciado a las autoridades romanas para que firmaran la sentencia de muerte de Jesús sobre los falsos cargos presentados, y no habría habido cruz de Cristo erigida sobre el Calvario.

Poco después de la ejecución del Salvador, se abolió el método de muerte por crucifixión. Las escenas que tuvieron lugar a la muerte de Jesús, la conducta inhumana del pueblo, las tinieblas sobrenaturales que velaron la tierra, y la agonía de la naturaleza manifestada en el desgarramiento de [182] las rocas y el relámpago de los relámpagos, los golpearon. con tal remordimiento y terror, que la cruz, como instrumento de muerte, pronto cayó en desuso. En la destrucción de Jerusalén, cuando el poder de la multitud volvió a tomar el control, la crucifixión volvió a revivir por un tiempo, y muchas cruces se alzaron sobre el Calvario.

La venida de Cristo en el momento y en la forma en que lo hizo fue un cumplimiento directo y completo de la profecía. La evidencia de esto, dada al mundo a través del testimonio de los apóstoles y de sus contemporáneos, es una de las pruebas más fuertes de la fe cristiana. No fuimos testigos oculares de los milagros de Jesús, que atestiguan su divinidad; pero tenemos las declaraciones de sus discípulos que fueron testigos oculares de ellos, y vemos por la fe a través de sus ojos, y oímos a través de sus oídos; y nuestra fe con la de ellos se aferra a la evidencia dada.

Los apóstoles aceptaron a Jesús sobre la base del testimonio de los profetas y hombres justos, que se extendieron durante un período de muchos siglos. El mundo cristiano tiene una cadena completa y completa de evidencia que se extiende tanto por el Antiguo como por el Nuevo Testamento; en uno apuntando a un Salvador por venir, y en el otro cumpliendo las condiciones de esa profecía. Todo esto es suficiente para establecer la fe de aquellos que están dispuestos a creer. El designio de Dios fue dejar a la raza una oportunidad justa para desarrollar la fe en el poder de Dios y de su Hijo y en la obra del Espíritu Santo.

[183]

Capítulo 12—El conflicto terminó

Cuando Cristo clamó: “Consumado es”, todo el Cielo triunfó.

Se puso fin a la controversia entre Cristo y Satanás con respecto a la ejecución del plan de salvación. El espíritu de Satanás y sus obras se habían arraigado profundamente en el afecto de los hijos de los hombres. Para Satanás haber llegado al poder hubiera sido la muerte para el mundo. El odio implacable que sintió hacia el Hijo de Dios se reveló en su manera de tratarlo mientras estuvo en el mundo.

La traición, el juicio y la crucifixión de Cristo fueron planeados por el enemigo caído. Su odio, llevado a cabo en la muerte del Hijo de Dios, colocó a Satanás donde su verdadero carácter diabólico se reveló a todas las inteligencias creadas que no habían caído por el pecado.

Los santos ángeles estaban horrorizados de que alguien que había sido de ellos pudiera caer tan lejos como para ser capaz de tal crueldad. Todo sentimiento de simpatía o piedad que alguna vez habían sentido por Satanás en su exilio, se apagó en sus corazones. Que su envidia se ejerciera en tal venganza sobre una persona inocente fue suficiente para despojarlo de su supuesto manto de luz celestial y revelar la espantosa deformidad que había debajo; pero manifestar tal malignidad hacia el divino Hijo de Dios, quien, con una abnegación sin precedentes y un amor por las criaturas formadas a su imagen, había venido del Cielo y asumió su naturaleza caída, fue un crimen tan atroz contra el Cielo que causó los ángeles se estremecieron de horror, y cortaron [184] para siempre el último lazo de simpatía existente entre Satanás y el mundo celestial. Satanás había realizado esfuerzos extraordinarios contra Jesús desde el momento en que apareció como un bebé en Belén. Había buscado por todos los medios posibles evitar que desarrollara una niñez perfecta, una virilidad intachable, un ministerio santo y un sacrificio infinito al dar su vida sin murmurar por los pecados de los hombres. Pero Satanás no había podido desanimarlo ni apartarlo de la obra para la que había venido a la tierra. La tormenta de la ira de Satanás lo golpeó desde el desierto hasta el Calvario; pero cuanto más sin piedad cayó, más firmemente se aferró el Hijo de Dios a

la mano de su Padre, y prosiga en la senda ensangrentada delante de él. Todos los esfuerzos de Satanás para oprimirlo y abrumarlo, solo sacaron a la luz el carácter inmaculado de Cristo.

En la controversia entre Cristo y Satanás, el carácter de Dios ahora estaba plenamente vindicado en su acto de desterrar del cielo al ángel caído, que una vez había sido exaltado junto a Cristo. Todo el Cielo, y los mundos que no habían caído por el pecado, habían sido testigos de la controversia entre Cristo y Satanás. ¡ Con qué intenso interés habían seguido las escenas finales del conflicto! Habían visto al Salvador entrar en el jardín de Getsemaní, con el alma abatida por un horror de oscuridad que nunca antes había experimentado. Una agonía abrumadora había arrancado de sus labios el amargo grito de que aquella copa, si fuera posible, pasara de él. Un asombro terrible , al sentir que la presencia de su Padre se retiraba de él, había llenado su espíritu divino con un estremecimiento de pavor. Estaba triste, [185] con una amargura de dolor superior a la de la última gran lucha con la muerte; el sudor de sangre fue expulsado de sus poros y cayó en gotas sobre el suelo. Tres veces la misma oración de liberación había sido arrancada de sus labios. El cielo no había podido soportar más la vista y había enviado un mensajero de consuelo al postrado Hijo de Dios, desfalleciendo y muriendo bajo la culpa acumulada del mundo.

El cielo había visto a la víctima traicionada y apresurada de un tribunal terrenal a otro con burla y violencia. Había oído las burlas de sus perseguidores a causa de su humilde nacimiento, y su negación con maldiciones y juramentos por parte de uno de sus discípulos más amados. Había visto la obra frenética de Satanás y su poder sobre los corazones de los hombres. ¡Oh, escena espantosa! el Salvador apresado a medianoche en Getsemaní como asesino, arrastrado de un lado a otro del palacio al tribunal, procesado dos veces ante los sacerdotes, dos veces ante el Sanedrín, dos veces ante Pilato y una vez ante Herodes, escarnecido, azotado y condenado, sacado ser crucificado, llevando la pesada carga de la cruz en medio del llanto de las hijas de Jerusalén y las burlas de la multitud!

El cielo había visto con dolor y asombro a Cristo colgado en la cruz, la sangre manando de sus sienes heridas y el sudor teñido de sangre sobre su frente. De sus manos y pies la sangre había caído, gota a gota, sobre la roca perforada para el pie.

de la Cruz. Las heridas hechas por las uñas se habían abierto mientras el peso de su cuerpo se arrastraba sobre sus manos. Su respiración laboriosa se había vuelto [186] rápida y profunda, mientras su alma jadeaba bajo la carga de los pecados del mundo. Todo el Cielo se llenó de admiración cuando se ofreció la oración de Cristo en medio de su terrible sufrimiento: “Padre, perdónalos; porque no saben lo que hacen.” Sin embargo, allí estaban los hombres, formados a la imagen de Dios, uniéndose a Satanás para aplastar la última chispa de vida del corazón del Hijo de Dios.

En Cristo estaba la encarnación del mismo Dios. El plan y la ejecución de la salvación del hombre es una demostración de la sabiduría y el poder divinos, misteriosos para las mentes finitas. Se manifestó el amor insondable de Dios por el género humano, al dar a su Hijo para que muriera por él. Cristo se reveló en todo su amor y pureza abnegados; el hombre podía ahora obtener la vida inmortal a través de sus méritos. Cuando la justicia de Dios fue expresada en sentencia judicial, declarando la disposición final de Satanás, que sería completamente consumido con todos aquellos que estaban bajo su estandarte, todo el Cielo resonó con aleluyas, y “Digno es el Cordero que fue inmolado de tener toda autoridad y poder, y dominio, y gloria.”

Cuando nos detenemos en la justicia de Dios, miramos sólo un lado de su carácter; porque en su grandeza y poder se ha dignado con nuestra debilidad al enviar a su Hijo al mundo para que el hombre no perezca. En la cruz podemos leer su tierna misericordia y perdón, combinados armoniosamente con su justicia severa e inquebrantable. La severidad de Dios se siente cuando estamos separados de él; pero cuando nos arrepentimos de nuestros pecados y hacemos las paces con él por la virtud de la cruz, lo encontramos un Padre misericordioso, reconciliado con los hombres por medio de su Hijo.

[187]

El cuerpo de Jesús fue colocado apresuradamente en la tumba debido a la proximidad del sábado, para que los discípulos pudieran guardar el día según el mandamiento. Las dos Marías fueron las últimas en el sepulcro. Este fue un sábado inolvidable para los discípulos afligidos, y también para los sacerdotes, gobernantes, escribas y el pueblo. La pascua se observó como lo había sido durante siglos, mientras que el Cordero antitípico, que prefiguraba, había sido inmolado por manos inicuas y yacía en la tumba de José. Multitudes de adoradores llenaron los patios del templo y presentaron sus sacrificios matutinos y vespertinos como hasta ahora. Muchas mentes estaban ocupadas con pensamientos in

por las escenas del Calvario. Muchos ojos insomnes, desde la crucifixión hasta la resurrección, buscaban constantemente las profecías; unos para conocer el sentido pleno de la fiesta que entonces celebraban; algunos para encontrar evidencia de que Jesús no era lo que decía ser; y otros, con esperanzas frustradas y corazones afligidos, buscaban una prueba convincente de que él era el Mesías. Aunque buscaban con diferentes objetivos a la vista, todos estaban convencidos de la misma verdad: que la profecía se había cumplido en los acontecimientos de los últimos días, y que el crucificado era en verdad el Redentor.

Los sacerdotes que ministraban ante el altar tuvieron sombríos presentes al contemplar el velo, rasgado de arriba abajo por manos invisibles, y que no había habido tiempo de reponer o reparar por completo. El descubrimiento de los misterios sagrados del lugar santísimo les trajo un temor estremecedor de calamidad venidera. Muchos de los sacerdotes oficiantes estaban profundamente convencidos del verdadero carácter de Jesús; su búsqueda de las profecías no había sido en vano, y [188] después de que resucitó de entre los muertos, lo reconocieron como el Hijo de Dios.

La fe de los discípulos estaba nublada por la duda. Estaban demasiado perplejos e inseguros para recordar las palabras de Jesús, advirtiéndoles de antemano de las cosas que sucederían. Eran en verdad como ovejas esparcidas sin pastor. Pero nunca habían amado a su Señor como ahora. Nunca habían sentido su valor y su necesidad de él como cuando estaban privados de su compañía.

Nicodemo, cuando vio a Jesús levantado en la cruz, recordó sus palabras en aquella entrevista privada de noche en las montañas. En ese sábado, mientras Cristo yacía en silencio en la tumba, tuvo una oportunidad favorable para la reflexión. Una luz más clara iluminaba ahora su mente y las palabras que Jesús le había dirigido ya no eran misteriosas. Sintió que había perdido mucho al no conectarse con Jesús mientras estuvo en la tierra. Cuando el Salvador fue levantado sobre la cruz, Nicodemo recordó que le había dicho que el Hijo del hombre debería ser levantado como la serpiente fue levantada en el desierto. La oración de Cristo por sus asesinos, y su respuesta a la petición del ladrón moribundo, mientras él mismo sufría las torturas atroces de una muerte en la cruz, habló con poderosa claridad al corazón del erudito consejero. Y ese último grito: "Consumado es", pronunciado como las palabras de un vencedor,

junto con la tierra tambaleante, los cielos oscurecidos, el velo rasgado, las rocas estremecidas, asentaron para siempre la fe de Nicodemo.

[189]

José había creído en Jesús, aunque se había mantenido en silencio. Ahora todos los temores de estos dos hombres fueron superados por el coraje de una fe firme e inquebrantable. Durante aquella pascua memorable, las escenas de la crucifixión fueron tema de pensamiento y tema de conversación. Cientos habían traído consigo a la pascua a sus familiares y amigos afligidos, esperando ver a Jesús y persuadirlo para que los sanara y salvara. Grande fue su desilusión al descubrir que él no estaba en la fiesta; y cuando se les dijo que había sido ejecutado como un criminal, su indignación y dolor no conocieron límites. No hay esperanza de que lo vuelvan a encontrar, de escuchar sus palabras de reprensión y advertencia, de consuelo y esperanza en las calles de Jerusalén, junto al lago, en las sinagogas y en las arboledas.

Los acontecimientos de su muerte fueron relatados a estos extraños por dos partes. Los que ayudaron a ejecutarlo hicieron sus declaraciones falsas; y los que le amaban, los que había sanado y consolado, relataron la terrible verdad, junto con su propia experiencia, y las maravillas que había hecho por ellos. Los sufrientes que habían venido con la expectativa de ser sanados por el Salvador se hundieron bajo su desilusión. Las calles y los atrios del templo se llenaron de luto. Los enfermos morían por falta del toque sanador de Jesús de Nazaret. Se consultó a los médicos en vano; no había habilidad como la de Aquel que yacía en estado en la tumba de José. Los afligidos, que durante mucho tiempo habían esperado este momento como su única esperanza de alivio, preguntaron en vano por el Sanador que habían buscado.

Muchos cuyas voces habían engrosado el grito de "¡Crucifícale, crucifícale !" ahora se dieron cuenta de la calamidad que había caído sobre ellos, y [190] habrían exclamado ansiosamente: "¡Danos a Jesús!" si todavía estuviera vivo.

Los gritos de duelo de los enfermos y moribundos, que ahora no tenían a nadie que los salvara, trajeron a casa la verdad a miles de mentes, que una gran luz se había ido del mundo. La muerte de Jesús dejó un espacio en blanco que no pudo ser suplido. Los sacerdotes y gobernantes estaban incómodos; oyeron a la gente llamar a Jesús de Nazaret, y los evitaron tanto como les fue posible.

En esta ocasión , los sacerdotes examinaron a los que se sospechaba que estaban atacados por la lepra. Muchos fueron obligados a escuchar que sus esposos, esposas o hijos fueran declarados impuros,

condenados a salir del refugio de sus hogares y del cuidado de sus amigos, y a advertir al extranjero con el grito lastimero: “¡Inmundo, inmundo!” Las manos amigas de Jesús de Nazaret, que nunca se negaron a tocar con la curación al aborrecible leproso, se doblaron silenciosamente sobre su pecho, mostrando las marcas de los crueles clavos. Esos labios, que habían respondido a su petición de alivio con las palabras de consuelo: “Quiero; sé limpio”, estaban en silencio ahora en la muerte. Los hombres nunca supieron cuánto era Cristo para el mundo, hasta que su luz se apagó en la oscuridad de la tumba. Escucharon a los que sufrían impotentemente llamando a Jesús hasta que sus voces se perdieron en la muerte.

La venganza que los sacerdotes pensaron que sería tan dulce ya se había convertido en amargura para ellos. Sabían que se enfrentaban a la severa censura del pueblo; sabían que las mismas personas a las que habían influenciado contra Jesús ahora estaban horrorizadas por su propia obra vergonzosa. Al ser testigos de todas estas pruebas de la influencia divina de Jesús, tenían más miedo de su cuerpo muerto en la tumba [191] que lo que habían tenido de él cuando estaba vivo y entre ellos. La posibilidad de que saliera del sepulcro llenó sus almas culpables de un terror indescriptible. Sentían que Jesús podía presentarse ante ellos en cualquier momento, el acusado para convertirse en acusador, el condenado para condenar a su vez, el asesinado para exigir justicia en la muerte de sus asesinos.

* * * * *

Capítulo 13—La resurrección

Se habían hecho todos los preparativos en el sepulcro para evitar cualquier sorpresa o fraude perpetrado por los discípulos. La noche se había desvanecido lentamente y había llegado la hora más oscura antes del amanecer. Los guardias romanos hacían su fatigada guardia, los centinelas paseaban de un lado a otro ante el sepulcro, mientras el resto del destacamento de cien soldados estaba recostado en el suelo en diferentes posiciones, tomando el descanso que podía. Pero los ángeles también guardaban el sepulcro, uno de los cuales podría haber derribado a todo el ejército romano con el uso de su poder.

Uno de los más exaltados órdenes de ángeles es enviado desde el Cielo; su rostro es como el relámpago, y sus vestidos blancos como la nieve. Aparta las tinieblas de su camino, y todos los cielos se iluminan con su gloria resplandeciente. Los soldados dormidos se levantan simultáneamente y contemplan con asombro y asombro los cielos abiertos e iluminados y la visión del resplandor que se aproxima. La tierra tiembla y se agita; soldados, oficiales y centinelas caen como muertos postrados en tierra. Los ángeles malos, que han reclamado triunfalmente el cuerpo de Cristo, huyen aterrorizados del lugar. Uno de los ángeles poderosos y comandantes que con su compañía ha estado vigilando la tumba de su Maestro, se une al ángel poderoso que viene del Cielo; y juntos avanzan directamente al sepulcro.

El comandante angélico agarró la gran piedra que había requerido muchos hombres fuertes para colocarla en posición, la hizo rodar y se sentó sobre ella, mientras su compañero entraba en el sepulcro y desenvolvía las vendas del rostro y la cabeza de Jesús. Entonces se escuchó el ángel poderoso, con una voz que hizo temblar la tierra : ¡Jesús, Hijo de Dios, tu Padre te llama! Entonces, el que se había ganado el poder de conquistar la muerte y el sepulcro salió, con paso de vencedor, del sepulcro, en medio del vaivén de la tierra, el relámpago y el estruendo de Un terremoto marcó la hora en que Cristo entregó su vida; y

otro terremoto señaló el momento en que lo retomó triunfante.

Jesús fue las primicias de los que durmieron. Cuando salió de la tumba, llamó a una multitud de entre los muertos, resolviendo así para siempre la disputada cuestión de la resurrección. Al resucitar a esta multitud de cautivos de entre los muertos, da evidencia de que habrá una resurrección final de los que duermen en Jesús. Los creyentes en Cristo reciben así la luz que desean acerca de la vida futura [193] de los piadosos difuntos.

Satanás estaba amargamente indignado porque sus ángeles habían huido de la presencia de los ángeles celestiales, y porque Cristo había vencido a la muerte, y mostrado por este acto cuál sería su poder futuro. Todo el triunfo que Satanás había experimentado al presenciar su propio poder sobre los hombres, que los había empujado a insultar y asesinar al Hijo de Dios, huyó ante esta exhibición del poder divino de Cristo. Se había atrevido a esperar que Jesús no retomaría su vida; pero le faltó valor cuando apareció el Salvador, habiendo pagado el rescate completo del hombre, y capacitándolo para vencer a Satanás en su propio beneficio en el nombre de Cristo, el Conquistador. El archienemigo ahora sabía que eventualmente debía morir y que su reino tendría un final.

En esta escena de la resurrección del Hijo de Dios se da una imagen viva de la gloria que se revelará en la resurrección general de los justos en la segunda aparición de Cristo en las nubes del cielo. Entonces los muertos que están en sus sepulcros oirán su voz y resucitarán ; y no sólo la tierra, sino los cielos mismos serán estremecidos. Algunas tumbas fueron abiertas en la resurrección de Cristo; pero en su segunda venida todos los preciosos muertos, desde el justo Abel hasta el último santo que muera, despertarán a una vida gloriosa e inmo

Si los soldados en el sepulcro estaban tan llenos de terror ante la aparición de un ángel revestido de luz y fuerza celestiales, que cayeron como muertos a tierra, ¿cómo estarán sus enemigos delante del Hijo de Dios, cuando venga en poder? y gran gloria, [194] acompañada por diez mil veces diez mil, y miles de miles de ángeles de las cortes del Cielo? Entonces la tierra se tambaleará de un lado a otro como un borracho, y será removida como una choza. Los elementos estarán en llamas, y los cielos se enrollarán como un rollo.

A la muerte de Jesús los soldados habían contemplado la tierra envuelta en profundas tinieblas al mediodía; pero en la resurrección vieron el brillo de los ángeles iluminar la noche, y escucharon a los habitantes del Cielo cantar con gran alegría y triunfo: ¡Has vencido a Satanás ya los poderes de las tinieblas! ¡Has devorado a la muerte en victoria! “Y oí una gran voz en el cielo que decía: Ahora ha venido la salvación y el poder, y el reino de nuestro Dios, y el poder de su Cristo; porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche.”

El hecho de que Satanás fuera arrojado como acusador de los hermanos en el cielo se logró mediante la gran obra de Cristo al dar su vida. A pesar de la persistente oposición de Satanás, el plan de redención se estaba llevando a cabo. El hombre fue estimado de suficiente valor para que Cristo sacrificara su vida por él. Satanás, sabiendo que el imperio que había usurpado al final le sería arrebatado, decidió no escatimar esfuerzos para destruir la mayor cantidad posible de las criaturas que Dios había creado a su imagen. Odiaba al hombre porque Cristo le había manifestado tal amor misericordioso y piedad, y ahora se disponía a practicar en él toda especie de engaño [195] por el cual podría perderse; prosiguió su curso con más energía debido a su propia condición desesperada.

Cristo vino a la tierra para vindicar las demandas de la ley de su Padre, y su muerte muestra la inmutabilidad de esa ley. Pero Satanás arroja sobre el hombre la falacia de que la ley de Dios fue abolida por la muerte de Cristo, y así induce a muchos cristianos profesos a transgredir los mandamientos del Padre, mientras asumen la devoción a su Hijo.

El mundo cristiano no está suficientemente familiarizado con la historia de Satanás y el terrible poder que ejerce. Muchos lo ven como un mero ser imaginario. Mientras tanto, se ha deslizado en la mente popular; influye en la gente, asume el carácter de un ángel de luz, dirige sus fuerzas entrenadas como un general hábil, ha adquirido un profundo conocimiento de la naturaleza humana y puede ser lógico, filosófico o hipócritamente religioso.

Ahora se preparó para trabajar en la mente de los sacerdotes con respecto al evento de la resurrección de Cristo. Sabía que, habiendo ya caído en su trampa y cometido el horrible crimen de matar al Hijo de Dios, estaban completamente en su poder, y su único camino para escapar de la ira del pueblo era persistir en

denunciando a Jesús como un impostor, y acusando a sus discípulos de robar su cuerpo para poder declararlo resucitado de entre los muertos.

Después de que la suprema gloria del mensajero angélico se hubo desvanecido de los cielos y del sepulcro, los guardias romanos se atrevieron a levantar la cabeza y mirar a su alrededor. Vieron que había sido quitada la gran piedra de la puerta del sepulcro, y se levantaron [196] consternados al encontrar que el cuerpo de Jesús había desaparecido y el sepulcro vacío. Dieron la espalda al sepulcro, abrumados por lo que habían visto y oído, y se dirigieron a toda prisa a la ciudad, contando a los que encontraban las maravillosas escenas que habían presenciado. Algunos de los discípulos, que habían pasado una noche sin dormir, escucharon la maravillosa historia con una mezcla de esperanza y temor. Mientras tanto, se envió un mensajero a los sacerdotes y gobernantes, anunciándoles: ¡Cristo, a quien vosotros crucificasteis, ha resucitado de entre los muertos!

Inmediatamente se envió un sirviente con un mensaje privado llamando a la guardia romana al palacio del sumo sacerdote. Allí fueron interrogados de cerca; ellos dieron una declaración completa de lo que habían presenciado en el sepulcro: Que un terrible mensajero había venido del Cielo con rostro como el relámpago por brillo, y con vestiduras blancas como la nieve; que la tierra se estremeció y tembló, y quedaron sin fuerzas; que el ángel había asido la inmensa piedra a la puerta del sepulcro, y la había hecho rodar como si fuera un guijarro; que una forma de gran gloria había surgido del sepulcro; que un coro de voces había hecho vocalizar los cielos y la tierra con cánticos de victoria y alegría; que cuando la luz se apagó y la música cesó, recobraron sus fuerzas, encontraron la tumba vacía y el cuerpo de Jesús por ninguna parte .

Cuando los sacerdotes, escribas y gobernantes escucharon este relato, sus rostros palidecieron hasta una palidez mortal. No podían pronunciar una palabra. Con horror vieron que las dos terceras partes de la profecía acerca del Mesías ya se habían cumplido, y les desfalleció el corazón por el temor de lo que estaba a punto de suceder. No podían cuestionar la declaración de los testigos ante ellos. Jesús de Nazaret, el crucificado, ciertamente había resucitado de entre los muertos.

Cuando se recuperaron de su primer susto al escuchar esta noticia, comenzaron a considerar qué camino seguirían mejor,

y Satanás estaba presente para sugerir formas y medios. Sintieron que se habían colocado donde no tenían otra alternativa que desafiarlo y negar a Cristo hasta el final. Razonaron que si este informe debía circular entre la gente, no solo serían despojados de su honor y autoridad, sino que probablemente perderían la vida. Jesús había dicho que resucitaría de entre los muertos y ascendería al cielo; determinaron mantener al pueblo en la ignorancia del cumplimiento de su palabra. Pensaron que esto se podía hacer si la guardia romana se podía comprar con dinero.

Descubrieron en el juicio que el guardia podía ser inducido por grandes sobornos a negar su informe anterior y testificar que los discípulos habían robado el cuerpo de Jesús en la noche, mientras los centinelas dormían. Era un crimen punible con la muerte que un centinela durmiera en su puesto; y, para asegurar la evidencia que deseaban, los sacerdotes prometieron asegurar la seguridad de la guardia. Los soldados romanos vendieron su integridad a los falsos judíos por dinero. Entraron ante los sacerdotes cargados con un mensaje de verdad muy sorprendente, y salieron con una carga de dinero, y con un informe mentiroso en sus lenguas que les había sido elaborado por los sacerdotes.

[198] Mientras tanto, se había enviado un mensajero con la noticia a Pilato. Cuando escuchó lo que había ocurrido, su alma se llenó de terror. Se encerró en su casa, no queriendo ver a nadie; pero los sacerdotes lograron llegar a su presencia y lo instaron a que no investigara la negligencia afirmada de los centinelas, sino que dejara pasar el asunto. Pilato finalmente consintió en esto, después de tener una entrevista privada con el guardia y aprender todos los detalles de ellos. No se atrevieron a ocultar nada al gobernador por temor a perder la vida. Pilato no prosiguió el asunto, pero desde ese momento no hubo más paz ni consuelo para él.

* * * * *

Capítulo 14—Las mujeres en la tumba

Las especias aromáticas con las que se ungiría el cuerpo de Jesús habían sido preparadas el día anterior al sábado. En la madrugada del primer día de la semana, las Marías, con algunas otras mujeres, fueron al sepulcro para proceder a la obra de embalsamar el cuerpo del Salvador. Al acercarse al jardín, se sorprendieron al ver los cielos hermosamente iluminados y la tierra temblando bajo sus pies. Se apresuraron al sepulcro y se asombraron al ver que la piedra había sido quitada de la puerta y que la guardia romana no estaba allí. Notaron una luz que brillaba alrededor de la tumba y, al mirar adentro, vieron que estaba vacía.

Entonces María se apresuró a toda prisa hacia los discípulos e informó [199] les dijeron que Jesús no estaba en el sepulcro donde lo habían puesto. Mientras ella estaba en este encargo, las otras mujeres, que la esperaban en el sepulcro, hicieron un examen más completo del interior, para asegurarse de que su Señor en verdad se había ido. De repente vieron a un hermoso joven, vestido con ropas resplandecientes, sentado junto al sepulcro. Era el ángel que había quitado la piedra, y que ahora asumía un carácter que no aterrorizaría a las mujeres que habían sido amigas de Cristo, y lo ayudó en su ministerio público. Pero a pesar del velo del resplandor del ángel, las mujeres estaban muy asombradas y aterrorizadas por la gloria del Señor que lo rodeaba. Se volvieron para huir del sepulcro, pero el mensajero celestial se dirigió a ellos con palabras tranquilizadoras y consoladoras: “No temáis; porque sé que buscáis a Jesús, el que fue crucificado. No está aquí, porque ha resucitado, como dijo. Venid, ved el lugar donde yacía el Señor. E id pronto, y decid a sus discípulos que ha resucitado de entre los muertos; y he aquí, él va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis; mira, t

Cuando las mujeres respondieron a la invitación del ángel y volvieron a mirar dentro del sepulcro, vieron a otro ángel de fulgor resplandeciente, que se dirigió a ellas con la pregunta: “¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? Él no está aquí, pero ha resucitado; recuerda cómo

él os habló cuando aún estaba en Galilea, diciendo: El Hijo del hombre debe ser entregado en manos de hombres pecadores, y ser crucificado, y resucitar al tercer día.” Estos ángeles conocían bien [200] las palabras de Jesús a sus discípulos, porque habían estado con él en calidad de ángeles custodios, a través de todas las escenas de su vida, y habían sido testigos de su juicio y crucifixión.

Con sabiduría y ternura combinadas, los ángeles recordaron a las mujeres las palabras de Jesús, advirtiéndoles de antemano de su crucifixión y resurrección. Las mujeres ahora comprendían completamente las palabras de su Maestro, que en ese momento estaban veladas en misterio para ellas. Reunieron nuevas esperanzas y coraje. Jesús había declarado que resucitaría de entre los muertos y había basado sus pretensiones como Hijo de Dios, el Redentor del mundo, en su futura resurrección de entre los muertos.

María, que fue la primera en descubrir que la tumba estaba vacía, corrió hacia Pedro y Juan y les anunció que el Señor había sido sacado del sepulcro y que no sabía dónde lo habían puesto. A estas palabras, los discípulos se apresuraron al sepulcro y lo encontraron como María había dicho. El cuerpo de su Maestro no estaba allí, y las sábanas de lino estaban solas. Pedro estaba perplejo; pero Juan creyó que Jesús había resucitado de entre los muertos, como les había dicho que debía hacer. No entendían la escritura del Antiguo Testamento, que enseñaba que Cristo resucitaría de entre los muertos; pero la creencia de Juan estaba basada en las palabras del mismo Jesús mientras aún estaba con ellos.

Los discípulos salieron del sepulcro y regresaron a sus casas; pero María no pudo soportar irse mientras todo era incertidumbre sobre qué había sido del cuerpo de su Señor. Mientras lloraba, se inclinó para mirar una vez más dentro del sepulcro; y he aquí, había [201] dos ángeles, vestidos con vestiduras blancas. Estaban disfrazados con una apariencia de humanidad, y María no los reconoció como seres celestiales. Uno se sentó donde había descansado la cabeza de Jesús, y el otro donde habían estado sus pies. Se dirigieron a María con las palabras: “Mujer, ¿por qué lloras? Ella les dijo: Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde lo han puesto . En vista del sepulcro abierto y la desaparición del cuerpo de su Maestro, María no se consoló fácilmente.

En su abandono del dolor no se percató del aspecto celestial de quienes se dirigían a ella. Cuando se volvió para llorar, otra voz preguntó: "Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Sus ojos estaban tan cegados por las lágrimas que no observó a la persona que le hablaba, pero de inmediato captó la idea de obtener de su interrogador alguna información sobre el paradero del cuerpo de su Maestro. Ella pensó que el orador podría ser el que estaba a cargo del jardín, y se dirigió a él suplicante: "Señor, si lo has sacado de aquí, dime dónde lo has puesto, y yo lo llevaré".

Sintió que si pudiera tomar posesión del precioso cuerpo crucificado de su Salvador, sería un gran consuelo para su dolor. Ella pensó que si la tumba de este hombre rico se consideraba un lugar demasiado honorable para su Señor, ella misma le proporcionaría un lugar. Su gran anhelo era encontrarlo, para poder darle una sepultura honorable. Pero ahora la voz del mismo Jesús llegó a sus oídos atónitos. Él le dijo: "María". Instantáneamente sus lágrimas fueron enjugadas; y el que ella supuso que era el jardinero se presentó [202] revelado ante ella: ¡era Jesús! Por un momento ella olvidó en su alegría que él había sido crucificado; ella extendió sus manos hacia él, diciendo: "¡Rabboni!" Entonces Jesús dijo: "No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; sino ve a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre, ya vuestro Padre; y a mi Dios, y a vuestro Dios."

Jesús se negó a recibir el homenaje de su pueblo hasta que supo que su sacrificio había sido aceptado por el Padre, y hasta que recibió la seguridad de Dios mismo de que su expiación por los pecados de su pueblo había sido plena y amplia, que a través de su sangre para que obtengan la vida eterna. Jesús ascendió inmediatamente al Cielo y se presentó ante el trono de Dios, mostrando las marcas de la vergüenza y la crueldad en su frente, manos y pies. Pero rehusó recibir la corona de gloria, y el manto real, y también rehusó la adoración de los ángeles como había rehusado el homenaje de María, hasta que el Padre le indicó que su ofrenda era aceptada.

También tuvo una petición de preferencia con respecto a sus elegidos en la tierra. Deseaba tener claramente definida la relación que su redención debía sostener en lo sucesivo con el Cielo y con su Padre. Su iglesia debe ser justificada y aceptada antes de que él pueda aceptar el cielo.

enly honor. Declaró que era su voluntad que donde él estaba, allí debería estar su iglesia; si iba a tener gloria, su pueblo debía compartirla con él. Los que sufren con él en la tierra deben finalmente reinar con él en su reino. De la manera más explícita, Cristo abogó por su iglesia, identificando su interés con el de ellos, y defendiendo, [203] con un amor y una constancia más fuertes que la muerte, sus derechos y títulos ganados a través de él.

La respuesta de Dios a este llamamiento se manifiesta en la proclamación: “Adórenle todos los ángeles de Dios”. Todo comandante angélico obedece al mandato real, y Digno, digno es el Cordero que fue inmolado; y que vive de nuevo un conquistador triunfante! resuena y resuena por todo el Cielo. La innumerable compañía de ángeles se postra ante el Redentor. La petición de Cristo es concedida; la iglesia es justificada por él, su representante y cabeza. Aquí el Padre ratifica el contrato con su Hijo, que se reconciliará con los hombres arrepentidos y obedientes, y los tomará en el favor divino por los méritos de Cristo. Cristo garantiza que hará al hombre “más precioso que el oro fino, al hombre más que el lingote de oro de Ofir”. Todo el poder en el Cielo y en la tierra ahora se le da al Príncipe de la vida; sin embargo, ni por un momento olvida a sus pobres discípulos en un mundo pecador, sino que se prepara para volver a ellos, para impartirles su poder y gloria. Así el Redentor de la humanidad, por el sacrificio de sí mismo, conectó la tierra con el Cielo, y el hombre finito con el Dios infinito.

Jesús le dijo a María: “No me toques; porque aún no he subido a mi Padre.” Cuando cerró los ojos en la muerte sobre la cruz, el alma de Cristo no fue de inmediato al Cielo, como muchos creen, o ¿cómo podrían ser ciertas sus palabras: “Aún no he subido a mi Padre”?

El espíritu de Jesús durmió en la tumba con su cuerpo, y no voló hacia el cielo, para mantener allí una existencia separada y contemplar a los discípulos afligidos que embalsamaban el cuerpo [204] del que había huido. Todo lo que comprendía la vida e inteligencia de Jesús quedó con su cuerpo en el sepulcro; y cuando salió fue como un ser completo; no tuvo que convocar su espíritu del Cielo. Tenía poder para dar su vida y para volverla a tomar .

La mañana más brillante que jamás amaneció sobre un mundo caído, fue aquella en la que el Salvador resucitó de entre los muertos; pero no fue de nada

mayor importancia para el hombre que el día en que tuvo lugar su juicio y crucifixión. No fue una maravilla para las huestes celestiales que Aquel que controlaba el poder de la muerte y tenía vida en sí mismo, despertara del sueño de la tumba. Pero les asombraba que su amado Comandante muriera por los hombres rebeldes.

Cristo descansó en el sepulcro el día sábado, y cuando los seres santos del Cielo y de la tierra estaban en movimiento en la mañana del primer día de la semana, se levantó de la tumba para renovar su obra de enseñanza a sus discípulos. Pero este hecho no consagra el primer día de la semana y lo convierte en sábado. Jesús, antes de su muerte, estableció un memorial del quebrantamiento de su cuerpo y el derramamiento de su sangre por los pecados del mundo, en la ordenanza de la cena del Señor, diciendo: "Porque todas las veces que comáis este pan y bebáis esta copa, mostráis la muerte del Señor hasta que él venga". Y el creyente arrepentido, que da los pasos necesarios para la conversión, conmemora en su bautismo la muerte, sepultura y resurrección de Cristo. Desciende al agua a semejanza de la muerte y sepultura de Cristo, y es levantado del agua a semejanza de su

resurrección, no para tomar la vieja vida de pecado, sino para vivir una nueva vida en

Las otras mujeres que habían visto y habían sido abordadas por [205] ángeles, salió del sepulcro con una mezcla de temor y gran alegría. Corrieron a los discípulos, como los ángeles les habían dicho, y les contaron las cosas que habían visto y oído. Pedro fue mencionado expresamente por el ángel como alguien a quien las mujeres debían comunicar sus noticias. Este discípulo había sido el más abatido de toda la pequeña compañía de seguidores de Cristo, a causa de su vergonzosa negación del Señor. El remordimiento de Pedro por su crimen fue bien entendido por los santos ángeles, y su tierna compasión por los descarriados y afligidos se revela en la solicitud que manifestaron por el infeliz discípulo, y que le mostró que su arrepentimiento era aceptado y su pecado perdonado.

Cuando los discípulos oyeron el relato que trajeron las mujeres, quedaron atónitos. Comenzaron a recordar las palabras de su Señor que anunciaban su resurrección. Sin embargo, este evento, que debería haber llenado sus corazones de alegría, fue una gran perplejidad para ellos. Después de su gran desilusión por la muerte de Cristo, su fe no era lo suficientemente fuerte para aceptar el hecho de la resurrección. Sus esperanzas habían sido tan arruinadas que no podían creer la declaración del

mujeres, pero pensó que eran sujetos de una ilusión. Incluso cuando María Magdalena testificó que había visto y hablado con su Señor, todavía se negaron a creer que había resucitado.

Estaban terriblemente deprimidos por los acontecimientos que los habían acosado . Al sexto día habían visto morir a su Maestro; el [206] primer día de la semana siguiente se encontraron despojados de su cuerpo, y sobre ellos pesaba el estigma de haberlo robado con el propósito de practicar un engaño sobre el pueblo. Desesperaron de corregir alguna vez las falsas impresiones que habían ganado terreno contra ellos; y ahora estaban nuevamente perplejos por los informes de las mujeres creyentes. En su angustia, sus corazones añoraban a su amado Maestro, quien siempre había estado listo para explicarles los misterios que los desconcertaban y suavizar sus dificultades.

* * * * *

Capítulo 15—Jesús en Emaús

En este mismo día Jesús se encontró con varios de sus discípulos, y los saludó con un “¡Salve!”, ante lo cual se acercaron a él, lo tomaron de los pies y lo adoraron. Él permitió este homenaje, porque entonces había ascendido a su Padre, y había recibido su aprobación y la adoración de los santos ángeles. A última hora de la tarde del mismo día, dos de los discípulos se dirigían a Emaús, a ocho millas de Jerusalén. Habían venido a la ciudad para celebrar la pascua, y las noticias de la mañana acerca de la extracción del cuerpo de Jesús del sepulcro los habían dejado muy perplejos. Esta perplejidad se había incrementado por los informes de las mujeres sobre los mensajeros celestiales y la aparición del mismo Jesús. Ahora regresaban a su casa para meditar y orar, con la esperanza de obtener [207] alguna luz sobre estas cosas que tanto confundían su entendimiento.

Estos dos discípulos no habían ocupado una posición destacada al lado de Jesús en su ministerio, pero eran creyentes fervientes en él. Poco después de comenzar su viaje, observaron que un extraño venía detrás de ellos, quien se unió a su compañía; pero estaban tan ocupados con pensamientos desconcertantes que se comunicaban unos a otros, que apenas se dieron cuenta de que no estaban solos. Esos hombres fuertes estaban tan cargados de dolor que lloraban mientras viajaban. El compasivo corazón de amor de Cristo vio aquí un dolor que podía aliviar. Los discípulos razonaban entre sí acerca de los acontecimientos de los últimos días y se maravillaban de cómo el hecho de que Jesús se entregó a una muerte vergonzosa podía reconciliarse con sus afirmaciones como Hijo de Dios.

Uno sostenía que no podía ser un pretendiente, sino que él mismo había sido engañado con respecto a su misión y su futura gloria. Ambos temían que lo que sus enemigos le habían echado en cara fuera demasiado cierto: “A otros salvó; a sí mismo no puede salvarse.” Sin embargo, se preguntaban cómo podía estar tan equivocado en sí mismo, cuando les había dado tantas pruebas repetidas que podía leer los corazones de los demás.

Y los extraños informes de las mujeres los sumieron en una incertidumbre aún mayor.

Estos discípulos podrían haber estado perplejos durante mucho tiempo con los misterios de los últimos días, si no hubieran recibido la iluminación de Jesús. Él, disfrazado de extraño, entabló conversación con ellos. “Pero sus ojos estaban cerrados para que no lo conocieran . Y les dijo: ¿Qué pláticas son estas que tenéis los unos con los otros, andando, y estáis tristes? Y respondiendo uno de ellos que se llamaba Cleofás, le dijo: ¿Eres tú solamente un extranjero en Jerusalén, y no has sabido las cosas que han acontecido allí en estos días? Y él les dijo: ¿Qué cosas? Y ellos le dijeron: De Jesús de Nazaret, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y de todo el pueblo.”

Entonces le contaron los hechos del proceso y crucifixión de su Maestro, junto con el testimonio de las mujeres acerca del levantamiento de su cuerpo, la visión de los ángeles que habían visto, la noticia de la resurrección y el informe de aquellos discípulos que habían ido al sepulcro. “Entonces él les dijo: ¡Oh insensatos y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho; ¿ No debería Cristo haber padecido estas cosas, y entrar en su gloria? Y comenzando desde Moisés y todos los profetas, les explicó en todas las Escrituras lo que se refería a él.”

Los discípulos guardaron silencio de asombro y deleite. No se atrevieron a preguntarle al forastero quién era. Lo escuchaban atentamente, encantados por su inteligencia, y atraídos hacia él por sus palabras y maneras llenas de gracia, mientras les abría las Escrituras para que las entendieran, mostrándoles por profecía cómo Cristo debía sufrir, y después de sufrir entrar en su gloria.

Jesús comenzó con el primer libro escrito por Moisés, y recorrió a través de todos los profetas la prueba inspirada con respecto a su vida, su misión, su sufrimiento, muerte y resurrección. Él no [209] consideró necesario hacer un milagro para evidenciar que él era el Redentor resucitado del mundo; pero volvió a las profecías y dio una explicación completa y clara de ellas para resolver la cuestión de su identidad, y el hecho de que todo lo que le había ocurrido había sido predicho por los escritores inspirados. Jesús siempre llevó la mente de sus oyentes de vuelta a la preciosa mina de verdad que se encuentra en el Antiguo

Escrituras del Testamento. La estima en la que tenía esos registros sagrados se ejemplifica en la parábola del hombre rico y Lázaro, donde dice: "Si no oyen a Moisés y a los profetas, tampoco se persuadirán aunque alguno se levante de los muertos". Los apóstoles también dan testimonio de la importancia de las Escrituras del Antiguo Testamento. Pedro dice: "Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana; pero los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo." Lucas habla así de los profetas que predijeron la venida de Cristo: "Bendito sea el Señor Dios de Israel; porque él ha visitado y redimido a su pueblo; y nos ha levantado un cuerno de salvación en la casa de su siervo David, como él lo había dicho por boca de sus santos profetas, que han existido desde el principio del mundo."

Es la voz de Cristo que habla a través de los profetas y patriarcas, desde los días de Adán hasta las escenas finales del tiempo. Esta verdad no fue percibida por los judíos que rechazaron a Jesús, y tampoco es percibida por muchos cristianos profesantes en la actualidad. Una hermosa armonía recorre el Antiguo y el Nuevo Testamento; pasajes que pueden parecer oscuros en una primera lectura, presentan interpretaciones claras cuando se estudian diligentemente y se comparan con otras escrituras que se refieren [210] al mismo tema. Una búsqueda cuidadosa de las profecías habría iluminado tanto el entendimiento de los judíos que habrían reconocido a Jesús como el Mesías predicho. Pero habían interpretado esas predicciones para satisfacer sus propias ideas pervertidas y aspiraciones ambiciosas.

Los discípulos habían sido confundidos por las interpretaciones y tradiciones de los sacerdotes, y de ahí su oscuridad e incredulidad con respecto al juicio, muerte y resurrección de su Maestro. Estas profecías mal interpretadas fueron aclaradas ahora al entendimiento de los dos discípulos por Aquel que, a través de su Espíritu Santo, inspiró a los hombres a escribirlas. Jesús mostró a sus discípulos que cada especificación de la profecía sobre el Mesías había encontrado un cumplimiento exacto en la vida y muerte de su Maestro. Se dirigió a ellos como a un extraño, y como a uno que estaba asombrado de que no hubieran interpretado correctamente las Escrituras, lo que los habría aliviado de todas sus dificultades.

Aunque Jesús les había enseñado previamente con respecto a las profecías, no habían podido abandonar por completo la idea del reino temporal de Cristo en su primera venida. Su pre-

opiniones concebidas los llevaron a considerar su crucifixión como la destrucción final de todas sus esperanzas. Pero cuando, en medio de su desánimo, se les mostró que las mismas cosas que los habían hecho desesperar formaban el clímax de la prueba de que su creencia había sido correcta, su fe volvió con mayor fuerza. Ahora comprendían muchas cosas que su Maestro había dicho antes de su [211] juicio, y que en ese momento no podían entender. Todo estaba claro y claro en sus mentes. En la vida y muerte de Jesús vieron el cumplimiento de la profecía, y sus corazones ardían de amor por su Salvador.

Muchos cristianos profesos echan a un lado el Antiguo Testamento y se encierran en el Nuevo. El clamor ahora es: "Fuera la ley y los profetas, y danos el evangelio de Cristo". Si la vida de Cristo y las enseñanzas de las Escrituras del Nuevo Testamento eran todo lo que se necesitaba para establecer la creencia, ¿por qué Jesús en esta ocasión no se refirió simplemente a las doctrinas que había enseñado, la sabiduría y pureza de su carácter y los milagros? había realizado, como evidencia suficiente de su Mesianismo?

La historia de la vida, muerte y resurrección de Jesús, como la del Hijo de Dios, no puede demostrarse plenamente sin la evidencia contenida en el Antiguo Testamento. Cristo se revela en el Antiguo Testamento tan claramente como en el Nuevo. Uno testifica de un Salvador por venir, mientras que el otro testifica de un Salvador que ha venido de la manera predicha por los profetas. Para poder apreciar el plan de redención, la Escritura del Antiguo Testamento debe ser completamente entendida. Es la luz glorificada del pasado profético que resalta la vida de Cristo y las enseñanzas del Nuevo Testamento con claridad y belleza. Los milagros de Jesús son una prueba de su divinidad; pero las pruebas más fuertes de que él es el Redentor del mundo se encuentran en las profecías del Antiguo Testamento comparadas con la historia del Nuevo. Jesús dijo a los judíos "Escudriñad las Escrituras; porque en ellas pensáis que tenéis la vida eterna, y ellas son las que dan testimonio [212] de mí." En ese tiempo no existía ninguna otra escritura salvo la del Antiguo Testamento; así que el mandato del Salvador es claro.

Mientras los discípulos caminaban con Jesús, escuchando atentamente sus amables palabras, nada en su porte les sugería que estaban escuchando a otro que no fuera un peregrino casual, que regresaba de la fiesta, pero que entendía completamente las profecías. Él caminó como

con cuidado mientras cruzan las piedras ásperas, deteniéndose con ellas para descansar un poco después de escalar algún lugar inusualmente empinado. Así, los dos discípulos recorrieron el camino montañoso en compañía del divino Salvador, quien podía decir: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra".

Este poderoso vencedor de la muerte, que había llegado hasta lo más profundo de la miseria humana para rescatar un mundo perdido, asumió la humilde tarea de caminar con los dos discípulos hacia Emaús, para enseñarles y consolarlos. Así se identifica siempre con su pueblo sufriente y perplejo. En nuestros caminos más difíciles y difíciles, he aquí, Jesús está con nosotros para suavizar el camino. Es el mismo Hijo del hombre, con las mismas simpatías y amor que tenía antes de pasar por el sepulcro y ascender a su Padre.

Por fin, cuando el sol se estaba poniendo, los discípulos con su compañero llegaron a su casa. Nunca antes el camino les había parecido tan corto, ni el tiempo había pasado tan rápido. El extraño no hizo señales de detenerse; pero los discípulos no podían soportar la idea de separarse tan pronto de alguien que había inspirado en sus corazones una nueva esperanza y alegría, y le instaron a pasar la noche con ellos. Jesús no cedió de inmediato a su invitación, sino que pareció dispuesto a proseguir su viaje. Entonces los discípulos, en su [213] afecto por el extraño, lo importunaron encarecidamente para que se quedara con ellos, instando como razón que "el día estaba muy avanzado". Jesús cedió a sus súplicas y entró en su humilde morada.

El Salvador nunca impone su presencia sobre nosotros. Busca la compañía de aquellos que sabe que necesitan su cuidado y les da la oportunidad de instarlos a continuar con ellos. Si ellos, con deseo anhelante, le suplican que permanezca con ellos, entrará en los hogares más humildes y alegrará los corazones más humildes. Mientras esperaba la cena, Jesús continuó abriendo las Escrituras a sus anfitriones, presentándoles la evidencia de su divinidad y explicándoles el plan de salvación. La comida sencilla estuvo pronto lista, y los tres tomaron su lugar en la mesa, tomando Jesús su lugar a la cabeza como era su costumbre.

El deber de pedir una bendición sobre la comida generalmente recaía sobre el cabeza de familia; pero Jesús puso sus manos sobre el pan y lo bendijo. A la primera palabra de su petición, los discípulos lo miraron asombrados. Seguramente nadie más que su Señor jamás había

hecho de esta manera. Su voz golpea en sus oídos como la voz de su Maestro, y he aquí, ¡ahí están las heridas en sus manos! ¡De hecho, es la forma bien conocida de su amado Maestro! Por un momento están hechizados; luego se levantan para caer a sus pies y adorarlo ; pero de repente desaparece de en medio de ellos.

Ahora saben que han estado caminando y hablando con el Redentor resucitado. Sus ojos se habían nublado de modo que no lo habían discernido antes, aunque las verdades que pronunció se habían hundido profundamente en sus corazones desalentados. Aquel que había soportado el conflicto del jardín, la vergüenza de la cruz, y que había obtenido la victoria sobre la muerte y el sepulcro—Aquel, ante quien los ángeles se habían postrado, adorando con acción de gracias y alabanza, había buscado a los dos solos y abatidos discípulos, y había estado en su presencia durante horas, enseñándolos y consolándolos, pero ellos no lo habían con-

Jesús no se les reveló primero en su verdadero carácter y luego les abrió las Escrituras a sus mentes; porque sabía que estarían tan llenos de alegría al verlo de nuevo resucitado de entre los muertos, que sus almas estarían satisfechas. No tendrían hambre de las verdades sagradas que él deseaba grabar indeleblemente en sus mentes, para que pudieran impartirlas a otros, quienes a su vez deberían difundir el precioso conocimiento, hasta que miles de personas recibieran la luz dada ese día a los desesperados. discípulos en su viaje a Emaús.

Mantuvo su disfraz hasta que hubo interpretado las Escrituras y las condujo a una fe inteligente en su vida, su carácter, su misión en la tierra, y su muerte y resurrección. Deseaba que la verdad se arraigara firmemente en sus mentes, no porque estuviera respaldada por su testimonio personal, sino porque la ley típica y los profetas del Antiguo Testamento, de acuerdo con los hechos de su vida y muerte, presentaban pruebas incuestionables de esa verdad. Cuando obtuvo el objeto de sus labores con los dos discípulos, se les reveló a ellos para que su gozo pudiera ser completo, y luego desapareció de su vista.

[215] Cuando estos discípulos salieron de Jerusalén para regresar a sus hogares, tenían la intención de retomar su antiguo empleo y ocultar sus frustradas esperanzas lo mejor que pudieron. Pero ahora su alegría superó su anterior desesperación. “Y se decían el uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?”

Se olvidaron de su hambre y fatiga, y abandonaron la comida preparada, porque no podían quedarse en sus hogares y mantener el conocimiento recién adquirido de los otros discípulos. Anhelaban impartir su propio gozo a sus compañeros, para que pudieran regocijarse juntos en un Salvador vivo resucitado de entre los muertos. Por muy tarde que fuera, se dispusieron a volver sobre su camino a Jerusalén; pero cuán diferentes eran ahora sus sentimientos de los que los deprimieron cuando emprendieron el camino a Emaús. Jesús estaba a su lado, pero ellos no lo sabían. Escuchó con alegría sus expresiones de alegría y gratitud mientras hablaban entre ellos por el camino.

Estaban demasiado felices para notar las dificultades del camino áspero e inseguro. No había luna para iluminarlos, pero sus corazones estaban iluminados con el gozo de una nueva revelación. Se abrieron paso sobre las piedras ásperas y los salientes peligrosos, a veces tropezando y cayendo en su prisa. Pero no desconcertados en absoluto por esto, siguieron adelante resueltamente. De vez en cuando perdían el camino en la oscuridad y se veían obligados a volver sobre sus pasos hasta encontrar la pista, cuando reanudaban su viaje con nueva velocidad. Anhelaban entregar su precioso mensaje a sus amigos. Nunca antes habían tenido labios humanos [216] tales nuevas para proclamar; porque el hecho de la resurrección de Cristo iba a ser la gran verdad en torno a la cual se centraría toda la fe y la esperanza de la iglesia.

* * * * *

Capítulo 16—En el aposento alto

Cuando los discípulos llegaron a Jerusalén, entraron por la puerta oriental, que estaba abierta en ocasiones festivas. Las casas estaban oscuras y silenciosas, pero se abrieron paso por las estrechas calles a la luz de la luna creciente. Sabían que encontrarían a sus hermanos en el memorable aposento alto donde Jesús había pasado la última noche antes de su muerte. Aquí los discípulos habían pasado el sábado de luto por su Señor. Y ahora no tenían disposición para dormir, porque entre ellos se contaban emocionantes sucesos. Manos cautelosas destrancaron la puerta a la reiterada exigencia de los dos viajeros; entraron, y con ellos entró también Jesús, que había sido su compañero invisible durante todo el camino.

Encontraron a los discípulos reunidos y en un estado de excitación. La esperanza y la fe luchaban por ascender en sus mentes. El informe de María Magdalena y el de las otras mujeres habían sido oídos por todos; pero algunos estaban demasiado desesperanzados para creer su testimonio. El testimonio de Pedro acerca de su entrevista con el Señor resucitado

[217] fue llevado con gran ardor y seguridad, y tuvo más peso entre los hermanos, y su fe comenzó a reavivar. Cuando los discípulos de Emaús entraron con sus buenas nuevas, se encontraron con la exclamación de muchas voces: “Ciertamente ha resucitado el Señor y se ha aparecido a Simón”.

Los dos de Emaús contaron su historia de cómo el Señor les había abierto los ojos y les había revelado la cadena recta de profecía que se extendía desde los días de los patriarcas hasta ese momento, y presagiaba todo lo que había sucedido con respecto a su Salvador. La compañía escuchó este informe en un silencio sin aliento. Algunos fueron inspirados con nueva fe; otros estaban incrédulos. De repente Jesús mismo estaba en medio de ellos. Sus manos se alzaron en señal de bendición, y les dijo: “Paz a vosotros”.

“Pero ellos estaban aterrorizados y asustados, y pensaban que habían visto un espíritu. Y él les dijo: ¿Por qué estáis turbados? y ¿por qué surgen pensamientos en vuestros corazones? He aquí mis manos y mis pies,

que soy yo mismo; palpadme, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo. Y habiendo dicho esto, les mostró las manos y los pies”.

Allí contemplaron los pies y las manos estropeados por los crueles clavos; y reconocieron su voz melodiosa, como ninguna otra que habían oído jamás. “Y estando ellos todavía no creyendo de gozo, y maravillados, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer? Y le dieron un trozo de pescado asado y un panal de miel. Y él lo tomó, y comió delante de ellos.” La fe y el gozo ahora tomaron el lugar de la duda y la incredulidad, y reconocieron a su Salvador resucitado con sentimientos que ninguna palabra podría expresar.

Jesús ahora expuso las Escrituras a toda la compañía, com- [218] comenzando con el primer libro de Moisés, y deteniéndose particularmente en la profecía que apunta al tiempo entonces presente, y anunciando los sufrimientos de Cristo y su resurrección. “Y él les dijo: Estas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros, que debían cumplirse todas las cosas que estaban escritas en la ley de Moisés, en los profetas y en el Salmo, concerniente a mí. Entonces les abrió el entendimiento, para que entendieran las Escrituras. Y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Y vosotros sois testigos de estas cosas.”

Los discípulos ahora comenzaron a darse cuenta de la naturaleza y el alcance de su comisión. Debían proclamar al mundo las maravillosas verdades que Cristo les había confiado. Los acontecimientos de su vida, su muerte y resurrección, la armonía de la profecía con esos acontecimientos, la santidad de la ley de Dios, los misterios del plan de salvación, el poder de Jesús para la remisión de los pecados, a todas estas cosas fueron testigos, y su obra fue darlas a conocer a todos los hombres, comenzando desde Jerusalén. Debían proclamar un evangelio de paz y salvación a través del arrepentimiento y el poder del Salvador. En la primera venida de Jesús al mundo, el ángel anunció: Paz en la tierra y buena voluntad a los hombres. Después de completar su vida terrenal, resucitó de entre los muertos y, apareciendo por primera vez a sus discípulos reunidos, se dirigió a ellos con las [219] benditas palabras: “Paz a vosotros”.

Jesús está siempre listo para hablar paz a las almas que están atribuladas por las dudas y el miedo. Este precioso Salvador espera que le abramos la puerta de nuestro corazón y le digamos: Quédate con nosotros. Él dice: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo”.

Nuestra vida es una lucha continua; debemos luchar contra los principados y potestades, contra la maldad espiritual y contra los enemigos que nunca duermen; debemos resistir las tentaciones y vencer como venció Cristo. Cuando la paz de Jesús entra en nuestro corazón estamos tranquilos y pacientes bajo las pruebas más severas.

La resurrección de Jesús fue una muestra de la resurrección final de todos los que duermen en él. El cuerpo resucitado del Salvador, su comportamiento, los acentos de su discurso, eran todos familiares para sus seguidores. Así resucitarán los que durmieron en Jesús. Conoceremos a nuestros amigos como los discípulos conocieron a Jesús. Aunque hayan sido deformes, enfermos o desfigurados en esta vida mortal, en su cuerpo resucitado y glorificado su identidad individual será perfectamente preservada, y reconoceremos, en el rostro radiante con la luz que brilla del rostro de Jesús, los rasgos de aquellos a quienes amamos.

La muerte de Jesús había dejado a Tomás en una desesperación absoluta. Su fe parecía haberse extinguido en completa oscuridad. No estaba presente en el aposento alto cuando Jesús se apareció a sus discípulos. Había oído los informes de los demás y había recibido copiosas pruebas de que Jesús [220] había resucitado, pero la tristeza estólida y la incredulidad obstinada cerraron su corazón contra todo testimonio alentador. Cuando escuchó a los discípulos repetir su relato de la maravillosa manifestación del Salvador resucitado, sólo sirvió para hundirlo en una desesperación más profunda; porque si Jesús realmente hubiera resucitado de entre los muertos, no podría haber más esperanza de su reino terrenal literal. También hirió su vanidad pensar que su Maestro se revelaría a todos sus discípulos menos a él; así que estaba decidido a no creer, y durante una semana entera caviló sobre su miseria, que parecía aún más oscura en contraste con la esperanza y la fe renovadas de sus hermanos.

Durante este tiempo, cuando estaba en compañía de sus hermanos, frecuentemente repetía las palabras: “Si no veo en sus manos la marca de los clavos, y meto mi dedo en la marca de los clavos, y meto mi mano en su costado, No creeré. el no vería

a través de los ojos de sus hermanos, ni ejercer la fe que dependía del testimonio de ellos. Amaba ardientemente a su Señor, pero los celos y la incredulidad se apoderaron de su mente y corazón.

El aposento alto era el hogar de varios de los discípulos, y todas las noches se reunían en este lugar. Cierta tarde Tomás decidió reunirse con sus hermanos; porque a pesar de su incredulidad, albergaba una débil esperanza, no reconocida por él mismo, de que las buenas nuevas eran ciertas. Mientras los discípulos participaban de su comida habitual, y mientras tanto repasaban las evidencias de la verdad de su fe que Cristo les había dado en las profecías, “entonces vino Jesús, estando las puertas cerradas, y se puso en medio, y dijo: La paz sea con vosotros.”

Luego reprendió a los incrédulos que no habían recibido el testimonio [221] timonio de los que lo habían visto, y, volviéndose a Tomás, dijo: “Pon aquí tu dedo, y mira mis manos; y acerca tu mano, y métela en mi costado; y no seáis incrédulos, sino creyentes.” Estas palabras mostraron que había leído los pensamientos y las palabras de Tomás. El discípulo que dudaba sabía que ninguno de sus compañeros había visto a Jesús durante una semana, y por lo tanto no podría haberle dicho al Maestro de su obstinada incredulidad. Reconoció a la persona que tenía delante como a su Señor que había sido crucificado; no deseaba más pruebas; su corazón saltó de alegría al darse cuenta de que Jesús había resucitado de entre los muertos. Se arrojó a los pies de su Maestro con profundo afecto y devoción, clamando: “Señor mío y Dios mío”.

Jesús aceptó su reconocimiento, pero lo reprendió suavemente por su incredulidad: “Porque me has visto, Tomás, has creído;

Bienaventurados los que no vieron y creyeron.”

Jesús le mostró aquí a Tomás que su fe habría sido más aceptable para él si hubiera creído en la evidencia de sus hermanos, y no se hubiera negado a creer hasta que hubiera visto a Jesús con sus propios ojos. Si el mundo siguiera este ejemplo de Tomás, nadie creería para salvación; porque todos los que ahora reciben a Cristo lo hacen a través del testimonio de otros.

Muchos que tienen una fe débil y vacilante, razonan que si tuvieran la evidencia que Tomás tuvo de sus compañeros, no dudarían como él. No se dan cuenta de que no sólo tienen esa evidencia, sino también testimonios adicionales amontonados sobre ellos [222] por todos lados. Muchos que, como Tomás, esperan que todo motivo de du

ser removidos, tal vez nunca realicen su deseo como él lo hizo, sino que gradualmente se atrincheren en su incredulidad, hasta que no puedan percibir el peso de la evidencia a favor de Jesús, y, como los judíos escépticos, la poca luz que tienen se apagará en la oscuridad. oscuridad que se cierra alrededor de sus mentes. Rechazar las evidencias claras y concluyentes de la verdad divina endurece el corazón y ciega el entendimiento. La preciosa luz, al ser descuidada, se desvanece por completo de la mente que no está dispuesta a recibirla.

Jesús, en su trato con Tomás, dio a sus seguidores una lección sobre la manera en que deben tratar a aquellos que tienen dudas sobre la verdad religiosa y que hacen que esas dudas sean prominentes. No abrumó a Tomás con palabras de reproche, ni entró en controversia con él; pero, con marcada condescendencia y ternura, se reveló al que dudaba. Tomás había tomado la posición más irrazonable al dictar las únicas condiciones de su fe; pero Jesús, con su generoso amor y consideración, derribó todas las barreras que había levantado. La controversia persistente rara vez debilitará la incredulidad, sino que la pondrá en defensa propia, donde encontrará nuevo apoyo y excusa. Jesús, revelado en su amor y misericordia como el Salvador crucificado, arrancará de muchos labios que antes no querían el reconocimiento de Tomás: “Señor mío y Dios mío”.

Capítulo 17—Jesús en Galilea

[223]

Los cautivos sacados de las tumbas en el momento de la resurrección de Jesús fueron sus trofeos como Príncipe conquistador. Así atestiguó su victoria sobre la muerte y la tumba; así dio prenda y arras de la resurrección de todos los justos muertos. Los que fueron llamados de sus tumbas entraron en la ciudad y se aparecieron a muchos en sus formas resucitadas, y testificaron que Jesús en verdad había resucitado de entre los muertos, y que ellos habían resucitado con él. La voz que clamaba: “Consumado es”, se escuchó entre los muertos. Atravesó las paredes de los sepulcros y convocó a los durmientes a levantarse. Así será cuando se oiga la voz de Dios estremeciendo los cielos y la tierra. Esa voz penetrará en las tumbas y desatranará las tumbas. Entonces, un poderoso terremoto hará que el mundo se tambalee de un lado a otro como un borracho. Entonces aparecerá Cristo, el Rey de la Gloria, acompañado de todos los ángeles celestiales. Sonará la trompeta, y el Dador de la vida llamará a los muertos justos a la

Era bien sabido por los sacerdotes y gobernantes que ciertas personas que estaban muertas habían resucitado en la resurrección de Jesús. Se les trajeron informes auténticos de diferentes personas que habían visto y conversado con estos resucitados, y oído su testimonio de que Jesús, el Príncipe de la vida, a quien los sacerdotes y gobernantes habían asesinado, había resucitado de entre los muertos. El falso informe de que los discípulos habían robado el sepulcro del cuerpo de su Maestro se difundió con tanta diligencia [224] que muchísimos lo creyeron. Pero los sacerdotes, al fabricar su informe falso, se extralimitaron, y todas las personas pensantes, no cegadas por el fanatismo, detectaron la falsedad.

Si los soldados hubieran estado dormidos, no podrían saber cómo se vació el sepulcro. Si un centinela hubiera estado despierto, seguramente habría despertado a otros. Si realmente se habían dormido, como afirmaban, la consecuencia era de todos conocida. La pena por tal negligencia en el deber era la muerte, y no podía haber esperanza de perdón; por lo que los infractores probablemente no proclamarían su falta. Si los sacerdotes y gobernantes judíos hubieran descubierto a

dormidos en su puesto, no habrían pasado el asunto tan a la ligera, sino que habrían exigido una investigación exhaustiva del asunto y la pena total de la ley sobre los soldados infieles.

Si hubieran tenido la menor fe en la veracidad de sus declaraciones, habrían pedido cuentas a los discípulos y les habrían impuesto el castigo más implacable. Que no hicieran esto era una prueba completa de la inocencia de los discípulos, y del hecho de que los sacerdotes se vieron impulsados a la terrible necesidad de fabricar y hacer circular una mentira para hacer frente a la evidencia que se acumulaba contra ellos, y establecer la verdad de la verdad . resurrección de Jesús, y sus afirmaciones como el divino Hijo de Dios. La repetida aparición de Jesús a sus discípulos, y las personas de los muertos que fueron resucitados con él, también hizo mucho para plantar la verdad en la mente de aquellos que estaban dispuestos a creer.

Esta fabricación de los judíos tiene un paralelo en nuestro tiempo; los orgullosos [225] perseguidores de la justicia gastan su tiempo, influencia y dinero para silenciar o controvertir la evidencia de la verdad; y se toman las medidas más inconsistentes para lograr este objeto. Y no faltan personas de inteligencia que se traguen con avidez las falsedades más ridículas porque concuerdan con los sentimientos de su corazón. Esto revela el triste hecho de que Dios los ha entregado a la ceguera mental ya la dureza del corazón. Hay personas inocentes que pueden ser engañadas por un tiempo debido a la confianza que depositan en sus engañadores; pero si son dóciles y realmente desean conocer la verdad, tendrán oportunidad de percibirla . Las dudas y perplejidades se desvanecerán; descubrirán las inconsistencias de sus falsos guías; porque el error mismo da un testimonio limitado de la verdad.

Los sacerdotes y gobernantes estaban en continuo temor de que, al caminar por las calles, o en la intimidad de sus propios hogares, se encontraran cara a cara con el Cristo resucitado. Sintieron que no había seguridad para ellos; cerrojos y cerrojos parecían una pobre protección contra el Hijo de Dios resucitado.

Antes de su muerte, Jesús había dicho a sus discípulos, en el aposento alto, que después de resucitado iría delante de ellos a Galilea; y en la mañana de la resurrección, el ángel del sepulcro había dicho a las mujeres: “Id; di a sus discípulos, ya Pedro, que va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, como él

os dijo.” Los discípulos fueron detenidos en Jerusalén durante la semana de la pascua, porque su ausencia se habría interpretado como deslealtad y herejía. Durante ese tiempo se reunían [226] al anochecer en el aposento alto, donde algunos de ellos tenían su hogar; aquí Jesús se les reveló dos veces y les pidió que se quedaran por un tiempo en Jerusalén.

Tan pronto como terminó la pascua, los hermanos salieron de Jerusalén y fueron a Galilea como se les había ordenado. Siete de los discípulos estaban en compañía; iban vestidos con el humilde atuendo de los pescadores; eran pobres en bienes terrenales, pero ricos en el conocimiento y práctica de la verdad, lo que les daba, a los ojos del Cielo, el más alto rango de maestros. No habían sido alumnos de la escuela de los profetas, pero durante tres años habían recibido lecciones del mayor educador que el mundo jamás haya conocido. Bajo su enseñanza se habían convertido en medios elevados, inteligentes y refinados, aptos a través de los cuales las almas de los hombres podían ser conducidas al conocimiento de

Gran parte del tiempo del ministerio del Salvador se pasó en las costas de Galilea, y allí se realizaron muchos de sus milagros más maravillosos. Mientras los discípulos se reunían en un lugar donde probablemente no los molestarían, sus mentes estaban llenas de Jesús y sus obras poderosas. En este mar, cuando sus corazones estaban llenos de terror, y la feroz tormenta los precipitaba hacia la destrucción, Jesús había caminado sobre las olas encrespadas para rescatarlos. Aquí la tormenta más salvaje fue silenciada por su voz, que dijo a las profundidades embravecidas: “Paz, quédate quieto”. A la vista estaba la playa, donde, por un poderoso milagro, había alimentado a más de diez mil personas con unos pocos panes y peces pequeños. No muy lejos estaba Cafarnaúm, el escenario de sus más maravillosas manifestaciones, sanando a los enfermos y resucitando a los muertos. Cuando los discípulos volvieron a contemplar Galilea, sus mentes estaban llenas de las palabras y hechos de

La tarde era agradable y Pedro, que conservaba gran parte de su antigua afición por los barcos y la pesca, propuso que salieran al mar a echar las redes. Esta proposición encontró la aprobación de todos, porque eran pobres y necesitaban comida y ropa, que podrían obtener con el producto de una noche de pesca exitosa. Así que salieron al mar en su bote, para continuar con su antiguo empleo. Pero trabajaron toda la noche sin éxito. Durante las largas y fatigosas horas hablaron de sus

Señor ausente, y recordó las escenas y eventos de emocionante interés que se habían representado en esa vecindad, y de los cuales habían sido testigos. Ellos especularon sobre cuál sería su propio futuro y se entristecieron ante la perspectiva que tenían por delante.

Todo el tiempo, un observador solitario en la orilla los siguió con su ojo, mientras él mismo era invisible. Por fin amaneció. El bote estaba a poca distancia de la orilla, y los discípulos vieron a un extraño parado en la playa, quien los abordó con la pregunta: "Hijos, ¿tenéis algo de comer?" Al no reconocer a Jesús, respondieron: "No". "Y les dijo: Echad la red a la derecha de la nave, y hallaréis. Echaron, pues, y ahora no podían sacarlo por la multitud de peces."

Los discípulos estaban llenos de asombro por el resultado de su prueba; pero Juan ahora discernió quién era el extraño, y exclamó a [228] Pedro: "Es el Señor". La alegría ahora tomó el lugar de la decepción. Pedro inmediatamente se ciñó la túnica de pescador y, arrojándose al agua, pronto estuvo al lado de su Señor. Los otros discípulos vinieron en su barca, arrastrando la red con peces. "Tan pronto como llegaron a tierra, vieron allí unas brasas, y pescado puesto sobre ellas, y pan".

Estaban demasiado asombrados para preguntarse de dónde venían el fuego y la comida. "Jesús les dijo: Traed del pez que habéis pescado ahora". Pedro, obedeciendo la orden, corrió a buscar la red que había dejado caer tan bruscamente y ayudó a sus hermanos a arrastrarla hasta la orilla. Después de que todo el trabajo estuvo hecho y la preparación hecha, Jesús invitó a los discípulos a que vinieran a cenar. Partió el pan y el pescado, y lo repartió entre ellos, y al hacerlo fue conocido y reconocido por los siete. El milagro de alimentar a los cinco mil en la ladera de la montaña ahora les vino claramente a la mente; pero un misterioso temor se apoderó de ellos, y guardaron silencio mientras miraban a su Salvador resucitado.

Recordaron que al comienzo de su ministerio se había representado una escena similar a la que acababa de tener lugar. Entonces Jesús les había mandado que se hicieran a la mar, y echaron sus redes por un calado, y la red se había roto por la cantidad de peces capturados. Entonces les ordenó que dejaran sus redes y lo siguieran, y los haría pescadores de hombres. Este último milagro que Jesús acababa de hacer tenía el propósito de hacer que el primer milagro

más impresionante; para que los discípulos pudieran darse cuenta de que, a pesar de que iban a ser privados de la compañía personal de su Maestro, y de los medios de sustento por la búsqueda de su [229] empleo favorito, sin embargo, un Salvador resucitado tenía cuidado de ellos, y proveería para ellos mientras hacían su trabajo. Jesús también tenía un propósito al ordenarles que echaran la red a la derecha de la barca. De ese lado estaba Cristo en la orilla. Si trabajaban en conexión con él, su poder divino unido al esfuerzo humano de ellos, no dejarían de tener éxito.

La repetición de la pesca milagrosa de los peces fue una renovación de la comisión de Cristo a sus discípulos. Les mostró que la muerte de su Maestro no les quitó la obligación de hacer el trabajo que les había asignado. A Pedro, que había actuado en muchas ocasiones como representante de los doce, se le dio una lección especial.

El papel que había desempeñado la noche de la traición de su Señor era tan vergonzoso e inconsistente con sus afirmaciones anteriores de lealtad y devoción, que fue necesario que él diera evidencia a todos los discípulos de que estaba sinceramente arrepentido de su pecado antes de que pudiera reanudar su labor apostólica. El Salvador se propuso colocarlo donde pudiera recuperar la total confianza de sus hermanos, no fuera que, en el momento de la emergencia, la desconfianza de ellos a causa de su fracaso anterior pudiera paralizar su utilidad.

Los discípulos esperaban que a Pedro ya no se le permitiría ocupar la posición prominente en el trabajo que había ocupado hasta entonces, y él mismo había perdido la confianza en sí mismo que le era habitual. Pero Jesús, mientras cenaba junto al mar, señaló a Pedro, diciendo: “ Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que estos?” refiriéndose a sus hermanos. Pedro había dicho una vez: “Aunque todos se escandalicen [230] por causa de ti, yo nunca me escandalizaré”, y se había expresado dispuesto a ir a la cárcel ya la muerte con su Maestro. Pero ahora se estima a sí mismo en presencia de los discípulos: “Sí, Señor, tú sabes que te amo”. En esta respuesta de Pedro no hay una vehemente seguridad de que su afecto sea mayor que el de sus compañeros; ni siquiera expresa su propia opinión de su devoción a su Salvador, sino que apela a ese Salvador, que puede leer todos los motivos del corazón humano, para juzgar él mismo en cuanto a su sinceridad: “Tú sabes que te amo”.

La respuesta de Jesús fue positivamente favorable al discípulo arrepentido y lo colocó en una posición de confianza. Era, "Apacienta mis corderos". Nuevamente Jesús aplicó la prueba a Pedro, repitiendo sus palabras anteriores: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?" Esta vez no le preguntó al discípulo si lo amaba más que a sus hermanos. La segunda respuesta de Pedro fue como la primera, libre de toda seguridad extravagante: "Sí, Señor, tú sabes que te amo". Jesús le dijo: "Apacienta mis ovejas". Una vez más, el Salvador hizo la pregunta difícil: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?". Pedro se entristeció, porque pensó que la repetición de esta pregunta indicaba que Jesús no creía en su declaración. Sabía que su Señor tenía motivos para dudar de él, y con un corazón dolorido respondió: "Señor, tú sabes todas las cosas; tú sabes que te amo." Jesús le dijo: "Apacienta mis ovejas".

Tres veces había negado Pedro abiertamente a su Señor, y tres veces Jesús obtuvo de él la seguridad de su amor y lealtad, presionando esa pregunta dirigida, como una flecha puntiaguda, a su [231] corazón herido. Jesús, ante los discípulos reunidos, sacó a relucir la profundidad de la penitencia de Pedro, y mostró cuán completamente humillado estaba el discípulo que alguna vez se jactó. Ahora se le confió la importante comisión de cuidar del rebaño de Cristo. Aunque todos los demás requisitos podrían ser intachables, sin el amor de Cristo no podría ser un fiel pastor del rebaño cristiano. El conocimiento, la elocuencia, la benevolencia, la gratitud y el celo son todas ayudas en la buena obra, pero sin una afluencia del amor de Jesús en el corazón, la obra del ministro cristiano es un fracaso.

Pedro era naturalmente atrevido e impulsivo, y Satanás se había aprovechado de estas características para desviarlo. Cuando Jesús había expuesto ante sus discípulos el hecho de que debía ir a Jerusalén para sufrir y morir a manos de los principales sacerdotes y de los escribas, Pedro había contradicho presuntuosamente a su Maestro, diciendo: "Lejos de ti, Señor; esto no será para ti." No podía concebir que fuera posible que el Hijo de Dios fuera condenado a muerte. Satanás le sugirió a su mente que si Jesús era el Hijo de Dios, no podía morir. Justo antes de la caída de Pedro, Jesús le había dicho: "Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo; pero yo he rogado por ti, que tu fe no desfallezca; y cuando te hayas convertido, fortalece a tus hermanos." Ese período había llegado ahora, y la transf

obrado en Pedro era evidente. Las preguntas cerradas y desafiantes del Señor no habían provocado una respuesta directa y autosuficiente; y debido a su humillación y arrepentimiento, estaba mejor preparado que nunca para desempeñar el oficio de pastor del rebaño.

La lección que había recibido del Príncipe de los pastores, en [232] el tratamiento de su caso fue muy importante para Pedro, y también para los otros discípulos. Les enseñó a tratar con el transgresor con paciencia, simpatía y amor misericordioso. Durante el tiempo en que Pedro negó a su Señor, el amor que Jesús le tenía nunca decayó. Precisamente ese amor debe sentir el subpastor por las ovejas y los corderos encomendados a su cuidado. Recordando su propia debilidad y fracaso, Pedro debía tratar a su rebaño con tanta ternura como Cristo lo había hecho con él.

Jesús caminó solo con Pedro, porque había algo que sólo quería comunicarle a él. En ese memorable aposento alto, antes de su muerte, Jesús le había dicho a su discípulo: "Adonde yo voy, tú no me puedes seguir ahora; pero me seguirás después; Pedro había respondido a esto: "Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Yo daré mi vida por tu causa." Jesús ahora, en simpatía por él, y que pudiera ser fortalecido para la prueba final de su fe en Cristo, abrió ante él su futuro. Él le dijo que después de vivir una vida de utilidad, cuando la edad estuviera contando con su fuerza, debería seguir a su Señor. Jesús dijo: "Cuando eras joven, te ceñías y andabas por donde querías; pero cuando seas viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá, y te llevará a donde no quieras.

Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios."

Jesús aquí declaró explícitamente a Pedro el hecho y la forma de su muerte; incluso se refirió a la extensión de sus manos sobre la cruz; y después de haber dicho esto, repitió su mandato anterior: [233] "Sígueme." El discípulo no se desconcertó ante la revelación de su Maestro. Se sintió dispuesto a sufrir cualquier muerte por su Señor. Pedro vio que Juan lo seguía, y le vino el deseo de saber su futuro, y "dijo a Jesús: Señor, ¿y qué hará este? Jesús le dice: Si quiero que se quede hasta que yo venga, ¿qué a ti? sígueme". Pedro debería haber considerado que su Señor le revelaría todo lo que era mejor para él saber, sin indagación de su parte. Es deber de cada uno seguir

Cristo, sin ansiedad indebida en cuanto al deber asignado a los demás. Al decir de Juan: "Si quiero que se quede hasta que yo venga", Jesús no dio ninguna seguridad de que este discípulo viviría hasta la segunda venida de Cristo; simplemente afirmó su propio poder supremo, y que incluso si quisiera que esto fuera así, de ninguna manera afectaría la obra de Pedro. El futuro tanto de Juan como de Pedro estaba en manos de su Señor, y la obediencia al seguirlo era el deber requerido de cada uno.

Juan vivió hasta una edad muy avanzada; fue testigo del cumplimiento de las palabras de Cristo con respecto a la desolación de Jerusalén. Vio el majestuoso templo de los judíos en ruinas, y no quedó piedra sobre piedra que no fuera derribada. Pedro era ahora un hombre completamente convertido; pero el honor y la autoridad recibidos de Cristo no le dieron supremacía sobre sus hermanos. Fue venerado y tuvo mucha influencia en la iglesia por el favor de Dios al perdonarle su apostasía y confiarle la alimentación de su rebaño, y porque siempre fue uno de los más cercanos seguidores de Cristo en su vida diaria.

Capítulo 18—La reunión de los hermanos

[234]

Entonces los once discípulos se fueron a Galilea, a un monte donde Jesús les había ordenado. Y cuando lo vieron, lo adoraron; pero algunos dudaron.” Había otros además de los once que se reunieron en la ladera de la montaña. Después de haberse revelado a ellos, algunos seguidores de Jesús estaban sólo parcialmente convencidos de su identidad con el Crucificado. Pero ninguno de los once tenía dudas sobre el tema. Habían escuchado sus palabras, revelando la cadena recta de la profecía con respecto a él. Él había comido con ellos, y les mostró su costado herido y sus manos y pies perforados, y lo habían tocado, así que no había lugar para la incredulidad en sus mentes.

Esta reunión en Galilea había sido designada por el Salvador; el ángel del Cielo lo había anunciado a varios de los discípulos; y Jesús mismo les había dado instrucciones especiales con respecto a esto, diciendo: “Después de que resucite, iré delante de ustedes a Galilea”. El lugar sobre la ladera de la montaña fue elegido por Jesús, debido a su alojamiento para una gran compañía. Esta reunión fue de suma importancia para la iglesia, que pronto se vería obligada a continuar la obra sin la presencia personal del Salvador. Jesús aquí se propuso manifestarse a todos los hermanos que debían reunirse, para que todas sus dudas e incredulidades fueran barridas.

El nombramiento de Jesús se repetía a los que creían en [235] él, mientras aún estaban en Jerusalén, asistiendo a las ocasiones festivas que seguían a la pascua. La noticia llegó a muchos solitarios que lloraban la muerte de su Señor; y se dirigieron al lugar de reunión por caminos tortuosos, viniendo de todas direcciones, para no despertar la sospecha de los celosos judíos. Con el más intenso interés se reunieron. Los que habían sido favorecidos con la visión del Salvador resucitado relataron a los que dudaban los mensajes de los ángeles y sus entrevistas con su Maestro. Ellos razonaron de las Escrituras, como Jesús había hecho con ellos, mostrando cómo cada especificación de

la profecía relacionada con la primera venida de Cristo se había cumplido en la vida, muerte y resurrección de Jesús.

Así los discípulos predilectos pasaban de grupo en grupo, animando y fortaleciendo la fe de sus hermanos. Muchos de los reunidos escucharon estas comunicaciones con asombro. Un nuevo hilo de pensamiento se inició en sus mentes con respecto al Crucificado. Si lo que acababan de escuchar era cierto, entonces Jesús era más que un profeta. Nadie podía triunfar sobre la muerte y romper las cadenas del sepulcro, sino el Mesías. Sus ideas sobre el Mesías y su misión habían sido tan confundidas por las falsas enseñanzas de los sacerdotes, que les fue necesario desaprender lo que les había sido enseñado, para poder aceptar la verdad, que Cristo, a través de la ignominia, el sufrimiento, y la muerte, debe finalmente tomar su trono.

Con una mezcla de ansiedad, miedo y esperanza, esperaban a ver si Jesús [236] realmente se presentaría para cumplir su mandato. Tomás relató a una multitud ansiosa que escuchaba su incredulidad anterior y su negativa a creer a menos que viera las manos, los pies y el costado heridos de su Señor, y pusiera su dedo en las huellas de los clavos. Les dijo cómo sus dudas fueron barridas para siempre al ver a su Salvador, que llevaba las crueles marcas de la crucifixión, y que no deseaba más pruebas.

Mientras la gente miraba y esperaba, de repente Jesús se paró en medio de ellos. Nadie podía decir de dónde o cómo vino. Los discípulos lo reconocieron de inmediato y se apresuraron a rendirle homenaje. Muchos de los presentes nunca antes lo habían visto, pero cuando contemplaron su rostro divino y luego sus manos y pies heridos, atravesados por los clavos de la crucifixión, supieron que era el Salvador y lo adoraron.

Pero había algunos que aún dudaban; no podían creer la gozosa verdad. “Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra”. Esta seguridad de Jesús superó todas sus expectativas. Ellos sabían de su poder, mientras él era uno de ellos, sobre toda clase de enfermedades, y sobre Satanás y sus ángeles; pero al principio no pudieron captar la gran realidad de que todo el poder en el cielo y en la tierra le había sido dado a Aquel que había caminado por sus calles, se había sentado a sus mesas y enseñado en medio de ellos.

Jesús trató de alejar sus mentes de sí mismo personalmente, a la importancia de su posición como heredero de todas las cosas, un igual

con Dios mismo; que a través del sufrimiento y el conflicto había ganado su gran herencia, los reinos del Cielo y de la tierra. Él [237] deseaba que comprendieran de inmediato cuán amplia era su autoridad, y, como uno por encima de todos los poderes y principados, dio la gran comisión a sus discípulos escogidos: "Id, pues, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu

Santo; enseñándoles a observar todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén."

Una amplia puerta se abrió de par en par ante sus asombrados oyentes, a quienes hasta entonces se les había enseñado la más rígida reclusión de todos menos de su propia nación. Una interpretación nueva y más completa de las profecías amaneció en sus mentes; trabajaron para comprender la obra que les había sido asignada. El mundo consideraba a Jesús como un impostor; sólo unos pocos centenares se alinearon bajo su estandarte, y la fe de estos se había visto terriblemente sacudida por el hecho de su muerte, y no habían podido establecer ningún plan de acción definido. Ahora Cristo se les había revelado en su forma resucitada y les había dado una misión tan extensa que, con sus puntos de vista limitados, apenas podían comprenderla. Les resultó difícil darse cuenta de que la fe que los había unido al lado de Jesús no debía ser sólo la religión de los judíos, sino de todas las naciones.

La superstición, la tradición, el fanatismo y la idolatría gobernaban el mundo. Sólo los judíos pretendían tener un cierto conocimiento de Dios, y eran tan exclusivos, tanto social como religiosamente, que eran despreciados por todos los demás pueblos. El alto muro de separación que habían levantado hizo de los judíos un pequeño mundo para ellos mismos, y [238] llamaron paganas y perros a todas las demás clases. Pero Jesús encomendó a sus discípulos el plan de dar a conocer su religión a todas las naciones, lenguas y pueblos. Fue la empresa más sublime jamás confiada al hombre: predicar a un Salvador crucificado y resucitado, y una salvación plena y gratuita a todos los hombres, tanto ricos como pobres, eruditos e ignorantes, enseñar que Cristo vino al mundo para perdonar a los arrepentidos, y ofrecerles un amor alto como el cielo, ancho como el mundo y duradero como la eternidad.

Debían enseñar la observancia de todas las cosas que Jesús les había mandado, y debían bautizar en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Jesús estaba a punto de ser quitado de

sus discípulos; pero les aseguró que aunque ascendería a su Padre, su Espíritu e influencia estarían con ellos siempre, y con sus sucesores hasta el fin del mundo. Cristo no podría haber dejado a sus seguidores un legado más precioso que la seguridad de que su presencia estaría con ellos durante todas las horas oscuras y difíciles de la vida. Cuando Satanás parece estar listo para destruir la iglesia de Dios y llevar a su pueblo a la confusión, deben recordar que Uno ha prometido estar con ellos y ha dicho: "Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra".

La persecución y el oprobio siempre han sido la suerte de los verdaderos seguidores de Cristo. El mundo odió al Maestro, y siempre ha odiado a sus sirvientes; pero el Espíritu Santo, el Consolador que Cristo envió a sus discípulos, los anima y fortalece para hacer su obra con fidelidad durante su ausencia personal. El Consolador, el Espíritu de [239] verdad, moraría con ellos para siempre, y Cristo les aseguró que la unión existente entre él y el Padre, ahora también los abarcaba a ellos.

El entendimiento de los discípulos, que había estado nublado por la mala interpretación de las profecías, ahora fue abierto completamente por Jesús, quien arrojó una luz clara sobre aquellas escrituras que se referían a él. Les mostró el verdadero carácter de su reino; y ahora comenzaron a ver que no era la misión de Cristo establecer un poder temporal, sino que su reino de gracia divina debía manifestarse en los corazones de su pueblo, y que solo a través de su humillación, sufrimiento y muerte, pudiera finalmente establecerse el reino de su gloria .

El poder de la muerte estaba en manos del diablo; pero Jesús había quitado su desesperación punzante, encontrando al enemigo en su propio territorio y conquistándolo allí. En adelante, la muerte sería despojada de su terror para el cristiano, ya que Cristo mismo había sentido sus dolores y resucitado de la tumba para sentarse a la diestra del Padre en el Cielo, teniendo todo poder en el Cielo y en la tierra. El conflicto entre Cristo y Satanás se determinó cuando el Señor se levantó de entre los muertos, sacudió hasta los cimientos la prisión de su enemigo y le robó su botín al traer una multitud de muertos durmientes, como un nuevo trofeo de la victoria alcanzada por el segundo Adán. Esta resurrección fue una muestra y una garantía de la resurrección final de los muertos justos en la segunda venida de Cristo.

Jerusalén había sido el escenario de la asombrosa condescendencia de Cristo por la raza humana. Allí sufrió, fue rechazado y condenado. La tierra de Judea, de la cual Jerusalén era la metrópoli, [240] fue su lugar de nacimiento. Allí, vestido con el ropaje de la humanidad, había caminado con los hombres, y pocos habían discernido cuán cerca estaba el Cielo de la tierra cuando Jesús moraba entre ellos. Por tanto, era muy apropiado que la obra de los discípulos comenzara en Jerusalén.

Si bien todas las mentes estaban agitadas por las emocionantes escenas de las últimas semanas, era una oportunidad muy adecuada para llevar el mensaje a esa ciudad.

A medida que la instrucción de Jesús a los apóstoles estaba llegando a su fin, y a medida que se acercaba la hora de su separación de ellos, dirigió sus mentes más definidamente a la obra del Espíritu de Dios al prepararlos para su misión. Por medio de una relación familiar, iluminó sus mentes para comprender las sublimes verdades que iban a revelar al mundo. Pero su obra no debía emprenderse hasta que supieran con certeza, por el bautismo del Espíritu Santo, que estaban conectados con el Cielo. Se les prometió nuevo valor y alegría por la iluminación celestial que entonces experimentarían, y que les permitiría comprender la profundidad, la amplitud y la plenitud del amor de Dios.

Después de haber sido capacitados para su misión por la venida del Espíritu Santo, los discípulos debían proclamar el perdón de los pecados y la salvación por el arrepentimiento y los méritos de un Salvador crucificado y resucitado, y revelar los principios del reino de Cristo, comenzando en Jerusalén, y desde allí extendiendo sus labores por toda Judea, y hasta Samaria, y finalmente hasta los confines de la tierra. Aquí hay una lección para todos los que tienen un mensaje de verdad para dar al mundo: sus propios corazones primero deben estar imbuidos del Espíritu de Dios, [241] y sus labores deben comenzar en el hogar; sus familias deben tener el beneficio de su influencia; y el poder transformador del Espíritu de Dios debe ser demostrado en sus propios hogares por una familia bien disciplinada. Entonces el círculo debería ensancharse; toda la vecindad perciba el interés que se siente por su salvación, y se les presente fielmente la luz de la verdad; porque su salvación es de tanta importancia como la de las personas a distancia.

De la vecindad inmediata, y de las ciudades y pueblos colindantes,

el círculo de las labores de los siervos de Dios debe ampliarse, hasta que el mensaje de la verdad llegue a los confines de la tierra.

Este fue el orden que Cristo instituyó para los trabajos de sus discípulos; pero es frecuentemente revertida por los trabajadores evangélicos de este tiempo. Descuidan el círculo interior; no se siente como una necesidad que la influencia vivificadora del Espíritu de Dios opere primero sobre sus propios corazones, y santifique y ennoblezca sus vidas. Los deberes más sencillos, que se interponen directamente en su camino, son descuidados por un campo más amplio y distante, donde sus labores se gastan frecuentemente en vano. Mientras que en un campo de más fácil acceso habrían trabajado con éxito y encontrado menos pruebas, ganando influencia y nuevo valor a medida que el camino se abría y se ampliaba ante ellos.

Los apóstoles podrían haber suplicado al Señor que, en vista de los esfuerzos no apreciados que se habían realizado en Jerusalén, y el insulto y la muerte cruel a la que Cristo había sido sometido, se les permitiera buscar un campo más prometedor, donde ellos [242] encontrarían corazones más dispuestos a escuchar y recibir su mensaje. Pero no se hizo tal alegato. Jesús era el único director de la obra. El terreno mismo donde el más grande de todos los maestros había esparcido las semillas de la verdad, iba a ser completamente cultivado por los apóstoles hasta que esas semillas brotaran y produjeran una cosecha abundante. En sus labores, los discípulos debían soportar el odio, la opresión y los celos de los judíos; pero esto había sido experimentado por su Maestro antes que ellos, y no debían huir de ello.

Antes de su muerte, Jesús había dicho a sus discípulos, mientras los consolaba ante la proximidad de su humillación y muerte: “La paz os dejo; mi paz os doy.” Ahora, después del conflicto y de la victoria, después de triunfar sobre la muerte y recibir su recompensa, de una manera más enfática les concedió esa paz que sobrepasa todo entendimiento. Los capacitó para emprender la obra que él había comenzado. Como había sido enviado por su Padre, así envió a los discípulos. Sopló sobre ellos y dijo: “Recibid el Espíritu Santo”.

Los apóstoles no fueron enviados para ser testigos de Cristo hasta que hubieran recibido la dotación espiritual necesaria para prepararlos para la ejecución de su gran comisión. Todas las profesiones del cristianismo no son más que expresiones de fe sin vida hasta que Jesús imbuje la

creyente con su vida espiritual, que es el Espíritu Santo. El evangelista no está preparado para enseñar la verdad y ser el representante de Cristo hasta que haya recibido este don celestial.

Los hombres en posiciones de responsabilidad, que están proclamando la verdad de Dios en el nombre de Jesús sin la energía espiritual dada por el poder vivificador de Dios, están haciendo una obra irreal, y no pueden estar seguros si el éxito o la derrota acompañarán sus labores. . Muchos olvidan que la religión y el deber no son tristes sentimentalismos, sino acciones serias. No son los grandes servicios y las altas aspiraciones las que reciben la aprobación de Dios, sino el amor y la consagración con que se realiza el servicio, sea grande o pequeño. Tormentas de oposición y rechazos son las providencias de Dios para conducirnos bajo el amparo de su ala. Cuando la nube nos envuelve, se escucha su voz : “La paz os dejo, mi paz os doy; yo no os la doy como el mundo la da.”

El acto de Cristo al soplar sobre sus discípulos el Espíritu Santo, y al impartirles su paz, fue como unas pocas gotas antes de la lluvia abundante que se daría el día de Pentecostés. Jesús inculcó este hecho en sus discípulos, que a medida que procedieran en la obra que se les había encomendado, comprenderían más plenamente la naturaleza de esa obra y la manera en que el reino de Cristo había de establecerse sobre la tierra. Fueron designados para ser testigos del Salvador; debían testificar lo que habían visto y oído de su resurrección; debían repetir las palabras de gracia que salían de sus labios. Estaban familiarizados con su carácter santo; era como un ángel de pie bajo el sol, pero sin proyectar sombra. La obra sagrada de los apóstoles fue presentar el carácter inmaculado de Cristo a los hombres, como norma para sus vidas. Los discípulos habían estado tan íntimamente asociados con este Modelo de santidad que en cierto grado se asimilaron a él en carácter, y estaban especialmente capacitados para dar a conocer al mundo sus preceptos y su ejer

Cuanto más se asocie el ministro de Cristo con su Maestro, a través de la contemplación de su vida y carácter, más se parecerá a él y estará mejor capacitado para enseñar sus verdades. Cada aspecto de la vida del gran Ejemplo debe estudiarse con cuidado, y debe mantenerse una estrecha conversación con él a través de la oración de fe viva. Así será el ser humano

carácter sea transformado en la imagen de su carácter glorioso.

Así estará preparado el maestro de la verdad para conducir las almas a Cristo.

Jesús, al dar a los discípulos su primera comisión, había dicho: “A ti te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares en la tierra [refiriéndose a los hombres responsables que deberían representar a su iglesia] será atado en los cielos. , y todo lo que desatares en la tierra será desatado en el Cielo.” Al renovar la comisión de aquellos a quienes había impartido el Espíritu Santo, dijo: “A quienes remitiereis los pecados, les serán remitidos ; y a quienes se los retuviereis, les quedan retenidos.” Estas palabras transmitieron a los discípulos un sentido de lo sagrado de su trabajo y sus tremendos resultados. Imbuidos del Espíritu de Dios, debían ir predicando los méritos de un Salvador que perdona los pecados; y tenían la seguridad de que todo el Cielo se interesaba en sus trabajos, y que lo que hacían en la tierra, en el espíritu y poder de Cristo, sería ratificado en el Cielo.

Jesús, por esta seguridad, no dio a los apóstoles o a sus sucesores poder para **perdonar** pecados, como sus representantes. La Iglesia Católica Romana dirige a su pueblo a confesar los secretos de sus vidas al sacerdote, y de él, actuando en lugar de Cristo, recibir la absolución de sus pecados. El Salvador enseñó que el suyo es el único nombre dado bajo el Cielo por el cual los hombres serán salvos. Jesús, sin embargo, delegó a su iglesia en la tierra, en su capacidad organizada, el poder de censurar y remover la censura de acuerdo con las reglas prescritas por inspiración; pero estos actos debían ser realizados únicamente por hombres de buena reputación, que fueran consagrados por la gran Cabeza de la iglesia, y que mostraran con sus vidas que estaban buscando fervientemente seguir la guía del Espíritu de Dios.

Ningún hombre debía ejercer un poder arbitrario sobre la conciencia de otro hombre. Cristo no dio derecho eclesiástico de perdonar pecados, ni de vender indulgencias, para que los hombres pecaren sin incurrir en el desagrado de Dios, ni dio libertad a sus siervos para aceptar un regalo o soborno para encubrir el pecado, para que escape a la censura merecida. Jesús encargó a sus discípulos que predicaran la remisión de los pecados en su nombre entre todas las naciones; pero ellos mismos no tenían poder para quitar una mancha de pecado de los hijos de Adán. Tampoco debían ejecutar juicio contra los culpables; la ira de un Dios ofendido debía proclamarse contra el pecador; pero el po

La Iglesia Romana asume visitar que la ira sobre el ofensor no es establecida por ninguna dirección de Cristo; él mismo ejecutará la sentencia pronunciada contra los impenitentes. Cualquiera que atraiga a la gente hacia sí mismo como alguien en quien está investido el poder de perdonar los pecados, incurre en la ira de Dios, porque aparta las almas del [246] Perdonador celestial hacia un mortal débil y descarriado.

Jesús mostró a sus discípulos que sólo en la medida en que participaran de su Espíritu y se asimilaran a su carácter misericordioso, serían dotados de discernimiento espiritual y poder milagroso. Toda su fuerza y sabiduría debe venir de él. Al tratar con miembros obstinadamente ofensivos, los hombres santos de la iglesia debían seguir las instrucciones establecidas por Cristo; este, el único curso de seguridad para la iglesia, ha sido trazado paso a paso por los apóstoles con la pluma de la inspiración.

Cuando la iglesia se hace cargo del caso de un ofensor, la oración de fe traerá a Cristo en medio como un sabio consejero. Los hombres corren el peligro de ser controlados por los prejuicios o los informes y opiniones de los demás. Su propio juicio no santificado puede equilibrar sus decisiones. Por lo tanto, cuando se deban tomar decisiones importantes con referencia a individuos en la iglesia, el juicio de un hombre, por sabio y experimentado que sea, no debe considerarse suficiente para actuar en consecuencia.

Jesús ha dicho: "Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio". Con Cristo para presidir el concilio de la iglesia, cuán cautelosamente debe hablar y actuar cada hombre. Se debe ofrecer oración por el errante, y se deben usar todos los medios para restaurarlo al favor de Dios y de la iglesia; pero si se hace caso omiso de la voz de la iglesia, y se pone por encima de ella su voluntad individual, entonces el ofensor debe ser tratado con prontitud, y la decisión de los hermanos, hecha con oración y fe, y de acuerdo con la sabiduría que les ha sido dada por Dios, es ratificado por el Cielo.

El arrepentimiento del pecador debe ser aceptado por la iglesia [247] con corazones agradecidos. La iglesia está facultada para absolver los pecados sólo en el sentido de asegurar al pecador arrepentido de la misericordia perdonadora del Salvador, y de sacarlo de las tinieblas de la incredulidad y la culpa, a la luz de la fe y la justicia. Puede poner su mano temblorosa en la mano amorosa de Jesús. Tal remisión es ratificada por el Cielo. Las instrucciones de los apóstoles con respecto a

la condenación o la absolución en caso de juicios eclesiásticos seguirán siendo válidas hasta el fin de los tiempos. Y la promesa de la presencia de Cristo en respuesta a la oración debería consolar y animar a su iglesia hoy tanto como consoló y animó a los apóstoles a quienes Cristo se dirigió directamente. Aquellos que desprecian la autoridad de la iglesia desprecian la autoridad de Cristo mismo.

A pesar de que Jerusalén rechazó el mejor regalo del cielo, la obra de los apóstoles había de comenzar allí. Las primeras proposiciones de misericordia debían hacerse a los asesinos del Hijo de Dios. Había también allí muchos que secretamente habían creído en Jesús, y muchos que habían sido engañados por los sacerdotes y gobernantes, pero estaban dispuestos a aceptarlo, si se podía probar que él era en verdad el Cristo. Los apóstoles, como testigos presenciales, debían testificar de Jesús y su resurrección. Debían dar a conocer al pueblo las profecías relativas a él, y mostrar cuán perfectamente se habían cumplido. Debían traer ante la gente la evidencia más convincente de las verdades que enseñaban, y debían proclamar las gozosas nuevas de la salvación al mundo.

[248] Como todas las mentes estaban interesadas en la historia y la misión de Jesús, debido a los acontecimientos que acababan de ocurrir en Jerusalén, este era un momento en que la predicación de su evangelio haría la impresión más decisiva en la mente del público. Al comienzo de su obra, los discípulos iban a recibir un poder maravilloso. Su testimonio de Cristo iba a ser confirmado por señales y prodigios, y la realización de milagros por parte de los apóstoles y los que recibieron su mensaje. Jesús dijo: "Ellos echarán fuera los demonios; hablarán en nuevas lenguas; tomarán en las manos serpientes, [como en el caso de Pablo] y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño; sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán."

En ese momento, el envenenamiento se practicaba en gran medida. Los hombres sin escrúpulos no dudaron en eliminar por este medio a los que se interponían en el camino de su ambición. Jesús sabía que sus apóstoles estarían sujetos a este peligro, si no especialmente protegidos de él. Sabía que habría muchos que estarían tan engañados como para pensar que sería un servicio a Dios dar muerte a estos testigos por cualquier medio. Por lo tanto, los protegió contra este mal insidioso. Así, el Señor aseguró a sus siervos que no debían trabajar con sus propias fuerzas, sino con la fuerza del Espíritu Santo. Aunque

los discípulos recibieron la comisión de predicar el evangelio a todas las naciones, en ese momento no comprendieron la vasta extensión y el maravilloso carácter de la obra que tenían por delante, una obra que descendería a sus sucesores y que sería llevada a cabo. hasta el final de los tiempos.

[249]

Capítulo 19—La ascensión de Cristo

Después del encuentro de Jesús con los hermanos en Galilea, los discípulos volvieron a Jerusalén; y mientras los once estaban reunidos en la ciudad, Jesús se reunió con ellos, y de nuevo les dirigió la mente hacia las profecías concernientes a él. Inculcó profundamente en su entendimiento la necesidad de estudiar a fondo las antiguas profecías acerca del Mesías, y de compararlas con los hechos de su vida, muerte y resurrección, a fin de establecer su cumplimiento en él mismo. Debían rastrear diligentemente eslabón tras eslabón de la verdad sagrada revelada por los profetas, en tipos y figuras que representaban al Cordero inmolado desde la fundación del mundo. Levantó el velo de su entendimiento, concerniente al sistema típico de los judíos, y ahora vieron claramente el significado de las formas y símbolos que fueron virtualmente abolidos por la muerte de Cristo.

El Salvador del mundo, como Conquistador divino, estaba a punto de ascender al trono de su Padre. Seleccionó el Monte de los Olivos como escenario de esta última exhibición de su gloria. Acompañado por los once, se dirigió a la montaña. Los discípulos no sabían que esta sería su última temporada con su Maestro. Empleó el tiempo en sagrada conversación con ellos, reiterando sus instrucciones anteriores.

Mientras pasaban por las puertas de Jerusalén, muchos ojos maravillados miraron a la pequeña compañía, conducida por uno a quien hacía unas pocas semanas.

[250] antes de que los sacerdotes y gobernantes hubieran condenado y crucificado.

Cruzaron el Cedrón y se acercaron a Getsemaní. Aquí Jesús se detuvo, para que sus discípulos pudieran recordar las lecciones que les había dado mientras se dirigía al jardín en la noche de su gran agonía. Volvió a mirar la vid que entonces había usado como símbolo para representar la unión de su iglesia consigo mismo y con su Padre; y refrescó la memoria de sus seguidores repitiendo las impresionantes verdades que entonces les había ilustrado.

Los recordatorios del amor no correspondido de Jesús estaban a su alrededor; incluso los discípulos que caminaban a su lado, que eran tan queridos para su corazón, tenían,

en la hora de su humillación, cuando más necesitaba su simpatía y consuelo, lo reprocharon y lo abandonaron.

Cristo había estado en el mundo durante treinta y tres años; había soportado su desprecio, insulto y burla; había sido rechazado y crucificado. Ahora, cuando esté a punto de subir a su trono de gloria, al pasar revista a la ingratitud del pueblo que vino a salvar, ¿no les quitará su simpatía y su amor? ¿No se centrarán sus afectos en ese mundo donde es apreciado, y donde los ángeles sin pecado lo adoran y esperan para cumplir sus órdenes? No; Su promesa a los seres queridos que deja en la tierra es: "He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo". Antes de su conflicto, había orado al Padre para que no fueran quitados del mundo, sino que fueran guardados del mal que hay en el mundo.

Finalmente, la pequeña compañía llega al Monte de los Olivos. Este lugar había sido particularmente santificado por la presencia de Jesús mientras [251] llevaba la naturaleza del hombre. Fue consagrada por sus oraciones y lágrimas. Cuando entró cabalgando a Jerusalén, justo antes de su juicio, los despeñaderos del Monte de los Olivos resonaron con los gritos de alegría de la multitud triunfante. En su pendiente descendente estaba Betania, donde a menudo había encontrado reposo en la casa de Lázaro. Al pie del monte estaba el huerto de Getsemaní, donde había agonizado solo, y humedecido el césped con su sangre.

Jesús abrió el camino a través de la cumbre, hasta las inmediaciones de Betania. Luego hizo una pausa y todos se reunieron a su alrededor. Rayos de luz parecían irradiar de su rostro, mientras miraba con profundo amor a sus discípulos. No los reprendió por sus faltas y fracasos; pero palabras de indecible ternura fueron las últimas que cayeron en sus oídos de labios de su Señor. Con las manos extendidas para bendecirlos, y como si estuviera seguro de su cuidado protector, ascendió lentamente de entre ellos, atraído hacia el cielo por un poder más fuerte que cualquier atracción terrenal. Cuando pasó hacia arriba, los discípulos asombrados miraron con ojos forzados en busca de la última vislumbre de su Señor ascendente. Una nube de gloria lo recibió fuera de su vista, y en el mismo momento descendió flotando hasta sus sentidos encantados la música más dulce y alegre del coro de ángeles.

Mientras su mirada aún estaba clavada hacia arriba, voces se dirigieron a ellos que sonaban como la música que acababa de encantarlos. Se volvieron y vieron dos seres en forma de hombres; sin embargo, su celestial

El carácter fue inmediatamente discernido por los discípulos, a quienes [252] se dirigieron con acentos consoladores, diciendo: "Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros arriba en el cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo." Estos ángeles eran de la compañía que había estado esperando en una nube brillante para escoltar a Jesús a su trono; y en simpatía y amor por aquellos a quienes el Salvador había dejado, vinieron para eliminar toda incertidumbre de sus mentes y darles la seguridad de que Él volvería a la tierra.

Todo el Cielo estaba esperando para recibir al Salvador en las cortes celestiales. Mientras subía, abrió el camino, y la multitud de cautivos que había resucitado de entre los muertos en el momento en que salió del sepulcro, lo seguía. La hueste celestial, con cantos de alegría y triunfo, lo escoltó hacia arriba. En los portales de la ciudad de Dios una innumerable compañía de ángeles esperaba su venida. Mientras se acercaban a las puertas de la ciudad, los ángeles que escoltaban a la Majestad del Cielo, en tonos triunfantes se dirigieron a la compañía en los portales: "Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, y alzaos vosotras, puertas eternas, y el Rey de Gloria entrará!"

Los ángeles que esperan a las puertas de la ciudad preguntan con entusiasmo : "¿Quién es este Rey de Gloria?" Los ángeles de escolta responden gozosamente con cantos de triunfo: "¡El Señor, fuerte y poderoso! ¡ El Señor, poderoso en la batalla! ¡Alzad, oh puertas, vuestras cabezas, levántalas, vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de Gloria!" Una vez más, los ángeles que esperan preguntan: "¿Quién es este Rey de Gloria?" y los ángeles de escolta responden con melodiosos acordes: "¡El Señor de los ejércitos! ¡Él es el Rey de Gloria!" Entonces se abren de par en par los portales de la ciudad de Dios , y entra el tren celestial en medio de un estallido de música angelical. Toda la hueste celestial rodea a su majestuoso Comandante mientras toma su posición en el trono del Padre.

Con la más profunda adoración y alegría, las huestes de ángeles se inclinan ante él, mientras resuena el grito de alegría en los atrios del Cielo: "Digno es el Cordero que fue inmolado de recibir el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza y el honor, y gloria, y bendición!" Las canciones de triunfo se mezclan con la música de las arpas angelicales, hasta que el cielo parece desbordarse con una deliciosa armonía y un gozo y una alabanza inconcebibles. El Hijo de Dios ha triunfado sobre el príncipe de las tinieblas y ha vencido a la muerte y al sepulcro. El cielo resuena con voces en lo alto

acordes que proclaman: “¡Bendición, honra, gloria y poder al que está sentado en el trono, y al Cordero, por los siglos de los siglos!”

Está sentado al lado de su Padre en su trono. El Salvador presenta a los cautivos que ha rescatado de los lazos de la muerte, al precio de su propia vida. Sus manos colocan coronas inmortales sobre sus frentes; porque ellos son los representantes y muestras de aquellos que serán redimidos, por la sangre de Cristo, de todas las naciones, lenguas y pueblos, y resucitarán de entre los muertos, cuando llamará a los justos de sus sepulcros en su segundo viniendo. Entonces verán las marcas del Calvario en el cuerpo glorificado del Hijo de Dios. Su mayor gozo se encontrará en la presencia de Aquel que está sentado en el trono; y los santos extasiados exclamarán: ¡Mi Amado es mío, y yo soy suyo! ¡Él es el primero entre diez mil, y todo encantador!

Los discípulos regresaron a Jerusalén, no enlutados, sino llenos de alegría. [254] La última vez que miraron a su Señor, su semblante resplandeció con un resplandor celestial, y les sonrió amorosamente. Aquellas manos que tantas veces se habían extendido para bendecir a los enfermos y afligidos, y para reprender a los demonios, aquellas manos que habían sido heridas por los crueles clavos, se extendieron misericordiosamente, como si en los discípulos abrazaran al mundo entero . , e hizo descender una bendición sobre todos los seguidores de Cristo. Rayos de luz parecían emanar de esas queridas manos y caer sobre los que miraban y esperaban.

El hecho máspreciado para los discípulos en la ascensión de Jesús fue que partió de ellos al Cielo en la forma tangible de su divino Maestro. El mismo Jesús, que había caminado, hablado y orado con ellos; que había partido el pan con ellos; que había estado con ellos en sus barcas en el lago; que había buscado retiro con ellos en las arboledas; y que ese mismo día había subido con ellos la empinada subida del Monte de los Olivos, había ascendido al cielo en forma de humanidad. Y los mensajeros celestiales les habían asegurado que el mismo Jesús a quien habían visto subir al cielo, vendría de nuevo de la misma manera que había ascendido. Esta seguridad siempre ha sido, y será hasta el fin de los tiempos, la esperanza y el gozo de todos los verdaderos amantes de Cristo.

Los discípulos no sólo vieron ascender al Señor, sino que tuvieron el testimonio de los ángeles de que había ido a ocupar el trono de su Padre en el Cielo. El último recuerdo que los discípulos debían tener de su Señor era como el Amigo compasivo, el Redentor glorificado. Moisés veló su rostro para ocultar la gloria de la ley que se reflejaba en él, y la gloria de la ascensión de Cristo fue velada de la vista humana. El resplandor de la escolta celestial, y la apertura de las puertas gloriosas de Dios para darle la bienvenida, no debían ser percibidas por ojos mortales.

Si el camino de Cristo hacia el cielo hubiera sido revelado a los discípulos en toda su gloria inexpressable, no podrían haber soportado la vista. Si hubieran contemplado las miríadas de ángeles y escuchado los estallidos de triunfo desde las almenas del Cielo, cuando se levantaron las puertas eternas, el contraste entre esa gloria y sus propias vidas en un mundo de prueba habría sido tan grande que difícilmente habrían podido asumir de nuevo el peso de sus vidas terrenas, dispuestos a ejecutar con valentía y fidelidad la comisión que les encomendó el Salvador. Incluso el Consolador, el Espíritu Santo que les fue enviado, no habría sido debidamente apreciado, ni habría fortalecido sus corazones lo suficiente como para soportar el reproche, la humillación, el encarcelamiento y la muerte si fuera necesario.

Sus sentidos no debían volverse tan encaprichados con las glorias del Cielo que perdieran de vista el carácter de Cristo en la tierra, el cual debían copiar en ellos mismos. Debían tener claramente ante sus mentes la belleza y majestuosidad de su vida, la perfecta armonía de todos sus atributos y la misteriosa unión de lo divino y lo humano en su naturaleza. Era mejor que la relación terrenal de los discípulos con su Salvador terminara de la manera solemne, tranquila y sublime en que lo hizo. Su ascensión visible del mundo estaba en armonía con la mansedumbre y la quietud de su vida.

[256]

Los discípulos regresaron a Jerusalén gozosos, no porque se hubieran visto privados de su Maestro y Maestro, porque esto era para ellos motivo de duelo personal más que de alegría. Pero Jesús les había asegurado que enviaría al Consolador, como equivalente a su presencia visible. Él había dicho: "Si me amarais, os regocijaríais porque dije: Voy al Padre". Se regocijaron porque Jesús había obrado la salvación para el hombre; había respondido a las demandas de la ley, y se había convertido en una ofrenda perfecta para el hombre; había subido al cielo

llevar adelante la obra de expiación comenzada en la tierra. Era el Abogado del hombre, su Intercesor ante el Padre.

Jesús, que nació en Belén; que trabajaba con su padre terrenal en el oficio de carpintero; el que se sentó cansado junto al pozo de Jacob; que durmió cansado en el barco de pesca de Pedro; que tenía hambre y sed; que tomó a los niños pequeños en sus brazos y los bendijo; quien fue rechazado, flagelado y crucificado, ascendió en forma de hombre al cielo y tomó su lugar a la diestra de Dios. Habiendo sentido nuestras debilidades, nuestros dolores y tentaciones, está ampliamente capacitado para abogar por el hombre como su representante. Jesús, cuando estuvo en la tierra, fue el tipo de hombre más perfecto; y es el gozo y el consuelo del cristiano que este Salvador paciente y amoroso sea su Rey y Juez; porque “el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo”.

No nos inclinamos a asociar la gloria real y la autoridad judicial con la abnegación, la paciencia, el amor y el perdón mostrados en la vida de Cristo; sin embargo, estos atributos calificaron al Salvador para su exaltada posición. Las cualidades de carácter que desarrolló en la tierra constituyen su exaltación en gloria. Sus triunfos fueron ganados [257] por amor, no por la fuerza. Al venir a Cristo, el pecador consiente en ser elevado al más noble ideal del hombre.

“¿No sabéis que los santos juzgarán al mundo?” Los atributos que exaltaron a Cristo, si sus seguidores los obtienen, pondrán el cetro en sus manos, y serán reyes y sacerdotes con Dios. Cristo se comprometió a guardar la ley que Adán transgredió, y a magnificar esa ley y hacerla honorable al demostrar que no era arbitraria y que el hombre podía guardarla inviolable. Cristo mostró con su vida que la ley de Dios es intachable, y que el hombre, al desobedecerla, acarrea sobre sí los males que sus restricciones tratan de apartar de él.

Cuando los discípulos regresaron solos a Jerusalén, la gente los miraba esperando ver en sus rostros expresiones de dolor, confusión y derrota; pero vieron allí alegría y triunfo. No se lamentaban por las esperanzas frustradas, sino que estaban continuamente en el templo, alabando y bendiciendo a Dios. Los sacerdotes y gobernantes estaban perdidos para entender este misterio. Después de los eventos desalentadores relacionados con el juicio, la condenación y la muerte ignominiosa de su Maestro, se suponía que los discípulos estaban derrotados y avergon

ahora salió con espíritus alegres, y semblantes radiantes con un gozo que no nació de la tierra.

Contaron la maravillosa historia de la gloriosa resurrección y ascensión al cielo de Cristo, y muchos creyeron en su testimonio. Los [258] discípulos ya no tenían una vaga desconfianza hacia el futuro; sabían que Jesús estaba en el Cielo; que sus simpatías no cambiaron; que se identificaba con la humanidad doliente, recibiendo las oraciones de su pueblo; que estaba suplicando a Dios los méritos de su propia sangre preciosa, mostrando sus manos y pies heridos, como un recuerdo del precio que había pagado por sus redimidos. Sabían que vendría nuevamente escoltado por la hueste celestial, y consideraron este evento, no como una temida calamidad, sino como una ocasión de gran gozo y anhelante anticipación. Sabían que volvería a estar sobre el Monte de los Olivos, mientras los aleluyas hebreos se mezclarían con hosannas gentiles, y miríadas de voces se unirían en la alegre aclamación de “¡Corónalo Señor de todo!” Sabían que había ascendido al Cielo para preparar mansiones para sus hijos obedientes, y que regresaría y los tomaría consigo .

Con alegría los discípulos contaron a sus hermanos la noticia de la ascensión de su Señor. Ahora sentían que tenían un Amigo en el trono de Dios y estaban ansiosos por preferir sus peticiones al Padre en el nombre de Jesús. Se reunieron con solemne asombro y se inclinaron en oración, repitiéndose unos a otros la seguridad del Salvador: “Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre, os lo dará . Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo”. Durante los diez días que siguieron a la ascensión, ellos, unánimes, dedicaron el tiempo a la oración y alabanza, esperando la venida del Espíritu Santo. Extendieron la mano de la fe más y más alto, con el poderoso argumento: “ Cristo [259] es el que murió, sí, más bien, el que resucitó, el que está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros.

“Grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria”. El Salvador vino al mundo, exteriormente el hijo de David, sin manifestar el pleno significado de su carácter. Su espíritu estaba sujeto a esa disciplina y experiencia por las que la humanidad debe pasar en alguna medida.

Su divinidad estaba velada bajo la humanidad. Escondió dentro de sí mismo esos atributos todopoderosos que le pertenecían como uno igual a Dios. A veces, su carácter divino resplandecía con un poder tan maravilloso que todos los que eran capaces de discernir las cosas espirituales lo declaraban Hijo de Dios.

Cristo se exilió al mundo para poder traer la luz celestial al alcance de la humanidad. Los judíos no comprendieron el doble carácter de Cristo; y como no asumió el poder real temporal, ni estableció su reinado en el trono de David, sometiendo a toda autoridad extranjera, los dignatarios judíos rehusaron aceptarlo. No pudieron conectar el sufrimiento, el dolor y la pobreza del hombre con su idea del Mesías. Sin embargo, este era el único Salvador que la Palabra de Dios había predicho a través de sus profetas.

Los judíos fallaron por completo en entender la conexión espiritual que identificaba a Cristo con lo humano y lo divino, y le dio al hombre caído una presentación de lo que debería esforzarse por llegar a ser. Cristo era Dios en la carne. Como hijo de David, se presentó como un tipo perfecto [260] de verdadera virilidad, audaz en el cumplimiento de su deber y de la más estricta integridad, pero lleno de amor, compasión y tierna simpatía. En sus milagros se reveló como Señor. Cuando Felipe le pidió que le mostrara al Padre, él respondió: “¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros, y no me conoces, Felipe? El que me ha visto a mí, ha visto al Padre”.

Los judíos estaban continuamente buscando y esperando una divinidad entre ellos que se revelara en apariencia exterior, y por un destello de voluntad abrumadora cambiaría la corriente de todas las mentes, les obligaría a reconocer su superioridad, se elevaría y gratificaría. la ambición de su pueblo. Siendo este el caso, cuando Cristo fue tratado con desprecio, hubo una poderosa tentación ante él para revelar su carácter celestial y obligar a sus perseguidores a admitir que él era Señor sobre reyes y potentados, sacerdotes y templo. Pero fue su difícil tarea mantener el nivel de humanidad.

En la oración intercesora de Jesús con su Padre, afirmó que había cumplido las condiciones que hacían obligatorio al Padre cumplir su parte del contrato hecho en el Cielo, con respecto al hombre caído. Él oró: “He acabado la obra que me diste que hiciese. [Es decir, él había forjado un justo

carácter en la tierra como un ejemplo a seguir para los hombres.] Y ahora, oh Padre, glorifícame tú contigo mismo, con la gloria que tuve contigo antes que el mundo fuera.” En esta oración continúa declarando lo que comprende la obra que ha *realizado*, y que le ha dado a todos los que creen en su nombre. Valora tanto esta recompensa que olvida la angustia que le ha costado redimir al hombre caído. Se declara glorificado en los que creen en él. La iglesia, en su nombre, ha de llevar a gloriosa perfección la obra que él ha comenzado; y cuando esa iglesia sea finalmente rescatada en el Paraíso de Dios, contemplará el trabajo de su alma y quedará satisfecho. A través de toda la eternidad, la hueste redimida será su principal gloria.

Jesús, la Majestad del Cielo, se humilló y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz; “Por lo cual Dios también lo exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre.” Este poderoso Salvador ha prometido volver y llevar a su iglesia a las mansiones que ha preparado para ellos. Mientras está en el cielo llevando a cabo la obra de intercesión y expiación que comenzó en la tierra, su vida y carácter deben ser ejemplificados por su iglesia en la tierra. Él ha prometido que, “El que en mí cree, las obras que yo hago, él también las hará; y mayores obras que estas hará, porque yo voy al Padre.” Y otra vez: “Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre”. “Todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, os lo dará.”

El que no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, pisó una vez la tierra, llevando nuestra naturaleza afligida y afligida, y tentado en todo según nuestra semejanza; y ahora aparece en la presencia de Dios como nuestro gran Sumo Sacerdote, listo para aceptar el arrepentimiento, y para [262] contestar las oraciones de su pueblo, y, por los méritos de su propia justicia, presentarlos al Padre. Levanta sus manos heridas hacia Dios y reclama su perdón comprado con sangre. Los tengo grabados en las palmas de mis manos, suplica. Esas heridas memoriales de mi humillación y angustia aseguran a mi iglesia los mejores dones de la Omnipotencia.

¡ Qué fuente de gozo para los discípulos, saber que tenían tal Amigo en el Cielo para interceder por ellos! A través de la ascensión visible de Cristo, todos sus puntos de vista y contemplación del Cielo son cambiados. Sus mentes se haban detenido anteriormente en l como una regin de

espacio ilimitado, ocupado por espíritus sin sustancia. Ahora el Cielo estaba conectado con el pensamiento de Jesús, a quien habían amado y reverenciado sobre todos los demás, con quien habían conversado y viajado, a quien habían tocado, incluso en su cuerpo resucitado, quien había hablado esperanza y consuelo a sus corazones, y quien, mientras las palabras estaban en sus labios, habían sido tomadas delante de sus ojos, volviendo a ellos los tonos de su voz cuando el carro de nubes de los ángeles lo recibió: "He aquí, yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo". el mundo."

El cielo ya no podía aparecer ante ellos como un espacio indefinido, incomprensible, lleno de espíritus intangibles. Ahora lo consideraban como su futuro hogar, donde su amoroso Redentor les estaba preparando mansiones. La oración se revistió de un interés nuevo, ya que era una comunión con su Salvador. Con nuevas y emocionantes emociones y una firme confianza en que su oración sería contestada, se reunieron en el aposento alto para ofrecer sus peticiones y reclamar la promesa del Salvador, quien había dicho: "Pedid, y recibiréis [263], para que vuestro gozo sea completo." Ellos oraron en el nombre de Jesús.

Tenían un evangelio que predicar: Cristo en forma humana, varón de dolores; Cristo en humillación, tomado por manos inicuas y crucificado; Cristo resucitó y ascendió al Cielo, a la presencia de Dios, para ser el Abogado del hombre; Cristo venga de nuevo con poder y gran gloria en las nubes del cielo, y reciba a los obedientes y fieles a sí mismo.

Los apóstoles salieron con coraje y esperanza, para hacer con fidelidad la obra de su Maestro. Sabían que la forma más aceptable de esperar a Cristo era trabajar para él. Era de ellos dirigir a otros a la venida del Señor, y enseñarles a esperar pacientemente su venida. Esta obra fue dada a cada discípulo de Cristo.

* * * * *

Capítulo 20—El Pentecostés

Cuando Jesús abrió el entendimiento de los discípulos al significado de las profecías concernientes a él, les aseguró que todo el poder le había sido dado en el Cielo y en la tierra, y les ordenó que fueran a predicar el evangelio a toda criatura. Los discípulos, con un súbito renacimiento de su vieja esperanza de que Jesús tomaría su lugar sobre el trono de David en Jerusalén, preguntaron: “¿Restaurarás tú en este tiempo el reino de Israel?” El Salvador arrojó una incertidumbre sobre [264] sus mentes con respecto al tema al responder que no les correspondía a ellos “saber los tiempos o las sazones, que el Padre ha puesto en su poder”.

Los discípulos comenzaron a tener la esperanza de que el maravilloso descenso del Espíritu Santo influiría en el pueblo judío para aceptar a Jesús. El Salvador se abstuvo de dar más explicaciones, porque sabía que cuando el Espíritu Santo descendiera sobre ellos en toda su extensión, sus mentes serían iluminadas y comprenderían plenamente la obra que tenían por delante, y la retomarían exactamente donde él la había dejado.

Los discípulos se reunieron en el aposento alto, uniéndose en súplicas con las mujeres creyentes, con María la madre de Jesús y con sus hermanos. Estos hermanos, que habían sido incrédulos, ahora estaban completamente establecidos en su fe por las escenas que acompañaban a la crucifixión y por la resurrección y ascensión del Señor. El número reunido era de unos ciento veinte. Mientras esperaban la venida del Espíritu Santo, ocuparon el puesto que dejó vacante Judas. Se seleccionaron dos hombres que, a juicio cuidadoso de los creyentes, estaban mejor calificados para el puesto. Pero los discípulos, desconfiando de su capacidad para decidir más allá de la cuestión, la remitieron a Uno que conocía todos los corazones. Buscaron al Señor en oración para determinar cuál de los dos hombres era más adecuado para el importante puesto de confianza, como apóstol de Cristo. El Espíritu de Dios seleccionó a Matías para el cargo.

Ambos hombres que habían sido seleccionados fueron considerados personas de severa integridad, y en todos los sentidos dignos de la posición vacante;

pero a pesar de que los discípulos los conocían íntimamente [265] , sintieron que su propio juicio era imperfecto, y confiaron la selección sólo al Señor, cuyos ojos podían leer los secretos ocultos del corazón. Hay una lección para nuestro tiempo en este acontecimiento.

Muchos que aparentemente están bien calificados para trabajar para Dios, son impulsados al ministerio, sin una consideración adecuada de su caso, y al final se convierten en una pesada carga para la iglesia en lugar de ser portadores de la carga. Si la iglesia de la actualidad actuara con tanta cautela y sabiduría como lo hicieron los apóstoles al llenar la vacante entre ellos, se podría evitar mucha perplejidad y graves daños a la causa de Dios. La obra a menudo ha sufrido mucho al poner a las personas a hacer lo que no eran capaces de hacer.

Después de llenar la vacante en el número apostólico, los discípulos dedicaron su tiempo a la meditación y la oración, estando a menudo en el templo, testificando de Cristo y alabando a Dios. Pentecostés era una fiesta que se celebraba siete semanas después de la pascua. En estas ocasiones se requería que los judíos se dirigieran al templo y presentaran las primicias de toda la cosecha, reconociendo así su dependencia del gran Dador de todo bien, y su obligación de devolver a Dios, en dones y ofrendas a sostener su causa, lo que les había encomendado. En este día de designación divina, el Señor misericordiosamente derramó su Espíritu sobre la pequeña multitud de creyentes, quienes eran las primicias de la iglesia cristiana.

“Y cuando se cumplió el día de Pentecostés, estaban todos unánimes en un mismo lugar. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde [266] estaban sentados. Y se les aparecieron lenguas repartidas como de fuego, y se asentó sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablaran”. El Espíritu Santo asumiendo la forma de lenguas de fuego divididas en las puntas, y posándose sobre los reunidos, era un emblema del don que se les concedía de hablar con fluidez varios idiomas diferentes, que antes no conocían. Y la apariencia de fuego significaba el ferviente celo con el que trabajarían y el poder que asistiría a sus palabras.

Bajo esta iluminación celestial, las Escrituras que Cristo les había explicado aparecían en sus mentes con el vívido

brillo y hermosura de la verdad clara y poderosa. El velo que les había impedido ver el fin de lo que había sido abolido ahora se había quitado, y el objeto de la misión de Cristo y la naturaleza de su reino se comprendían con perfecta claridad.

Los judíos se habían esparcido por casi todas las naciones y hablaban varios idiomas. Habían venido de largas distancias a Jerusalén, y habían fijado su morada allí temporalmente, para permanecer durante las festividades religiosas en curso y para observar sus requisitos. Cuando se reunieron, eran de todas las lenguas conocidas. Esta diversidad de idiomas fue un gran obstáculo para los trabajos de los siervos de Dios en la publicación de la doctrina de Cristo hasta los confines de la tierra. Que Dios supliera la deficiencia de los apóstoles de una manera [267] milagrosa fue para el pueblo la confirmación más perfecta del testimonio de estos testigos de Cristo. El Espíritu Santo había hecho por ellos lo que no podrían haber logrado por sí mismos en toda su vida; ahora podían difundir la verdad del evangelio en el extranjero, hablando con precisión el idioma de aquellos para quienes estaban trabajando. Este regalo milagroso fue la evidencia más alta que pudieron presentar al mundo de que su comisión llevaba el sello del Cielo.

“Y moraban en Jerusalén judíos, varones piadosos, de todas las naciones debajo del cielo. Ahora bien, cuando esto se oyó en el extranjero, la multitud se juntó y se confundió, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua. Y estaban todos asombrados y maravillados, diciendo el uno al otro: He aquí, ¿no son galileos todos estos que hablan? ¿Y cómo oímos nosotros cada uno en nuestra propia lengua, en la cual nacimos? partos, medos, elamitas, moradores de Mesopotamia, de Judea, de Capadocia, del Ponto, de Asia, de Frigia y de Panfilia, de Egipto y de las partes de Libia alrededor de Cirene, y forasteros de Roma, judíos y prosélitos, cretenses y árabes, les oímos hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios. Y estaban todos asombrados, y dudaban, salvándose unos a otros: ¿Qué significa esto? Otros, burlándose, decían: Estos hombres están llenos de mosto.

Los sacerdotes y los gobernantes se enfurecieron mucho por esta maravillosa manifestación, la cual se informó por toda Jerusalén y sus alrededores; pero no se atrevieron a ceder a su malicia, por temor a exponerse al odio del pueblo. habían puesto la

Maestro hasta la muerte, pero aquí estaban sus siervos, hombres ignorantes de Galilea, [268] trazando el maravilloso cumplimiento de la profecía, y enseñando la doctrina de Jesús en todos los idiomas entonces hablados. Hablaron con poder de las maravillosas obras del Salvador y desvelaron a sus oyentes el plan de salvación en la misericordia y el sacrificio del Hijo de Dios. Sus palabras convencieron y convirtieron a miles de personas que las escucharon.

Las tradiciones y supersticiones inculcadas por los sacerdotes fueron barridas de sus mentes y aceptaron las enseñanzas puras de la Palabra de Dios.

Los sacerdotes y gobernantes, decididos a dar cuenta del poder milagroso de los discípulos de alguna manera natural, declararon que simplemente estaban borrachos por participar en gran parte del vino nuevo preparado para la fiesta. Algunos de los más ignorantes tomaron esta sugerencia como la verdad; pero los más inteligentes sabían que era falso; y los que hablaban los diferentes idiomas dieron testimonio de la precisión con la que los discípulos los usaban. Y Pedro, en respuesta a la vil acusación de los

sacerdotes, se dirigió a la asamblea con estas palabras:

“Varones judíos, y todos los que habitáis en Jerusalén, esto os sea notorio, y oíd mis palabras; porque éstos no están borrachos, como vosotros suponéis, siendo la hora tercera del día. Pero esto es lo dicho por el profeta Joel: Y acontecerá en los postreros días, dice Dios, Derramaré de mi Espíritu sobre toda carne; y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, y vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos

El efecto de las palabras de Pedro fue muy marcado; y muchos que tenían [269] ridiculizados la religión de Jesús estaban ahora convencidos de su verdad. Ciertamente era irrazonable suponer que más de cien personas se emborracharan a esa hora intempestiva del día, y con ocasión de una fiesta religiosa solemne. Esta maravillosa demostración tuvo lugar antes de la comida habitual en la que se tomaba vino. Pedro les mostró que esta manifestación era el cumplimiento directo de la profecía de Joel, en la que predijo que tal poder vendría sobre los hombres de Dios para prepararlos para una obra especial.

Pedro rastreó el linaje de Cristo en línea directa hasta la honorable casa de David. No usó ninguna de las enseñanzas de Jesús para probar su verdadera posición, porque sabía que sus prejuicios eran tan grandes que no tendría ningún efecto. Pero los refirió

a David, a quien los judíos consideraban un venerable patriarca de su nación. Pedro dijo:—

“Porque David habla de él, Yo veía al Señor siempre delante de mi rostro; porque él está a mi diestra, para que yo no sea movido. Por tanto, mi corazón se alegró y mi lengua se alegró; además también mi carne reposará en esperanza; porque no dejarás mi alma en el infierno, ni permitirás que tu Santo vea corrupción. Me has dado a conocer los caminos de la vida; me llenarás de alegría con tu rostro. Varones hermanos, permitidme hablaros libremente del patriarca David, que está muerto y sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy. Siendo , pues, profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que del fruto de sus lomos, según la carne, levantaría al Cristo para que se sentara en su trono; él, viendo esto antes, habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el infierno, ni su carne vio corrupción. A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís. Porque David no subió a los cielos; pero él mismo dice: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies. Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel, que Dios ha hecho Señor y Cristo a este mismo Jesús, a quien vosotros habéis crucificado ”.

Pedro muestra aquí que David no pudo haber hablado en referencia a sí mismo, sino definitivamente de Jesucristo. David murió de muerte natural como los demás hombres; su sepulcro, con el polvo honrado que contenía, había sido conservado con gran cuidado hasta ese momento. David, como rey de Israel y también como profeta, había sido especialmente honrado por Dios. En visión profética se le mostró la vida futura y el ministerio de Cristo. Vio su rechazo, su prueba, crucifixión, sepultura, resurrección y ascensión.

David testificó que el alma de Cristo no sería dejada en el infierno (la tumba), ni su carne vería corrupción. Pedro muestra el cumplimiento de esta profecía en Jesús de Nazaret. Dios realmente lo había levantado de la tumba antes de que su cuerpo viera corrupción. Él era ahora el exaltado en el Cielo de los cielos.

Las sorprendentes manifestaciones con motivo de la fiesta de Pentecostés sólo podían explicarse de esta manera: de esta manera se cumplió la promesa que Cristo había hecho a los discípulos de la venida del Espíritu Santo [271] del Padre. “Él ha derramado esto que vosotros veis y oís ahora”. Pedro les asegura que la profecía de David no podía referirse a él mismo, porque no había ascendido a los cielos; estaba descansando en su sepulcro. Si el alma de David hubiera ido al Cielo, Pedro no podría haber sido tan positivo en sus garantías a sus hermanos. Él testificó del sueño de los muertos en sus tumbas hasta la resurrección.

En las palabras de David a las que se refiere Pedro: “Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies”, el Padre es llamado Señor, quien le dijo a Cristo, quien también es Señor, e igual al Padre: “Siéntate a mi diestra”. “Por tanto”, dijo Pedro, “sepa ciertísimamente toda la casa de Israel, que Dios ha hecho a este mismo Jesús, a quien vosotros habéis crucificado, Señor y Cristo”.

David llamó al Mesías, en su carácter divino, Señor, aunque, según la carne, era hijo de David por descendencia directa. David, por previsión profética, vio a Cristo entrar en los cielos y tomar su posición a la diestra de Dios. La demostración que presenciaron los judíos en Pentecostés fue una exhibición del poder de ese mismo Jesús a quien los sacerdotes y gobernantes habían despreciado y crucificado. Según su promesa, había enviado el Espíritu Santo del Cielo a sus seguidores, como señal de que, como sacerdote y rey, había recibido toda autoridad en el Cielo y en la tierra, y era el Ungido sobre su pueblo.

En aquella memorable ocasión, un gran número de los que hasta entonces habían ridiculizado la idea de que una persona tan modesta como Jesús fuera el Hijo de Dios [272], se convencieron cabalmente de la verdad y lo reconocieron como su Salvador. Tres mil almas fueron añadidas a la iglesia. Los apóstoles hablaron por el poder del Espíritu Santo; y sus palabras no podían ser controvertidas, porque fueron confirmadas por poderosos milagros, obrados por ellos mediante el derramamiento del Espíritu de Dios. Los mismos discípulos estaban asombrados de los resultados de esta visita y de la pronta y abundante cosecha de almas.

Todo el pueblo se llenó de asombro. Los que no cedieron a sus prejuicios e intolerancia quedaron tan intimidados que no se atrevieron a

la voz o la violencia intentaron detener la poderosa obra y, por el momento , cesó su oposición.

Este testimonio con respecto al establecimiento de la iglesia cristiana se nos da, no solo como una parte importante de la historia sagrada, sino también como una lección. Todos los que profesan el nombre de Cristo deben estar esperando, velando y orando con un solo corazón. Deben desecharse todas las diferencias , y la unidad y el amor tierno del uno por el otro impregnan el todo. Entonces nuestras oraciones pueden subir juntas a nuestro Padre Celestial con una fe fuerte y ferviente. Entonces podremos esperar con paciencia y esperanza el cumplimiento de la promesa.

La respuesta puede llegar con una velocidad repentina y un poder abrumador; o puede demorarse por días y semanas, y nuestra fe recibe una prueba. Pero Dios sabe cómo y cuándo responder a nuestra oración. Es nuestra parte del trabajo ponernos en conexión con el canal divino. Dios es responsable de su parte de la obra. Fiel es el que ha prometido. El asunto grande e importante para nosotros es [273] ser de un corazón y una mente, dejando a un lado toda envidia y malicia, y, como humildes suplicantes, velar y esperar. Jesús, nuestro Representante y Cabeza, está listo para hacer por nosotros lo que hizo por los que oran y velan en el día de Pentecostés.

Jesús está tan dispuesto a impartir coraje y gracia a sus seguidores hoy como lo estuvo a los discípulos de la iglesia primitiva. Nadie debe invitar precipitadamente a la oportunidad de luchar contra los principados y potestades de las tinieblas. Cuando Dios les ordene involucrarse en el conflicto, será tiempo suficiente; entonces dará a los débiles y vacilantes audacia y expresión más allá de su esperanza o expectativa.

El mismo desprecio y odio que se manifestó contra Cristo puede verse ahora que existe contra aquellos a quienes él evidentemente ha escogido para ser sus colaboradores. Aquellos cuyos espíritus se levantan contra las doctrinas de la verdad hacen un trabajo duro para los siervos de Cristo. Pero Dios hará que su ira lo alabe; logran su propósito incitando a las mentes a investigar la verdad. Dios puede permitir que los hombres sigan sus propias inclinaciones malvadas por un tiempo, al oponerse a él; pero cuando vea que es para su gloria y el bien de su pueblo, arrestará a los escarnecedores, expondrá su conducta presuntiva y dará triunfo a su verdad.

Los argumentos de los apóstoles por sí solos, aunque claros y convincentes, no habrían eliminado el prejuicio de los judíos que

había resistido tantas pruebas. Pero el Espíritu Santo envió esos argumentos a sus corazones con poder divino. Eran como flechas afiladas del Todopoderoso, convenciéndolos de su terrible culpa al rechazar y crucificar al Señor de la gloria. “Al oír esto, se compungieron de corazón, y dijeron a Pedro ya los [274] demás apóstoles: Varones hermanos, ¿qué haremos? Entonces Pedro les dijo: Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados, y recibiréis el don del Espíritu Santo”.

Los discípulos y apóstoles de Cristo tenían un profundo sentimiento de su propia ineficacia, y con la humillación y la oración unieron su debilidad a su fuerza, su ignorancia a su sabiduría, su indignidad a su justicia, su pobreza a su inagotable riqueza. Así fortalecidos y equipados, no vacilaron en el servicio de su Maestro.

Pedro exhortó a las personas condenadas a reconocer el hecho de que habían rechazado a Cristo porque habían sido engañados por los sacerdotes y gobernantes; y si continuaban buscándolos en busca de consejo, y esperaban que esos líderes reconocieran a Cristo antes de atreverse a hacerlo, nunca lo aceptarían. Aquellos poderosos, aunque hacían profesión de santidad, eran ambiciosos y celosos de las riquezas y de la gloria terrenal. Nunca vendrían a Cristo para recibir luz. Jesús había predicho una terrible retribución que vendría sobre ese pueblo por su obstinada incredulidad, a pesar de las evidencias más poderosas que se les dieron de que Jesús era el Hijo de Dios.

“Entonces los que con alegría recibieron su palabra fueron bautizados; y el mismo día se les añadieron como tres mil almas. Y perseveraban en la doctrina de los apóstoles y en la comunión, en el partimiento del pan y en las oraciones. Y el temor se apoderó de cada alma; y muchos prodigios y señales fueron hechas por los apóstoles.”

A partir de este momento, el lenguaje de los discípulos fue puro, [275] simple y preciso en palabra y acento, ya sea que hablaran su lengua materna o una lengua extranjera. Estos humildes hombres, que nunca habían aprendido en la escuela de los profetas, presentaban verdades tan elevadas y puras que asombraban a quienes las escuchaban. No podían ir personalmente a los confines de la tierra; pero había hombres en la fiesta de todos los rincones del mundo, y las verdades

recibidos por ellos fueron llevados a sus diversos hogares y publicados entre su gente, ganando almas para Cristo.

* * * * *

Capítulo 21—El lisiado sanado

Poco tiempo después de la venida del Espíritu Santo, e inmediatamente después de un tiempo de ferviente oración, Pedro y Juan, subiendo al templo para adorar, vieron a un lisiado angustiado y pobre, de cuarenta años, que no había conocido otra vida que una de dolor y enfermedad. Este desafortunado había deseado durante mucho tiempo ir a Jesús y ser sanado; pero estaba casi indefenso y alejado de la escena de los trabajos del gran Médico. Finalmente, sus súplicas fervientes indujeron a algunas personas bondadosas a llevarlo a la puerta del templo. Pero al llegar allí descubrió que el Sanador, en quien se centraban sus esperanzas, había sido condenado a una muerte cruel.

Su decepción excitó la piedad de los que sabían cuánto tiempo [276] había ansiado y esperado ser sanado por Jesús, y lo llevaban diariamente al templo, para que los transeúntes se sintieran movidos a darle una bagatela para aliviar sus necesidades presentes. Al pasar Pedro y Juan, les rogó caridad. Los discípulos lo miraron con compasión. “Y Pedro, fijando los ojos en él con Juan, dijo: Míranos”. “No tengo plata ni oro; mas lo que tengo te doy. En el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda”.

El semblante del hombre pobre había decaído cuando Pedro declaró su propia pobreza, pero se llenó de esperanza y fe a medida que el discípulo continuaba. “Y tomándolo de la mano derecha, lo levantó; e inmediatamente sus pies y tobillos recibieron fuerza. Y él, saltando, se puso en pie, y anduvo, y entró con ellos en el templo, andando, y saltando, y alabando a Dios. Y todo el pueblo lo vio andando y alabando a Dios. Y supieron que era él el que se sentaba a pedir limosna a la puerta del templo la Hermosa; y estaban llenos de asombro y asombro por lo que le había sucedido .”

Los judíos estaban asombrados de que los discípulos pudieran hacer milagros similares a los de Jesús. Suponían que él estaba muerto, y habían esperado que todas esas maravillosas manifestaciones cesaran con

a él. Sin embargo, aquí estaba este hombre que había sido un lisiado indefenso durante cuarenta años, ahora regocijándose en el pleno uso de sus miembros, libre de dolor y feliz de creer en Jesús.

Los apóstoles vieron el asombro de la gente y les preguntaron por qué estaban asombrados por el milagro que habían presenciado, y los miraban con temor como si fuera por su propio poder que habían hecho esto. Pedro les aseguró que fue hecho por los méritos de Jesús de Nazaret, a quien ellos habían rechazado y crucificado, pero a quien Dios había resucitado de entre los muertos al tercer día. "Y su nombre, por la fe en su nombre, ha fortalecido a este hombre que vosotros veis y conocéis; sí, la fe que es por él le ha dado esta perfecta solidez en la presencia de todos vosotros. Y ahora, hermanos, sé que por ignorancia lo hicisteis, como también vuestros gobernantes. Pero las cosas que Dios había mostrado antes por boca de todos sus profetas, que Cristo había de padecer, así las ha cu

La manera de Jesús de obrar sus milagros era muy diferente a la de sus apóstoles. Su lenguaje era el de quien posee poder en sí mismo. "Sé limpio". "La paz sea todavía." Ni vaciló en aceptar el honor que se le ofrecía en estas ocasiones, ni buscó distraer de sí la mente del pueblo, como si sus milagros no fueran obrados por su propio poder, para su propia gloria.

Pero los apóstoles obraron milagros sólo en el nombre de Jesús, y se negaron a recibir el más mínimo honor para sí mismos. Pretendían ser sólo instrumentos de ese Jesús a quien los judíos habían crucificado, pero a quien Dios había resucitado y elevado a su diestra. Él iba a recibir todo el honor y la alabanza.

Después de la realización de este milagro, la gente se reunió en el templo, y Pedro se dirigió a ellos en una parte del templo, mientras que Juan les habló en otra parte. Los apóstoles, habiendo hablado claramente del gran crimen de los judíos, al rechazar y dar muerte [278] al Príncipe de la Vida, tuvieron cuidado de no volverlos locos o desesperados. Peter estaba dispuesto a disminuir la atrocidad de su culpa tanto como fuera posible, al suponer que cometieron el acto por ignorancia. Les declaró que el Espíritu Santo los estaba llamando a arrepentirse de sus pecados ya convertirse; que no había esperanza para ellos sino por la misericordia de aquel Cristo a quien habían crucificado; sólo mediante la fe en él sus pecados podían ser borrados por su sang

Esta predicación de la resurrección de Cristo, y que a través de su muerte y resurrección finalmente resucitaría a todos los muertos de sus tumbas, conmovió profundamente a los saduceos. Sentían que su doctrina favorita estaba en peligro y su reputación en juego. Algunos de los oficiales del templo y el capitán del templo eran saduceos. El capitán, con la ayuda de varios saduceos, arrestó a los dos apóstoles y los puso en prisión, ya que era demasiado tarde para que sus casos fueran examinados esa noche.

Estos opositores de Cristo y de las doctrinas de los apóstoles no podían sino creer, aunque se negaban a reconocer, que Jesús había resucitado de entre los muertos y permaneció en la tierra durante cuarenta días después; la evidencia era demasiado convincente para que la dudaran. Sin embargo, no obstante, sus corazones no se ablandaron, ni sus conciencias los golpearon por el terrible hecho que habían cometido al darle muerte. Cuando el poder del cielo descendió sobre los apóstoles de una manera tan notable, el miedo los detuvo de la violencia, pero su amargura y malicia permanecieron inalterables. Cinco mil ya habían abrazado la nueva doctrina enseñada por los apóstoles, y tanto los fariseos como los saduceos decidieron entre ellos que si se permitía que esos maestros no fueran controlados, su propia influencia estaría en mayor peligro que cuando Jesús estuvo en la tierra. Si uno o dos discursos de los discípulos pudieran lograr tan maravillosos resultados, el mundo pronto creería en Cristo si se les dejara libres, y la influencia de los sacerdotes y potentados se perdería.

Al día siguiente, Anás y Caifás, con los demás dignatarios del templo, se reunieron para el juicio de los prisioneros, que luego fueron llevados ante ellos. En esa misma habitación, y ante esos mismos hombres, Pedro había negado vergonzosamente a su Señor. Todo esto vino claramente ante la mente del discípulo, ya que ahora apareció para su propia prueba. Ahora tenía la oportunidad de redimir su antigua cobardía perversa.

La compañía presente recordó el papel que había desempeñado Pedro en el juicio de su Maestro, y se jactaron de que podría ser intimidado por la amenaza de prisión y muerte. Pero el Pedro que negó a Cristo en la hora de su mayor necesidad, fue el discípulo impulsivo y seguro de sí mismo, muy diferente del Pedro que estaba ante el Sanedrín para ser examinado ese día. Él se había convertido; desconfiaba de sí mismo y ya no era un orgulloso

fanfarrón. Estaba lleno del Espíritu Santo, y por su poder se había vuelto firme como una roca, valiente, pero modesto, en magnificar a Cristo. Estaba listo para quitar la mancha de su apostasía al honrar el nombre que una vez había repudiado.

Hasta ahora los sacerdotes habían evitado que se mencionara la crucifixión o resurrección de Jesús; pero ahora, en cumplimiento de su propósito, se vieron obligados a preguntar a los acusados por qué poder habían [280] logrado la notable curación del hombre impotente. Entonces Pedro, lleno del Espíritu Santo, se dirigió a los sacerdotes y ancianos con todo respeto y declaró: "Sea notorio a todos vosotros, y a todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Jesucristo de Nazaret, a quien vosotros crucificasteis, a quien Dios resucitó de los muertos, por él este hombre está en vuestra presencia sano. Esta es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo. Tampoco hay salvación en ningún otro; porque no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres, en que podamos ser salvos."

El sello de Cristo estaba en las palabras de Pedro, y su rostro fue iluminado por el Espíritu Santo. Junto a él, como testigo convincente, estaba el hombre que había sido curado tan milagrosamente. La aparición de este hombre, quien apenas unas horas antes era un lisiado indefenso, ahora restablecido en su cuerpo y siendo iluminado acerca de Jesús de Nazaret, agregó un peso de testimonio a las palabras de Pedro. Los sacerdotes, los gobernantes y el pueblo guardaron silencio. Los gobernantes no tenían poder para refutar su declaración. Se habían visto obligados a escuchar lo que más deseaban no escuchar: el hecho de la resurrección de Jesucristo y su poder en el cielo para realizar milagros por medio de sus apóstoles en la tierra.

El milagro culminante de resucitar a Lázaro de entre los muertos había sellado la determinación de los sacerdotes de librar al mundo de Jesús y sus obras maravillosas, que estaban destruyendo rápidamente su propia influencia entre la gente. Pero he aquí una prueba convincente de que la muerte de Jesús no había detenido la obra de milagros en su nombre, [281] ni la promulgación de la doctrina que él había enseñado. Ya la noticia del milagro y la predicación de los apóstoles habían llenado de emoción a toda Jerusalén.

La defensa de Pedro, en la que audazmente confesó de dónde procedía su fuerza, los horrorizó. Se había referido a la piedra desechada por los constructores, es decir, las autoridades de

la iglesia, que debería haber percibido el valor de Aquel a quien rechazaron, pero que, sin embargo, se había convertido en la cabeza del rincón. En esas palabras se refirió directamente a Cristo, quien era la piedra fundamental de la iglesia.

La gente estaba asombrada por la audacia de los discípulos. Supusieron que, debido a que eran pescadores ignorantes, se sentirían abrumados por la vergüenza cuando se enfrentaran a los sacerdotes, escribas y ancianos. Pero ellos se dieron cuenta de que habían estado con Jesús. Los apóstoles hablaron como él había hablado, con un poder convincente que hizo callar a sus adversarios. Para disimular su perplejidad, los sacerdotes y gobernantes ordenaron que se llevaran a los apóstoles para que pudieran consultar entre ellos.

Todos estuvieron de acuerdo en que sería inútil negar que el hombre había sido sanado por el poder dado a los apóstoles en el nombre de Jesús crucificado. De buena gana habrían encubierto el milagro con falsedades; pero el trabajo se hizo a plena luz del día, y ante una multitud de personas, y ya había llegado al conocimiento de miles. Sintieron que la obra debía detenerse de inmediato, o Jesús ganaría muchos creyentes, seguiría su propia desgracia y serían considerados culpables del asesinato del Hijo de Dios.

Pero a pesar de su disposición a destruir a los discípulos, [282] no se atrevieron a hacer nada peor que amenazarlos con el castigo más severo si continuaban enseñando o trabajando en el nombre de Jesús. Entonces Pedro y Juan declararon audazmente que su obra les había sido encomendada por Dios, y no podían dejar de decir las cosas que habían visto y oído. Los sacerdotes habrían castigado gustosamente a estos nobles hombres por su inquebrantable fidelidad a su sagrada vocación, pero temían al pueblo, "porque todos glorificaban a Dios por lo que se hacía". Entonces, con repetidas amenazas y mandatos judiciales, los apóstoles fueron puestos en libertad.

Mientras Pedro y Juan estaban presos, los otros discípulos, conociendo la malignidad de los judíos, habían orado sin cesar por ellos, temiendo que la crueldad ejercida sobre Cristo se repitiera sobre sus hermanos. Tan pronto como los apóstoles fueron liberados, buscaron a sus hermanos ansiosos y les informaron el resultado del examen. Grande fue el gozo de los creyentes, y de nuevo se entregaron a la oración, para que se les impartiera mayor fortaleza en su obra del ministerio, que vieron que cumpliría con la

misma oposición determinada que Cristo encontró cuando estuvo en la tierra. Los discípulos no tenían ningún deseo de glorificarse a sí mismos, sino que buscaban exaltar a Jesús y rescatar almas a través de su mensaje salvador.

Mientras sus oraciones unidas ascendían en fe al Cielo, llegó la respuesta. El lugar donde estaban reunidos tembló y fueron llenos del Espíritu Santo. Iban a su obra, hablando la Palabra de Dios con poder convincente, y diariamente se **acrecentaba** mucho a la iglesia. Gran número se había reunido en Jerusalén para observar la fiesta sagrada. Las emocionantes escenas de la crucifixión y la resurrección habían convocado a un número mucho mayor de lo habitual. Cuando la verdad enseñada por los apóstoles fue traída repentinamente y con poder convincente ante ellos, miles se convirtieron en un día.

La mayoría de estos primeros creyentes fueron separados de inmediato de familiares y amigos por el fanatismo celoso de los judíos. Muchos de los conversos fueron expulsados del negocio y exiliados de sus hogares porque siguieron las convicciones de sus conciencias y abrazaron la causa de Cristo. Era necesario proporcionar a este gran número, congregado en Jerusalén, hogares y sustento. Aquellos que tenían dinero y posesiones los sacrificaron alegremente a la emergencia existente. Sus recursos fueron puestos a los pies de los apóstoles, quienes distribuyeron a cada uno según su necesidad; y no hubo entre ellos ninguno que careciera.

Un ejemplo de noble benevolencia se menciona particularmente en las Escrituras: “Y José, a quien los apóstoles pusieron por sobrenombre Bernabé (que significa, traducido, hijo de consolación), levita, y del país de Chipre, teniendo tierras, vendió y trajo el dinero, y lo puso a los pies de los apóstoles.” Este fue el efecto del derramamiento del Espíritu de Dios sobre los creyentes. Los hizo de un solo corazón y alma. Tenían un interés común : el éxito de la misión que se les había encomendado. Su amor por sus hermanos y la causa que habían abrazado era mucho mayor que su amor por el dinero y las posesiones. Actuaron su fe, [284] y por sus obras testificaron que consideraban las almas de los hombres de mucho más valor que cualquier herencia terrenal.

Cuando el amor egoísta por el mundo entra en el corazón, la espiritualidad muere. El mejor antídoto para el amor al mundo es la efusión del Espíritu de Dios. Cuando el amor de Cristo toma plena posesión de la

corazón, procuremos seguir el ejemplo de Aquel que por nosotros se hizo pobre, para que con su pobreza fuésemos enriquecidos. Cuando se haga evidente que el Espíritu de la verdad debilita los afectos de sus discípulos del mundo y los vuelve abnegados y benevolentes para salvar a sus semejantes, los defensores de la verdad ejercerán una poderosa influencia sobre sus oyentes. .

En contraste con el ejemplo que se ha citado, otro caso ha sido registrado por la pluma inspirada que deja una mancha oscura sobre la primera iglesia: "Pero cierto hombre llamado Ananías, con Safira su mujer, vendió una posesión y se quedó con ella. parte del precio, sabiendo también su mujer, y trajo una parte, y la puso a los pies de los apóstoles." Esta pareja había notado el hecho de que aquellos que se habían desprendido de sus posesiones para suplir las necesidades de sus hermanos más pobres eran tenidos en alta estima entre los creyentes. Por lo tanto, después de consultar juntos, decidieron vender su propiedad y fingir dar todas las ganancias al fondo general, pero en realidad retener una gran parte para ellos. Por lo tanto, se propusieron recibir su sustento, que tenían la intención de estimar mucho más de lo que realmente era, del capital común, y asegurar la alta estima de sus hermanos.

Pero un Dios santo odia la hipocresía y la falsedad. Los apóstoles quedaron impresionados por el sentido del verdadero estado del caso, y cuando Ananías [285] se presentó con su ofrenda, representándola como el producto total de la venta de su propiedad, Pedro le dijo: "Ananías, ¿por qué ha ¿Satanás llenó tu corazón para que mintiera al Espíritu Santo, y para retener parte del precio de la tierra? Mientras permaneció, ¿no era tuyo? y después que fue vendido, ¿no estaba en tu propio poder? ¿Por qué has concebido esto en tu corazón? No has mentido a los hombres, sino a Dios. Y Ananías, al oír estas palabras, cayó al suelo y entregó el espíritu; y vino gran temor sobre todos los que oyeron estas cosas."

Pedro preguntó: "¿No era tuyo?" demostrando así que no se había ejercido ninguna influencia indebida sobre Ananías y Safira para obligarlos a sacrificar sus posesiones por el bien general. Habían actuado por elección. Pero al pretender ser influidos por el Espíritu Santo y tratar de engañar a los apóstoles, habían mentido al Todopoderoso.

“Y fue como al espacio de tres horas después, cuando su mujer, no sabiendo lo que había pasado, entró. Y Pedro le respondió: Dime, ¿en tanto vendiste la tierra? Y ella dijo: Sí, por tanto. Entonces Pedro le dijo: ¿Cómo es que os habéis puesto de acuerdo para tentar al Espíritu del Señor? He aquí, los pies de los que han sepultado a tu marido están a la puerta, y te sacarán. Entonces ella cayó inmediatamente a sus pies, y entregó el espíritu; y los jóvenes entraron, y la hallaron muerta, y llevándosela, la sepultaron junto a su marido. Y vino gran temor sobre toda la iglesia, y sobre todos los que oyeron estas cosas.”

[286] Esta señal de manifestación de la ira de Dios sobre los simuladores fue un freno que Sabiduría Infinita sabía que era necesario. La iglesia hubiera sido deshonrada si, en el rápido aumento de cristianos profesos, hubiera personas que profesaban servir a Dios, pero adoraban a Mammón. Hay muchos Ananías y Safiras en nuestros días, a quienes Satanás tienta a disimular, por su amor al dinero. Mediante diversos planes y excusas retienen del tesoro de Dios los medios que se les han confiado para el avance de la causa de Dios. Si el castigo de Ananías y Safira recayera sobre esta clase, habría muchos cadáveres en nuestras iglesias que requerían sepultura.

Este marcado juicio sobre dos hipócritas avaros, cuyo pecado había sido detectado por la evidencia del Espíritu de Dios a los apóstoles, excitó el temor reverencial de todos los nuevos conversos. A partir de ese momento manifestaron mayor cautela y un examen de sí mismos más completo, probando los motivos de sus acciones. En todo gran movimiento religioso siempre hay una clase que se deja llevar por la corriente del sentimiento, pero que pronto revela egoísmo y vanagloria. Tales personas nunca pueden ser un honor para la causa que defienden.

El discernimiento de los apóstoles para detectar el pecado oculto aumentó la confianza de sus hermanos en ellos y en el mensaje que predicaban. Los apóstoles continuaron su obra de misericordia, sanando a los afligidos y proclamando a un Salvador crucificado y resucitado, con gran poder. Continuamente se añadían números a la iglesia por el bautismo, pero nadie se atrevía a unirse a ellos que no estuvieran unidos de corazón y mente con los creyentes en Cristo.

Multitudes acudían a Jerusalén, [287] trayendo a sus enfermos y a los afligidos por espíritus

Muchos sufrientes yacían en las calles cuando Pedro y Juan pasaban, para que sus sombras cayeran sobre ellos y los curaran. El poder del Salvador resucitado ciertamente había caído sobre los apóstoles, y ellos obraron señales y milagros que diariamente aumentaban el número de creyentes.

Estas cosas dejaron perplejos a los sacerdotes y gobernantes, especialmente a los saduceos. Vieron que si a los apóstoles se les permitía predicar a un Salvador resucitado y hacer milagros en su nombre, su doctrina de que no había resurrección de muertos sería rechazada por todos, y su secta pronto se extinguiría. Los fariseos vieron que la tendencia de su predicación sería socavar las ceremonias judías y anular el efecto de las ofrendas de sacrificio. Sus esfuerzos anteriores para reprimir a estos predicadores habían sido en vano; pero ahora se sentían decididos a dejar de lado la emoción.

En consecuencia, los apóstoles fueron arrestados y encarcelados, y se llamó al Sanedrín para juzgar su caso. Se convocó a un gran número de hombres sabios, además del consejo, y deliberaron juntos sobre lo que se debía hacer con estos perturbadores de la paz. “Pero el ángel del Señor de noche abrió las puertas de la cárcel, y los sacó, y dijo: Id, poneos de pie y hablad al pueblo en el templo todas las palabras de esta vida. Y cuando oyeron esto, entraron en el templo temprano en la mañana y enseñaron”.

Cuando los apóstoles aparecieron entre los creyentes y contaron cómo el ángel los había conducido directamente a través de la banda de soldados que custodiaban la prisión, y les ordenó que reanudaran el trabajo que había sido [288] interrumpido por los sacerdotes y gobernantes, los hermanos se llenaron de entusiasmo, alegría y asombro.

Los sacerdotes y gobernantes en consejo habían decidido acusarlos de insurrección y acusarlos de asesinar a Ananías y Safira, y de conspirar para despojar a los sacerdotes de su autoridad y darles muerte. Confiaban en que la muchedumbre entonces se animaría a tomar cartas en el asunto y tratar con los apóstoles como lo habían hecho con Jesús. Eran conscientes de que muchos de los que no aceptaban la doctrina de Cristo estaban cansados del gobierno arbitrario de las autoridades judías y ansiaban algún cambio decidido. Si estas personas se interesaban y abrazaban la creencia de los apóstoles, reconociendo a Jesús como el Mesías, temían que la ira de todo el pueblo se levantara contra los sacerdotes, quienes

ser obligado a responder por el asesinato de Cristo. Decidieron tomar medidas enérgicas para evitar esto. Finalmente mandaron traer a los supuestos prisioneros ante ellos. Grande fue su asombro cuando se les trajo el informe de que las puertas de la prisión estaban bien cerradas y el guardia apostado delante de ellos, pero que los prisioneros no se encontraban por ninguna parte.

Pronto se presentó el informe: “He aquí, los varones que pusisteis en la cárcel están de pie en el templo enseñando al pueblo”. Aunque los apóstoles fueron liberados milagrosamente de la prisión, no se salvaron del examen y el castigo. Cristo había dicho cuando estaba con ellos: “Mirad por vosotros mismos, porque os entregarán a los concilios”. Dios les había dado una señal de su cuidado, y una [289] seguridad de su presencia, al enviarles el ángel; ahora era su parte sufrir por causa de ese Jesús a quien predicaban.

El pueblo estaba tan afectado por lo que había visto y oído que los sacerdotes y los gobernantes sabían que sería imposible excitarlos contra los apóstoles.

“Entonces fue el capitán con los oficiales, y los trajeron sin violencia; porque temían al pueblo, no fuera a ser apedreados. Y cuando los hubieron traído, los pusieron delante del consejo; y el sumo sacerdote les preguntó, diciendo: ¿No os ordenamos estrictamente que no enseñáseis en este nombre? y he aquí, habéis llenado a Jerusalén con vuestra doctrina, y queréis echar sobre nosotros la sangre de este hombre.” No estaban tan dispuestos a cargar con la culpa de matar a Jesús como cuando aumentaron el grito con la turba degradada: “¡Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos!”

Pedro, con los otros apóstoles, tomó la misma línea de defensa que había seguido en su juicio anterior: “Entonces Pedro y los otros apóstoles respondieron y dijeron: Debemos obedecer a Dios antes que a los hombres”. Fue el ángel enviado por Dios quien los libró de la prisión, y quien les ordenó enseñar en el templo. Al seguir sus instrucciones estaban obedeciendo el mandato divino, lo cual debían seguir haciendo a cualquier costo para ellos mismos. Pedro continuó: “El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien vosotros matasteis y colgasteis de un madero. A éste Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de pecados. Y nosotros somos sus testigos de estas cosas; y también lo es el Espíritu Santo, que Dios ha dado a los que le obedecen.”

El espíritu de inspiración estaba sobre los apóstoles, y los acusados [290] se convirtieron en los acusadores, acusando del asesinato de Cristo a los sacerdotes y gobernantes que componían el concilio. Los judíos se enfurecieron tanto por esto que decidieron, sin más juicio y sin la autorización de los oficiales romanos, tomar la ley en sus propias manos y ejecutar a los prisioneros. Ya culpables de la sangre de Cristo, ahora estaban ansiosos por empaparse las manos en la sangre de sus apóstoles. Pero hubo un hombre erudito y de alta posición cuyo claro intelecto vio que este paso violento conduciría a terribles consecuencias. Dios levantó a un hombre de su propio consejo para detener la violencia de los sacerdotes y gobernantes.

Gamaliel, el erudito fariseo y médico, hombre de gran reputación, era una persona de extrema cautela, que antes de hablar en favor de los presos, pedía que los sacaran. Luego habló con gran deliberación y calma: “Varones israelitas, mirad por vosotros mismos lo que vais a hacer con respecto a estos hombres. Porque antes de estos días se levantó Theudas, jactándose de ser alguien; a los cuales se unieron un número de hombres, como cuatrocientos; quién fue asesinado; y todos, cuantos le obedecían, fueron esparcidos y reducidos a nada. Después de este se levantó Judas de Galilea en los días de la tributación, y atrajo a mucha gente tras él; él también pereció; y todos, aun cuantos le obedecían, se dispersaron. Y ahora os digo: Apartaos de estos hombres, y dejadlos; porque si este consejo o esta obra es de los hombres, se desvanecerá. Pero si es de Dios, no podéis derrocarlo; no sea que seáis hallados aun luchando contra Dios.”

Los sacerdotes no podían dejar de ver la razonabilidad de sus puntos de vista; [291] se vieron obligados a estar de acuerdo con él, y muy de mala gana liberaron a los prisioneros, después de golpearlos con varas y ordenarles una y otra vez que no predicaran más en el nombre de Jesús, o sus vidas pagarían el castigo por su audacia. “Y se apartaron de la presencia del concilio, regocijándose de haber sido tenidos por dignos de padecer vergüenza por su nombre. Y cada día en el templo, y en cada casa, no cesaban de enseñar y predicar a Jesucristo.” Bien podrían turbarse los perseguidores de los apóstoles al ver su incapacidad para derrocar a estos testigos por Cristo, que tuvieron fe y valor para convertir su vergüenza en gloria, y su dolor en gozo por amor de su Maestro, que había soportado humillaciones y agonía antes

a ellos. Así estos valientes discípulos continuaron enseñando en público, y en secreto en casas particulares, a petición de los ocupantes que no se atrevían a confesar abiertamente su fe, por temor a los judíos.

* * * * *

Capítulo 22—Los siete diáconos

“Y en aquellos días, cuando el número de los discípulos se multiplicó, se levantó una murmuración de los griegos contra los hebreos, porque sus viudas estaban desatendidas en el ministerio diario”. Estos griegos eran residentes de otros países, donde se hablaba el idioma griego. Con mucho, el mayor número de conversos eran judíos que hablaban hebreo; pero éstos habían vivido en el Imperio Romano, [292] y sólo hablaban griego. Empezaron a surgir entre ellos rumores de que las viudas griegas no estaban tan generosamente abastecidas como los necesitados entre los hebreos. Cualquier parcialidad de este tipo habría sido agravada para Dios; y se tomaron medidas inmediatas para restaurar la paz y la armonía entre los creyentes.

El Espíritu Santo sugirió un método por el cual los apóstoles podrían ser relevados de la tarea de repartir a los pobres y cargas similares, para que pudieran quedar libres para predicar a Cristo. “Entonces los doce llamaron a la multitud de los discípulos, y dijeron: No es razón que dejemos la palabra de Dios y sirvamos las mesas. Por tanto, hermanos, buscad entre vosotros siete hombres de buen testimonio, llenos del Espíritu Santo y de sabiduría, a quienes podamos nombrar sobre este asunto. Pero nos entregaremos continuamente a la oración y al ministerio de la palabra”.

En consecuencia, la iglesia seleccionó a siete hombres llenos de fe y de la sabiduría del Espíritu de Dios, para atender los asuntos relacionados con la causa. Esteban fue elegido primero; era judío de nacimiento y religión, pero hablaba el idioma griego y estaba versado en las costumbres y modales de los griegos. Por lo tanto, se le consideraba la persona más adecuada para estar a la cabeza y supervisar el desembolso de los fondos asignados a las viudas, los huérfanos y los pobres dignos. Esta selección llenó las mentes de todos, y la insatisfacción y el murmullo se calmaron.

Los siete hombres escogidos fueron solemnemente apartados para sus deberes mediante la oración y la imposición de manos. Los que así fueron ordenados, [293] no fueron por ello excluidos de la enseñanza de la fe. Por el contrario, se

se registra que “Esteban, lleno de fe y de poder, hacía grandes prodigios y milagros entre el pueblo”. Estaban completamente capacitados para instruir en la verdad. Eran también hombres de juicio sereno y discreción, bien calculados para tratar casos difíciles de juicio, de murmuración o de celos.

Esta elección de hombres para llevar a cabo los asuntos de la iglesia, a fin de que los apóstoles pudieran quedar libres para su obra especial de enseñar la verdad, fue grandemente bendecida por Dios. La iglesia avanzó en número y fuerza. “Y la palabra de Dios crecía; y el número de los discípulos se multiplicó grandemente en Jerusalén; y una gran compañía de los sacerdotes eran obedientes a la fe.”

Es necesario que se mantenga el mismo orden y sistema en la iglesia ahora que en los días de los apóstoles. La prosperidad de la causa depende en gran medida de que sus diversos departamentos sean dirigidos por hombres hábiles que estén calificados para sus puestos. Los que son escogidos por Dios para ser líderes en la causa de Dios, teniendo la supervisión general del interés espiritual de la iglesia, deben estar libres, en la medida de lo posible, de preocupaciones y perplejidades de naturaleza temporal. Aquellos a quienes Dios ha llamado para ministrar en palabra y doctrina deben tener tiempo para la meditación, la oración y el estudio de las Escrituras. Su claro discernimiento espiritual se oscurece al entrar en los detalles menores de los negocios y al tratar con los diversos temperamentos de aquellos que se reúnen en la capacidad de la iglesia. Es [294] apropiado que todos los asuntos de naturaleza temporal se presenten ante los oficiales apropiados, y sean arreglados por ellos. Pero si son de un carácter tan difícil como para desconcertar su sabiduría, deben ser llevados al concilio de aquellos que tienen la supervisión de toda la iglesia.

Esteban fue muy activo en la causa de Dios y declaró su fe con denuedo. “Entonces se levantaron algunos de la sinagoga, que se llama la sinagoga de los libertinos, y de los Cireneos, y de los Alejandrinos, y de los de Cilicia y de Asia, disputando con Esteban. Y no pudieron resistir la sabiduría y el espíritu con que hablaba”. Estos estudiantes de los grandes rabinos se habían sentido seguros de que en una discusión pública podrían obtener una victoria completa sobre Esteban, debido a su supuesta ignorancia. Pero no sólo habló con el poder del Espíritu Santo, sino que quedó claro para toda la vasta asamblea que también era un estudioso de las profecías y aprendió

en todas las materias de la ley. Defendió hábilmente las verdades que defendía y derrotó por completo a sus oponentes.

Los sacerdotes y gobernantes que presenciaron la maravillosa manifestación del poder que acompañó al ministerio de Esteban, estaban llenos de amargo odio. En lugar de ceder ante el peso de la evidencia que presentó, determinaron silenciar su voz dándole muerte. En varias ocasiones habían sobornado a las autoridades romanas para que pasaran por alto sin comentarios casos en los que los judíos se habían tomado la justicia por su mano y juzgado, condenado y ejecutado prisioneros según su costumbre nacional. Los enemigos de Esteban no dudaron de que podrían seguir ese camino sin peligro para ellos. Decidieron correr el riesgo de las consecuencias en [295] todos los eventos, y por lo tanto apresaron a Esteban y lo llevaron ante el consejo del Sanedrín para ser juzgado.

Judíos eruditos de los países vecinos fueron convocados con el fin de refutar los argumentos de los acusados. También estaba presente Saulo, que se había distinguido como un celoso opositor de la doctrina de Cristo y perseguidor de todos los que creían en él. Este erudito tomó parte principal contra Esteban. Aportó el peso de la elocuencia y la lógica de los rabinos para influir en el caso y convencer a la gente de que Esteban estaba predicando doctrinas engañosas y peligrosas.

Pero Saulo encontró en Esteban a alguien tan altamente educado como él, y que tenía un pleno entendimiento del propósito de Dios en la difusión del evangelio a otras naciones. Creía en el Dios de Abraham, Isaac y Jacob, y estaba plenamente establecido en cuanto a los privilegios de los judíos; pero su fe era amplia, y sabía que había llegado el tiempo en que los verdaderos creyentes no debían adorar solos en templos hechos a mano; pero, en todo el mundo, los hombres pueden adorar a Dios en Espíritu y en verdad. El velo se había caído de los ojos de Esteban, y él discernió hasta el final de lo que fue abolido por la muerte de Cristo.

Los sacerdotes y gobernantes no prevalecieron contra su clara y tranquila sabiduría, aunque fueron vehementes en su oposición. Decidieron hacer de Esteban un ejemplo y, mientras satisfacían así su odio vengativo, evitar que otros, por miedo, adoptaran su creencia. Se presentaron cargos contra él de la manera más imponente. Se contrataron falsos testigos para declarar que habían [296]

lo escuchó hablar palabras blasfemas contra el templo y la ley. Dijeron: "Porque le hemos oído decir que este Jesús de Nazaret destruirá este lugar, y cambiará las costumbres que Moisés nos entregó".

Mientras Esteban se encontraba cara a cara con sus jueces, para responder por el crimen de blasfemia, un resplandor santo brilló en su rostro. "Y todos los que estaban sentados en el concilio, mirándolo fijamente, vieron su rostro como si hubiera sido el rostro de un ángel." Aquellos que exaltaron a Moisés podrían haber visto en el rostro del prisionero la misma luz santa que irradiaba el rostro de ese antiguo profeta. La shekinah era un espectáculo que nunca más volverían a presenciar en el templo cuya gloria se había ido para siempre. Muchos de los que contemplaron el rostro iluminado de Esteban temblaron y cubrieron sus rostros; pero la obstinada incredulidad y el prejuicio nunca flaquearon.

Stephen fue interrogado sobre la verdad de los cargos en su contra y tomó su defensa con una voz clara y emocionante que resonó en la sala del consejo. Procedió a ensayar la historia del pueblo escogido de Dios, con palabras que cautivaron a la asamblea.

Mostró un profundo conocimiento de la economía judía, y la interpretación espiritual de ella ahora manifestada por medio de Cristo. Comenzó con Abraham, y recorrió la historia de generación en generación, pasando por todos los registros nacionales de Israel hasta Salomón, tomando los puntos más impresionantes para vindicar su causa.

Mostró que Dios elogió la fe de Abraham, que reclamó la tierra prometida, aunque no poseía un pie de tierra. Él [297] se detuvo especialmente en Moisés, quien recibió la ley por la dispensación de los ángeles. Repitió las palabras de Moisés que predijeron de Cristo: "El Señor vuestro Dios os levantará profeta de entre vuestros hermanos, como yo; a él oiréis. Les presentó claramente que el pecado de Israel fue no prestar atención a la voz del ángel, que era el mismo Cristo. Dijo él: "Este es el que estaba en la iglesia en el desierto con el ángel que le hablaba en el monte Sina, y con nuestros padres, que recibieron las palabras vivas para darnoslas".

Dejó en claro su propia lealtad a Dios ya la fe judía, mientras mostraba que la ley en la que confiaban para la salvación no había podido preservar a Israel de la idolatría. Conectó a Jesús

Cristo con toda la historia judía. Se refirió a la construcción del templo por Salomón, y a las palabras de Salomón e Isaías: “Pero el Altísimo no habita en templos hechos de mano”.

“El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies. ¿Qué casa me construiréis? dice el Señor; ¿O cuál es el lugar de mi reposo? ¿No ha hecho mi mano todas estas cosas? El lugar de mayor adoración de Dios estaba en el Cielo.

Cuando Esteban llegó a este punto, hubo un tumulto entre la gente. El prisionero leyó su destino en los semblantes que tenía delante. Percibió la resistencia que encontraron sus palabras, que fueron pronunciadas al dictado del Espíritu Santo. Sabía que estaba dando su último testimonio. Pocos de los que leen este discurso de Stephen lo aprecian adecuadamente. Debe tenerse en cuenta la ocasión, el tiempo y el lugar para que sus palabras transmitan todo su significado.

Cuando conectó a Jesucristo con las profecías y habló [298] del templo como lo hizo, el sacerdote, fingiendo estar horrorizado, rasgó su túnica. Este acto fue para Stephen una señal de que su voz pronto sería silenciada para siempre. Aunque estaba justo en la mitad de su sermón, lo concluyó abruptamente al romper repentinamente con la cadena de la historia y, volviéndose hacia sus enfurecidos jueces, dijo: “Tercos de cerviz e incircuncisos de corazón y de oídos, siempre resistir al Espíritu Santo; como vuestros padres, así también vosotros. ¿A cuál de los profetas no han perseguido vuestros padres? y han matado a los que antes se mostraban de la venida del Justo; de los cuales habéis sido ahora los traidores y asesinos; que han recibido la ley por disposición de los ángeles, y no la han guardado”.

Ante esto, los sacerdotes y los gobernantes se enfurecieron. Eran más como bestias salvajes de presa que como seres humanos. Se precipitaron sobre Stephen, rechinando los dientes. Pero no se dejó intimidar; él había esperado esto. Su rostro estaba tranquilo y brillaba con una luz angelical. Los sacerdotes enfurecidos y la turba excitada no tenían terror para él. “Pero él, estando lleno del Espíritu Santo, miró fijamente al cielo y vio la gloria de Dios, y a Jesús que estaba de pie a la diestra de Dios, y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre de pie a la diestra de

La escena que lo rodeaba se desvaneció de su visión; las puertas del cielo estaban entreabiertas, y Esteban, mirando adentro, vio la gloria de los atrios de Dios y Cristo, como si acabaran de levantarse de su trono, listos para

sostener a su siervo, que estaba a punto de sufrir el martirio por su nombre.

[299] Cuando Esteban proclamó que la escena gloriosa se abría ante él, fue más de lo que sus perseguidores pudieron soportar. Se taparon los oídos para no oír sus palabras, y dando grandes gritos corrieron furiosamente sobre él a una. “Y apedrearon a Esteban, invocando a Dios y diciendo: Señor Jesús, recibe mi espíritu. Y se arrodilló y clamó a gran voz: Señor, no les tomes en cuenta este pecado. Y cuando dijo esto, se durmió.”

En medio de las agonías de esta muerte tan cruel, el fiel mártir, como su divino Maestro, oró por sus asesinos. A los testigos que habían acusado a Esteban se les pidió que tiraran las primeras piedras. Estas personas pusieron sus ropas a los pies de Saúl, quien había tomado parte activa en la disputa y había consentido en la muerte del prisionero.

El martirio de Esteban causó una profunda impresión en todos los que lo presenciaron. Fue una dura prueba para la iglesia, pero resultó en la conversión de Saulo. La fe, la constancia y la glorificación del mártir no podían borrarse de su memoria. El sello de Dios sobre su rostro, sus palabras, que llegaban al alma misma de todos los que las escuchaban, excepto aquellos que se endurecieron al resistir la luz, permanecieron en la memoria de los espectadores y testificaron de la verdad de lo que dijo . había proclamado.

No se había dictado ninguna sentencia legal contra Stephen; pero las autoridades romanas fueron sobornadas con grandes sumas de dinero para que no investigaran el caso. Saulo parecía estar imbuido de un celo frenético en la escena del juicio y muerte de Esteban. Parecía estar enojado por sus propias convicciones secretas de que Esteban era honrado [300] por Dios, en el mismo período en que era deshonrado por los hombres. Continuó persiguiendo a la iglesia de Dios, persiguiéndolos, agarrándolos en sus casas y entregándolos a los sacerdotes y gobernantes para que los encarcelaran y los mataran. Su celo por llevar adelante la persecución aterrorizaba a los cristianos de Jerusalén. Las autoridades romanas no hicieron ningún esfuerzo especial para detener la cruel obra y ayudaron en secreto a los judíos a fin de reconciliarlos y asegurarse su

El sabio Saulo fue un instrumento poderoso en las manos de Satanás para llevar a cabo su rebelión contra el Hijo de Dios; pero uno más poderoso que Satanás había escogido a Saúl para tomar el lugar del martirizado Esteban, y para trabajar y sufrir por su nombre. Saulo era un hombre de mucha estima

entre los judíos, tanto por su saber como por su celo en perseguir a los creyentes. No fue miembro del consejo del Sanedrín hasta después de la muerte de Esteban, cuando fue elegido para ese cuerpo en consideración al papel que había desempeñado en esa ocasión.

Después de la muerte de Esteban, los discípulos se vieron restringidos en su ministerio activo, y muchos de los creyentes que habían residido temporalmente en Jerusalén ahora se retiraron a sus hogares distantes debido a la violenta persecución en su contra. Pero los apóstoles no se atrevieron a salir de Jerusalén hasta que el Espíritu de Dios les indicó que era su deber hacerlo; porque Cristo les había ordenado que primero trabajaran en ese campo. Aunque los sacerdotes y los gobernantes persiguieron amargamente a los nuevos conversos, no se atrevieron por un tiempo a arrestar a los apóstoles, intimidados por el testimonio de Esteban al morir, y dándose cuenta de que su trato con él había dañado su propia causa en la mente de la gente.

Cristo había mandado a sus discípulos que fueran y enseñaran a todas las naciones; pero las enseñanzas anteriores que habían recibido de los judíos [301] les hacían difícil comprender plenamente las palabras de su Maestro, y por lo tanto fueron lentos para actuar en consecuencia. Se llamaban a sí mismos hijos de Abraham y se consideraban herederos de la promesa divina. No fue hasta varios años después de la ascensión del Señor que sus mentes se expandieron lo suficiente para comprender claramente la intención de las palabras de Cristo, que debían trabajar por la conversión de los gentiles así como de los judíos.

Sus mentes fueron llamadas particularmente a esta parte de la obra por los mismos gentiles, muchos de los cuales abrazaron la doctrina de Cristo. Inmediatamente después de la muerte de Esteban y la consiguiente dispersión de los creyentes por toda Palestina, Samaria se conmovió mucho. Los samaritanos recibieron a los creyentes con amabilidad y manifestaron su disposición a escuchar acerca de Jesús, quien, en sus primeras obras públicas, les había predicado con gran poder. Todo lo relacionado con Cristo era escuchado por ellos con intenso interés. Aquí los discípulos comenzaron a comprender más plenamente que el evangelio no debía de ninguna manera limitarse a los judíos; porque las conversiones ocurrieron entre todas las clases, sin ningún esfuerzo definido y especial de parte de los maestros cristianos. Muchos convertidos a Cristo entre los gentiles demostraron a los creyentes judíos que no eran los únicos abrazados en el mensaje de Cristo.

Disminuyó la animosidad existente entre judíos y samaritanos, y ya no se podía decir que no tenían trato entre ellos. Felipe salió de Jerusalén y predicó a un Redentor resucitado en Samaria. Muchos creyeron y recibieron el bautismo cristiano. La predicación de Felipe [302] estuvo marcada por un éxito tan grande, y tantos se reunieron en el redil de Cristo, que finalmente envió a Jerusalén en busca de ayuda. En respuesta a esta petición, la iglesia envió a Pedro y Juan en su ayuda, quienes trabajaron en Samaria con maravillosos resultados.

Ahora percibían el significado de Cristo, cuando dijo: “Me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra”.

Entre los conversos en Samaria estaba un tal Simón, quien, por el poder de Satanás a través de hechiceros, había ganado gran fama entre la gente. “A quien todos prestaban atención, desde el más pequeño hasta el más grande, diciendo: Este hombre es el gran poder de Dios. Y a él tenían consideración, porque desde mucho tiempo los había hechizado con hechicerías.” Pero cuando vio un mayor poder manifestado por los apóstoles en la curación de los enfermos y en la conversión de las almas a la verdad, pensó que uniéndose a los creyentes en Cristo podría hacer maravillas iguales a las realizadas por los apóstoles. Esperaba así aumentar en gran medida su fama y riqueza, porque hacía mercadería de sus hechicerías y artes satánicas, pretendiendo compartir sus secretos con otros.

Su mente entenebrecida no podía distinguir entre el poder del Espíritu Santo y el de Satanás. Fue a Pedro y le ofreció dinero si le daba poder para sanar a los enfermos e impartir a los hombres el Espíritu Santo, imponiendo sus manos sobre ellos. Pedro se llenó de horror ante tal propuesta y reprendió severamente la presunción de Simón. Él dijo: “Tu dinero perece contigo, porque has **pensado** que el don de Dios se puede comprar con dinero. No tienes ni parte ni suerte en este asunto; porque tu corazón no es recto delante de Dios. Arrepíentete, pues, de esta tu maldad, y ruega a Dios, si quizás te sea perdonado el pensamiento de tu corazón. Porque veo que estás en hiel de amargura y en prisión de iniquidad.”

El mago tembló de miedo cuando su pecado fue presentado ante él de esta manera vívida. Comenzó a darse cuenta de su propia audacia perversa y le rogó a Pedro que orara para que la ira de Dios no

venido sobre él por su pecado presuntuoso. Pedro, con sorprendente fuerza, le había mostrado a Simón que aún no había sido tocado por la gracia de Dios; porque si su mente hubiera sido así iluminada, habría sabido que el poder sagrado del Espíritu Santo no se podía comprar ni vender por dinero. Cristo, al precio infinito de sí mismo, había obtenido para su pueblo el poder del Espíritu Santo, para ser dado sólo a sus instrumentos escogidos, cuyas vidas deben estar libres de egoísmo y pecado.

El Señor ahora envió su ángel a Felipe, indicándole que cruzara el desierto y fuera a Gaza. “Y se levantó y se fue. Y he aquí, un hombre de Etiopía, eunuco de gran autoridad bajo Candace, reina de los etíopes, que estaba a cargo de todos sus tesoros, y había venido a Jerusalén para adorar, volvía y sentado en su carro, leyó Isaías el profeta.” El eunuco, en su ceguera, había estado buscando luz a tientas. Él creía en las Escrituras, pero no podía entenderlas completamente. Por lo tanto, se fue de viaje a Jerusalén al templo. Hambriento y sediento de conocimiento, expuso sus perplejidades ante los sacerdotes y escribas; pero aún estaba más [304] desconcertado que antes por sus interpretaciones de las Escrituras. Oró fervientemente por luz y conocimiento, y Dios escuchó su oración y envió su ángel a Felipe, pidiéndole que fuera a Gaza con el propósito de predicar a Cristo a una sola alma que tenía hambre y sed de la verdad.

El eunuco había oído en Jerusalén varios informes contradictorios con respecto a Jesús de Nazaret. Su mente estaba preocupada por el tema. Tenía consigo una copia de las Escrituras y estaba estudiando diligentemente las profecías con referencia al Mesías, cuando Felipe se reunió con él. Eran extraños; pero la mente de Felipe quedó impresionada de que este era el hombre que necesitaba su ayuda. Felipe, caminando al lado del carro, le preguntó al eunuco si entendía las profecías que estaba leyendo. Respondió que necesitaba instrucción e invitó a Philip a sentarse a su lado.

La escritura que estaba estudiando era [Isaías 53:7](#). Felipe entendió el deseo de su corazón y le predicó a Jesucristo revelado en profecía y su misión en la tierra para salvar a los pecadores. Le mostró los pasos necesarios para la conversión: el arrepentimiento hacia Dios por la transgresión de la ley del Padre, la fe en Cristo como Salvador de los hombres y el bautismo en la semejanza de su muerte. los

El corazón del eunuco estaba todo listo para recibir la luz y la verdad, y aceptó con alegría el evangelio predicado por Felipe.

“Y yendo ellos por su camino, llegaron a cierta agua; y el eunuco dijo: Mira, aquí hay agua; ¿Qué me impide ser [305] bautizado? Y Felipe dijo: Si crees de todo corazón, puedes. Y respondiendo él, dijo: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios.” La respuesta del eunuco fue pronta y decidida.

Mandó detener el carro, “y descendieron ambos al agua, Felipe y el eunuco; y lo bautizó.

Y cuando subieron del agua, el Espíritu del Señor arrebató a Felipe, de modo que el eunuco no lo vio más; y él siguió su camino gozoso.”

En este caso tenemos una ilustración del cuidado de Dios por su niños. Llamó a Felipe de su exitoso ministerio en Samaria, para cruzar el desierto e ir a Gaza a trabajar por una sola alma inquisitiva. La prontitud con la que el eunuco aceptó el evangelio y actuó de acuerdo con su creencia debe ser una lección para nosotros. Dios quiere que seamos rápidos en aceptar y confesar a Cristo, rápidos en obedecerle y en responder al llamado del deber. El eunuco era un hombre de buena reputación y ocupaba un puesto alto y de responsabilidad. A través de su conversión, el evangelio fue llevado a Etiopía, y muchos aceptaron a Cristo y salieron de las tinieblas del paganismo a la clara luz del cristianismo.

* * * * *

Capítulo 23—La conversión de Saulo

La mente de Saúl se conmovió mucho por la muerte triunfal de Esteban. Estaba sacudido en su prejuicio; pero las opiniones y argumentos de los sacerdotes y gobernantes finalmente lo convencieron de que Esteban [306] era un blasfemo; que Jesucristo, a quien predicaba, era un impostor, y que los que ministraban en los santos oficios tenían razón. Siendo un hombre de mente decidida y propósito fuerte, se volvió muy amargo en su oposición al cristianismo, después de haber establecido completamente en su mente que las opiniones de los sacerdotes y escribas eran correctas. Su celo lo llevó a dedicarse voluntariamente a perseguir a los creyentes. Hizo que hombres santos fueran arrastrados ante los concilios, y que fueran encarcelados o condenados a muerte sin evidencia de ninguna ofensa, salvo su fe en Jesús. De un carácter similar, aunque en una dirección diferente, fue el celo de Santiago y Juan, cuando hicieron descender fuego del cielo para consumir a los que menospreciaban y despreciaban a su Maestro.

Saulo estaba a punto de viajar a Damasco por su propio negocio; pero estaba decidido a lograr un doble propósito, buscando , a medida que avanzaba, a todos los creyentes en Cristo. Con este propósito obtuvo cartas del sumo sacerdote para leerlas en las sinagogas, las cuales lo autorizaban a capturar a todos los sospechosos de ser creyentes en Jesús, y enviarlos por mensajeros a Jerusalén, para ser allí juzgados y castigados. Empezó su camino, lleno de fuerza y vigor de hombría, y el fuego de un celo equivocado.

A medida que los cansados viajeros se acercaban a Damasco, los ojos de Saulo se posaron con placer en la tierra fértil, los hermosos jardines, los fructíferos huertos y los frescos arroyos que corrían murmurando entre los arbustos frescos y verdes. Era muy refrescante contemplar semejante escena después de un largo y fatigoso viaje por un desierto desolado. Mientras Saúl, con sus compañeros, miraba y admiraba, de repente una luz [307] superior al brillo del sol brilló a su alrededor, “y cayó a tierra, y oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué ¿Me persigues? Y él dijo: ¿Quién eres, Señor? Y el

Señor dijo: Yo soy Jesús a quien tú persigues; te es difícil dar coces contra los agujones.”

La escena era de la mayor confusión. Los compañeros de Saúl quedaron aterrorizados y casi cegados por la intensidad de la luz. Oyeron la voz, pero no vieron a nadie, y para ellos todo era ininteligible y misterioso. Pero Saulo, postrado en tierra, entendió las palabras que se decían, y vio claramente delante de él al Hijo de Dios. Una mirada a ese Ser glorioso, imprimió su imagen para siempre en el alma del judío herido. Las palabras golpearon su corazón con una fuerza espantosa. Un torrente de luz se derramó sobre las cámaras oscuras de su mente, revelando su ignorancia y error. Vio que, mientras se imaginaba sirviendo celosamente a Dios al perseguir a los seguidores de Cristo, en realidad había estado haciendo la obra de Satanás.

Vio su locura al basar su fe en las seguridades de los sacerdotes y gobernantes, cuyo sagrado oficio les había dado gran influencia sobre su mente, y le hizo creer que la historia de la resurrección era una ingeniosa invención de los discípulos de Jesús.

Ahora que Cristo le fue revelado a Saulo, el sermón de Esteban le vino a la mente con fuerza. Aquellas palabras que los sacerdotes habían pronunciado como blasfemia, ahora le parecían verdad y verdad. En [308] ese tiempo de maravillosa iluminación, su mente actuó con notable rapidez.

Recorrió la historia profética y vio que los profetas habían predicho el rechazo de Jesús por parte de los judíos, su crucifixión, resurrección y ascensión, y probó que era el Mesías prometido. Recordó las palabras de Esteban: “Veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre de pie a la diestra de Dios”; y supo que el santo moribundo había contemplado el reino de Gloria.

Qué revelación fue todo esto para el perseguidor de los creyentes. Una luz clara, pero terrible, había irrumpido en su alma. Cristo se le reveló como habiendo venido a la tierra en cumplimiento de su misión, siendo rechazado, abusado, condenado y crucificado por aquellos a quienes vino a salvar, y como habiendo resucitado de entre los muertos y ascendido a los cielos. En ese terrible momento recordó que el santo Esteban había sido sacrificado por su consentimiento; y que a través de su instrumento muchos santos dignos habían encontrado la muerte por medio de una cruel persecución.

“Y él, temblando y asombrado, dijo: Señor, ¿qué quieres que haga? Y el Señor le dijo: Levántate y entra en la ciudad, y se te dirá lo que debes hacer”. Sin duda entró en la mente de Saulo que este era el verdadero Jesús de Nazaret que le hablaba, y que él era en verdad el Mesías largamente esperado, el Consuelo y Redentor de Israel. Y ahora este Jesús, quien , mientras enseñaba en la tierra, había hablado en parábolas a sus oyentes, usando objetos familiares para ilustrar su significado, comparó la obra de Saulo, al perseguir a los seguidores de Cristo, a dar coces contra los agujones. Esas palabras enérgicas ilustraron el hecho de que sería imposible para cualquier hombre detener el progreso hacia adelante de la verdad de [309] Cristo. Marcharía hacia el triunfo y la victoria, mientras que todo esfuerzo por mantenerse resultaría en perjuicio para el oponente. El perseguidor, al final, sufriría mil veces más que aquellos a quienes había perseguido. Tarde o temprano su propia mente y corazón lo condenarían ; se daría cuenta de que, en efecto, había estado pateando contra los agujones.

El Salvador le había hablado a Saulo a través de Esteban, cuyo claro razonamiento de las Escrituras no podía ser controvertido. El judío erudito había visto el rostro del mártir reflejando la luz de la gloria de Cristo, y pareciendo el rostro de un ángel. Había sido testigo de su paciencia hacia sus enemigos y de su perdón hacia ellos. Además , había sido testigo de la fortaleza y la alegre resignación de otros creyentes en Jesús mientras estaban atormentados y afligidos, algunos de los cuales habían entregado sus vidas con alegría por causa de su fe.

Todo este testimonio había apelado en voz alta a Saúl e infundido convicción en su mente; pero su educación y prejuicios, su respeto por los sacerdotes y gobernantes, y su orgullo de popularidad, lo prepararon para rebelarse contra la voz de la conciencia y la gracia de Dios. Había luchado noches enteras contra la convicción, y siempre había terminado el asunto confesando su creencia de que Jesús no era el Mesías, que era un impostor y que sus seguidores eran fanáticos engañados.

Ahora bien, Cristo le había hablado a Saulo con su propia voz: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?” Y la pregunta: “¿Quién eres, Señor?” fue respondido por la misma voz: “Yo soy Jesús, a quien tú persigues”. Aquí Cristo se identifica con su pueblo sufriente. [310] Saulo, al perseguir a los seguidores de Jesús, había golpeado directamente al Señor de los Cielos. Jesús declara que al afligir a sus hermanos

sobre la tierra, Saúl había golpeado contra su Cabeza y Representante en el Cielo. Al acusarlos y testificar falsamente contra ellos, había acusado y testificado falsamente contra el Salvador del mundo. Aquí se ve claramente que Cristo sufre en la persona de sus santos.

Cuando se retiró la gloria refulgente y Saulo se levantó de la tierra, se encontró totalmente privado de la vista. El resplandor de la gloria de Cristo había sido demasiado intenso para su vista mortal, y cuando desapareció, la oscuridad de la noche se posó sobre su visión. Creía que su ceguera era el castigo de Dios por su cruel persecución de los seguidores de Jesús. Anduvo a tientas en una oscuridad terrible, y sus compañeros, con miedo y asombro, lo llevaron de la mano a Damasco.

¡Qué diferente de lo que había anticipado fue su entrada en esa ciudad! Lleno de orgullosa satisfacción se había acercado a Damasco, esperando a su llegada ser recibido con ostentación y aplausos por el honor que le confería el sumo sacerdote, y el gran celo y penetración que había manifestado en buscar a los creyentes, para llevarlos como cautivos a Jerusalén, para ser allí condenados y castigados sin misericordia. Había decidido que su viaje debería ser coronado por el éxito; y su espíritu valeroso y perseverante no se acobardó ante ninguna dificultad ni peligro en la prosecución de su objeto. Había determinado que ningún cristiano escaparía a su vigilancia; [311] preguntaba a hombres, mujeres y niños sobre su fe y la de aquellos con quienes estaban relacionados; entraba en las casas, con poder para prender a sus moradores, y enviarlos presos a Jerusalén.

Pero ¡cuán diferente fue la escena de lo que él había anticipado! En lugar de ejercer el poder y recibir honor, él mismo era virtualmente un prisionero, privado de la vista y dependiente de la guía de sus compañeros. Indefenso y torturado por el remordimiento, se sintió sentenciado a muerte, y no sabía qué otra disposición haría el Señor con él.

Fue llevado a la casa del discípulo Judas, y allí permaneció, solitario y solo, estudiando sobre la extraña revelación, que había desbaratado todos sus planes, y cambiado toda la corriente de su vida. Pasó tres días en perfecta ceguera, ocupando ese tiempo terrible con la reflexión, el arrepentimiento y la oración ferviente, sin comer ni beber durante todo ese período. con amargura

recordó a Esteban, y la evidencia que había dado de ser sostenido en su martirio, por un poder más alto que el de la tierra. Pensó con horror en su propia culpa al dejarse llevar por la malicia y el prejuicio de los sacerdotes y gobernantes, cerrando los ojos y los oídos ante la evidencia más contundente, y sin descanso al frente de la persecución de los creyentes en Cristo.

Estaba en reclusión solitaria; no tenía comunicación con la iglesia, porque los creyentes de Jerusalén les habían advertido del propósito de su viaje a Damasco; y creyeron que él actuaba mejor para llevar a cabo su designio de perseguirlos [312]. No tenía ningún deseo de apelar a los judíos inconversos; porque sabía que no escucharían ni prestarían atención a sus declaraciones. Parecía estar completamente excluido de la simpatía humana; y reflexionó y oró con un espíritu completamente quebrantado y arrepentido.

Esos tres días fueron como tres años para el judío ciego y herido de conciencia. No era un novato en las Escrituras, y en su oscuridad y soledad recordaba los pasajes que se referían al Mesías y rastreaba las profecías, con la memoria aguzada por la convicción que se había apoderado de su mente.

Se asombró de su anterior ceguera de entendimiento, y de la ceguera de los judíos en general, al rechazar a Jesús como el Mesías prometido. Ahora todo le parecía claro, y sabía que eran los prejuicios y la incredulidad lo que había nublado sus percepciones y le impedía discernir en Jesús de Nazaret al Mesías de la profecía.

Esta maravillosa conversión de Saulo demuestra de manera sorprendente el poder milagroso de Cristo para convencer la mente y el corazón del hombre. Saulo había creído verdaderamente que tener fe en Jesús era virtualmente repudiar la ley de Dios y el servicio de las ofrendas sacrificiales. Había creído que Jesús mismo había hecho caso omiso de la ley, y había enseñado a sus discípulos que ahora no tenía efecto. Creyó que era su deber luchar con su mayor poder para exterminar la alarmante doctrina de que Jesús era el Príncipe de la vida; y con celo concienzudo se había convertido en un perseverante perseguidor de la iglesia de Cristo.

Pero Jesús, cuyo nombre de todos los demás él más odió y despreció, [313] se había revelado a Saúl, con el propósito de detenerlo en su loca carrera, y de hacer, a partir de este tema tan poco prometedor,

un instrumento por el cual llevar el evangelio a los gentiles. Saulo quedó abrumado por esta revelación y percibió que al oponerse a Jesús de Nazaret, se había puesto en contra del Redentor del mundo. Superado por un sentimiento de culpa, exclamó: "Señor, ¿qué quieres que haga?" Jesús no le informó en ese momento y en ese lugar del trabajo que le había asignado, sino que lo envió para que instruyera a los mismos discípulos a quienes había perseguido tan amargamente.

La luz maravillosa que iluminó las tinieblas de Saúl fue obra del Señor; pero también había una obra que los discípulos de Cristo debían hacer por él. La respuesta a la pregunta de Saúl es: "Levántate y entra en la ciudad, y te dirán lo que debes hacer". Jesús envía al judío inquisitivo a su iglesia, para obtener de ellos un conocimiento de su deber. Cristo realizó la obra de revelación y convicción; y ahora el penitente estaba en condiciones de aprender de aquellos a quienes Dios había ordenado para enseñar su verdad. Así Jesús sancionó la autoridad de su iglesia organizada, y colocó a Saulo en relación con sus representantes en la tierra. La luz de la iluminación celestial privó a Saulo de la vista; pero Jesús, el gran Sanador, no lo restauró de inmediato. Todas las bendiciones fluyen de Cristo, pero ahora Él había establecido una iglesia como su representante en la tierra, ya ella pertenecía la obra de dirigir al pecador arrepentido en el camino de la vida. Los mismos hombres a quienes Saúl se había propuesto destruir serían sus instructores en la religión que él había despreciado y perseguido.

[314] La fe de Saulo fue duramente probada durante los tres días de ayuno y oración en la casa de Judas, en Damasco. Estaba totalmente ciego y en completa oscuridad mental en cuanto a lo que se requería de él. Se le había indicado que fuera a Damasco, donde se le diría lo que debía hacer. En su incertidumbre y angustia clamó fervientemente a Dios. "Y había en Damasco un discípulo llamado Ananías; y a él dijo el Señor en una visión, Ananías. Y él dijo: He aquí, aquí estoy, Señor. Y el Señor le dijo: Levántate, y ve a la calle que se llama Derecha, y pregunta en casa de Judas por uno llamado Saulo, de Tarso; porque he aquí, él ora, y ha visto en visión a un varón llamado Ananías, que entra y le pone la mano encima, para que recobre la vista."

Ananías difícilmente podía dar crédito a las palabras del ángel mensajero, porque la amarga persecución de los santos en Jerusalén por parte de Saulo se había extendido por todas partes. Presumió protestar; dijo: "Señor, tengo

oído por muchos de este hombre, cuánto mal ha hecho a tus santos en Jerusalén. Y aquí tiene autoridad de los principales sacerdotes para prender a todos los que invocan tu nombre.” Pero el mandato a Ananías era imperativo: “Ve, porque él es un instrumento escogido para mí, para llevar mi nombre delante de los gentiles, de los reyes y de los hijos de Israel”.

El discípulo, obediente a la dirección del ángel, buscó al hombre que recientemente había proferido amenazas contra todos los que creían en el nombre de Jesús. Se dirigió a él: “Hermano Saulo, el Señor Jesús, que se te apareció en el camino por donde venías, me ha enviado para que recobres la vista y seas lleno del Espíritu Santo; y al instante cayeron de sus ojos como escamas, y al instante recobró la vista, y se levantó y fue bautizado.”

Cristo da aquí un ejemplo de su manera de obrar por la salvación de los hombres. Pudo haber hecho todo este trabajo directamente para Saúl; pero esto no estaba de acuerdo con su plan. Sus bendiciones vendrían a través de los agentes que él había ordenado. Saúl tenía algo que hacer en la línea de la confesión a aquellos cuya destrucción había meditado; y Dios tenía una obra responsable para que hicieran los hombres a quienes había autorizado para actuar en su lugar.

Saulo se convierte en un aprendiz de los discípulos. A la luz de la ley se ve a sí mismo como un pecador. Ve que Jesús, a quien en su ignorancia había considerado un impostor, es el autor y fundamento de la religión del pueblo de Dios desde los días de Adán, y el consumidor de la fe ahora tan clara para su visión iluminada; el vindicador de la verdad, y el cumplidor de las profecías. Había considerado que Jesús anulaba la ley de Dios; pero cuando su visión espiritual fue tocada por el dedo de Dios, supo que Cristo fue el autor de todo el sistema judío de sacrificios; que vino al mundo con el propósito expreso de vindicar la ley de su Padre; y que en su muerte la ley típica había encontrado su antitipo. A la luz de la ley moral, que creía guardar celosamente, Saúl se vio a sí mismo pecador de pecadores. Se arrepintió, es decir, murió al pecado, se hizo obediente a la ley de Dios, tuvo fe en Jesucristo como su Salvador, fue bautizado y predicó a Jesús tan fervientemente [316] y con celo como lo había denunciado una vez.

El Redentor del mundo no sanciona la experiencia y el ejercicio en materia religiosa independientemente de su organización y acción.

iglesia sabia. Muchos tienen la idea de que son responsables solo ante Cristo por su luz y experiencia, independientemente de sus seguidores reconocidos en la tierra. Pero en la historia de la conversión de Saúl se nos dan principios importantes que debemos tener siempre presentes. Fue llevado directamente a la presencia de Cristo. Era alguien a quien Cristo había destinado para una obra muy importante, alguien que iba a ser "un vaso escogido" para él; sin embargo, no le imparte personalmente las lecciones de la verdad. Él detiene su curso y lo condena ; pero cuando él le preguntó: "¿Qué quieres que haga?" el Salvador lo pone en relación con su iglesia y permite que ellos le indiquen lo que debe hacer.

Jesús es el Amigo de los pecadores; su corazón está conmovido por su aflicción; tiene todo el poder, tanto en el Cielo como en la tierra; pero respeta los medios que ha dispuesto para la ilustración y salvación de los hombres; él dirige a los pecadores a la iglesia, la cual ha hecho un canal de luz para el mundo.

Saúl era un maestro erudito en Israel; pero, estando en medio de su ciego error y prejuicio, Cristo se le revela y luego lo pone en comunicación con su iglesia, que es la luz del mundo. En este caso, Ananías representa a Cristo, y también representa a los ministros de Cristo en la tierra, quienes están designados para actuar en su lugar.

En lugar de Cristo, Ananías toca los ojos de Saulo para que **reciban** la vista. En lugar de Cristo, coloca sus manos sobre él y, orando en el nombre de Cristo, Saulo recibe el Espíritu Santo. Todo se hace en el nombre y por la autoridad de Cristo; pero la iglesia es el canal de comunicación.

* * * * *

Capítulo 24—Pablo comienza su ministerio

Pablo fue bautizado por Ananías en el río de Damasco. Entonces fue fortalecido por la comida, y de inmediato comenzó a predicar a Jesús a los creyentes en la ciudad, los mismos que había partido de Jerusalén con el propósito de destruir. También enseñó en las sinagogas que Jesús, que había sido condenado a muerte, era en verdad el Hijo de Dios. Sus argumentos de la profecía fueron tan concluyentes, y sus esfuerzos estuvieron tan acompañados por el poder de Dios, que los judíos que se oponían estaban confundidos e incapaces de responderle. La educación rabínica y farisaica de Pablo había de ser ahora utilizada con provecho en la predicación del evangelio y en el sostenimiento de la causa que una vez se había esforzado por destruir.

Los judíos estaban profundamente sorprendidos y confundidos por la conversión de Pablo. Estaban al tanto de su posición en Jerusalén, y sabían cuál era su misión principal en Damasco, y que estaba armado con una comisión del sumo sacerdote que lo autorizaba a tomar a los creyentes en Jesús y enviarlos como prisioneros a Jerusalén; sin embargo, ahora lo veían predicar el evangelio de Jesús, [318] fortaleciendo a los que ya eran sus discípulos, y haciendo continuamente nuevos conversos a la fe a la que una vez se había opuesto tan celoso. Pablo demostró a todos los que lo escucharon que su cambio de fe no fue por impulso ni por fanatismo, sino que fue provocado por una evidencia abrumadora.

Mientras trabajaba en las sinagogas, su fe se fortalecía; su celo en sostener que Jesús era el Hijo de Dios aumentó, ante la feroz oposición de los judíos. No pudo permanecer mucho tiempo en Damasco, porque después de que los judíos se hubieron recobrado de su sorpresa por su maravillosa conversión y los trabajos subsiguientes, se apartaron resueltamente de la abrumadora evidencia así presentada a favor de la doctrina de Cristo. Su asombro por la conversión de Pablo se transformó en un intenso odio hacia él como el que habían manifestado contra Jesús.

La vida de Pablo estaba en peligro, y recibió una comisión de Dios para salir de Damasco por un tiempo. Entró en Arabia; y allí, en relativa soledad, tuvo amplia oportunidad para la comunión con Dios y para la contemplación. Deseaba estar a solas con Dios, escudriñar su propio corazón, profundizar su arrepentimiento y prepararse mediante la oración y el estudio para emprender una obra que le parecía demasiado grande e importante para emprender. Él era un apóstol, no escogido de los hombres, sino escogido de Dios, y su obra fue claramente declarada entre los gentiles.

Mientras estuvo en Arabia no se comunicó con los apóstoles; buscó a Dios fervientemente con todo su corazón, decidiendo no descansar hasta [319] saber con certeza que su arrepentimiento había sido aceptado y su gran pecado perdonado. No abandonaría el conflicto hasta que tuviera la seguridad de que Jesús estaría con él en su ministerio venidero. Debía llevar siempre consigo en el cuerpo las marcas de la gloria de Cristo, en sus ojos, que habían sido cegados por la luz celestial, y deseaba también llevar consigo constantemente la seguridad de la gracia sustentadora de Cristo. Pablo entró en estrecha relación con el Cielo, y Jesús se comunicó con él, y lo estableció en su fe, otorgándole su sabiduría y gracia.

Pablo ahora regresó a Damasco y predicó con denuedo en el nombre de Jesús. Los judíos no pudieron resistir la sabiduría de sus argumentos y, por lo tanto, se aconsejaron juntos silenciar su voz por la fuerza, el único argumento que quedaba para una causa que se hunde. Decidieron asesinarlo. El apóstol fue informado de su propósito. Las puertas de la ciudad estaban vigiladas con vigilancia, día y noche, para cortar su escape. La ansiedad de los discípulos los llevó a Dios en oración; había poco sueño entre ellos, ya que estaban ocupados en idear formas y medios para el escape del apóstol escogido. Finalmente, concibieron un plan por el cual lo bajaron por una ventana y lo bajaron por la pared en una canasta por la noche. De esta manera humillante Pablo escapó de Damasco.

Ahora se dirigió a Jerusalén, deseando familiarizarse con los apóstoles allí, y especialmente con Pedro. Estaba muy ansioso por conocer a los pescadores galileos que habían vivido, orado y conversado con Cristo en la tierra. Fue con un corazón anhelante que deseó encontrarse con el jefe de los apóstoles. Cuando Pablo entró en Jerusalén, [320] miró con ojos diferentes la ciudad y el templo. ahora sabía

que el juicio retributivo de Dios pendía sobre ellos.

El dolor y la ira de los judíos por la conversión de Pablo no conocía límites. Pero él estaba firme como una roca, y se enorgullecía de que cuando contara su maravillosa experiencia a sus amigos, ellos cambiarían su fe como él lo había hecho y creerían en Jesús. Había sido estrictamente concienzudo en su oposición a Cristo y sus seguidores, y cuando fue arrestado y convencido de su pecado, inmediatamente abandonó sus malos caminos y profesó la fe de Jesús. Ahora creía plenamente que cuando sus amigos y antiguos asociados escucharan las circunstancias de su maravillosa conversión y vieran cuán diferente era del fariseo orgulloso que perseguía y entregaba a la muerte a los que creían en Jesús como el Hijo de Dios, ellos también se volverían convencidos de su error, y unirse a las filas de los

Intentó unirse a sus hermanos, los discípulos; pero grande fue su dolor y desilusión cuando descubrió que no lo recibirían como uno de ellos. Recordaron sus persecuciones anteriores y sospecharon que él estaba actuando para engañarlos y destruirlos. Ciertamente, habían oído hablar de su maravillosa conversión, pero como se había retirado inmediatamente a Arabia, y no habían sabido nada definitivo de él más adelante, no habían creído el rumor de su gran cambio.

Bernabé, que había contribuido generosamente con su dinero para sostener la causa de Cristo y aliviar las necesidades de los pobres, conocía a Pablo cuando se oponía a los creyentes. Él ahora [321] se adelantó y renovó ese conocimiento, escuchó el testimonio de Pablo con respecto a su milagrosa conversión, y su experiencia de ese tiempo. Creyó plenamente y recibió a Pablo, lo tomó de la mano y lo llevó a la presencia de los apóstoles. Relató su experiencia que acababa de escuchar: que Jesús se le había aparecido personalmente a Pablo mientras se dirigía a Damasco; que había hablado con él; que Pablo había recobrado la vista en respuesta a las oraciones de Ananías, y luego había sostenido que Jesús era el Hijo de Dios en las sinagogas de la ciudad.

Los apóstoles ya no dudaron; no pudieron resistir a Dios. Pedro y Santiago, quienes en ese tiempo eran los únicos apóstoles en Jerusalén, dieron la diestra de compañerismo al otrora feroz perseguidor de su fe; y ahora era tan amado y respetado como antes había sido temido y evitado. Aquí los dos

grandes personajes de la nueva fe se encontraron: Pedro, uno de los compañeros escogidos de Cristo mientras estuvo en la tierra, y Pablo, un fariseo, quien, desde la ascensión de Jesús, lo había encontrado cara a cara y había hablado con él, y también lo había visto en visión, y la naturaleza de su obra en el Cielo.

Esta primera entrevista fue de gran importancia para estos dos apóstoles, pero fue de corta duración, porque Pablo estaba ansioso por ocuparse de los asuntos de su Maestro. Pronto la voz que había discutido con tanta vehemencia con Esteban se escuchó en la misma sinagoga proclamando valientemente que Jesús era el Hijo de Dios, defendiendo la misma causa por la que Esteban había muerto para vindicar. Relató su propia experiencia maravillosa, y con un corazón lleno de anhelo por sus hermanos y antiguos asociados, presentó las evidencias de la profecía, como lo había hecho Esteban, de que Jesús, quien había sido crucificado, era el Hijo de Dios.

Pero Pablo había calculado mal el espíritu de sus hermanos judíos. La misma furia que había estallado sobre Esteban lo visitó él mismo. Vio que debía separarse de sus hermanos, y la tristeza llenó su corazón. De buena gana hubiera dado su vida, si por ese medio hubieran podido ser llevados al conocimiento de la verdad. Los judíos comenzaron a hacer planes para quitarle la vida, y los discípulos lo instaron a salir de Jerusalén; pero se demoró, no dispuesto a abandonar el lugar y ansioso por trabajar un poco más para sus hermanos judíos. Había tomado una parte tan activa en el martirio de Esteban que estaba profundamente ansioso por borrar la mancha vindicando audazmente la verdad que le había costado la vida a Esteban. Le pareció una cobardía huir de Jerusalén.

Mientras Pablo, enfrentando todas las consecuencias de tal paso, oraba fervientemente a Dios en el templo, el Salvador se le apareció en visión y le dijo: "Date prisa, y sal pronto de Jerusalén; porque no aceptarán tu testimonio acerca de mí.

Pablo vaciló incluso entonces en abandonar Jerusalén sin convencer a los obstinados judíos de la verdad de su fe; pensó que, incluso si su vida fuera sacrificada por la verdad, no haría más que saldar la terrible cuenta que tenía contra sí mismo por la muerte de Esteban. Él respondió: "Señor, saben que encarcelé y golpeé en todas las sinagogas a los que creían en ti. Y cuando se derramó la sangre [323] de tu mártir Esteban, yo también estaba

presente, y

consintiendo en su muerte, y guardó las vestiduras de los que le habían matado.” Pero la respuesta fue más decidida que antes: “Partid; porque te enviaré lejos de aquí a los gentiles.”

Cuando los hermanos se enteraron de la visión de Pablo y del cuidado que Dios tenía de él, aumentó su ansiedad por él; porque se dieron cuenta de que él era en verdad un vaso escogido del Señor, para llevar la verdad a los gentiles. Apresuraron su escape secreto de Jerusalén, por temor a que los judíos lo asesinaran. La partida de Pablo suspendió por un tiempo la violenta oposición de los judíos, y la iglesia tuvo un período de descanso, en el cual muchos se sumaron al número de creyentes.

* * * * *

Capítulo 25—El ministerio de Pedro

Pedro, en cumplimiento de su obra, visitó a los santos en Lydda. Allí sanó a Eneas, que había estado postrado en su cama durante ocho años a causa de la parálisis. “Y Pedro le dijo: Eneas, Jesucristo te sana; levántate y haz tu cama. Y se levantó inmediatamente. Y todos los que habitaban en Lydda y Saron lo vieron y se convirtieron al Señor”.

Joep estaba cerca de Lida, y en ese momento Tabita, llamada Dorcas por interpretación, yacía allí muerta. Había sido una digna discípula de Jesucristo, y su vida se había caracterizado por obras de caridad [324] y bondad hacia los pobres y afligidos, y por el celo por la causa de la verdad. Su muerte fue una gran pérdida; la iglesia naciente no podía escatimar sus nobles esfuerzos. Cuando los creyentes se enteraron de las maravillosas curaciones que Pedro había hecho en Lida, desearon mucho que viniera a Joep. Se le enviaron mensajeros para solicitar su presencia allí.

“Entonces Pedro se levantó y fue con ellos. Cuando llegó, lo llevaron al aposento alto; y todas las viudas estaban junto a él llorando y mostrando las túnicas y los vestidos que Dorcas había hecho mientras estaba con ellas”. Peter hizo que los amigos que lloraban y se lamentaban fueran sacados de la habitación. Luego se arrodilló y oró fervientemente a Dios para que devolviera la vida y la salud al cuerpo sin pulso de Dorcas; “y volviéndolo hacia el cuerpo dijo: Tabita, levántate. Y ella abrió los ojos; y cuando vio a Pedro, se incorporó. Y él le dio su mano, y la levantó; y habiendo llamado a los santos y a las viudas, la presentó viva.” Esta gran obra de resucitar a los muertos fue el medio para convertir a muchos en Joep a la fe de Jesús.

“Había en Cesarea un hombre llamado Cornelio, centurión de la banda llamada la italiana, varón piadoso y temeroso de Dios con toda su casa, que daba muchas limosnas al pueblo, y oraba a Dios siempre. ” Aunque Cornelio era romano, se había familiarizado con el Dios verdadero y había renunciado

idolatría. Fue obediente a la voluntad de Dios y lo adoró con un corazón sincero. No se había relacionado con los judíos, pero estaba familiarizado con la ley moral y era obediente a ella. No había sido circuncidado, ni participaba en las ofrendas de sacrificio; por lo tanto, los judíos lo consideraban inmundo. Él, sin embargo, [325] sostuvo la causa judía con generosas donaciones, y fue conocido en todas partes por sus obras de caridad y benevolencia. Su vida justa lo hizo de buena reputación, tanto entre judíos como entre gentiles.

Cornelio no tenía una fe comprensiva en Cristo, aunque creía en las profecías y esperaba que viniera el Mesías. A través de su amor y obediencia a Dios, fue acercado a él y preparado para recibir al Salvador cuando se le revelara. La condenación viene por rechazar la luz dada.

El centurión era un hombre de familia noble y ocupaba un puesto de alta confianza y honor; pero estas circunstancias no habían tendido a subvertir los nobles atributos de su carácter. La verdadera bondad y grandeza se unieron para hacer de él un hombre de valor moral. Su influencia fue beneficiosa para todos con quienes estuvo en contacto.

Creía en el único Dios, Creador del cielo y de la tierra. Lo reverenciaba, reconocía su autoridad y buscaba su consejo en todos los asuntos de su vida. Era fiel en sus deberes domésticos así como en sus responsabilidades oficiales, y había erigido el altar de Dios en su familia. No se atrevió a llevar a cabo sus planes, y llevar la carga de sus pesadas responsabilidades, sin la ayuda de Dios; por lo tanto oró mucho y fervientemente por esa ayuda. La fe marcó todas sus obras, y Dios lo consideró por la pureza de sus acciones y su generosidad, y se acercó a él en palabra y Espíritu.

Mientras Cornelio estaba orando, Dios le envió un mensajero celestial , quien se dirigió a él por su nombre. El centurión tuvo miedo, pero sabía que el ángel había sido enviado por Dios para instruirlo, y dijo: “¿Qué [326] es esto, Señor? Y él le dijo: Tus oraciones y tus limosnas han subido para memoria delante de Dios. Y ahora envía hombres a Jope, y llama a un tal Simón, cuyo sobrenombre es Pedro. Se aloja en casa de un tal Simón, curtidor, cuya casa está junto al mar. Él te dirá lo que debes hacer.

Aquí nuevamente Dios mostró su respeto por el ministerio del evangelio y por su iglesia organizada. Su ángel no fue el que le contó la historia de la cruz a Cornelio. Un hombre, sujeto como él mismo a las debilidades humanas.

y tentaciones, era instruirlo acerca del Salvador crucificado, resucitado y ascendido. El mensajero celestial fue enviado con el expreso propósito de poner a Cornelio en relación con el ministro de Dios, quien le enseñaría cómo él y su casa podían ser salvos.

Cornelio fue obediente con gusto al mensaje y envió mensajeros de inmediato a buscar a Pedro, de acuerdo con las instrucciones del ángel. Lo explícito de estas instrucciones, en las que incluso se nombra la ocupación del hombre con quien Pedro estaba entonces haciendo su hogar, evidencia que el Cielo conoce bien la historia y los negocios de los hombres en todos los grados de la vida. Dios es consciente del empleo diario del humilde trabajador, así como del rey en su trono. Y conoce la avaricia, la crueldad, los crímenes secretos y el egoísmo de los hombres, así como sus buenas obras, la caridad, la liberalidad y la bondad. Nada está escondido de Dios.

Inmediatamente después de esta entrevista con Cornelio, el ángel se dirigió a Pedro, quien, muy cansado y hambriento del viaje, estaba orando [327] sobre la azotea. Mientras oraba se le mostró una visión, “y vio el cielo abierto, y un cierto vaso que descendía hacia él, como si hubiera sido una gran sábana tejida en las cuatro esquinas, y bajada a tierra; en donde había toda clase de bestias de la tierra de cuatro patas, y bestias salvajes, y cosas que se arrastran, y aves del cielo. Y le vino una voz: Levántate, Pedro; matar y comer. Pero Pedro dijo: No así, Señor; porque nunca he comido cosa con lo que se mata. Y la voz le volvió a hablar por segunda vez: Lo que Dios limpió, no lo lles tú común. Esto se hizo tres veces; y la nave fue recibida de nuevo en el cielo.”

Aquí podemos percibir la obra del plan de Dios para poner en marcha la maquinaria, mediante la cual se pueda hacer su voluntad en la tierra como se hace en el cielo. Pedro aún no había predicado el evangelio a los gentiles. Muchos de ellos habían sido oyentes interesados en las verdades que él enseñaba; pero la pared intermedia de separación, que la muerte de Cristo había derribado, aún existía en la mente de los apóstoles y excluía a los gentiles de los privilegios del evangelio. Los judíos griegos habían recibido los trabajos de los apóstoles, y muchos de ellos habían respondido a esos esfuerzos abrazando la fe de Jesús; pero la conversión de Cornelio iba a ser la primera de importancia entre los gentiles.

Por la visión del lienzo y su contenido, bajado del cielo, Pedro sería despojado de sus arraigados prejuicios contra los gentiles ; entender que, a través de Cristo, las naciones paganas se hicieron partícipes de las bendiciones y privilegios de los judíos, y así se beneficiarían igualmente con ellos. Algunos han afirmado que esta visión [328] significaba que Dios había quitado su prohibición del uso de la carne de animales que anteriormente había declarado inmundos; y que, por tanto, la carne de los cerdos era apta para comer. Esta es una interpretación muy limitada y totalmente errónea, y está claramente contradicha en el relato bíblico de la visión y sus consecuencias.

La visión de toda clase de animales vivos que contenía el lienzo, y de los cuales se le ordenó a Pedro que matara y comiera, estando seguro de que lo que Dios había limpiado no lo llamaría común o inmundo , era simplemente una ilustración que presentaba a su mente la verdadera posición de los gentiles; que por la muerte de Cristo fueron hechos coherederos con el Israel de Dios. Transmitía a Pedro tanto reprensión como instrucción. Hasta ahora, sus labores se habían limitado por completo a los judíos; y él había mirado a los gentiles como una raza inmunda, y excluidos de las promesas de Dios. Su mente ahora estaba siendo guiada a comprender la extensión mundial del plan de D

Incluso mientras reflexionaba sobre la visión, se le explicó. “Mientras Pedro dudaba en sí mismo qué significaría esta visión que había visto, he aquí, los hombres que habían sido enviados por Cornelio habían preguntado por la casa de Simón, y se pararon delante de la puerta, y llamaron y preguntaron si Simón, que tenía por sobrenombre Peter, fueron alojados allí. Mientras Pedro pensaba en la visión, el Espíritu le dijo: He aquí, tres hombres te buscan.

Levántate, pues, y desciende, y ve con ellos, sin dudar nada; porque yo los he envi

Fue una orden difícil para Pedro; pero no se atrevió a actuar de acuerdo [329] a sus propios sentimientos, y por lo tanto bajó de su cámara y recibió los mensajeros enviados a él por Cornelio. Comunicaron su singular misión al apóstol y, de acuerdo con la dirección que acababa de recibir de Dios, accedió de inmediato a acompañarlos al día siguiente. Los agasajó cortésmente esa noche, y por la mañana partió con ellos para Cesarea, acompañado de seis de sus hermanos, quienes serían testigos de todo lo que dijera o hiciera mientras visitaba a los gentiles; porque sabía que él

debe ser llamado a rendir cuentas por una oposición tan directa a la fe y las enseñanzas judías.

Faltaban casi dos días para que terminara el viaje y Cornelio tuvo el gozoso privilegio de abrir sus puertas a un ministro evangélico, quien, según la seguridad de Dios, le enseñaría a él y a su casa cómo podían ser salvos. Mientras los mensajeros estaban en su misión, el centurión había reunido a tantos de sus parientes como pudo, para que ellos, así como él, pudieran ser instruidos en la verdad. Cuando Pedro llegó, se había reunido una gran multitud, esperando ansiosamente escuchar sus palabras.

Cuando Pedro entró en la casa del gentil, Cornelio no lo saludó como a un visitante ordinario, sino como a alguien honrado por el cielo y enviado por Dios. Es una costumbre oriental inclinarse ante un príncipe u otro alto dignatario, y que los niños se inclinen ante sus padres, quienes son honrados con puestos de confianza. Pero Cornelio, abrumado por la reverencia por el apóstol que había sido delegado por Dios, se postró a sus pies y lo adoró. Pedro retrocedió horrorizado ante este [330] acto del centurión, y lo puso en pie, diciendo: "Levántate; Yo también soy un hombre." Entonces comenzó a conversar con él familiarmente, a fin de eliminar el sentido de temor y extrema reverencia con que el centurión lo miraba.

Si Pedro hubiera sido investido con la autoridad y la posición que le otorga la Iglesia Católica Romana, habría alentado, en lugar de haber impedido, la veneración de Cornelio. Los llamados sucesores de Pedro requieren que los reyes y emperadores se inclinen a sus pies; pero el mismo Pedro afirmó ser sólo un hombre errante y falible.

Pedro habló con Cornelio y los que estaban reunidos en su casa acerca de la costumbre de los judíos; que se consideraba ilegal que se mezclaran socialmente con los gentiles, y que implicaba una profanación ceremonial. No estaba prohibido por la ley de Dios, pero la tradición de los hombres lo había convertido en una costumbre vinculante. Dijo él: "Vosotros sabéis que es abominable para un varón judío juntarse o acercarse a uno de otra nación; pero Dios me ha mostrado que a ningún hombre debo llamar común o inmundo. Por tanto, vine a vosotros sin contradecir, tan pronto como me llamaron; Pregunto, pues, ¿cuál es el propósito que enviasteis por mí.

Cornelio relató entonces su experiencia y las palabras del ángel que se le había aparecido en visión. En conclusión dijo,

“Enseguida, pues, envié a ti; y has hecho bien en venir. Ahora, pues, estamos todos aquí presentes delante de Dios, para oír todas las cosas que Dios os ha mandado. Entonces Pedro abrió la boca y dijo: En verdad percibo que Dios no hace acepción de personas; pero en toda nación, el que le teme y hace [331] justicia, es acepto con él.” Aunque Dios había favorecido a los judíos por encima de todas las demás naciones, si rechazaban la luz y no vivían de acuerdo con su profesión, no eran más exaltados en su estima que otras naciones. Aquellos entre los gentiles que, como Cornelio, temían a Dios y obraban justicia, viviendo a la altura de la luz que tenían, eran considerados bondadosamente por Dios, y su servicio sincero era aceptado.

Pero la fe y la justicia de Cornelio no podían ser perfectas sin el conocimiento de Cristo; por lo tanto, Dios le envió esa luz y conocimiento para el mayor desarrollo de su carácter justo. Muchos se niegan a recibir la luz que les envía la providencia de Dios y, como excusa para hacerlo, citan las palabras de Pedro a Cornelio y sus amigos: “Mas en toda nación es acepto el que le teme y obra justicia. con él.” Sostienen que no tiene importancia lo que los hombres creen, mientras sus obras sean buenas. Tales personas están equivocadas; la fe debe unirse a sus obras. Deben avanzar con la luz que se les da. Si Dios los pone en contacto con sus siervos que han recibido una nueva verdad, sustentada por la Palabra de Dios, deben aceptarla con gozo. La verdad es adelante. La verdad es hacia arriba. Por otro lado, aquellos que afirman que solo su fe los salvará, están confiando en una cuerda de arena; porque la fe se fortalece y perfecciona sólo por las obras.

Pedro predicó a Jesús a esa multitud de oyentes atentos; su vida, ministerio, milagros, traición, crucifixión, resurrección y ascensión, y su obra en el Cielo, como Representante y Abogado del hombre, para [332] interceder en favor del pecador. Mientras el apóstol hablaba, su corazón resplandecía con el Espíritu de la verdad de Dios que estaba presentando a la gente. Sus oyentes quedaron encantados con la doctrina que escucharon, porque sus corazones habían sido preparados para recibir la verdad. El apóstol fue interrumpido por la venida del Espíritu Santo, como se manifestó el día de Pentecostés. “Y los que habían creído en la circuncisión, todos los que habían venido con Pedro, se asombraban porque también sobre los gentiles se derramaba el don del Espíritu Santo. porque los o

hablar en lenguas y engrandecer a Dios. Entonces respondió Pedro: ¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros? Y mandó que se bautizaran en el nombre del Señor. Entonces le pidieron que se quedara unos días."

El descenso del Espíritu Santo sobre los gentiles no era equivalente al bautismo. Los pasos necesarios para la conversión, en todos los casos, son la fe, el arrepentimiento y el bautismo. Así la verdadera iglesia cristiana está unida en un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Diversos temperamentos son modificados por la gracia santificante, y los mismos principios distintivos regulan la vida de todos. Pedro cedió a las súplicas de los creyentes gentiles y permaneció con ellos por un tiempo, predicando a Jesús a todos los gentiles de los alrededores.

Cuando los hermanos en Judea oyeron que Pedro había predicado a los gentiles, y que se había reunido con ellos y comido con ellos en sus casas, se sorprendieron y ofendieron por tan extraños movimientos de su parte. Temían que tal proceder, que les parecía presuntuoso [333] , tendería a contradecir sus propias enseñanzas. Tan pronto como Pedro los visitó, lo recibieron con severa censura, diciendo: "Te llegaste a hombres incircuncisos, y comiste con ellos".

Entonces Pedro les expuso todo el asunto con franqueza. Relató su experiencia con respecto a la visión, y alegó que lo amonestaba a no mantener más la distinción ceremonial de la circuncisión y la incircuncisión, ni considerar a los gentiles como inmundos, porque Dios no hacía acepción de personas. Les informó del mandato de Dios de ir a los gentiles, la venida de los mensajeros, su viaje a Cesarea, y el encuentro con Cornelio y la compañía reunida en su casa. Su cautela se hizo manifiesta a sus hermanos por el hecho de que, aunque Dios le había mandado que fuera a la casa del gentil, había llevado consigo a seis de los discípulos presentes en ese momento, como testigos de todo lo que debía decir o hacer mientras estaba allí. Relató la sustancia de su entrevista con Cornelio, en la que este último le había contado su visión, en la que se le había ordenado que enviara mensajeros a Jope para traerle a Pedro, quien le diría palabras por las cuales él y toda su casa, podría ser salvado.

Relató los acontecimientos de este primer encuentro con los gentiles, diciendo: "Y cuando comencé a hablar, cayó el Espíritu Santo sobre ellos, como sobre nosotros al principio. Entonces me acordé de la palabra del Señor,

cómo dijo: Juan a la verdad bautizó con agua; mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo. Así que, puesto que Dios les dio el mismo don que nos dio a nosotros, que creímos en el Señor Jesucristo, ¿qué era yo para resistir a Dios?

Los discípulos, al oír este relato, se callaron y se convencieron de que la conducta de Pedro estaba en cumplimiento directo del plan [334] de Dios, y que sus viejos prejuicios y exclusividad iban a ser completamente destruidos por el evangelio de Cristo. “Al oír estas cosas, callaron y glorificaron a Dios, diciendo: ¡Así también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida!”.

* * * * *

Capítulo 26—La liberación de Pedro

Herodes profesaba ser un prosélito de la fe judía y aparentemente era muy celoso en la perpetuación de las ceremonias de la ley. El gobierno de Judea estaba en sus manos, sujeto a Claudio, el emperador romano; también ocupó el cargo de tetrarca de Galilea. Herodes estaba ansioso por obtener el favor de los judíos, con la esperanza de asegurarse así sus cargos y honores. Por lo tanto, procedió a llevar a cabo los deseos de los judíos al perseguir a la iglesia de Cristo. Comenzó su obra saqueando las casas y los bienes de los creyentes; luego comenzó a encarcelar a los principales. Agarró a Santiago y lo arrojó a la cárcel, y allí envió un verdugo para matarlo con una espada, como otro Herodes había hecho decapitar al profeta Juan. Entonces se volvió más audaz, viendo que los judíos estaban muy complacidos con sus actos, y encarceló a Pedro. Estas crueldades se realizaron durante la sagrada ocasión de la pascua.

Santiago era uno de los tres discípulos predilectos que habían sido [335] llevados a una relación más estrecha con Cristo. Santiago, Juan y Pedro fueron sus principales testigos después de su muerte. Vieron la transfiguración del Salvador, y lo contemplaron glorificado. Estuvieron en el jardín con él durante la noche de su agonía. Santiago y Juan eran los hijos de Zebedeo, a quienes Jesús había preguntado: “¿Podéis beber de la copa que yo beberé, y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado?” Cuando Santiago fue arrojado rudamente a la prisión y llamado sin contemplaciones a la ejecución, entendió más plenamente que nunca antes las palabras de su Señor en esa ocasión.

Hubo gran dolor y consternación por la muerte de Santiago. Cuando Pedro también fue encarcelado, toda la iglesia se comprometió en ayuno y oración. Mientras los judíos celebraban el memorial de su liberación de Egipto, y fingían gran celo por la ley, al mismo tiempo perseguían y asesinaban a los creyentes en Cristo, transgrediendo así todos los principios de esa ley. en estos

grandes reuniones religiosas se agitaron unos a otros contra los cristianos, hasta que se unieron en un odio amargo hacia ellos.

El pueblo aplaudió el acto de Herodes al causar la muerte de Santiago, aunque algunos de ellos se quejaron de la manera privada en que se llevó a cabo, sosteniendo que una ejecución pública habría tenido el efecto de intimidar más a fondo a todos los creyentes y simpatizantes. Herodes, por tanto, detuvo a Pedro con el propósito de complacer a los judíos con el espectáculo público de su muerte. Pero se sugirió al gobernante que no sería seguro sacar al veterano apóstol para ejecutarlo delante de todo el pueblo que estaba [336] reunido en Jerusalén para la pascua. Se temía que su venerable apariencia suscitara piedad y respeto; también temían que hiciera uno de esos poderosos llamamientos que con frecuencia habían incitado a la gente a investigar la vida y el carácter de Jesucristo, y que ellos, con todo su artificio, eran totalmente incapaces de refutar. En tal caso, los judíos temían que su liberación sería exigida a manos del rey.

El celo ardiente de Pedro por vindicarse a sí mismo y defender la causa de Cristo había hecho perder a muchos de sus hermanos judíos, y tenían gran temor de que tuviera la oportunidad de alzar su voz en presencia de todas las naciones y pueblos . que había venido a la ciudad a adorar. Por lo tanto, el apóstol fue puesto a cargo de dieciséis soldados, que se alternaban en su guardia día y noche. Pero fue en vano que el débil brazo del hombre se levantó contra el Señor. Él, mediante el despliegue de su poder, estaba a punto de detener la sangre preciosa que los judíos se habrían animado a derramar si no se hubiera interpuesto el poder divino.

Mientras se demoraba la ejecución de Pedro, con diversos pretextos, hasta después de la pascua, la iglesia de Cristo tuvo tiempo para un profundo escudriñamiento del corazón y oración ferviente. Se mezclaban fuertes peticiones, lágrimas y ayunos. Oraron sin cesar por Pedro; sintieron que él no podía ser librado de la obra cristiana; y sintieron que habían llegado a un punto en el que, sin la ayuda especial de Dios, la iglesia de Cristo se extinguiría.

Mientras tanto, adoradores de todas las naciones buscaban el templo que [337] había sido dedicada al servicio de Dios, y que permanecía, en toda apariencia, igual que cuando la shekinah la había glorificado, con la excepción de adornos adicionales. Pero Dios ya no estaba

para ser encontrado en ese palacio de belleza, resplandeciente con oro y piedras preciosas, y presentando un espectáculo de grandeza y belleza a todos los espectadores.

Por fin se fijó el día de la ejecución de Pedro; pero aun así las oraciones de los creyentes ascendieron al Cielo. Y mientras todas sus energías y simpatías eran convocadas en fervientes llamamientos, los ángeles de Dios custodiaban al apóstol encarcelado. La extremidad del hombre es la oportunidad de Dios. Pedro fue colocado entre dos soldados y fue atado con dos cadenas, cada cadena sujeta a la muñeca de uno de sus guardias. Por lo tanto, no podía moverse sin su conocimiento. Las puertas de la prisión estaban bien cerradas y se colocó una fuerte guardia ante ellos. De este modo, se cortó toda posibilidad de rescate o escape por medios humanos.

El apóstol no se dejó intimidar por su situación. Desde su reincorporación después de haber negado a Cristo, se había enfrentado al peligro sin vacilar y manifestó un valor noble y audacia al predicar a un Salvador crucificado, resucitado y ascendido. Ahora recordó las palabras que Jesús le dirigió: “De cierto, de cierto te digo, que cuando eras joven, te ceñías a ti mismo, y andabas por donde querías ; pero cuando seas viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá, y te llevará adonde tú no [338] quisiste.” Creía que había llegado el momento en que debía

dar su vida por amor a Cristo.

La noche antes de su ejecución designada, Peter, atado con cadenas, durmió entre los dos soldados, como de costumbre. Herodes, recordando la fuga de Pedro y Juan de la prisión, donde habían sido confinados a causa de su fe, tomó doble precaución en esta ocasión. Los soldados de guardia, para asegurar su vigilancia adicional, se hicieron responsables de la custodia del prisionero.

Fue atado, como se ha descrito, en una celda de roca maciza, cuyas puertas estaban cerradas con cerrojos y barrotes. Se destacaron dieciséis hombres para vigilar esta celda, relevándose unos a otros a intervalos regulares. Cuatro componían la guardia a la vez. Pero los cerrojos y barrotes, y la guardia romana, que efectivamente cortaban al prisionero la posibilidad de recibir ayuda humana, sólo tenían como resultado hacer más completo el triunfo de Dios en la liberación de Pedro de la prisión. Herodes estaba levantando su mano contra la Omnipotencia, y él iba a ser completamente humillado y derrotado en su atentado contra la vida del siervo de Dios.

En esta última noche antes de la ejecución, un ángel poderoso, comisionado del Cielo, descendió para rescatarlo. Las fuertes puertas que encerraron al santo de Dios, se abren sin la ayuda de manos humanas; entra el ángel del Altísimo, y se cierran de nuevo sin ruido detrás de él. Entra en la celda, tallada en la roca sólida, y allí yace Pedro, durmiendo el bendito y pacífico sueño de la inocencia y la perfecta confianza en Dios, mientras está encadenado a un poderoso guardia a cada lado de él. La luz que envolvió al ángel iluminó la prisión, pero no despertó al apóstol dormido. Suyo era el sano reposo que vigoriza y renueva, y que nace de una buena conciencia. [339]

Pedro no se despierta hasta que siente el golpe de la mano del ángel y escucha su voz que dice: "Levántate pronto". Ve su celda, que nunca había sido bendecida por un rayo de sol, iluminada por la luz del Cielo, y un ángel de gran gloria de pie ante él. Obedece mecánicamente la voz del ángel; y al levantarse levanta sus manos, y encuentra que las cadenas han sido rotas de sus muñecas. Nuevamente se escucha la voz del ángel: "Cíñete, y átate las sandalias".

De nuevo Pedro obedece mecánicamente, manteniendo su mirada maravillada clavada en su visitante celestial y creyendo estar soñando o en una visión. Los soldados armados están pasivos como si estuvieran cincelados en mármol, mientras el ángel les ordena de nuevo: "Envuélvete en tu manto y sígueme". Acto seguido, el ser celestial se mueve hacia la puerta, y Peter, por lo general locuaz, lo sigue, mudo de asombro. Pasan por encima de la guardia inmóvil y llegan a la puerta pesadamente atrancada y atrancada, que se abre por sí sola y se vuelve a cerrar inmediatamente; mientras que la guardia dentro y fuera de la puerta está inmóvil en sus puestos.

Se llega a la segunda puerta, que también está vigilada por dentro y por fuera; se abre como la primera, sin crujir las bisagras ni traquetear los cerrojos de hierro; pasan por fuera, y vuelve a cerrarse como en silencio. Pasan por la tercera puerta de la misma manera, y por fin se encuentran en la calle abierta. No se pronuncia una palabra; no hay sonido de pasos; el ángel se desliza delante, envuelto por una luz de fulgor deslumbrante, y Pedro sigue a su libertador, [340] desconcertado, y creyéndose en un sueño. Calle tras calle se entrelazan así, y luego, completada la misión del ángel, desaparece repentinamente.

Cuando la luz celestial se desvaneció, Pedro se sintió en profunda oscuridad; pero gradualmente la oscuridad pareció disminuir a medida que se acostumbraba a ella, y se encontró solo en la calle silenciosa, con el aire fresco de la noche sobre su frente. Ahora se dio cuenta de que no había sido un sueño o una visión lo que lo había visitado. Estaba libre, en una parte familiar de la ciudad; reconoció el lugar como uno que había frecuentado a menudo, y esperaba pasar por última vez al día siguiente, cuando se dirigía al lugar de su futura muerte. Intentó recordar los acontecimientos de los últimos momentos. Recordó haberse quedado dormido, atado entre los dos soldados, sin las sandalias ni la ropa exterior. Examinó su persona y se encontró completamente vestido y c

Sus muñecas, hinchadas por llevar los crueles hierros, ahora estaban libres de las esposas, y se dio cuenta de que su libertad no era un engaño, sino una bendita realidad. A la mañana siguiente debía ser llevado a morir; pero he aquí, un ángel lo había librado de la cárcel y de la muerte. “Y volviendo en sí Pedro, dijo: Ahora sé con certeza que el Señor ha enviado su ángel, y me ha librado de la mano de Herodes, y de toda expectativa del pueblo de los judíos.”

El apóstol se dirigió directamente a la casa donde sus hermanos estaban reunidos para orar; los encontró ocupados en [341] oración ferviente por él en ese momento. “Y cuando Pedro llamó a la puerta de la puerta, una doncella vino a escuchar, llamada Rhoda. Y cuando conoció la voz de Pedro, no abrió la puerta de alegría, sino que entró corriendo y contó cómo Pedro estaba delante de la puerta. Y ellos le dijeron : Estás loca. Pero ella constantemente afirmaba que así era . Entonces dijeron: Es su ángel. Pero Pedro siguió llamando; y cuando abrieron la puerta y le vieron, quedaron como atónitos. Pero él, haciéndoles señas con la mano para que callaran , les contó cómo el Señor le había sacado de la prisión. Y él dijo: Id, haced saber estas cosas a Jacobo ya los hermanos. Y él partió y se fue a otro lugar”.

El gozo y la alabanza llenaron los corazones de los creyentes que ayunaban y oraban, porque Dios había escuchado y respondido sus oraciones, y había librado a Pedro de la mano de Herodes. Por la mañana el pueblo se reunió para presenciar la ejecución del apóstol. Herodes envió oficiales para sacar a Pedro de la prisión con gran despliegue de armas y guardia, a fin de

para asegurarse contra su escape, intimidar a todos los simpatizantes y exhibir su propio poder.

Mientras tanto, el terror y la mortificación se habían apoderado de la guardia romana en la prisión, cuando descubrieron que el prisionero se había ido. Se les había dicho expresamente que su vida respondería por la vida de su cargo, y por eso habían estado especialmente vigilantes. Pero el Dios del cielo había frustrado el propósito del malvado Herodes. Allí estaba el guardia a la puerta de la prisión, los cerrojos y barrotes de la puerta aún firmes y fuertes, el guardia adentro, las cadenas atadas a las muñecas de los dos soldados; pero el prisionero se había ido. [

Cuando el informe de estas cosas fue traído a Herodes, se exasperó y acusó a los carceleros de infidelidad. En consecuencia, fueron condenados a muerte por el presunto delito de dormir en su puesto. Al mismo tiempo, Herodes sabía que ningún poder humano había rescatado a Pedro. Pero estaba decidido a no reconocer que un poder divino había estado trabajando para frustrar sus planes básicos. No se humillaría así, sino que se pondría audazmente en desafío a Dios.

Herodes, no mucho después de la liberación de Pedro de la prisión, bajó de Judea a Cesarea, y se quedó allí. Hizo allí una gran fiesta, destinada a excitar la admiración y el aplauso del pueblo. Los amantes del placer de todas partes se reunieron, y hubo muchos festejos y bebidas de vino. Herodes hizo una aparición muy hermosa ante la gente. Estaba vestido con una túnica, que brillaba con plata y oro, que atrapaba los rayos del sol en sus pliegues resplandecientes y deslumbraba los ojos de los espectadores. Con gran pompa y ceremonia se puso de pie ante la multitud y les dirigió una elocuente oración.

La majestuosidad de su apariencia y el poder de su lenguaje bien escogido influyeron poderosamente en la asamblea. Sus sentidos ya estaban pervertidos por el banquete y el vino; estaban deslumbrados por sus decoraciones brillantes y encantados por su gran comportamiento y palabras elocuentes; y, locos de entusiasmo, lo colmaron de adulación y lo proclamaron un Dios, declarando que el hombre mortal no podría presentar tal apariencia, ni dominar [343] una elocuencia de lenguaje tan asombrosa. Además, declararon que siempre lo habían respetado como gobernante, pero que de ahora en adelante deberían adorarlo como a un dios.

Estas personas se habían negado a reconocer a Cristo, cuyas vestiduras ásperas ya menudo manchadas por el viaje se usaban sobre un corazón de amor divino, rico en ese adorno interior, un espíritu manso y gentil. Sus ojos, cegados por el pecado, rehusaron ver, debajo de ese exterior humilde, al Señor de vida y gloria, aunque su misericordia y poder divino se revelaron ante ellos en obras que ningún hombre podía hacer. Pero estaban listos para inclinarse y adorar, como un Dios, al rey altivo, cuyas espléndidas vestiduras de plata y oro se usaban sobre un corazón corrupto y cruel. No intentaron penetrar en su vana exhibición, y leer la depravación y el engaño de su carácter, y la maldad de su vida diaria.

Herodes sabía que no merecía nada de este elogio y homenaje; sin embargo, no reprendió la idolatría del pueblo, sino que la aceptó como algo que le correspondía. El resplandor del orgullo satisfecho estaba en su semblante cuando escuchó ascender el grito: ¡Es la voz de un Dios, y no de un hombre! Las mismas voces que ahora glorificaban a un vil pecador, unos pocos años antes, habían levantado el grito frenético de ¡Fuera Jesús! ¡Crucifícale, crucifícale! Herodes recibió esta adulación y homenaje con gran placer, y su corazón saltó de triunfo; pero de repente le sobrevino un cambio rápido y terrible. Su semblante se volvió pálido como la muerte, y distorsionado por la agonía; grandes gotas de sudor brotaban de sus poros. Permaneció un momento como traspasado por el dolor y el terror, luego, volviendo [344] su rostro pálido y lívido hacia sus amigos aterrados, gritó con voz hueca y desesperada: Aquel a quien habéis exaltado como un Dios ha sido herido de muerte . !

Fue sacado en un estado de la angustia más insoportable de la escena de perversa juerga, la alegría y la pompa, y la exhibición que ahora detestaba en su alma. Un momento antes, había sido el orgulloso receptor de los elogios y la adoración de esa gran multitud; ahora se sentía en manos de un Gobernante más poderoso que él. El remordimiento se apoderó de él; recordó su cruel orden de matar al inocente James; recordó su incesante persecución de los seguidores de Cristo, y su designio de dar muerte al apóstol Pedro, a quien Dios había librado de su mano; recordó cómo, en su mortificación y rabia decepcionada, había descargado su irracional venganza sobre los guardianes del prisionero, y los había ejecutado sin piedad. Sintió que Dios, que había rescatado al apóstol de la muerte, ahora se ocupaba de él, el perseguidor implacable. no encontró

alivio del dolor del cuerpo o de la angustia de la mente, y no esperaba nada. Herodes estaba familiarizado con la ley de Dios, que dice: “No tendrás dioses ajenos delante de mí”, y sabía que al aceptar la adoración del pueblo había colmado la medida de su iniquidad, y había traído sobre él la simplemente la ira de Dios.

El mismo ángel que había salido de las cortes reales del Cielo para rescatar a Pedro del poder de su perseguidor, había sido el mensajero de la ira y el juicio de Herodes. El ángel hirió a Pedro para despertarlo del sueño; pero fue con un golpe diferente que hirió al rey malvado, trayendo enfermedad mortal sobre él. Dios derramó desprecio sobre el orgullo de Herodes, y su persona, que había exhibido [345] engalanada con vestiduras resplandecientes ante la mirada admirada del pueblo, fue comida por los gusanos y se pudrió en vida. Herodes murió en gran agonía de mente y cuerpo, bajo la justicia retributiva de Dios.

Esta demostración del juicio divino tuvo una poderosa influencia sobre el pueblo. Mientras que el apóstol de Cristo había sido librado milagrosamente de la prisión y la muerte, su perseguidor había sido abatido por la maldición de Dios. La noticia se llevó a todas las tierras y fue el medio para que muchos creyeran en Cristo.

* * * * *

Capítulo 27—La ordenación de Pablo y Bernabé

Los apóstoles y discípulos que salieron de Jerusalén durante la feroz persecución que se desató allí después del martirio de Esteban, predicaron a Cristo en las ciudades de los alrededores, limitando sus labores a los judíos hebreos y griegos. “Y la mano del Señor estaba con ellos; y un gran número creyó y se convirtió al Señor.” Cuando los creyentes en Jerusalén oyeron las buenas nuevas, se regocijaron; y Bernabé, “varón bueno y lleno del Espíritu Santo y de fe”, fue enviado a Antioquía, la metrópoli de Siria, para ayudar a la iglesia allí. Trabajó allí con gran éxito. A medida que aumentaba la obra, solicitó y obtuvo la ayuda de Pablo; y los dos discípulos trabajaron juntos [346] en esa ciudad durante un año, enseñando a la gente y aumentando el número de la iglesia de Cristo.

Antioquía tenía una gran población judía y gentil; era un gran lugar para los amantes de la comodidad y el placer, por la salud de su situación, su hermoso paisaje y la riqueza, cultura y refinamiento que allí se concentraba. Su extenso comercio la convirtió en un lugar de gran importancia, donde se encontraban personas de todas las nacionalidades. Era por tanto una ciudad de lujo y de vicio. La retribución de Dios finalmente vino sobre Antioquía, a causa de la maldad de sus habitantes.

Fue aquí donde los discípulos fueron llamados cristianos por primera vez. Se les dio este nombre porque Cristo era el tema principal de su predicación, enseñanza y conversación. Estaban continuamente contando los incidentes de su vida, durante el tiempo en que sus discípulos fueron bendecidos con su compañía personal. Se explayaron incansablemente en sus enseñanzas, sus milagros de curar a los enfermos, expulsar demonios y resucitar a los muertos. Con labios temblorosos y ojos llorosos hablaron de su agonía en el jardín, su traición, juicio y ejecución, la paciencia y la humildad con la que soportó la injuria y la tortura que le impusieron sus enemigos, y la piedad divina con la que oró. por los que lo perseguían. Su resurrección y ascensión, y su obra en el Cielo como

Mediador del hombre caído, fueron temas gozosos con ellos. Los paganos bien podrían llamarlos cristianos, ya que predicaban de Cristo y dirigían sus oraciones a Dios a través de él.

Pablo encontró, en la populosa ciudad de Antioquía, un excelente campo de trabajo, donde su gran saber, sabiduría y celo, combinados, [347] ejercieron una poderosa influencia sobre los habitantes y frecuentadores de esa ciudad de cultura.

Mientras tanto, la obra de los apóstoles se centró en Jerusalén, donde los judíos de todas las lenguas y países acudían a adorar en el templo durante las festividades establecidas. En tales momentos, los apóstoles predicaban a Cristo con valor inquebrantable, aunque sabían que al hacerlo sus vidas estaban en constante peligro. Se hicieron muchos convertidos a la fe, y éstos, esparciéndose a sus hogares en diferentes partes del país, esparcieron las semillas de la verdad por todas las naciones y entre todas las clases de la sociedad.

Pedro, Santiago y Juan estaban seguros de que Dios los había designado para predicar a Cristo entre sus propios compatriotas en casa. Pero Pablo había recibido su comisión de Dios, mientras oraba en el templo, y su amplio campo misional se le había presentado con notable claridad. Para prepararlo para su extensa e importante obra, Dios lo había puesto en estrecha relación consigo mismo y había abierto ante su vista embelesada una vislumbre de la belleza y la gloria del Cielo.

Dios se comunicó con los devotos profetas y maestros de la iglesia de Antioquía. "Mientras ministraban al Señor y ayunaban, dijo el Espíritu Santo: Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado". Por lo tanto, estos apóstoles se dedicaron a Dios de la manera más solemne mediante el ayuno, la oración y la imposición de manos; y fueron enviados a su campo de trabajo entre los gentiles.

Tanto Pablo como Bernabé habían estado trabajando como ministros de Cristo, y Dios había bendecido abundantemente sus esfuerzos; pero ninguno de ellos [348] había sido previamente ordenado formalmente al ministerio evangélico por medio de la oración y la imposición de manos. Ahora estaban autorizados por la iglesia, no sólo para enseñar la verdad, sino también para bautizar y organizar iglesias, estando investidos de plena autoridad eclesiástica. Esta fue una era importante para la iglesia. Aunque la pared intermedia de separación entre judíos y gentiles había sido derribada por la muerte de

Cristo, permitiendo a los gentiles acceder a los plenos privilegios del evangelio, sin embargo, el velo aún no había sido rasgado de los ojos de muchos de los judíos creyentes, y no podían discernir claramente hasta el fin de lo que fue abolido por el Hijo de Dios. La obra había de proseguirse ahora con vigor entre los gentiles, y tenía como resultado el fortalecimiento de la iglesia mediante una gran reunión de almas.

Los apóstoles, en este, su trabajo especial, debían estar expuestos a sospechas, prejuicios y celos. Como consecuencia natural de su alejamiento de la exclusividad de los judíos, su doctrina y puntos de vista estarían sujetos al cargo de herejía; y sus credenciales como ministros del evangelio serían cuestionadas por muchos judíos creyentes y celosos. Dios previó todas estas dificultades por las que pasarían sus siervos y, en su sabia providencia, hizo que fueran investidos de una autoridad incuestionable de la iglesia establecida de Dios, para que su obra estuviera por encima de todo desafío.

Los hermanos de Jerusalén y de Antioquía se familiarizaron cabalmente con todos los detalles de este mandato divino y con la obra específica de enseñar a los gentiles que el Señor había encomendado a estos apóstoles. Su ordenación fue un reconocimiento abierto de su misión divina, como mensajeros especialmente elegidos por el Espíritu Santo para una obra especial. Pablo atestigua, en su Epístola a los Romanos, que consideró este sagrado nombramiento como una nueva e importante época en su vida; se nombra a sí mismo, "un siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol, apartado para el evangelio de Dios".

La ordenación por imposición de manos fue, en una fecha posterior, objeto de grandes abusos; se le dio una importancia injustificable al acto, como si un poder descendiera de inmediato sobre los que recibían tal ordenación, que inmediatamente los calificaba para cualquier y toda obra ministerial, como si la virtud residiera en el acto de imponer las manos. Tenemos, en la historia de estos dos apóstoles, sólo un registro simple de la imposición de manos y su relación con su obra. Tanto Pablo como Bernabé ya habían recibido su comisión del mismo Dios; y la ceremonia de la imposición de manos no añadió ninguna gracia nueva o calificación virtual. Simplemente estaba poniendo el sello de la iglesia sobre la obra de Dios, una forma reconocida de designación para un cargo designado.

Esta forma fue significativa para los judíos. Cuando un padre judío bendecía a sus hijos, ponía sus manos con reverencia sobre sus

cabezas Cuando se dedicaba un animal al sacrificio, la mano del que estaba investido de autoridad sacerdotal se ponía sobre la cabeza de la víctima. Por lo tanto, cuando los ministros de Antioquía impusieron sus manos sobre los apóstoles, ellos, por esa acción, pidieron a Dios que les concediera su bendición, en su devoción a la obra específica que Dios les había escogido para hacer.

Los apóstoles iniciaron su misión llevando consigo [350] Marca. Fueron a Seleucia, y de allí navegaron a Chipre. En Salamina predicaban en las sinagogas de los judíos. “Y cuando habían atravesado la isla hacia Paphos, encontraron a cierto hechicero, un falso profeta, un judío, cuyo nombre era Barjesus; que estaba con el diputado del país, Sergio Paulus, un hombre prudente; quien llamó a Bernabé y a Saulo, y deseaba oír la palabra de Dios. Pero Elimas el hechicero (porque así se interpreta su nombre) los resistió, tratando de apartar de la fe al delegado.”

Siendo el diputado un hombre de reputación e influencia, el hechicero Elimas, que estaba bajo el control de Satanás, buscó mediante informes falsos y varios engaños engañosos, volverlo contra los apóstoles y destruir su influencia sobre él. Así como los magos en la corte de Faraón resistieron a Moisés y Aarón, este hechicero resistió a los apóstoles. Cuando el diputado mandó llamar a los apóstoles para que pudiera ser instruido en la verdad, Satanás estaba presente con su siervo, tratando de frustrar el propósito de Dios e impedir que este hombre influyente abrazara la fe de Cristo. Este agente de Satanás obstaculizó grandemente la obra de los apóstoles. Así, el enemigo caído obra siempre de manera especial para impedir que las personas de influencia, que podrían ser de gran servicio a la causa, abracen la verdad de Dios.

Pero Pablo, en el Espíritu y poder del Espíritu Santo, reprendió al impío engañador. Él “fijó sus ojos sobre él, y dijo: Oh, lleno de toda astucia y de toda maldad, hijo del diablo, enemigo de toda justicia, ¿no cesarás de torcer los caminos rectos del Señor? Y ahora, he aquí, la mano del Señor está sobre ti, y serás ciego, y no verás el sol por una temporada. E inmediatamente cayó sobre él una niebla y una oscuridad; y anduvo buscando quien le llevara de la mano. Entonces el diputado, cuando vio lo que pasaba, creyó, asombrado de la doctrina del Señor.”

El hechicero había cerrado sus ojos a las evidencias de la verdad y a la luz del evangelio, por lo tanto, el Señor, en su justa ira,

hizo que sus ojos naturales se cerraran, impidiéndole la luz del día. Esta ceguera no fue permanente, sino solo por un tiempo, para advertirle que se arrepintiera y buscara el perdón de Dios a quien tanto había ofendido. La confusión a la que fue llevado este hombre, con todo su jactancioso poder, hizo que todas sus sutiles artes contra la doctrina de Cristo fueran inútiles. El hecho de que se viera obligado a andar a tientas a ciegas, probó a todos los espectadores que los milagros que los apóstoles habían realizado, y que Elimas había denunciado como producidos por juegos de manos, en verdad fueron obrados por el poder de Dios. El diputado estaba convencido de la verdad de la doctrina enseñada por los apóstoles y abrazó el evangelio de Cristo.

Elimas no era un hombre educado, pero estaba especialmente preparado para hacer la obra de Satanás. Los que predicán la verdad de Dios se verán obligados a enfrentarse al enemigo astuto en muchas formas diferentes. A veces está en la persona de los eruditos, ya menudo en la persona de los ignorantes, a quienes Satanás ha educado para que sean sus instrumentos exitosos en el engaño de las almas y en la obra de la iniquidad. Es deber del ministro de Cristo permanecer fielmente en su puesto, en el temor de Dios y en el poder de su fuerza. Así puede confundir a las huestes de Satanás y triunfar en el nombre del Señor.

Pablo y su compañía prosiguieron ahora su viaje, entrando en Perge, en Panfilia. Su camino era penoso, se encontraron con dificultades y privaciones, y estaban acosados por peligros por todos lados, lo que intimidaba a Marcos, que no estaba acostumbrado a las dificultades. Como se temían dificultades aún mayores, se desanimó y se negó a ir más lejos, justo en el momento en que más se necesitaban sus servicios. En consecuencia, regresó a Jerusalén ya la paz y la comodidad de su hogar.

Marcos no apostató de la fe del cristianismo; pero, como muchos ministros jóvenes, evitaba las dificultades y prefería la comodidad y la seguridad del hogar a los viajes, las labores y los peligros del campo misional. Esta deserción hizo que Pablo lo juzgara desfavorable y severamente durante mucho tiempo. Desconfiaba de su firmeza de carácter y de su devoción a la causa de Cristo. La madre de Marcos era una conversa a la religión cristiana; y su casa era un asilo para los discípulos. Allí estaban siempre seguros de una acogida y de un tiempo de descanso, en el que podían recuperarse del efecto de las feroces persecuciones que por todas partes los asaltaban en sus labores.

Fue durante una de estas visitas de los apóstoles a casa de su madre que Marcos les propuso a Pablo ya Bernabé que los acompañara en su viaje misionero. Había sido testigo del maravilloso poder que asistía a su ministerio; había sentido el favor de Dios en su propio corazón; había visto la fe de su madre probada y examinada sin vacilar; había sido testigo de los milagros realizados por los apóstoles, [353] y que pusieron el sello de Dios sobre su obra; él mismo había predicado la fe cristiana, y había anhelado participar más plenamente en la obra y dedicarse por completo a ella. Como compañero de los apóstoles, se había regocijado en el éxito de su misión; pero el miedo y el desánimo lo abrumaron ante las privaciones, la persecución y el peligro; y buscó los atractivos del hogar en un momento en que sus servicios eran más necesarios para los apóstoles.

En un período futuro hubo una fuerte disputa entre Pablo y Bernabé acerca de Marcos, quien todavía estaba ansioso por dedicarse a la obra del ministerio. Pablo no podía, en ese momento, excusar en ningún grado la debilidad de Marcos al abandonarlos a ellos y la obra en la que habían entrado, por la comodidad y tranquilidad del hogar; e instó a que alguien con tan poca energía no era apto para el ministerio evangélico, que requería paciencia, abnegación, valentía y fe, con la voluntad de sacrificar incluso la vida si fuera necesario.

Bernabé, por otro lado, se inclinaba a disculpar a Marcos, que era su sobrino, por su inexperiencia. Se sintió ansioso de no abandonar el ministerio, porque vio en él las calificaciones para un trabajador útil en el campo de Cristo. Esta disputa hizo que Pablo y Bernabé se separaran, este último siguiendo sus convicciones y llevando a Marcos con él en su trabajo.

Marcos, por lo tanto, acompañó a Bernabé a Chipre y lo ayudó allí. Pablo se reconcilió después con Marcos y lo recibió como colaborador. También lo recomendó a los colosenses como alguien que era un “colaborador en el reino de Dios”, y un [354] consuelo personal para él, Pablo. Una vez más, no mucho antes de su muerte, habló de él como provechoso para él en el ministerio.

Después Pablo y Bernabé visitaron Antioquía de Pisidia, y en sábado entraron en la sinagoga y se sentaron; “Y después de la lectura de la ley y de los profetas, los principales de la sinagoga enviaron a ellos, diciendo: Varones hermanos, si tenéis alguna palabra de exhortación para el pueblo, decidla”. Siendo así invitado a hablar,

“Pablo se puso de pie y, haciendo señas con la mano, dijo: Varones israelitas, y los que teméis a Dios, dad oído”. Luego procedió a dar una historia de la manera en que el Señor había tratado a los judíos desde el momento de su liberación de la esclavitud en Egipto, y cómo se había prometido un Salvador de la simiente de David. Luego predicó a Jesús como el Salvador de los hombres, el Mesías de la profecía.

Cuando hubo terminado, y los judíos se habían ido de la sinagoga, los gentiles aún se demoraban y rogaban que se les hablaran las mismas palabras el siguiente día de reposo. Los apóstoles crearon un gran interés en el lugar, tanto entre judíos como entre gentiles. Animaron a los creyentes y conversos a mantenerse firmes en su fe y continuar en la gracia de Dios. El interés por escuchar las palabras de los apóstoles fue tan grande que toda la ciudad se reunió el siguiente sábado. Pero ahora, como en los días de Cristo, cuando los sacerdotes y gobernantes judíos vieron las multitudes que se habían reunido para oír la nueva doctrina, fueron movidos por la envidia y los celos, y contradijeron las palabras de los apóstoles con blasfemias. Su antiguo fanatismo [355] y prejuicio también se despertaron cuando percibieron un gran número de gentiles mezclándose con los judíos en la congregación. No podían soportar que los gentiles disfrutaran de privilegios religiosos en igualdad con ellos, sino que se aferraron tenazmente a la idea de que la bendición de Dios estaba reservada exclusivamente para ellos. Este había sido siempre el gran pecado de los judíos, que Cristo, en varias ocasiones, había reprendido.

Escucharon, un sábado, con intenso interés las enseñanzas de Pablo y Bernabé, quienes predicaban a Jesús como el Mesías prometido; y el día de reposo siguiente, a causa de la multitud de gentiles que también se habían reunido para oírlos, se excitaron con un frenesí de indignación, las palabras de los apóstoles fueron distorsionadas en sus mentes, y no eran aptos para sopesar la evidencia presentada por a ellos. Cuando supieron que el Mesías predicado por los apóstoles había de ser luz para los gentiles, así como gloria de su pueblo Israel, se enfurecieron y usaron el lenguaje más insultante para los apóstoles.

Los gentiles, en cambio, se regocijaban sobremanera de que Cristo los reconociera como hijos de Dios, y con corazones agradecidos escuchaban la palabra predicada. Los apóstoles ahora discernieron claramente su deber y la obra que Dios quería que hicieran. se volvieron

sin vacilación a los gentiles, predicándoles a Cristo, y dejando a los judíos en su fanatismo, ceguera mental y dureza de corazón. La mente de Pablo había estado bien preparada para tomar esta decisión, por las circunstancias que acompañaron su conversión, su visión en el templo de Jerusalén, su nombramiento por Dios para predicar a los gentiles y el éxito que ya había coronado sus esfuerzos [356] entre ellos.

Cuando Pablo y Bernabé se apartaron de los judíos que se burlaban de ellos, se dirigieron a ellos con denuedo, diciendo: “Era necesario que primero se os hablara la Palabra de Dios; pero puesto que la desecháis, y os juzgáis indignos de la vida eterna, he aquí, nos volvemos a los gentiles. Porque así nos lo ha mandado el Señor, diciendo: Te he puesto para luz de las naciones, para que seas para salvación hasta los confines de la tierra”.

Esta reunión de los gentiles en la iglesia de Dios había sido trazada por la pluma de la inspiración, pero apenas se había entendido. Oseas había dicho: “Sin embargo, el número de los hijos de Israel será como la arena del mar, que no se puede medir ni contar; y acontecerá que en el lugar donde se les dijo: Vosotros no sois mi pueblo, allí se les dirá: Vosotros sois hijos del Dios viviente”. Y otra vez, “Yo la sembraré para mí en la tierra; y tendré misericordia de la que no ha alcanzado misericordia; y diré a los que no eran mi pueblo: Pueblo mío sois vosotros; y dirán: Tú eres mi Dios.”

Durante la vida de Cristo en la tierra había tratado de sacar a los judíos de su exclusividad. La conversión del centurión y la de la mujer sirofenicia fueron ejemplos de su obra directa fuera del pueblo reconocido de Israel. Había llegado ahora el tiempo de un trabajo activo y continuado entre los gentiles, de los cuales comunidades enteras recibieron con alegría el evangelio y glorificaron a Dios por la luz de una fe inteligente. La incredulidad y malicia de los judíos no desvió el propósito de Dios; porque un nuevo Israel estaba siendo [357] injertado en el viejo olivo. Las sinagogas fueron cerradas contra los apóstoles; pero se abrieron casas privadas para su uso, y también se usaron edificios públicos de los gentiles para predicar la Palabra de Dios.

Los judíos, sin embargo, no se contentaron con cerrar sus sinagogas contra los apóstoles, sino que desearon desterrarlos de allí.

región. Para efectuar este propósito buscaron perjudicar a ciertas mujeres devotas y honorables, que tenían gran influencia en el gobierno, y también a hombres de influencia. Esto lo lograron mediante artes sutiles e informes falsos. Estas personas de buena reputación se quejaron a las autoridades contra los apóstoles, y en consecuencia fueron expulsados de aquellas costas.

En esta ocasión los apóstoles siguieron la instrucción de Cristo: “A los que no os reciban ni os oigan, saliendo de allí, sacudid el polvo que está debajo de vuestros pies en testimonio contra ellos. De cierto os digo que en el día del juicio será más tolerable para Sodoma y Gomorra que para aquella ciudad”. Los apóstoles no se desanimaron por esta expulsión; se acordaron de las palabras de su Maestro: “Bienaventurados seréis cuando los hombres os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros falsamente por mi causa. Gozaos y alegraos sobremanera; porque grande es vuestra recompensa en el Cielo; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros.”

Capítulo 28—La predicación entre los paganos [358]

Los apóstoles luego visitaron Iconio. Este lugar era un gran lugar de recreo para los buscadores de placer y para las personas que no tenían un objetivo particular en la vida. La población estaba compuesta por romanos, griegos y judíos. Los apóstoles aquí, como en Antioquía, comenzaron primero sus labores en las sinagogas para su propio pueblo, los judíos. Se encontraron con un marcado éxito; cantidades de judíos y griegos aceptaron el evangelio de Cristo. Pero aquí, como en los lugares anteriores donde los apóstoles habían trabajado, los judíos incrédulos comenzaron una oposición irrazonable de los que aceptaban la fe verdadera y, en la medida de lo posible, influenciaron a los gentiles contra ellos.

Los apóstoles, sin embargo, no se apartaron fácilmente de su trabajo, porque muchos abrazaban diariamente la doctrina de Cristo. Continuaron fielmente frente a la oposición, la envidia y los prejuicios. Diariamente los discípulos obraban milagros por el poder de Dios; y todos aquellos cuyas mentes estaban abiertas a la evidencia fueron afectados por el poder convincente de estas cosas.

Esta creciente popularidad de la doctrina de Cristo incitó a los judíos incrédulos a una nueva oposición. Estaban llenos de envidia y odio, y decidieron detener de inmediato los trabajos de los apóstoles. Acudieron a las autoridades y presentaron su trabajo de la manera más falsa y exagerada, lo que llevó a los oficiales a temer que toda la ciudad estaba en peligro de ser incitada a la insurrección. Afirmaron que un gran número se unía a los apóstoles, y [359] sugirieron que era por designios secretos y peligrosos.

Como consecuencia de estos cargos, los discípulos fueron llevados repetidamente ante las autoridades; pero en todos los casos se defendieron tan hábilmente ante el pueblo, que, aunque los magistrados tenían prejuicios contra ellos por las falsas declaraciones que habían oído, no se atrevieron a condenarlos. No podían sino reconocer que las enseñanzas de los apóstoles estaban calculadas para hacer de los hombres ciudadanos virtuosos y respetuosos de la ley.

Los judíos y griegos sin prejuicios tomaron la posición de que la moral y el buen orden de la ciudad mejorarían si se permitía a los apóstoles permanecer y trabajar allí. En las ocasiones en que los apóstoles fueron llevados ante las autoridades, su defensa fue tan clara y sensata, y la declaración que dieron de su doctrina fue tan tranquila y completa, que se levantó una influencia considerable a su favor. La doctrina que predicaron ganó gran publicidad y fue presentada ante un número mucho mayor de oyentes sin prejuicios que nunca antes en ese lugar.

Los judíos se dieron cuenta de que sus esfuerzos por frustrar la obra de los apóstoles eran inútiles y solo resultaron en la adición de un mayor número a la nueva fe. La ira de los judíos se elevó a tal punto por este motivo que decidieron alcanzar sus fines de alguna manera. Despertaron las peores pasiones de la chusma ignorante y ruidosa, creando un tumulto que atribuyeron al esfuerzo de los apóstoles. Entonces se prepararon para hacer una acusación falsa de decir [360] fuerza, y obtener la ayuda de los magistrados para llevar a cabo su propósito. Determinaron que los apóstoles no tendrían oportunidad de vindicarse; pero que el poder de la multitud debería interferir y poner fin a sus trabajos apedreándolos hasta la muerte.

Los amigos de los apóstoles, aunque incrédulos, les advirtieron de los designios de los maliciosos judíos, y les instaron no en vano a exponerse a su furor, sino a escapar para salvar la vida. En consecuencia, partieron de Iconio en secreto, y dejaron que los fieles y los opositores lucharan por sí mismos, confiando en que Dios daría la victoria a la doctrina de Cristo. Pero de ninguna manera se despidieron definitivamente de Iconio; se propusieron regresar, después de que la excitación entonces furiosa hubiera disminuido, y completar el trabajo que habían comenzado.

Aquellos que observan y enseñan las demandas vinculantes de la ley de Dios frecuentemente reciben, en cierto grado, un trato similar al de los apóstoles en Iconio. A menudo encuentran una amarga oposición de parte de ministros y personas que persistentemente rechazan la luz de Dios y, por tergiversación y falsedad, cierran todas las puertas por las cuales el mensajero de la verdad podría tener acceso a la gente.

Los apóstoles luego fueron a Listra y Derbe, ciudades de Licaonia. Estos estaban poblados por un pueblo pagano y supersticioso; pero entre ellos había almas que escucharían y aceptarían la doctrina de Cristo. Los apóstoles escogieron trabajar en esas ciudades porque no querían

allí se encuentran el prejuicio y la persecución judíos. Ahora entraron en contacto con un elemento completamente nuevo: la superstición pagana y la idolatría.

Los apóstoles, en su trabajo, se encontraron con todo tipo de personas y todo tipo de fe y religiones. Fueron enfrentados con el fanatismo y la intolerancia judíos [361], la hechicería, la blasfemia, los magistrados injustos que amaban ejercer su poder, los falsos pastores, la superstición y la idolatría. Aunque la persecución y la oposición los encontraron por todas partes, la victoria aún coronó sus esfuerzos, y diariamente se añadían conversos a la fe.

En Listra no había sinagoga judía, aunque había algunos judíos en el lugar. El templo de Júpiter ocupaba allí una posición conspicua. Pablo y Bernabé aparecieron juntos en la ciudad, enseñando la doctrina de Cristo con gran poder y elocuencia. El pueblo crédulo creía que eran dioses bajados del Cielo.

Cuando los apóstoles reunieron a la gente a su alrededor y explicaron su extraña creencia, los adoradores de Júpiter trataron de relacionar estas doctrinas, en la medida de lo posible, con su propia fe supersticiosa.

Pablo se dirigió a ellos en el idioma griego, presentando para su consideración temas que los llevarían a un conocimiento correcto de Aquel que debería ser el objeto de su adoración. Dirigió su atención al firmamento de los cielos: el sol, la luna y las estrellas, el hermoso orden de las estaciones recurrentes, las poderosas montañas cuyos picos estaban cubiertos de nieve, los árboles majestuosos y las variadas maravillas de la naturaleza, que mostró una habilidad y exactitud casi más allá de la comprensión finita. A través de estas obras visibles del Todopoderoso, el apóstol condujo las mentes de los paganos a la contemplación de la gran Mente del universo.

Luego les habló del Hijo de Dios, que vino del cielo a nuestro mundo porque amaba a los hijos de los hombres. Su vida y ministerio fueron presentados ante ellos; su rechazo por aquellos a quienes vino a [362] salvar; su juicio y crucifixión por hombres malvados; su resurrección de entre los muertos para terminar su obra en la tierra; y su ascensión al Cielo para ser el Abogado del hombre ante la presencia del Hacedor del mundo. Con el Espíritu y el poder de Dios, Pablo y Bernabé declararon el evangelio de Cristo.

Mientras Pablo relataba las obras de Cristo al sanar a los afligidos, vio a un lisiado cuyos ojos estaban fijados en él, y que

recibió y creyó sus palabras. El corazón de Pablo se compadeció del hombre afligido, cuya fe discernió; y ansiosamente se aferró a la esperanza de que pudiera ser sanado por ese Salvador, quien, aunque había ascendido al Cielo, era todavía Amigo y Médico del hombre, teniendo más poder aún que cuando estaba sobre la tierra.

En presencia de esa asamblea idólatra, Pablo ordenó al lisiado que se pusiera de pie. Hasta entonces sólo había podido adoptar una postura sentada; pero ahora comprendió con fe las palabras de Pablo, e instantáneamente obedeció su mandato, y se puso de pie por primera vez en su vida. La fuerza vino con este esfuerzo de fe; y el que había sido un lisiado caminaba y saltaba como si nunca hubiera experimentado una enfermedad.

Este trabajo realizado en el lisiado fue una maravilla para todos los espectadores. El tema era tan conocido y la cura tan completa, que no había lugar para el escepticismo de su parte. Los licaonios estaban todos convencidos de que el poder sobrenatural acompañaba los trabajos de los apóstoles, y gritaron con gran entusiasmo que los dioses habían descendido [363] del cielo a ellos en semejanza de hombres. Esta creencia estaba en armonía con sus tradiciones de que los dioses visitaban la tierra. Concibieron la idea de que las grandes deidades paganas, Júpiter y Mercurio, estaban entre ellos en las personas de Pablo y Bernabé. Creyeron que el primero era Mercurio; porque Pablo era activo, ferviente, rápido y elocuente con palabras de advertencia y exhortación. Se creía que Bernabé era Júpiter, el padre de los dioses, debido a su apariencia venerable, su porte digno y la dulzura y benevolencia que se expresaba en su semblante.

La noticia de la curación milagrosa del lisiado pronto se hizo sonar por toda aquella región, hasta que se levantó una agitación general, y los sacerdotes del templo de los dioses se dispusieron a honrar a los apóstoles, como visitantes de los atrios del Cielo, para sacrificar bestias. a ellos, y traer ofrendas de guirnaldas y cosas preciosas. Los apóstoles habían buscado retiro y descanso en una vivienda privada, cuando su atención fue atraída por el sonido de la música y los gritos entusiastas de una gran asamblea, que había llegado a la puerta de la casa donde moraban.

Cuando estos ministros de Dios determinaron la causa de esta visita y la excitación que la acompañaba, se llenaron de indignación y horror. Se rasgaron la ropa y se precipitaron entre la multitud

para evitar más procedimientos. Paul, con una voz fuerte y resonante que se elevó por encima del ruido de la multitud, exigió su atención; y, cuando el tumulto se calmó repentinamente, preguntó: "Señores, ¿por qué hacéis estas cosas? Nosotros también somos hombres de pasiones semejantes a las vuestras, y os predicamos que os volváis de estas vanidades al Dios viviente, que hizo el cielo y la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos; quien en tiempos pasados permitió que todas las naciones anduvieran en sus propios caminos. No obstante, no se dejó a sí mismo sin testimonio, haciendo bien, y dándonos lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando nuestros corazones de sustento y de alegría."

El pueblo escuchaba las palabras de Pablo con manifiesta impaciencia. Su superstición y entusiasmo habían sido tan grandes con respecto a los apóstoles que no se atrevieron a reconocer su error, y sus expectativas y propósitos fueron frustrados. A pesar de que los apóstoles negaron positivamente la divinidad que los paganos les atribuían, y Pablo hizo un esfuerzo magistral para dirigir sus mentes al verdadero Dios como el único objeto digno de adoración, aún era muy difícil desviarlos de su propósito.

Razonaron que habían visto con sus propios ojos el poder milagroso ejercido por los apóstoles; que habían visto a un lisiado que nunca antes había usado sus miembros, hecho saltar y regocijarse en perfecta salud y fuerza a través del ejercicio del maravilloso poder que poseían estos extraños. Pero, después de mucha persuasión por parte de Pablo, y una explicación en cuanto a la verdadera misión de los apóstoles, la gente fue inducida a regañadientes a abandonar su propósito. Sin embargo, no quedaron satisfechos y se llevaron a las bestias sacrificatorias con gran desilusión porque sus tradiciones de seres divinos que visitaban la tierra no podían ser fortalecidas por este ejemplo de su favor al venir a conferirles bendiciones especiales que los exaltarían y su religión en la estimación del mundo.

Y ahora un extraño cambio sobrevino en la voluble, excitable gente- [365] por ejemplo, porque su fe no estaba anclada en el Dios verdadero. Los judíos opositores de Antioquía, por cuya influencia los apóstoles fueron expulsados de esa costa, se unieron a ciertos judíos de Iconio y siguieron el rastro de los apóstoles. El milagro obrado sobre el lisiado, y su efecto sobre los que lo presenciaron, despertó su envidia y los indujo a ir a la escena del trabajo de los apóstoles y poner su falsa versión sobre la obra. Negaron que Dios

tuvo alguna parte en ello, y afirmó que se llevó a cabo a través de los demonios a quienes estos hombres servían.

La misma clase había acusado anteriormente al Salvador de echar fuera demonios por el poder del príncipe de los demonios; lo habían denunciado como un engañador; y ahora descargaron la misma ira irrazonable sobre sus apóstoles. Por medio de falsedades inspiraron a la gente de Listra la amargura de espíritu por la que ellos mismos fueron impulsados. Afirmaban estar completamente familiarizados con la historia y la fe de Pablo y Bernabé, y tergiversaron tanto su carácter y obra que los idólatras paganos, que habían estado dispuestos a adorar a los apóstoles como seres divinos, ahora los consideraban peores que asesinos, y que cualquiera que los sacara del mundo haría un buen servicio a Dios ya la humanidad.

Los que creen y enseñan las verdades de la Palabra de Dios en estos días se encuentran con una oposición similar de parte de personas sin principios que no aceptan la verdad y que no dudan en tergiversar e incluso hacer circular las falsedades más flagrantes para destruir la influencia y obstruye el camino de los que Dios ha enviado [366] con un mensaje de amonestación al mundo. Mientras una clase hace las falsedades y las hace circular, otra clase está tan cegada por los engaños de Satanás como para recibirlas como las palabras de la verdad. Están en las redes del archienemigo, mientras se jactan de ser hijos de Dios. "Por tanto, Dios les enviará un poder engañoso, para que crean la mentira; para que sean condenados todos los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia."

La desilusión experimentada por los idólatras al verse negados el privilegio de ofrecer sacrificios a los apóstoles, los preparó para volverse contra estos ministros de Dios con un celo que se acercaba al entusiasmo con el que los habían aclamado como dioses. Los maliciosos judíos no dudaron en aprovechar al máximo la superstición y la credulidad de este pueblo pagano para llevar a cabo sus crueles designios. Los incitaron a atacar a los apóstoles por la fuerza; y les ordenaron que no le dieran a Pablo oportunidad de hablar, alegando que si lo hacían hechizaría al pueblo.

Los listrianos se precipitaron sobre los apóstoles con gran ira y furor. Arrojaron piedras con violencia; y Pablo, magullado, golpeado y desmayado, sintió que había llegado su fin. Recordó vívidamente el martirio de Esteban, y la parte cruel que había cometido en ese momento.

ocasión. Cayó al suelo aparentemente muerto, y la turba enfurecida arrastró su cuerpo insensible a través de las puertas de la ciudad y lo arrojó debajo de las murallas. El apóstol menciona este hecho en la siguiente enumeración de sus sufrimientos por causa de la verdad: "Tres veces fui azotado con varas; una vez fui apedreado; tres veces sufrí naufragio; una noche y un día he estado en lo profundo; en viajes [367] a menudo; en peligros de aguas; en peligros de ladrones; en peligros por mis propios compatriotas; en peligros por los paganos; en peligros en la ciudad; en peligros en el desierto; en peligros en el mar; en peligros entre falsos hermanos."

Los discípulos estaban de pie alrededor del cuerpo de Pablo, lamentándose por él, a quien suponían muerto, cuando de repente levantó la cabeza y se puso de pie con la alabanza de Dios en sus labios. A los discípulos esto les pareció una resurrección de entre los muertos, un milagro de Dios para preservar la vida de su siervo fiel. Se regocijaron con inefable alegría por su restauración y alabaron a Dios con fe renovada en la doctrina predicada por los apóstoles.

Estos discípulos se habían convertido recientemente a la fe a través de las enseñanzas de Pablo y se habían mantenido firmes a pesar de la tergiversación y la persecución maligna de los judíos. De hecho, la irrazonable oposición de aquellos hombres inicuos sólo había confirmado a estos devotos hermanos en la fe de Cristo; y la restauración de la vida de Pablo pareció poner el sello de Dios sobre su creencia.

Timoteo se había convertido por medio del ministerio de Pablo, y fue testigo ocular de los sufrimientos del apóstol en esta ocasión. Se paró junto a su cuerpo aparentemente muerto y lo vio levantarse, magullado y cubierto de sangre, no con gemidos ni murmuraciones en sus labios, sino con alabanzas a Jesucristo, que se le permitió sufrir por su nombre. En una de las epístolas de Pablo a Timoteo se refiere a su conocimiento personal de este hecho. Timoteo se convirtió en la ayuda más importante para Pablo y para la iglesia. Fue el compañero fiel del apóstol en sus pruebas y en sus alegrías. [368]

El padre de Timoteo era griego; pero su madre era judía, y él había sido completamente educado en la religión judía.

Capítulo 29—Judío y gentil

Al día siguiente del apedreamiento de Pablo, los apóstoles abandonaron la ciudad, siguiendo las instrucciones de Cristo: “Cuando os persiguieren en esta ciudad, huid a la otra”. Partieron hacia Derbe, donde sus labores fueron bendecidas al llevar a muchas almas a abrazar la verdad. Pero tanto Pablo como Bernabé regresaron nuevamente para visitar Antioquía, Iconio y Listra, los campos de trabajo donde habían enfrentado tanta oposición y persecución. En todos aquellos lugares hubo muchas almas que creyeron la verdad; y los apóstoles sintieron que era su deber fortalecer y animar a sus hermanos que estaban expuestos al oprobio y la amarga oposición. Estaban decididos a cerrar bien la obra que habían hecho, para que no se deshiciera.

Las iglesias se organizaron debidamente en los lugares antes mencionados, se nombraron ancianos en cada iglesia y se estableció allí el orden y el sistema adecuados. Pablo y Bernabé trabajaron en Antioquía algún tiempo; y muchos gentiles allí abrazaron la doctrina de Cristo. Pero ciertos judíos de Judea provocaron una consternación general entre los creyentes [369] gentiles al agitar la cuestión de la circuncisión. Afirmaron, con gran seguridad, que nadie podía salvarse sin ser circuncidado y sin guardar toda la ley ceremonial.

Esta fue una pregunta importante, y que afectó a la iglesia en gran medida. Pablo y Bernabé lo enfrentaron con prontitud y se opusieron a introducir el tema a los gentiles. En esto se opusieron los judíos creyentes de Antioquía, que favorecían la posición de los de Judea. El asunto resultó en mucha discusión y falta de armonía en la iglesia, hasta que finalmente la iglesia en Antioquía, temiendo que se produciría una división entre ellos por cualquier discusión adicional sobre el asunto, decidió enviar a Pablo y Bernabé, junto con algunos hombres responsables. de Antioquía, a Jerusalén, y exponga el asunto a los apóstoles y ancianos. Allí debían reunirse con los delegados de las diferentes iglesias y con los que habían venido para asistir a las próximas fiestas anuales. Mientras tanto cesaría toda controversia, hasta que se tomara una decisión final.

hecho por los hombres responsables de la iglesia. Esta decisión sería luego universalmente aceptada por las diversas iglesias en todo el país.

Los apóstoles, al dirigirse a Jerusalén, llamaron a los hermanos de las ciudades por donde pasaban y los alentaron relatándoles su experiencia en la obra de Dios y la conversión de los gentiles a la fe. Al llegar a Jerusalén, los delegados de Antioquía relataron ante la asamblea de las iglesias el éxito que había tenido el ministerio con ellos, y la confusión que había resultado del hecho de que ciertos fariseos convertidos declararon que los gentiles convertidos debían ser circuncidados y guardados . la [370] ley de Moisés para ser salvo.

Los judíos generalmente no estaban preparados para moverse tan rápido como la providencia de Dios abrió el camino. Era evidente para ellos, por el resultado de las labores de los apóstoles entre los gentiles, que los conversos entre los últimos superarían con mucho a los conversos judíos; y que si las restricciones y ceremonias de la ley judía no se hicieran obligatorias al aceptar la fe de Cristo, las peculiaridades nacionales de los judíos, que los distinguían de todos los demás, desaparecerían finalmente de entre los que abrazaban las verdades del evangelio. .

Los judíos se habían enorgullecido de sus servicios divinamente designados; y llegaron a la conclusión de que, como Dios especificó una vez la forma hebrea de adoración, era imposible que jamás autorizara un cambio en cualquiera de sus especificaciones. Decidieron que el cristianismo debe conectarse con las leyes y ceremonias judías. Fueron lentos para discernir hasta el fin de lo que había sido abolido por la muerte de Cristo, y para percibir que todas sus ofrendas sacrificiales no habían hecho más que prefigurar la muerte del Hijo de Dios, en la cual el tipo se había encontrado con su antitipo, dejando sin valor el ceremonias divinamente designadas y sacrificios de la religión judía.

Pablo se había enorgullecido de su rigor farisaico; pero después de la revelación de Cristo a él en el camino a Damasco, la misión del Salvador, y su propia obra en la conversión de los gentiles, fueron claras para su mente; y comprendió plenamente la diferencia entre una fe viva y un formalismo muerto. Pablo todavía afirmaba ser uno de los hijos de Abraham, y guardaba los diez mandamientos en la letra y en el espíritu tan fielmente como lo había hecho antes de su muerte .

conversión al cristianismo. Pero él sabía que las ceremonias típicas pronto cesarían del todo, ya que aquello que ellos habían proyectado se había cumplido, y la luz del evangelio derramaba su gloria sobre la religión judía, dando un nuevo significado a sus antiguos ritos.

La cuestión de la circuncisión fue discutida calurosamente en la asamblea. Los gentiles convertidos vivían en una comunidad de idólatras. Esta gente ignorante y supersticiosa hacía sacrificios y ofrendas a ídolos insensatos. Los sacerdotes de estos dioses llevaban abundante mercadería con las ofrendas que les traían; y los judíos temían que los gentiles conversos desacreditaran al cristianismo comprando aquellas cosas que habían sido ofrecidas a los ídolos, y por lo tanto sancionando, en alguna medida, un culto idólatra.

También los gentiles estaban acostumbrados a comer carne de animales que había sido estrangulado; mientras que los judíos habían sido instruidos divinamente con respecto a la comida que debían usar. Eran cuidadosos, al matar animales, de que la sangre fluyera del cuerpo, de lo contrario no se consideraría como carne saludable. Dios había dado estos mandamientos a los judíos con el propósito de preservar su salud y fortaleza. Los judíos consideraban pecaminoso usar la sangre como artículo de dieta. Ellos consideraban que la sangre era la vida; que el derramamiento de sangre era consecuencia del pecado, y era un emblema sagrado del Hijo de Dios.

Los gentiles, por el contrario, practicaban recoger la sangre que [372] fluía de la víctima del sacrificio, y beberla, o usarla en la preparación de su comida. Los judíos no podían cambiar las costumbres que habían observado durante tanto tiempo y que habían adoptado bajo la dirección especial de Dios. Por lo tanto, tal como estaban las cosas entonces, si judíos y gentiles venían a comer en la misma mesa, los primeros se escandalizarían e indignarían por los hábitos y modales de los segundos.

Los gentiles, y especialmente los griegos, eran extremadamente licenciosos; y muchos, al aceptar el cristianismo, habían unido la verdad a su naturaleza no santificada y continuaban practicando la fornicación. Los judíos cristianos no podían tolerar tal inmoralidad, que ni siquiera los griegos consideraban criminal. Los judíos, por lo tanto, consideraban muy apropiado que la circuncisión y la observancia de la ley ceremonial fueran llevadas a los gentiles conversos como prueba

de su sinceridad y devoción. Creyeron que esto impediría la adhesión a la iglesia de aquellos que se dejaban llevar por el mero sentimiento, o que adoptaban la fe sin una verdadera conversión de corazón, y que luego podrían deshonorar la causa por la inmoralidad y los excesos.

Las cuestiones así puestas bajo la consideración del concilio parecían presentar dificultades insuperables, vistas bajo cualquier luz. Pero el Espíritu Santo, en realidad, ya había resuelto este problema, de cuya decisión dependía la prosperidad, e incluso la existencia, de la iglesia cristiana. La gracia, la sabiduría y el juicio santificado fueron dados a los apóstoles para decidir la cuestión controvertida.

Pedro razonó que el Espíritu Santo había decidido el asunto al descender con igual poder sobre los gentiles incircuncisos y los judíos circuncisos. Relató su visión, en la que Dios [373] le había presentado una sábana llena de toda clase de bestias de cuatro patas, y le había ordenado que matara y comiera; que cuando se negó, afirmando que nunca había comido nada común o inmundo, Dios había dicho: "Lo que Dios limpió, no lo llames tú común".

Relató la clara interpretación de estas palabras, que le fue dada casi inmediatamente en su citación para ir al centurión gentil e instruirlo en la fe de Cristo. Este mensaje mostró que Dios no hacía acepción de personas, sino que aceptaba y reconocía a los que le temían y hacían justicia.

Pedro habló de su asombro cuando, al hablar las palabras de verdad a los gentiles, vio que el Espíritu Santo se posesionaba de sus oyentes, tanto judíos como gentiles. La misma luz y gloria que se reflejaba en los judíos circuncisos, resplandecía también en los semblantes de los gentiles incircuncisos. Esta fue la advertencia de Dios de que no debía considerar al uno como inferior al otro; porque la sangre de Jesucristo podía limpiar de toda inmundicia.

Pedro había discutido una vez antes, de la misma manera, con sus hermanos acerca de la conversión de Cornelio y sus amigos, y su comunión con ellos. En esa ocasión había relatado cómo el Espíritu Santo cayó sobre ellos, y dijo: "Puesto que Dios les dio a ellos el mismo don que a nosotros, que creímos en el Señor Jesucristo, ¿qué era yo para resistir a Dios? ?" Ahora, con igual fervor y fuerza, dijo: "Dios, que conoce los corazones, les dio testimonio, dándoles el Espíritu Santo, tal como lo hizo con nosotros, y no hizo diferencia entre nosotros y ellos, purificando sus corazones por la fe. . [374]

Ahora pues, ¿por qué tentáis a Dios poniendo sobre la cerviz de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido llevar?

Este yugo no era la ley de los diez mandamientos, como afirman los que se oponen a la obligatoriedad de la ley; pero Pedro se refirió a la ley de las ceremonias, que fue anulada y sin efecto por la crucifixión de Cristo. Este discurso de Pedro llevó a la asamblea a un punto en el que pudieron escuchar con razón a Pablo y Bernabé, quienes relataron su experiencia en el trabajo entre los gentiles. “Entonces toda la multitud guardó silencio y oyó a Bernabé y a Pablo, que contaban las señales y prodigios que Dios había hecho por medio de ellos entre los gentiles”.

Santiago dio su testimonio con decisión: que Dios se propuso traer a los gentiles para que disfrutaran de todos los privilegios de los judíos. El Espíritu Santo vio bien no imponer la ley ceremonial a los gentiles conversos; y los apóstoles y ancianos, después de una cuidadosa investigación del tema, vieron el asunto bajo la misma luz, y su mente era como la mente del Espíritu de Dios. Santiago presidió el concilio, y su decisión final fue: “Por tanto, mi sentencia es que no molestemos a los que de entre los gentiles se vuelven a Dios”.

Esto terminó la discusión. En este caso tenemos una refutación de la doctrina sostenida por la Iglesia Católica Romana—que Pedro era la cabeza de la iglesia. Aquellos que, como Papas, han pretendido ser sus sucesores, no tienen fundamento para sus pretensiones. Nada en la vida de Pedro sanciona esas pretendidas afirmaciones. Si los supuestos sucesores de Pedro hubieran imitado su ejemplo, no habrían tomado una posición de autoridad, sino una posición de igualdad con aquella de sus hermanos.

James, en este caso, parece haber sido elegido para decidir el asunto que se presentó ante el concilio. Fue su sentencia que la ley ceremonial, y especialmente la ordenanza de la circuncisión, de ninguna manera se instó a los gentiles, ni siquiera se les recomendó. Santiago trató de inculcar a sus hermanos el hecho de que los gentiles, al volverse de la idolatría a Dios, hicieron un gran cambio en su fe; y que se debe tener mucha precaución de no turbar sus mentes con preguntas desconcertantes y dudosas, para que no se desanimen en seguir a Cristo.

Los gentiles, sin embargo, no debían tomar ningún curso que materialmente entrara en conflicto con los puntos de vista de sus hermanos judíos, o que

crearía prejuicio en sus mentes contra ellos. Por lo tanto, los apóstoles y los ancianos acordaron instruir a los gentiles por carta para que se abstuvieran de las carnes ofrecidas a los ídolos, de la fornicación, de las cosas estranguladas y de la sangre. Se les exigía guardar los mandamientos y llevar una vida santa. A los gentiles se les aseguró que los hombres que les habían instado a la circuncisión no estaban autorizados por los apóstoles para hacerlo .

Pablo y Bernabé les fueron recomendados como hombres que habían arriesgado sus vidas por el Señor. Judas y Silas fueron enviados con estos apóstoles para declarar a los gentiles, de boca en boca, la decisión del concilio: "Porque pareció bien al Espíritu Santo y a nosotros no imponerles cargas mayores que estas cosas necesarias : que os abstengáis de lo sacrificado a los ídolos, y de sangre, y de lo estrangulado, y de fornicación, de las cuales si os guardareis, bien haréis." Los cuatro siervos de Dios fueron [376] enviados a Antioquía con la epístola y el mensaje, que puso fin a toda controversia; porque era la voz de la máxima autoridad sobre la tierra.

El concilio que decidió este caso estaba compuesto por los fundadores de las iglesias cristianas judías y gentiles. Estaban presentes los ancianos de Jerusalén y los diputados de Antioquía; y las iglesias más influyentes estuvieron representadas. El concilio no pretendió infalibilidad en sus deliberaciones, sino que se movió desde los dictados del juicio ilustrado, y con la dignidad de una iglesia establecida por la voluntad divina. Vieron que Dios mismo había decidido esta cuestión favoreciendo a los gentiles con el Espíritu Santo; y les quedó a ellos seguir la guía del Espíritu.

Todo el cuerpo de cristianos no fue llamado a votar sobre la cuestión. Los apóstoles y ancianos —hombres de influencia y juicio— formularon y emitieron el decreto, que luego fue generalmente aceptado por las iglesias cristianas. Sin embargo, no todos estaban contentos con esta decisión; había una facción de falsos hermanos que asumían dedicarse a una obra bajo su propia responsabilidad. Se permitieron murmurar y criticar, proponiendo nuevos planes y tratando de derribar la obra de los hombres experimentados que Dios había ordenado para enseñar la doctrina de Cristo. La iglesia ha tenido tales obstáculos que enfrentar desde el principio, y siempre los tendrá hasta el fin de los tiempos.

Jerusalén era la metrópolis de los judíos, y allí se encontraba el mayor exclusivismo y fanatismo. Los judíos cristianos que

vivido a la vista del templo permitiría naturalmente que sus mentes [377] regresaran a los peculiares privilegios de los judíos como nación. Cuando vieron que el cristianismo se apartaba de las ceremonias y tradiciones del judaísmo, y percibieron que la peculiar santidad con la que habían sido investidas las costumbres judías pronto se perdería de vista a la luz de la nueva fe, muchos se indignaron contra Pablo, como alguien que había causado, en gran medida, este cambio. Incluso los discípulos no estaban todos preparados para aceptar voluntariamente la decisión del concilio. Algunos eran celosos de la ley ceremonial y miraban a Pablo con celo, porque pensaban que sus principios eran poco estrictos con respecto a la obligación de la ley judía.

Cuando Pedro, en una fecha posterior, visitó Antioquía, actuó de acuerdo con la luz que le fue dada del Cielo y la decisión del concilio. Superó su prejuicio natural hasta el punto de sentarse a la mesa con los gentiles conversos. Pero cuando vinieron de Jerusalén ciertos judíos que eran muy celosos de la ley ceremonial, cambió su conducta hacia los conversos del paganismo en un grado tan marcado que dejó una impresión muy dolorosa en sus mentes. Muchos siguieron el ejemplo de Peter. Incluso Bernabé fue influenciado por el proceder imprudente del apóstol; y se amenazó una división en la iglesia. Pero Pablo, que vio el mal hecho a la iglesia por la doble actuación de Pedro, lo reprendió abiertamente por disfrazar así sus verdaderos sentimientos.

Peter vio el error en el que había caído, y de inmediato se dispuso a repararlo en la medida de lo posible. Dios, que conoce el fin desde el principio, permitió que Pedro mostrara esta debilidad de carácter, para que pudiera ver que no había nada en sí mismo de lo que pudiera jactarse. Dios también vio que, en el tiempo venidero, algunos serían tan engañados como para reclamar para Pedro y sus pretendidos sucesores, prerrogativas exaltadas que pertenecen solo a Dios; y esta historia de la debilidad del apóstol habría de quedar como prueba de su falibilidad humana, y del hecho de que él no estaba de ninguna manera por encima del nivel de los otros apóstoles.

* * * * *

Capítulo 30—Encarcelamiento de Pablo y Silas

Después de un tiempo, Pablo volvió a visitar Listra, donde los paganos lo habían saludado como a un Dios; donde los judíos opositores habían seguido su rastro, y mediante la falsedad y la tergiversación habían convertido la reverencia de la gente en insultos, abusos y la determinación de matarlo. Sin embargo, lo encontramos de nuevo en la escena de su peligro anterior, buscando allí el fruto de su trabajo.

Encontró que los convertidos a Cristo no habían sido intimidados por la violenta persecución de los apóstoles; sino que, por el contrario, fueron confirmados en la fe, creyendo que a través de las pruebas y los sufrimientos se alcanzaría el reino de Cristo.

Pablo descubrió que Timoteo estaba estrechamente ligado a él por los lazos de la unión cristiana. Este hombre había sido instruido en las Sagradas Escrituras desde su niñez y educado para una vida estrictamente religiosa. Había sido testigo de los sufrimientos de Pablo en su anterior visita a Listra, y los lazos de la simpatía cristiana habían unido firmemente su corazón al del apóstol. En consecuencia, Pablo pensó que era mejor llevar a Timoteo con él para que lo ayudara en sus labores.

La extrema cautela de Pablo se manifiesta en este acto. tenía [379] Rechazó la compañía de Mark, porque no se atrevió a confiar en él en una emergencia. Pero en Timoteo vio a alguien que apreciaba plenamente la obra ministerial, que respetaba su posición y no se horrorizaba ante la perspectiva del sufrimiento y la persecución. Sin embargo, no se atrevió a aceptar a Timoteo, un joven inexperto, sin indagar diligentemente en cuanto a su vida y carácter. Después de satisfacerse plenamente en esos puntos, Pablo recibió a Timoteo como su colaborador e hijo en el evangelio.

Pablo, con su habitual buen juicio, hizo circuncidar a Timoteo; no que Dios lo requiriera, sino para remover de la mente de los judíos un obstáculo para el ministerio de Timoteo. Pablo debía trabajar de lugar en lugar en las sinagogas, y allí predicar a Cristo. Si su compañero fuese conocido como incircunciso, pues, la obra de ambos se vería muy entorpecida por el prejuicio

y el fanatismo de la gente. El apóstol en todas partes encontró una tormenta de persecución. Deseaba llevar a los judíos al cristianismo y procuró, en la medida en que fuera compatible con la fe, eliminar todo pretexto de oposición. Sin embargo, mientras concedía esto al prejuicio judío, su fe y sus enseñanzas declaraban que la circuncisión o la incircuncisión no eran nada, pero el evangelio de Cristo lo era todo.

En Filipos, Lidia, de la ciudad de Tiatira, escuchó a los apóstoles y su corazón se abrió para recibir la verdad. Ella y su casa se convirtieron y bautizaron, y suplicó a los apóstoles que hicieran de su casa su hogar.

Día tras día, mientras iban a sus devociones, una mujer [380] con el espíritu de adivinación los seguía, clamando: "Estos hombres son los siervos del Dios Altísimo, que nos muestran el camino de la salvación". Esta mujer era un agente especial de Satanás; y, como los demonios estaban turbados por la presencia de Cristo, así el espíritu maligno que la poseía se sentía incómodo en la presencia de los apóstoles. Satanás sabía que su reino estaba invadido, y tomó esta forma de oponerse a la obra de los ministros de Dios. Las palabras de recomendación pronunciadas por esta mujer fueron un daño a la causa, distrayendo la mente de la gente de las verdades que se les presentaban y desacreditando la obra al hacer que la gente creyera que los hombres que hablaron con el Espíritu y el poder de Dios fueron impulsados por el mismo espíritu que este emisario de Satanás.

Los apóstoles soportaron esta oposición durante varios días; entonces Pablo, bajo la inspiración del Espíritu de Dios, ordenó al espíritu maligno que abandonara a la mujer. Satanás fue así enfrentado y reprendido. El silencio inmediato y continuado de la mujer testificó que los apóstoles eran siervos de Dios, y que el demonio los había reconocido como tal, y había obedecido su mandato. Cuando la mujer fue despojada del espíritu del diablo y restaurada a sí misma, sus amos se alarmaron por su astucia. Vieron que se había acabado toda esperanza de recibir dinero de sus adivinaciones y adivinos, y se dieron cuenta de que, si a los apóstoles se les permitía continuar con su trabajo, su propia fuente de ingresos pronto sería cortada por completo .

Por lo tanto, se elevó un gran clamor contra los siervos de Dios, porque muchos estaban interesados en ganar dinero mediante engaños satánicos.

[381] Trajeron a los apóstoles ante los magistrados con la acusación de que

“Estos hombres, siendo judíos, alborotan mucho nuestra ciudad, y enseñan costumbres que no nos es lícito recibir a nosotros, que somos romanos”.

Satanás provocó un frenesí entre la gente. El espíritu de turba prevaleció y fue sancionado por las autoridades, quienes, con sus manos oficiales, rasgaron las vestiduras de los apóstoles y ordenaron que fueran azotados. “Y cuando les hubieron puesto muchos azotes, los echaron en la cárcel, encargando al carcelero que los guardara; quienes, habiendo recibido tal acusación, los metieron en la prisión interior y les sujetaron los pies en el cepo”.

Los apóstoles quedaron en una condición muy dolorosa. Sus espaldas laceradas y sangrantes estaban en contacto con el suelo de piedra áspera, mientras que sus pies estaban elevados y atados firmemente en el cepo.

En esta posición antinatural sufrieron una tortura extrema; sin embargo, no gemían ni se quejaban, sino que conversaban y se animaban unos a otros, y alababan a Dios con corazones agradecidos por haber sido hallados dignos de sufrir vergüenza por su amado nombre. Pablo recordó la persecución que había sido instrumental en amontonar sobre los discípulos de Cristo, y estaba devotamente agradecido de que sus ojos se hubieran abierto para ver, y su corazón para sentir, las gloriosas verdades del evangelio del Hijo de Dios, y que había tenido el privilegio de predicar la doctrina que una vez había despreciado.

Allí, en la oscuridad total y la desolación de la mazmorra, Pablo y Silas oraron y cantaron canciones de alabanza a Dios. Los otros presos escucharon con asombro la voz de oración y alabanza que salía de la prisión interior. Estaban acostumbrados a oír gritos y gemidos, maldiciones y juramentos, rompiendo de noche el silencio de la prisión; pero nunca antes habían oído las palabras de oración y alabanza que ascendían desde aquella celda lúgubre. Los guardias y los prisioneros se maravillaron de quiénes eran estos hombres que, fríos, hambrientos y torturados, aún podían regocijarse y conversar alegremente entre ellos.

Mientras tanto, los magistrados habían regresado a sus casas felicitándose por haber sofocado un tumulto con sus prontas y decisivas medidas. Pero en el camino de regreso a casa escucharon con más detalle acerca del carácter y la obra de los hombres a quienes habían sentenciado a flagelación y prisión. También vieron a la mujer que había sido liberada de la influencia satánica y que había sido un tema muy problemático para ellos. Se sorprendieron sensiblemente por el cambio en su semblante y comportamiento. ella se había callado.

pacífica, y poseída de su sano juicio. Se indignaron consigo mismos cuando descubrieron que, con toda probabilidad, habían impuesto a dos hombres inocentes la rigurosa pena de la ley romana contra los peores criminales. Decidieron que por la mañana ordenarían que los soltaran en privado y los escoltaran a salvo fuera de la ciudad, más allá del peligro de la violencia de la turba.

Pero mientras los hombres eran crueles y vengativos, o criminalmente negligentes de las solemnes responsabilidades que recaían sobre ellos, Dios no se había olvidado de ser misericordioso con sus siervos sufrientes. Un ángel fue enviado del cielo para liberar a los apóstoles. Al acercarse a la prisión romana, la tierra tembló bajo sus pies, toda la ciudad fue sacudida por el terremoto y los muros de la prisión se tambalearon como una caña en el viento.

[383] Las puertas fuertemente cerradas se abrieron; las cadenas y grillos cayeron de las manos y los pies de todos los prisioneros.

El guardián de la cárcel había escuchado con asombro las oraciones y cantos de los apóstoles encarcelados. Cuando los hicieron entrar, vio sus heridas hinchadas y sangrantes, y él mismo hizo que les sujetaran los pies con los instrumentos de tortura. Había esperado oír amargos lamentos, gemidos e imprecaciones; pero mira! sus oídos fueron recibidos con gozosas alabanzas. Se durmió con estos sonidos en sus oídos; pero fue despertado por el terremoto y el temblor de los muros de la prisión.

Al despertar vio todas las puertas de la prisión abiertas, y su primer pensamiento fue que los presos se habían escapado. Recordó con qué explícito cargo habían sido confiados a su cuidado los prisioneros de la noche anterior, y estuvo seguro de que la muerte sería la pena de su aparente infidelidad. Gritó en la amargura de su espíritu que era mejor para él morir por su propia mano que someterse a una ejecución vergonzosa. Estaba a punto de suicidarse, cuando Pablo gritó a gran voz: "No te hagas daño a ti mismo; porque todos estamos aquí."

La severidad con que el carcelero había tratado a los apóstoles no había despertado su resentimiento, o le habrían permitido suicidarse. Pero sus corazones estaban llenos del amor de Cristo, y no guardaban maldad contra sus perseguidores. El carcelero dejó caer su espada y pidió fuego. Se apresuró a entrar en la mazmorra interior y se postró ante Pablo y Silas, rogándoles perdón. Él

Entonces los llevó al patio abierto y les preguntó: "Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?"

Había temblado a causa de la ira de Dios expresada en el [384] terremoto; había estado dispuesto a morir por su propia mano por temor a la pena de la ley romana, cuando pensó que los prisioneros se habían escapado; pero ahora todas estas cosas eran de poca importancia para él en comparación con el nuevo y extraño temor que agitaba su mente, y su deseo de poseer esa tranquilidad y alegría manifestada por los apóstoles bajo su extremo sufrimiento y abuso. Vio la luz del Cielo reflejada en sus rostros; sabía que Dios se había interpuesto de manera milagrosa para salvarles la vida; y las palabras de la mujer poseída por el poder de la adivinación vinieron a su mente con una fuerza peculiar: "Estos hombres son los siervos del Dios Altísimo, que nos muestran el camino de la salvación".

Vio su propia condición deplorable en contraste con la de los discípulos, y con profunda humildad y reverencia les pidió que le mostraran el camino de la vida. "Y dijeron: Cree en el Señor Jesucristo, y serás salvo, tú y tu casa. Y le hablaron la palabra del Señor, y a todos los que estaban en su casa." Entonces el carcelero lavó las heridas de los apóstoles y les atendió; y fue bautizado por ellos. Una influencia santificadora se extendió entre los reclusos de la prisión, y los corazones de todos se abrieron para recibir las verdades pronunciadas por los apóstoles. Estaban convencidos también de que el Dios vivo, a quien estos hombres servían, los había liberado milagrosamente de la esclavitud.

Los ciudadanos habían estado muy aterrorizados por el terremoto. Cuando los oficiales informaron a los magistrados por la mañana de lo que había ocurrido en la prisión, se alarmaron y enviaron a los sargentos para [385] liberar a los apóstoles de la prisión. "Pero Pablo les dijo: Nos han azotado abiertamente, sin condenarnos, siendo romanos, y nos han echado en la cárcel; ¿Y ahora nos echan fuera en secreto? no, en verdad; pero que vengan ellos mismos y nos saquen.

Pablo y Silas sintieron que para mantener la dignidad de la iglesia de Cristo, no debían someterse al curso ilegal propuesto por los magistrados romanos. Los apóstoles eran ciudadanos romanos, y era ilegal azotar a un romano, salvo por el delito más flagrante, o privarlo de su libertad sin un juicio justo y una condena. Habían sido encarcelados públicamente y ahora se negaban a ser privados.

puesto en libertad, sin los debidos reconocimientos por parte del magistratos

Cuando se llevó esta palabra a las autoridades, se alarmaron por temor a que los apóstoles se quejaran de su tratamiento ilegal al emperador y causaran que los magistrados perdieran sus cargos. En consecuencia, visitaron la prisión, se disculparon con los apóstoles por su injusticia y crueldad, y ellos mismos los sacaron de la prisión y les rogaron que salieran de la ciudad. Así obró el Señor por sus siervos en su aflicción.

Los magistrados les rogaron que se fueran, porque temían su influencia sobre el pueblo y el poder del Cielo que se había interpuesto en favor de aquellos hombres inocentes que habían sido ilegalmente azotados y encarcelados. Actuando sobre los principios que les dio Cristo, los apóstoles no instarían su presencia donde no se deseaba. Cumplieron con el pedido de los magistrados, pero no apresuraron [386] su partida precipitadamente. Fueron gozosos de la prisión a la casa de Lidia, donde conocieron a los nuevos convertidos a la fe de Cristo, y relataron todos los tratos maravillosos de Dios con ellos. Ellos relataron la experiencia de su noche, y la conversión del guardián de la prisión, y de los presos.

Los apóstoles vieron sus labores en Filipos como no en vano. Allí encontraron mucha oposición y persecución; pero la intervención de la Providencia en favor de ellos, y la conversión del carcelero y toda su casa, más que expiaron la desgracia y el sufrimiento que habían soportado. Los filipenses vieron representado en el porte y presencia de ánimo de los apóstoles el espíritu de la religión de Jesucristo. Los apóstoles podrían haber huido cuando el terremoto abrió las puertas de su prisión y aflojó sus cadenas; pero eso hubiera sido un reconocimiento de que eran criminales, lo cual hubiera sido una deshonra para el evangelio de Cristo; el carcelero habría estado expuesto a la pena de muerte, y la influencia general habría sido mala. Así las cosas, Paul controló a los prisioneros liberados tan perfectamente que ninguno intentó escapar.

Los filipenses no podían sino reconocer la nobleza y generosidad de los apóstoles en su curso de acción, especialmente en abstenerse de apelar a un poder superior contra los magistrados que los habían perseguido. La noticia de su injusto encarcelamiento y milagrosa liberación corrió por toda aquella regi

los apóstoles y su ministerio ante la atención de un gran número que de otro modo no habría sido alcanzado. El cristianismo se colocó en un plano elevado y los convertidos a la fe se fortalecieron grandemente.

Así tenemos el establecimiento de la iglesia en Filipos bajo [387] circunstancias peculiares, y su número aumentó constantemente.

Entre ellos había hombres ricos e influyentes, cuya noble generosidad y pronta simpatía estaban siempre del lado de lo correcto. A menudo venían en ayuda de los apóstoles en su aflicción y necesidad pecuniaria.

Pablo dijo de estos hermanos: “Y vosotros, filipenses, sabed también que al principio del evangelio, cuando partí de Macedonia, ninguna iglesia se comunicó conmigo en cuanto a dar y recibir, sino vosotros solos. Porque aun a Tesalónica me enviasteis una y otra vez para mis necesidades.”

También envía saludos de los hermanos a la casa de César ; porque los oficiales al servicio del emperador se habían convertido bajo la labor de los apóstoles, y mediante la maravillosa manifestación de Dios en su liberación de la prisión.

* * * * *

Capítulo 31—Oposición en Tesalónica

Después de dejar Filipos, Pablo y Silas se dirigieron a Tesalónica. Tuvieron el privilegio de dirigirse a una gran concurrencia de personas en la sinagoga, con buenos resultados. Su apariencia evidenciaba su reciente trato vergonzoso y requería una explicación de lo que habían soportado. Esto lo hicieron sin exaltarse a sí mismos, sino magnificando la gracia de Dios, que había obrado su liberación. Los apóstoles, sin embargo, sintieron que no tenían [388] tiempo para detenerse en sus propias aflicciones. Estaban cargados con el mensaje de Cristo y profundamente fervientes en su obra.

Pablo hizo claras las profecías del Antiguo Testamento relacionadas con el Mesías, y la concordancia de esas profecías con la vida y las enseñanzas de Cristo, en la mente de todos sus oyentes que aceptarían evidencia sobre el tema. Cristo en su ministerio había abierto la mente de sus discípulos a las escrituras del Antiguo Testamento; “comenzando por Moisés y por los profetas, les explicó en todas las Escrituras lo que se refería a él”. Pedro, al predicar a Cristo, produjo su evidencia de las escrituras del Antiguo Testamento, comenzando con Moisés y los profetas. Esteban siguió el mismo camino, y Pablo siguió estos ejemplos, dando pruebas inspiradas con respecto a la misión, el sufrimiento, la muerte, la resurrección y la ascensión de Cristo. Probó claramente su identidad con el Mesías, a través del testimonio de Moisés y de los profetas; y mostró que era la voz de Cristo la que habló a través de los profetas y patriarcas desde los días de Adán hasta ese tiempo.

Mostró cuán imposible era para ellos explicar la pascua sin Cristo, como se revela en el Antiguo Testamento; y que la serpiente de bronce levantada en el desierto simbolizaba a Jesucristo, quien fue levantado sobre la cruz. Les enseñó que todos sus servicios y ceremonias religiosas habrían sido inútiles si ahora rechazaran al Salvador, quien les fue revelado y quien estaba representado en esas ceremonias. les mostró

que Cristo fue la llave que abrió el Antiguo Testamento y dio acceso a sus ricos tesoros.

Así Pablo predicó a los tesalonicenses tres sábados sucesivos . baños, razonando con ellos de las Escrituras, sobre la vida, muerte y resurrección de Cristo. Les mostró que la expectativa de los judíos con respecto al Mesías no era conforme a la profecía, que había anunciado que un Salvador vendría en humildad y pobreza, para ser rechazado, despreciado y muerto.

Declaró que Cristo vendría por segunda vez con poder y gran gloria, y establecería su reino sobre la tierra, subyugando toda autoridad y gobernando sobre todas las naciones. Pablo era adventista; presentó el importante evento de la segunda venida de Cristo con tal poder y razonamiento que una profunda impresión, que nunca se desvaneció, quedó en la mente de los tesalonicenses.

Tenían una gran fe en la segunda venida de Cristo y temían mucho no vivir para presenciar el evento. Pablo, sin embargo, no los dejó con la impresión de que Cristo vendría en su día. Los refirió a los próximos eventos que deben ocurrir antes de que llegue ese momento. Les advirtió que “ no se desanimen, ni se turben de espíritu, ni de palabra, ni de carta como nuestra, como que el día de Cristo está cerca. Que nadie os engañe de ninguna manera; porque no vendrá ese día sin que antes venga la apostasía, y se manifieste el hombre de pecado, el hijo de perdición.”

Pablo previó que había peligro de que sus palabras fueran mal interpretadas, y que algunos afirmarían que él, por revelación especial, advirtió a la gente de la venida inmediata de Cristo. Sabía que esto causaría confusión de fe; porque la desilusión generalmente trae [390] incredulidad. Por lo tanto, advirtió a los hermanos que no recibieran tal mensaje como si viniera de él.

En su Epístola a los Tesalonicenses, Pablo les recuerda su manera de trabajar entre ellos. [1 Tesalonicenses 2:1-4](#). Declara que no buscó ganar almas a través de la adulación, el engaño o la astucia. “Pero como Dios nos permitió que se nos confiara el evangelio, así hablamos; no como para agradar a los hombres, sino a Dios, que prueba nuestros corazones.” Pablo reprendió y advirtió a sus conversos con la fidelidad de un padre a sus hijos, mientras que, al mismo tiempo, los cuidaba con tanta ternura como una madre afectuosa lo haría con su hijo.

Cuando los judíos vieron que los apóstoles tenían éxito en obtener grandes congregaciones; que muchos estaban aceptando sus doctrinas, entre ellos las principales mujeres de la ciudad y multitudes de gentiles, se llenaron de envidia y celos. Estos judíos no estaban entonces a favor del poder romano, porque habían levantado una insurrección en la metrópoli no mucho antes de este tiempo. Fueron mirados con sospecha, y su libertad fue, en cierta medida, restringida. Ahora vieron la oportunidad de aprovechar las circunstancias para restablecerse en el favor y, al mismo tiempo, arrojar reproches sobre los apóstoles y los convertidos al cristianismo.

Esto lo pusieron a hacer representando que los líderes en la nueva doctrina estaban levantando un tumulto entre la gente. En consecuencia, excitaron las pasiones de la muchedumbre despreciable con falsedades astutamente ideadas, y los incitaron a realizar un estruendoso asalto contra la casa de Jasón, el hogar temporal de los apóstoles. Esto [391] lo hicieron con una furia más parecida a la de las fieras que a la de los hombres. Los judíos les habían ordenado que sacaran a Pablo y Silas y los arrastraran ante las autoridades, acusándolos de crear todo este alboroto y de provocar una insurrección.

Sin embargo, cuando entraron en la casa, encontraron que los apóstoles no estaban allí. Amigos que se habían dado cuenta de lo que estaba a punto de ocurrir, los sacaron rápidamente de la ciudad y partieron hacia Berea. En su loca decepción por no encontrar a Pablo y Silas, la turba agarró a Jasón ya su hermano, y los arrastró ante las autoridades con la queja: "Estos que han trastornado el mundo entero también han venido acá; a quien Jasón ha recibido; y todos estos hacen contrariamente a los decretos de César, diciendo que hay otro rey, un solo Jesús."

Los judíos interpretaron las palabras de Pablo en el sentido de que Cristo vendría por segunda vez en esa generación y reinaría sobre la tierra como rey sobre todas las naciones. La acusación se presentó contra los apóstoles con tanta determinación que los magistrados la dieron crédito y pusieron a Jasón bajo cadenas para mantener la paz, ya que Pablo y Silas no se encontraban. Los judíos perseguidores se jactaban de haber ganado la confianza de los magistrados con su conducta hacia los cristianos y establecido su reputación como ciudadanos leales, mientras que al mismo tiempo habían satisfecho su malicia hacia l

apóstoles, y transfirió la sospecha que hasta ahora había descansado sobre ellos mismos a los conversos al cristianismo.

En su primera Epístola a los Tesalonicenses, Pablo dice: "Porque nuestro evangelio no llegó a vosotros sólo de palabra, sino también en poder, en el Espíritu Santo y en gran certidumbre; como sabéis qué clase de [392] hombres éramos entre vosotros por causa de vosotros. Y habéis llegado a ser seguidores nuestros y del Señor, habiendo recibido la palabra en medio de mucha tribulación, con gozo del Espíritu Santo; para que seáis ejemplos de todos los que creen en Macedonia y Acaya.

Los que predicán verdades impopulares en nuestros días encuentran una resistencia decidida, como los apóstoles. No necesitan esperar una recepción más favorable de parte de una gran mayoría de cristianos profesos que la que recibió Pablo de parte de sus hermanos judíos. Habrá una unión de elementos opuestos contra ellos; porque por muy diversas que sean las diferentes organizaciones en sus sentimientos y fe religiosa, sus fuerzas están unidas para pisotear el cuarto mandamiento de la ley de Dios.

Los que no aceptan la verdad por sí mismos son los más celosos de que otros no la reciban; y no faltan los que con perseverancia fabrican falsedades, y agitan las bajas pasiones del pueblo para anular la verdad de Dios. Pero los mensajeros de Cristo deben armarse de vigilancia y oración, y avanzar con fe, firmeza y valor, y, en el nombre de Jesús, mantenerse en su trabajo como lo hicieron los apóstoles. Deben hacer sonar la nota de advertencia al mundo, enseñando a los transgresores de la ley lo que es el pecado, y señalándolos a Jesucristo como su gran y único remedio.

[393]

Capítulo 32—Pablo en Berea y Atenas

En Berea Pablo nuevamente comenzó su obra yendo a la sinagoga de los judíos para predicar el evangelio de Cristo. Él dice de ellos: “Estos eran más nobles que los de Tesalónica, en cuanto que recibieron la palabra con toda prontitud, y escudriñaban las Escrituras cada día para ver si estas cosas eran así. Por tanto, muchos de ellos creyeron; también de mujeres honradas que eran griegas, y de hombres, no pocos.”

En la presentación de la verdad, aquellos que sinceramente deseen estar en lo correcto serán despertados a un escudriñamiento diligente de las Escrituras. Esto producirá resultados similares a los que asistieron a las labores de los apóstoles en Berea. Pero aquellos que predicán la verdad en estos días se encuentran con muchos que son opuestos a los de Berea. No pueden refutar la doctrina que se les presenta, sin embargo, manifiestan la mayor renuencia a investigar la evidencia ofrecida a su favor, y asumen que incluso si es la verdad, es un asunto de poca importancia si la aceptan o no como tal. Piensan que su antigua fe y costumbres son lo suficientemente buenas para ellos. Pero el Señor, que envió a sus embajadores con un mensaje al mundo, hará responsable al pueblo por la manera en que trate las palabras de sus siervos. Dios juzgará a todos de acuerdo con la luz que les ha sido presentada, les sea clara o no. Es su deber investigar como lo hicieron los bereanos. El Señor dice a través del [394] profeta Oseas: “Mi pueblo es destruido por falta de conocimiento; porque has rechazado el conocimiento, yo también te rechazaré a ti”.

La mente de los bereanos no estaba estrechada por los prejuicios y estaban dispuestos a investigar y recibir las verdades predicadas por los apóstoles. Si la gente de nuestro tiempo siguiera el ejemplo de los nobles bereanos, escudriñando las Escrituras diariamente y comparando los mensajes que se les presentan con lo que allí está registrado, habría miles leales a la ley de Dios donde hay uno hoy. Pero muchos que profesan amar a Dios no desean cambiar del error a la verdad, y se aferran a las agradables fábulas de los últimos días.

El error ciega la mente y aleja de Dios; pero la verdad da luz a la mente y vida al alma.

Los judíos incrédulos de Tesalónica, llenos de celos y odio hacia los apóstoles, y no contentos con haberlos alejado de sus labores entre los tesalonicenses, los siguieron a Berea y nuevamente despertaron las pasiones excitables de la clase baja para que les hicieran violencia. Los maestros de la verdad fueron nuevamente expulsados de su campo de trabajo. La persecución los siguió de ciudad en ciudad. Esta precipitada retirada de Berea privó a Pablo de la oportunidad que había anticipado de visitar nuevamente a los hermanos en Tesalónica.

Aunque los opositores de la doctrina de Cristo no pudieron impedir su avance real, aun así lograron hacer la obra de los apóstoles sumamente difícil. Dios, en su providencia, permitió que Satanás impidiera que Pablo regresara a los tesalonicenses. Sin embargo, el fiel apóstol siguió adelante constantemente a través de la oposición, el conflicto y la persecución, para llevar a cabo el propósito de Dios como se le reveló en la [395] visión en Jerusalén: "Te enviaré lejos a los gentes."

De Berea Pablo fue a Atenas. Lo acompañaron en su viaje algunos de los bereanos que habían sido recientemente introducidos en la fe y que estaban deseosos de aprender más de él sobre el camino de la vida. Cuando el apóstol llegó a Atenas, envió a estos hombres de regreso con un mensaje a Silas y Timoteo para que se reunieran con él inmediatamente en esa ciudad. Timoteo había venido a Berea antes de la partida de Pablo, y se había quedado con Silas para continuar la obra tan bien comenzada allí, y para instruir a los nuevos conversos en los principios de su santa fe.

La ciudad de Atenas era la metrópoli del paganismo. Pablo no se encontró aquí con un populacho ignorante y crédulo, como en Listra; pero se encontró con un pueblo famoso por su inteligencia y educación. Las estatuas de sus dioses y los héroes deificados de la historia y la poesía aparecían en todas direcciones; mientras que la arquitectura y las pinturas magníficas también representaban la gloria nacional y la adoración popular de las deidades paganas.

Los sentidos de la gente estaban extasiados por la belleza y la gloria del arte. Santuarios y templos, que suponían un gasto incalculable, alzaban sus elevadas formas por todas partes. Las victorias de las armas y las hazañas de los hombres célebres se conmemoraban con esculturas, santuarios y tablillas. Todas estas cosas hicieron de esta renombrada ciudad una gran galería.

de arte. Y cuando Pablo miró la belleza y la grandeza que lo rodeaban, y vio la ciudad llena de ídolos, su espíritu se conmovió con celo por Dios, a quien vio deshonrado por todas partes.

[396] Su corazón estaba lleno de profunda piedad por los ciudadanos de esa gran metrópolis, quienes, a pesar de su grandeza intelectual, eran entregados a la idolatría. Pablo no se dejó engañar por la grandeza y la belleza de aquello en lo que se posaron sus ojos, ni por la sabiduría material y la filosofía que lo encontró en este gran centro de aprendizaje. Percibió que el arte humano había hecho todo lo posible para deificar el vicio y hacer atractiva la falsedad al glorificar la memoria de aquellos cuyas vidas habían sido dedicadas a inducir a los hombres a negar a Dios.

La naturaleza moral del apóstol estaba tan viva a la atracción de las cosas celestiales, que el gozo y el esplendor de esas riquezas que nunca se desvanecerían ocuparon su mente, y desvalorizaron la pompa y la gloria terrenales con las que estaba rodeado. Al ver la magnificencia de la ciudad, con sus costosos artefactos, se dio cuenta de su poder de seducción sobre las mentes de los amantes del arte y la ciencia. Su mente quedó profundamente impresionada con la importancia de la obra que tenía ante él en Atenas. Su soledad en esa gran ciudad donde no se adoraba a Dios era opresiva; y anhelaba la simpatía y la ayuda de sus compañeros de trabajo. En lo que se refiere al compañerismo humano, se sentía completamente aislado. En su Epístola a los Tesalonicenses expresa sus sentimientos con estas palabras: "Dejado en Atenas solo".

La obra de Pablo era llevar las nuevas de salvación a un pueblo que no tenía un entendimiento inteligente de Dios y sus planes. No viajaba con el propósito de hacer turismo, ni para satisfacer un deseo morboso de escenas nuevas y extrañas. Su abatimiento mental fue causado por los obstáculos aparentemente insuperables que se le presentaron para llegar a las mentes de la gente de Atenas. Afligido por la idolatría visible en todas partes a su alrededor, sintió un santo

[397] celo por la causa de su Maestro. Buscó a sus hermanos judíos y, en su sinagoga en Atenas, proclamó la doctrina de Cristo. Pero la obra principal de Pablo en esa ciudad fue tratar con el paganismo.

La religión de los atenienses, de la que se jactaban mucho, no tenía valor, porque carecía del conocimiento del Dios verdadero. Consistía, en gran parte, en la adoración del arte y en una ronda de diversión disipada y festividades. Quería la virtud de la verdadera bondad. La religión genuina da a los hombres la victoria sobre sí mismos;

pero una religión de mero intelecto y gusto carece de las cualidades esenciales para elevar a su poseedor por encima de los males de su naturaleza y conectarlo con Dios. En las mismas piedras del altar de Atenas, esta gran necesidad se expresaba con la inscripción: “Al Dios Desconocido”. Sí; aunque se jactaban de su sabiduría, riqueza y habilidad en el arte y la ciencia, los eruditos atenienses no podían sino reconocer que el gran Gobernante del universo les era desconocido.

Los grandes hombres de la ciudad parecían hambrientos de temas de discusión, en los que tendrían oportunidad de desplegar su sabiduría y oratoria. Mientras esperaba que Silas y Timoteo se reunieran con él, Pablo no estaba ocioso. “Disputaba en la sinagoga con los judíos y con los piadosos, y en la plaza todos los días con los que se reunían con él”. Los grandes hombres de Atenas no tardaron en descubrir a este singular maestro, que presentaba al pueblo doctrinas tan nuevas y extrañas.

Algunos que se enorgullecían de la extensión de su cultura intelectual entablaron conversación con él. Esto pronto atrajo a una multitud de oyentes a su alrededor. Algunos estaban dispuestos a ridiculizar al apóstol como alguien muy por debajo de ellos, social e intelectualmente, y se burlaban [398] entre ellos: “¿Qué dirá este charlatán? Otros, parece ser un presentador de dioses extraños; porque les anunció a Jesús y la resurrección.”

Los estoicos y los epicúreos se encontraron con él; pero ellos, y todos los demás que entraron en contacto con él, pronto vieron que tenía una reserva de conocimiento aún mayor que la de ellos. Su poder intelectual merecía el respeto y la atención de los más intelectuales y eruditos; mientras que su razonamiento lógico y serio, y su poder de oratoria, cautivaron a la promiscua audiencia. Así, el apóstol se mantuvo impertérrito, enfrentándose a sus opositores en su propio terreno, emparejando lógica con lógica y filosofía con filosofía.

Le recordaban a Sócrates, un gran filósofo, que fue condenado a muerte por ser un predicador de dioses extraños.

A Pablo se le aconsejó que no pusiera en peligro su vida de la misma manera. Pero el discurso del apóstol cautivó la atención de la gente; y su sabiduría imperturbable merecía su respeto y admiración. No fue silenciado por la ciencia o la ironía de los filósofos; y, después de cambiar muchas palabras con él, y satisfechos de que estaba decidido a cumplir su cometido entre ellos, y decir a

historia a toda costa, decidieron darle una oportunidad justa de hablar con la gente.

En consecuencia, lo condujeron a Mars' Hill. Este era el lugar más sagrado de toda Atenas, y sus recuerdos y asociaciones eran tales que hacían que se lo mirara con un respeto y una reverencia supersticiosos, que llegaban a temer. Aquí, el tribunal de justicia más solemne se había reunido durante mucho tiempo para decidir sobre casos criminales, [399] y para decidir cuestiones religiosas difíciles. Los jueces se sentaron al aire libre, en asientos excavados en la roca, en una plataforma a la que se ascendía por un tramo de escalones de piedra desde el valle de abajo. A poca distancia había un templo de los dioses; y los santuarios, estatuas y altares de la ciudad estaban a la vista.

Aquí, lejos del ruido y el bullicio de las calles llenas de gente, y del tumulto de las discusiones promiscuas, se podía escuchar al apóstol sin interrupción; porque la clase frívola e irreflexiva de la sociedad no se preocupaba de seguirlo a este lugar de la más alta reverencia. A su alrededor estaban reunidos poetas, artistas y filósofos, los eruditos y sabios de Atenas, quienes se dirigieron a él de esta manera: “ ¿Podemos saber cuál es esta nueva doctrina de la que hablas? porque traes ciertas cosas extrañas a nuestros oídos; sabríamos, por lo tanto, qué significan estas cosas.”

El apóstol se mantuvo tranquilo y dueño de sí mismo en esa hora de responsabilidad solemne, confiando en la seguridad divina, diseñada para un tiempo como este: “Se os dará lo que debéis decir”. Su corazón estaba cargado con su importante mensaje, y las palabras que salieron de sus labios convencieron a sus oyentes de que no era un charlatán ocioso: “Varones atenienses, percibo que en todas las cosas sois demasiado supersticiosos. Porque al pasar y contemplar vuestras devociones, encontré un altar con esta inscripción: Al Dios Desconocido. A quien, pues, adoráis con ignorancia, a él os declaro.” Con toda su inteligencia y conocimiento general, ignoraban al verdadero Dios. La inscripción sobre su altar mostraba los fuertes anhelos del alma por mayor luz. Estaban buscando a Infinito

[400] Con ferviente y ferviente elocuencia, el apóstol prosiguió: “Dios, que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo él Señor de Cielo y tierra, no habitan en templos hechos de mano; ni es adorado por manos de hombres, como si tuviera necesidad de algo, ya que él da a todos vida y aliento y todas las cosas; y ha hecho de uno

sangre todas las naciones de los hombres para habitar sobre toda la faz de la tierra, y ha fijado los tiempos antes señalados, y los límites de su habitación; que busquen al Señor, si es posible que lo busquen y lo encuentren, aunque no esté lejos de cada uno de nosotros”.

Así, de la manera más impresionante, con la mano extendida hacia el templo lleno de ídolos, Pablo derramó la carga de su alma y expuso hábilmente las falacias de la religión de los atenienses. Los más sabios de sus oyentes quedaron asombrados al escuchar su razonamiento. Sus palabras no podían ser controvertidas. Se mostró familiarizado con sus obras de arte, su literatura y su religión. Señalando sus estatuas e ídolos, les declaró que Dios no podía compararse con las formas del dispositivo del hombre. Las obras de arte no podrían, en el más mínimo sentido, representar la gloria del Dios infinito. Les recordó que sus imágenes no tenían aliento ni vida.

Estaban controlados por el poder humano; sólo podían moverse como las manos de los hombres los movían; y los que los adoraban eran superiores en todos los sentidos a lo que ellos adoraban. Señalando a los nobles especímenes de virilidad a su alrededor, declaró: “Puesto que somos linaje de Dios, no debemos pensar que la divinidad es semejante al oro, a la plata o a la piedra, tallada con arte y con la imaginación del hombre. .”

El hombre fue creado a imagen de este Dios infinito, bendecido con [401] potencia intelectual y un cuerpo perfecto y simétrico. Los cielos no son lo suficientemente grandes para contener a Dios; cuánto menos podrían contenerlo aquellos templos hechos de manos. Pablo, bajo la inspiración de su tema, se elevó por encima de la comprensión de la asamblea idólatra y procuró atraer sus mentes más allá de los límites de su religión falsa para corregir puntos de vista de la verdadera Deidad, a quien habían llamado el “Dios Desconocido”. Este Ser, que ahora les declaraba, era independiente del hombre, y no necesitaba nada de manos humanas para aumentar su poder y gloria.

La gente se dejó llevar por la admiración de la elocuencia de Pablo. Los epicúreos comenzaron a respirar más libremente, creyendo que estaba reforzando su posición, que todo tenía su origen en una ciega casualidad; y que ciertos principios gobernantes controlaban el universo. Pero su siguiente oración trajo una nube a sus frentes. Afirmó el poder creativo de Dios y la existencia de su providencia suprema. Les declaró el Dios verdadero, que es el centro viviente de gobierno.

Este Gobernante divino, en las edades oscuras del mundo, había pasado por alto la idolatría pagana; pero ahora les había enviado la luz de la verdad, por medio de su Hijo; y exigió de todos los hombres el arrepentimiento para salvación; no sólo de los pobres y humildes, sino del filósofo orgulloso y de los príncipes de la tierra. “Porque ha señalado un día, en el cual juzgará al mundo con justicia por aquel Varón a quien ha ordenado; de lo cual ha dado seguridad a todos los hombres, resucitándole de entre los muertos”.

Mientras Pablo hablaba así de la resurrección de entre los muertos, su discurso [402] fue interrumpido. Algunos se burlaron; otros hicieron a un lado sus palabras, diciendo: “Volveremos a escucharte sobre este asunto”. Así concluyeron los trabajos del apóstol en Atenas; porque los atenienses se aferraron persistentemente a su idolatría y se apartaron de la luz de una religión verdadera y razonable. Cuando un pueblo está enteramente satisfecho con sus propios logros, poco más se puede esperar de él. Los atenienses, muy instruidos y jactándose de sus conocimientos y refinamiento, se corrompían cada vez más y tenían menos deseos de nada mejor que los vagos misterios de la idolatría.

Muchos de los que escucharon las palabras de Pablo estaban convencidos de las verdades presentadas, pero no se humillaron para reconocer a Dios y aceptar el plan de salvación. Ninguna elocuencia de palabras, ninguna fuerza de argumento, puede convertir al pecador. Sólo el Espíritu y el poder de Dios pueden aplicar la verdad al corazón del impenitente. De los atenienses puede decirse: “La predicación de la cruz es locura a los que se pierden, pero a los que se salvan es poder de Dios”.

En su orgullo de intelecto y sabiduría humana puede encontrarse la razón por la cual el mensaje del evangelio tuvo tan poco éxito entre ese pueblo. Nuestro Salvador se regocijó de que Dios había escondido las cosas de interés eterno de los sabios y entendidos, y las había revelado a los niños con conocimiento. Todos los hombres sabios del mundo que vienen a Cristo como pecadores pobres y perdidos, llegarán a ser sabios para la salvación; pero aquellos que vienen como hombres distinguidos, exaltando su propia sabiduría, no recibirán la luz y el conocimiento que sólo él puede dar.

Los trabajos de Pablo en Atenas no fueron del todo en vano. Dionisio [403], uno de los ciudadanos más prominentes, y algunos otros, se convirtieron al cristianismo y se unieron a él. Las palabras del apóstol, y la descripción de su actitud y entorno,

trazadas por la pluma de la inspiración, debían transmitirse a todas las generaciones venideras, dando testimonio de su confianza inquebrantable, su valor en la soledad y la adversidad, y la victoria que obtuvo para el cristianismo, incluso en el corazón mismo del paganismo.

La inspiración nos ha dado esta mirada a la vida de los atenienses, con todo su conocimiento, refinamiento y arte, pero hundidos en el vicio, para que se vea cómo Dios, por medio de su siervo, reprendió la idolatría y los pecados de un soberbio, personas autosuficientes. Las palabras de Pablo se convierten en un memorial de la ocasión y dan un tesoro de conocimiento a la iglesia. Estaba en una posición en la que fácilmente podría haber dicho algo que irritaría a sus orgullosos oyentes y lo pondría en dificultades. Si su oración hubiera sido un ataque directo a sus dioses y a los grandes hombres de la ciudad que estaban antes que él, habría estado en peligro de encontrarse con el destino de Sócrates. Pero con cuidado distrajo sus mentes de las deidades paganas, revelándoles el Dios verdadero, a quien se esforzaban por adorar, pero que les era desconocido, como ellos mismos confesaron por una inscripción pública.

[404]

Capítulo 33—Pablo en Corinto

Pablo no esperó en Atenas a sus hermanos Silas y Timoteo, sino que, dejándoles decir que lo siguieran, se fue de inmediato a Corinto. Aquí entró en un campo de trabajo diferente del que había dejado. En lugar de los curiosos y críticos discípulos de las escuelas de filosofía, entró en contacto con la población activa y cambiante de un gran centro comercial. Griegos, judíos y romanos, con viajeros de todos los países, se mezclaban en sus atestadas calles, ansiosos por los negocios y el placer, y sin pensar ni preocuparse más allá de los asuntos de la vida presente.

Corinto era una de las principales ciudades, no solo de Grecia, sino del mundo. Situada en una estrecha lengua de tierra entre dos mares, dominaba el comercio tanto del este como del oeste. Su posición era casi inexpugnable. Una vasta ciudadela de roca, que se elevaba abrupta y perpendicularmente desde la llanura hasta la altura de dos mil pies sobre el nivel del mar, era una fuerte defensa natural para la ciudad y sus dos puertos marítimos. Corinto era ahora más próspera que Atenas, que una vez había tomado la delantera. Ambos habían experimentado severas vicisitudes; pero la primera se había levantado de sus ruinas y estaba muy por delante de su antigua prosperidad, mientras que la segunda no había alcanzado su pasada magnificencia. Atenas era el centro reconocido de arte y aprendizaje; Corinto, la sede del gobierno y el comercio.

Esta gran ciudad mercantil estaba en comunicación directa con [405] Roma, mientras que Tesalónica, Éfeso, Alejandría y Antioquía eran de fácil acceso, ya fuera por tierra o por agua. Así se presentó una oportunidad para la difusión del evangelio. Una vez establecido en Corinto, sería fácilmente comunicado a todas partes del mundo.

Sin embargo, el apóstol vio por todos lados serios obstáculos para el progreso de su obra. La ciudad estaba casi totalmente entregada a la idolatría. Venus era la diosa favorita; y un gran número de mujeres disolutas fueron empleadas en conexión con la adoración de esta deidad reinante, con el propósito de atraer a los devotos de la cultura popular.

vicio. Los corintios se habían vuelto conspicuos, incluso entre los paganos, por su crasa inmoralidad.

Ahora había un número mucho mayor de judíos en Corinto que en cualquier época anterior. Este pueblo había sido generalmente favorecido por los poderes gobernantes. Y tratado con mucha consideración. Pero desde hacía algún tiempo se habían vuelto arrogantes e insubordinados, y después de haber rechazado y crucificado a Cristo, la luz del mundo, siguieron su propio entendimiento entenebrecido, manifestaron más abiertamente su envidia y odio a los poderes que los gobernaban, y orgullosamente se jactaba de un rey de los judíos que vendría con gran poder, derrocaría a sus enemigos y establecería un reino magnífico. Fue en vista de esta vaga creencia que habían rechazado. El mismo espíritu maligno que los actuó en su persecución del Hijo de Dios los llevó a rebelarse contra el gobierno romano. Estaban continuamente creando sediciones e insurrecciones, hasta que finalmente fueron expulsados de Roma debido a su espíritu turbulento. Muchos de ellos encontraron refugio en Corinto.

Entre los judíos que establecieron aquí su residencia había muchos que eran inocentes de los males que prevalecían entre ellos como [406] pueblo. De esta clase estaban Aquila y Priscila, quienes después se distinguieron como creyentes en Cristo. Pablo, familiarizándose con el carácter de estas excelentes personas, se quedó con ellos; y habiendo aprendido en su juventud su oficio de hacer tiendas de campaña, que eran muy usadas en aquel clima cálido, trabajaba en este negocio para su propio sustento.

Los hebreos habían sido instruidos por Dios, por su siervo Moisés, para educar a sus hijos en hábitos laboriosos. Que la gente fue así inducida a considerar la indolencia como un gran pecado, y todos sus hijos fueron obligados a aprender algún oficio mediante el cual, si fuera necesario, podrían ganarse la vida. Se consideraba que los que no hacían esto se apartaban de la instrucción del Señor. El trabajo se consideraba elevado en su naturaleza, y se enseñaba a los niños a combinar la religión y los negocios. En la época de Cristo, los judíos, aunque ricos, aún seguían su antigua costumbre.

Paul tenía una gran educación y era admirado por su genio y elocuencia. Fue elegido por sus compatriotas como miembro del Sanedrín y era un rabino de distinguida habilidad; sin embargo, su educación no había sido considerada completa, hasta que cumplió un

aprendizaje en algún oficio útil. Se regocijaba de poder mantenerse a sí mismo con el trabajo manual, y con frecuencia declaraba que sus propias manos habían atendido sus necesidades. Mientras esté en una ciudad de extraños, no estará a cargo de nadie. Cuando se gastaron sus medios para promover la causa de Cristo, recurrió a su oficio para ganarse la vida.

Ningún hombre jamás vivió que fuera un discípulo de Cristo más ferviente, enérgico y abnegado que Pablo. Fue uno de los [407] más grandes maestros del mundo. Cruzó los mares y viajó lejos y cerca, hasta que una gran parte del mundo supo de sus labios la historia de la cruz de Cristo. Poseía un ardiente deseo de traer a los hombres que perecen al conocimiento de la verdad a través del amor de un Salvador. Toda su alma estaba ocupada en la obra del ministerio; pero se dedicó a la labor de su humilde oficio para no ser una carga para las iglesias que estaban oprimidas por la pobreza.

Aunque había fundado muchas iglesias, se negaba a recibir el apoyo de ellas, temiendo que su utilidad y éxito como ministro de Cristo pudieran verse perjudicados por sospechas de que estaba predicando el evangelio con fines lucrativos. Quitaría a sus enemigos toda ocasión de tergiversarlo, y así restar valor a la fuerza de su mens

Como obrero en el evangelio, Pablo podría haber reclamado apoyo, en lugar de sustentarse a sí mismo; pero este derecho estaba dispuesto a renunciar. Aunque débil de salud, trabajaba durante el día sirviendo a la causa de Cristo, y luego trabajaba gran parte de la noche, y frecuentemente toda la noche, para poder proveer para sus propias necesidades y las de los demás. El apóstol también daría ejemplo al ministerio cristiano, dignificando y honrando la industria. Mientras predicaba y obraba así, presentó el tipo más alto de cristianismo.

Combinó la docencia con su trabajo; y mientras se afanaba con los de su oficio, les instruía acerca del camino de la salvación.

Al seguir este curso, tuvo acceso a muchos a quienes de otro modo no podría haber alcanzado.

Cuando los ministros sientan que están sufriendo grandes trabajos y privaciones por la causa de Cristo, visiten con imaginación el [408] taller del apóstol Pablo, teniendo presente que mientras este hombre elegido de Dios está haciendo el lienzo, está trabajando por el pan que justamente ha ganado con sus trabajos como apóstol de Cristo. A la llamada del deber, se encontraría con los oponentes más violentos y silenciaría a sus

orgullosa jactancia, y luego reanudaría su humilde empleo.

Su celo e industria deben ser una reprensión a la indolencia o la comodidad egoísta en el ministro de Cristo. Cualquier labor que beneficie a la humanidad o promueva la causa de Dios, debe ser considerada como honorable.

Al predicar el evangelio en Corinto, el apóstol adoptó un curso de acción diferente del que había marcado sus labores en Atenas.

Mientras estuvo en este último lugar, había adaptado su estilo al carácter de su audiencia; y gran parte de su tiempo lo había dedicado a la discusión de la religión natural, relacionando lógica con lógica y ciencia con ciencia. Pero cuando revisó el tiempo y el

trabajo que había dedicado allí a la exposición del cristianismo, y se dio cuenta de que su estilo de enseñanza no había dado mucho fruto, decidió un plan de trabajo diferente en el futuro. Decidió evitar argumentos elaborados y discusiones de teorías tanto como fuera

posible, e instar a los pecadores a la doctrina de la salvación por medio de Cristo.

En su epístola a sus hermanos de Corinto, después describió su manera de trabajar entre ellos: “Y yo, hermanos, cuando vine a

vosotros, no fui con excelencia de palabra o de sabiduría, para declararos el testimonio de Dios.

Porque me propuse no saber nada entre vosotros, sino a Jesucristo, y éste crucificado. Y estuve con vosotros en debilidad, y en temor, y en mucho temblor. Y mi palabra y mi predicación no fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu [409] y de poder; que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.”

Aquí el apóstol ha dado la manera más exitosa de convertir las almas de la ignorancia y las tinieblas del error, a la luz de la verdad. Si los ministros siguieran más de cerca el ejemplo de Pablo en este particular, verían un mayor éxito en sus esfuerzos. Si todos los que ministran en palabra y doctrina hicieran que su primera ocupación fuera ser puros de corazón y de vida, y conectarse estrechamente con el Cielo, su enseñanza tendría mayor poder para convencer a las almas.

Cuando Cristo estuvo sobre la tierra, se avisó a los judíos de todo el país que observaran sus movimientos, porque su religión no estaba segura donde se sintiera su influencia. Fue seguido continuamente por espías, que se enteraron de cada palabra y acto que podían usar contra él. Pablo tuvo que enfrentarse al mismo espíritu de oposición y prejuicio ciego.

Primero predicó en la sinagoga, razonando a partir de Moisés y los profetas, mostrando qué pecados el Señor había castigado más severamente en tiempos antiguos, y que la murmuración y la rebelión eran el grave crimen que había provocado el desagrado de Dios sobre el pueblo de su elección.

Hizo descender a sus oyentes a través de los tipos y las sombras de la ley ceremonial a Cristo, a su crucifixión, a su sacerdocio y al santuario de su ministerio, el gran objeto que había arrojado su sombra hasta la era judía. Él, como Mesías, era el Antitipo de todas las ofrendas de sacrificio. El apóstol mostró que según las profecías y la expectativa universal de los [410] judíos, el Mesías sería del linaje de Abraham y David.

Luego trazó su descendencia desde el gran patriarca Abraham, hasta el salmista real. Probó con las Escrituras cuál había de ser el carácter y las obras del Mesías prometido, y también su recepción y tratamiento en la tierra, como testificaron los santos profetas. Luego mostró que estas predicciones también se habían cumplido en la vida, el ministerio y la muerte de Jesús, y por lo tanto, que él era en verdad el Redentor del mundo.

Se dio la prueba más convincente de que el evangelio no era más que el desarrollo de la fe hebrea. Cristo había de venir para el beneficio especial de la nación que esperaba su venida como la consumación y gloria del sistema judío. El apóstol luego se esforzó por hacer comprender a sus conciencias el hecho de que el arrepentimiento por haber rechazado a Cristo podía salvar a la nación de la ruina inminente. Él reprendió su ignorancia en cuanto al significado de aquellas Escrituras que era su principal jactancia y gloria que entendían completamente. Expuso su mundanalidad, su amor por la posición social, los títulos y la ostentación, y su egoísmo desmesurado.

Pero los judíos de Corinto cerraron los ojos ante toda la evidencia presentada tan claramente por el apóstol, y rehusaron escuchar sus llamados. El mismo espíritu que los había llevado a rechazar a Cristo, los llenó de ira y furor contra Pablo. Habrían puesto fin a su vida, si Dios no hubiera guardado a su siervo, para que pudiera hacer su obra y llevar el mensaje del evangelio a los gentiles.

“Y cuando ellos se opusieron y blasfemaron, sacudió sus vestiduras y les dijo: Vuestra sangre sea sobre vuestra cabeza;

[411] Estoy limpio; desde ahora me iré a los gentiles. Y el

partió de allí, y entró en casa de un hombre llamado Justo, uno que adoraba a Dios, cuya casa estaba unida a la sinagoga.” Silas y Timoteo se habían unido a Pablo, y juntos ahora trabajaban para los gentiles.

Pablo no se ató a sí mismo ni a sus conversos a las ceremonias y costumbres de los judíos, con sus variadas formas, tipos y sacrificios; porque reconoció que la ofrenda perfecta y final se había hecho en la muerte del Hijo de Dios. Ahora había llegado la era de la luz y el conocimiento más claros. Y aunque la educación temprana de Pablo había cegado sus ojos a esta luz, y lo llevó a oponerse amargamente a la obra de Dios, sin embargo, la revelación de Cristo a él mientras se dirigía a Damasco había cambiado toda la corriente de su vida. Su carácter y obras se habían convertido ahora en una notable ilustración de las de su divino Señor. Su enseñanza llevó la mente a una vida espiritual más activa, que llevó al creyente por encima de las meras ceremonias. “Porque no deseas sacrificio, de lo contrario te lo daría. No te deleitas en el holocausto. Los sacrificios de Dios son un espíritu quebrantado. Un corazón quebrantado y contrito, oh Dios, no despreciarás.”

El apóstol no se esforzó por encantar el oído con la oratoria, ni ocupar la mente con discusiones filosóficas que dejarían intacto el corazón. Predicó la cruz de Cristo, no con laboriosa elocuencia de palabra, sino con la gracia y el poder de Dios; y sus palabras conmovieron al pueblo. “Y Crispo, el jefe principal de la sinagoga, creyó en el Señor con toda su casa; y muchos de los corintios, oyendo, creyeron y fueron bautizados.”

Los sentimientos de odio con que muchos de los judíos habían mirado al apóstol ahora se intensificaron. La conversión y el bautismo de Crispo tuvieron el efecto de exasperar en lugar de convencer a estos [412] obstinados opositores. No pudieron traer argumentos para demostrar que él no estaba predicando la verdad, y por falta de tal evidencia, recurrieron al engaño y al ataque maligno.

Blasfemaron la verdad y el nombre de Jesús de Nazaret. Ninguna palabra era demasiado amarga, ningún recurso demasiado bajo para que lo usaran en su ciega ira y oposición. No podían negar que Cristo había obrado milagros; pero declararon que las había realizado por el poder de Satanás; y ahora afirmaron audazmente que las maravillosas obras de Pablo se llevaron a cabo a través de la misma agencia.

Los que predicán verdades impopulares en nuestros días a menudo encuentran en el mundo cristiano profeso una oposición similar a la que los judíos incrédulos presentaron contra el apóstol. Muchos de los que hacen la profesión más exaltada, y que deberían ser portadores de luz para el mundo, son los más amargos e irrazonables al oponerse a la obra de los siervos escogidos de Dios. No satisfechos con elegir para sí mismos el error y las fábulas, arrancan las Escrituras del verdadero sentido, para engañar a los demás e impedirles aceptar la verdad.

Aunque Pablo tuvo cierto éxito, se cansó mucho de la vista de sus ojos y del oído de sus oídos en la corrupta ciudad de Corinto. Dudó de la sabiduría de edificar una iglesia con el material que encontró allí. Consideró a Corinto un campo de trabajo muy cuestionable y decidió dejarlo. La depravación que presencié entre los gentiles, y el desprecio e insulto que recibió de los judíos, le causaron gran angustia de espíritu.

[413]

Mientras pensaba dejar la ciudad para ir a un campo más prometedor, y sintiéndose muy ansioso por comprender su deber en el caso, el Señor se le apareció en una visión nocturna y le dijo: "No temas, sino habla, y espera. no tu paz; porque yo estoy contigo, y nadie te atacará para hacerte daño; porque tengo mucho pueblo en esta ciudad. Pablo entendió que esto era un mandato de permanecer en Corinto, y una garantía de que el Señor daría crecimiento a la semilla sembrada. Fortalecido y animado, continuó trabajando allí con gran celo y perseverancia durante un año y seis meses. Una gran iglesia se inscribió bajo el estandarte de Jesucristo. Algunos procedían de los más disipados de los gentiles; y muchos de esta clase eran verdaderos conversos y se convirtieron en monumentos de la misericordia de Dios y de la eficacia de la sangre de Cristo para limpiar del pecado.

El mayor éxito de Pablo al presentar a Cristo al pueblo incitó a los judíos incrédulos a una oposición más decidida. Se levantaron en masa con gran tumulto y lo llevaron ante el tribunal de Galión, entonces diputado de Acaya. Esperaban, como en ocasiones anteriores de carácter similar, tener a las autoridades de su lado; y con voces fuertes y airadas expresaron sus quejas contra el apóstol, diciendo: "Este hombre persuade a los hombres a adorar a Dios contrariamente a la ley".

El procónsul, disgustado con el fanatismo y la santurronería de los judíos acusadores, se negó a tomar nota de la acusación. Mientras Paul se preparaba para hablar en defensa propia, Galión le informó que no era necesario. Luego, volviéndose hacia los airados acusadores, dijo: “Si se tratara de un mal o de una inicua lascivia, oh judíos, sería lógico que os soportara. Mas si se trata de palabras [414] y de nombres, y de vuestra ley, miradlo; porque yo no seré juez de tales asuntos. Y los echó del tribunal”.

El rumbo decidido de Galión abrió los ojos de la multitud clamorosa que había estado siendo cómplice de los judíos. Por primera vez durante las labores de Pablo en Europa, la multitud se puso del lado del ministro de la verdad; y, bajo la mirada misma del procónsul, y sin interferencia de él, el pueblo acosó violentamente a los más prominentes acusadores del apóstol. “Entonces todos los griegos tomaron a Sóstenes, el principal gobernante de la sinagoga, y lo golpearon ante el tribunal.

Y Galión no se preocupó por ninguna de esas cosas.

Galión era un hombre íntegro y no se convertiría en el engaño de los celosos e intrigantes judíos. A diferencia de Pilato, se negó a hacer injusticia a alguien que sabía que era un hombre inocente. La religión judía estaba bajo la protección del poder romano; y los acusadores de Pablo pensaron que si podían acusarlo de violar las leyes de su religión, probablemente sería entregado en sus manos para el castigo que consideraran adecuado infligir.

Esperaban así cercar su muerte.

Tanto griegos como judíos habían esperado ansiosamente la decisión de Galión; y su desestimación inmediata del caso, como uno que no tenía nada que ver con el interés público, fue la señal para que los judíos se retiraran, desconcertados y enfurecidos, y para que la turba atacara al gobernante de la sinagoga. Incluso la chusma ignorante podía percibir el espíritu injusto y vengativo que los judíos desplegaron en su ataque contra Pablo. Así, el cristianismo obtuvo una victoria señalada. Si el apóstol hubiera sido expulsado de Corinto en este tiempo a causa de la malicia de los Judíos, toda la comunidad de conversos a la fe de Cristo habría estado en gran peligro. Los judíos se habrían esforzado por seguir la ventaja obtenida, como era su costumbre, incluso hasta el exterminio del cristianismo en esa región.

Está registrado que Pablo trabajó un año y seis meses en Corinto. Sus esfuerzos, sin embargo, no se limitaron exclusivamente a esa ciudad, sino que

se aprovechó de la fácil comunicación por tierra y agua con las ciudades adyacentes, y trabajó entre ellas tanto por carta como por esfuerzo personal. Hizo de Corinto su cuartel general, y su largo y exitoso ministerio allí le dio influencia tanto en el extranjero como en el interior. Así se levantaron varias iglesias bajo los esfuerzos del apóstol y sus colaboradores. La ausencia de Pablo de las iglesias bajo su cuidado fue suplida en parte por comunicaciones importantes y poderosas, que generalmente fueron recibidas como la palabra de Dios para ellos a través de su siervo obediente. Estas epístolas se leían en las iglesias.

* * * * *

Capítulo 34—Pablo en Éfeso

La ciudad de Éfeso era la capital de la provincia de Asia, [Tal como se usa en el Nuevo Testamento, la palabra Asia no se aplica al continente de Asia, sino a una provincia romana que abarcaba la parte occidental de Asia Menor, y de la cual Éfeso era la capital.] y el gran centro comercial de Asia Menor. Su puerto estaba repleto de barcos de todas partes del mundo conocido, y [416] sus calles atestadas de gente de todos los países. Por lo tanto, presentó, como Corinto, un campo misionero favorable.

Los judíos, ahora muy dispersos en todas las tierras civilizadas, generalmente esperaban el pronto advenimiento del Mesías. En sus visitas a Jerusalén en las fiestas anuales, muchos habían salido a las orillas del Jordán para escuchar la predicación de Juan Bautista. De él habían oído la proclamación de Cristo como el Prometido, ya su regreso a casa habían llevado la noticia a todas partes del mundo. Así había preparado la Providencia el camino para los trabajos del apóstol.

A su llegada a Éfeso, Pablo encontró a doce hermanos que, como Apolos, habían sido discípulos de Juan el Bautista y, como él, habían adquirido un conocimiento imperfecto de la vida y misión de Cristo. No tenían la habilidad de Apolos, pero con la misma sinceridad y fe buscaban difundir la luz que habían recibido.

Estos discípulos ignoraban la misión del Espíritu Santo, que Jesús prometió a su pueblo creyente, para ser la vida y el poder de la iglesia. Cuando Pablo les preguntó si habían recibido el Espíritu Santo, respondieron: “Ni siquiera hemos oído si hay algún Espíritu Santo”. Pablo preguntó: “¿En qué, pues, fuisteis bautizados?” y ellos dijeron, “Al bautismo de Juan.” El apóstol luego procedió a presentarles las grandes verdades que son el fundamento de la esperanza del cristiano.

Les habló de la vida de Cristo en la tierra, y de su muerte cruel y vergonzosa. Les contó cómo el Señor de la vida había roto las barreras de la tumba y se había levantado triunfante sobre la muerte. Repitió [417

la comisión del Salvador a sus discípulos: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.” También les habló de la promesa de Cristo de enviar al Consolador, por cuyo poder se realizarían grandes señales y prodigios, y describió el glorioso cumplimiento de esa promesa en el día de Pentecostés.

Con profundo interés y agradecido y asombrado gozo, los discípulos escucharon las palabras de Pablo. Por fe comprendieron el sacrificio expiatorio de Cristo y lo reconocieron como su Redentor. Luego fueron bautizados “en el nombre de Jesús”; y cuando Pablo les impuso las manos, recibieron también el bautismo del Espíritu Santo, por el cual fueron capacitados para hablar las lenguas de otras naciones y para profetizar. Así estos hombres fueron calificados para actuar como misioneros en el importante campo de Éfeso y sus alrededores, y también desde este centro para difundir el evangelio de Cristo en Asia Menor.

Al albergar un espíritu humilde y dócil, estos hermanos ganaron su preciosa experiencia. Su ejemplo presenta una lección de gran valor para los cristianos de todas las épocas. Hay muchos que progresan muy poco en la vida divina, porque son demasiado autosuficientes para ocupar la posición de aprendices. Están contentos de permanecer en la ignorancia de la palabra de Dios; no desean cambiar su fe o su práctica, y por lo tanto no hacen ningún esfuerzo por obtener mayor luz.

Si los seguidores de Cristo no fueran más que fervientes buscadores de la sabiduría divina, serían conducidos a ricos campos de verdad, hasta ahora completamente desconocidos para ellos. Quienquiera que se entregue a Dios tan plenamente como lo hizo Moisés, será guiado por la mano divina tan verdaderamente como lo fue el gran líder de Israel. Puede ser humilde y aparentemente sin dones; sin embargo, si con un corazón lleno de amor y confianza obedece cada indicación de la voluntad de Dios, sus poderes serán purificados, ennoblecidos, vigorizados; sus capacidades aumentaron. Como atesora las lecciones de la sabiduría divina, se le encomienda una sagrada comisión; está capacitado para hacer de su vida un honor para Dios y una bendición para el mundo. “La exposición de tus palabras alumbra; da entendimiento a los simples.”

Un mero conocimiento intelectual de la verdad religiosa no es suficiente. Hay hoy en día muchos tan ignorantes como aquellos hombres de Éfeso acerca de la obra del Espíritu Santo en el corazón. Sin embargo, ninguna verdad es más clara

enseñado en la palabra de Dios. Los profetas y apóstoles se han detenido en este tema. Cristo mismo llama nuestra atención al crecimiento del mundo vegetal para ilustrar la agencia de su Espíritu en el sostenimiento de la vida religiosa.

Los jugos de la vid, ascendiendo desde la raíz, se difunden a las ramas manteniendo el crecimiento y produciendo flores y frutos. Así, el poder vivificante del Espíritu Santo, que procede de Cristo e imparte a cada discípulo, penetra el alma, renueva los motivos y afectos, e incluso los pensamientos más secretos, y produce el fruto precioso de las obras santas. La vida atestigua la unión con la Vid verdadera y viva.

El Autor de esta vida espiritual es invisible, y el método preciso por el cual se imparte y sostiene está más allá del poder de explicación de la filosofía humana. Es el misterio de la piedad. Sin embargo, las operaciones [419] del Espíritu están siempre en armonía con la palabra escrita. Como en el mundo natural, así en el mundo espiritual. La vida humana es preservada, momento a momento, por el poder divino; sin embargo, no se sostiene por un milagro directo, sino por el uso de las bendiciones puestas a nuestro alcance. De modo que la vida del cristiano se sustenta en el uso de los medios que la Providencia ha provisto. Debe comer del pan de vida y beber de las aguas de salvación. Debe velar, debe orar, debe trabajar, prestando atención en todas las cosas a las instrucciones de la palabra de Dios, si quiere “crecer hasta la plenitud de la estatura de un hombre en Cristo Jesús”.

Todavía hay otra lección para nosotros en la experiencia de esos judíos conversos. Cuando recibieron el bautismo de la mano de Juan, tenían serios errores. Pero con una luz más clara aceptaron gustosamente a Cristo como su Redentor; y con este paso de avance vino un cambio en sus obligaciones. A medida que recibieron una fe más pura, hubo un cambio correspondiente en su vida y carácter. En señal de este cambio, y como reconocimiento de su fe en Cristo, fueron rebautizados en el nombre de Jesús.

Muchos seguidores sinceros de Cristo han tenido una experiencia similar. Una comprensión más clara de la voluntad de Dios coloca al hombre en una nueva relación con él. Se revelan nuevos deberes. Mucho de lo que antes parecía inocente, o incluso digno de alabanza, ahora se ve como pecaminoso. El apóstol Pablo declara que aunque él, como él suponía, había rendido obediencia a la ley de Dios, sin embargo, cuando el mandamiento fue instado a su

conciencia por el Espíritu Santo, “el pecado revivió, y yo morí”. Se vio [420] a sí mismo pecador, y la conciencia estuvo de acuerdo con la sentencia del ley.

Hay muchos en la actualidad que sin darse cuenta han violado uno de los preceptos de la ley de Dios. Cuando el entendimiento es iluminado, y las demandas del cuarto mandamiento son apremiadas en la conciencia, se ven a sí mismos como pecadores a la vista de Dios. “El pecado es la transgresión de la ley”, y “el que ofende en un punto es culpable de todos”.

El buscador honesto de la verdad no alegará la ignorancia de la ley como excusa para la transgresión. La luz estaba a su alcance. La palabra de Dios es clara, y Cristo le ha pedido que escudriñe las Escrituras. Reverencia la ley de Dios como santa, justa y buena, y se arrepiente de su transgresión. Por fe pide la sangre expiatoria de Cristo y se aferra a la promesa del perdón. Su bautismo anterior no lo satisface ahora. Se ha visto a sí mismo pecador, condenado por la ley de Dios. Ha experimentado de nuevo una muerte al pecado, y desea de nuevo ser sepultado con Cristo por el bautismo, para poder resucitar y andar en novedad de vida. Tal proceder está en armonía con el ejemplo de Pablo al bautizar a los judíos conversos. Ese incidente fue registrado por el Espíritu Santo como una lección instructiva para la iglesia.

Como era su costumbre, Pablo había comenzado su obra en Éfeso enseñando en la sinagoga de los judíos. Continuó trabajando allí durante tres meses, “discutiendo y persuadiendo las cosas concernientes al reino de Dios”. Al principio encontró una recepción favorable; pero como en otros campos de trabajo, pronto los judíos incrédulos se opusieron violentamente a él. Como persistieron en rechazar el evangelio, el apóstol dejó de predicar en la sinagoga.

[421] El Espíritu de Dios había obrado con ya través de Pablo en sus labores por sus compatriotas. Se habían presentado pruebas suficientes para convencer a todos los que sinceramente deseaban saber la verdad. Pero muchos se dejaron dominar por el prejuicio y la incredulidad y se negaron a ceder ante la evidencia más concluyente. Temiendo que la fe de los creyentes se pusiera en peligro por la continua asociación con estos opositores de la verdad, Pablo separó a los discípulos como un cuerpo distinto, y él mismo continuó sus instrucciones públicas en la escuela de un tal Tirano, un maestro de cierta nota.

Pablo vio que “una puerta grande y eficaz” estaba abierta ante él, aunque había “muchos adversarios”. Éfeso no sólo era la más magnífica, sino también la más corrupta de las ciudades de Asia. La superstición y el placer sensual dominaron a su numerosa población.

Bajo la sombra de los templos de sus ídolos, los criminales de todos los grados encontraron refugio y florecieron los vicios más degradantes.

La ciudad era famosa por el culto a la diosa Diana y la práctica de la magia. Aquí estaba el gran templo de Diana, considerado por los antiguos como una de las maravillas del mundo. Su vasta extensión e incomparable magnificencia la convirtieron en el orgullo, no solo de la ciudad, sino de la nación. Reyes y príncipes la habían enriquecido con sus donaciones. Los efesios competían entre sí para aumentar su esplendor, y se convirtió en el tesoro de una gran parte de la riqueza de Asia occidental.

El ídolo consagrado en este suntuoso edificio era una imagen tosca y tosca, declarada por la tradición como caída del cielo. En él estaban inscritos caracteres y símbolos místicos, que se creía [422] que poseían un gran poder. Cuando se pronunciaban, se decía que realizaban maravillas. Cuando se escribieron, fueron atesorados como un poderoso amuleto para proteger a su poseedor de ladrones, enfermedades e incluso de la muerte. Los efesios escribieron numerosos y costosos libros para explicar el significado y el uso de estos símbolos.

Cuando Pablo entró en contacto directo con los habitantes idólatras de Éfeso, el poder de Dios se manifestó sorprendentemente a través de él. Los apóstoles no siempre fueron capaces de hacer milagros a voluntad. El Señor concedió a sus siervos este poder especial según lo requiriera el progreso de su causa o el honor de su nombre. Como Moisés y Aarón en la corte de Faraón, el apóstol ahora tenía que mantener la verdad contra las mentiras prodigiosas de los magos; por lo tanto, los milagros que obró fueron de un carácter diferente de los que había realizado hasta ahora. Así como el borde del manto de Cristo había comunicado poder sanador a la que buscaba alivio por el toque de la fe, así en esta ocasión, los mantos se convirtieron en el medio de curación para todos los que creían; “las enfermedades se apartaron de ellos, y los malos espíritus salieron de ellos”. Sin embargo, estos milagros no alentaron la superstición ciega. Cuando Jesús sintió el toque de la mujer que sufría, exclamó: “La virtud se ha ido de mí”. Entonces la escritura declara que

el Señor hizo milagros por mano de Pablo, y que el nombre del Señor Jesús fue magnificado, y no el nombre de Pablo.

Las manifestaciones de poder sobrenatural que acompañaron [423] la obra del apóstol, estaban calculadas para causar una profunda impresión en un pueblo dado a la hechicería, y que se enorgullecía de su trato con seres invisibles. Los milagros de Pablo fueron mucho más potentes de lo que jamás se había presenciado en Éfeso, y eran de tal carácter que no podían ser imitados por la habilidad del malabarista o los encantamientos del hechicero. Así el Señor exaltó a su siervo, incluso en la estimación de los mismos idólatras, inmensamente por encima de los más favorecidos y poderosos de los magos.

Pero Aquel a quien estaban sujetos todos los espíritus del mal, y que había dado a sus siervos autoridad sobre ellos, estaba a punto de avergonzar y derrotar aún más a los que despreciaban y profanaban su santo nombre. La hechicería había sido prohibida en la ley mosaica, bajo pena de muerte, pero de vez en cuando los judíos apóstatas la practicaban en secreto. En el momento de la visita de Pablo a Éfeso, había en la ciudad ciertos exorcistas judíos, quienes, al ver las maravillas obradas por él, afirmaban poseer el mismo poder. Creyendo que el nombre de Jesús actuaba como un amuleto, determinaron expulsar los malos espíritus por los mismos medios que había empleado el apóstol.

Lo intentaron siete hermanos, hijos de un tal Sceva, un sacerdote judío. Al encontrar a un hombre poseído por un demonio, se dirigieron a él: "Te conjuramos por Jesús, a quien Pablo predica". Pero el espíritu maligno respondió con desdén: "Conozco a Jesús, y conozco a Pablo; pero ¿quién eres? y el poseído saltó sobre ellos con frenética violencia, y los golpeó y magulló, de modo que huyeron de la casa, desnudos y heridos.

[424] La turbación y humillación de aquellos que habían profanado el nombre de Jesús, pronto se hizo conocida en todo Éfeso, por judíos y gentiles. Se había dado prueba inequívoca de la santidad de ese nombre, y del peligro en que corrían quienes lo invocaran sin tener fe en la misión divina de Cristo. El terror se apoderó de la mente de muchos, y la obra del evangelio fue considerada por todos con asombro y reverencia.

Los hechos que antes se habían ocultado ahora salieron a la luz. Al aceptar el cristianismo, algunos de los hermanos no habían renunciado por completo a sus supersticiones paganas. La práctica de la magia era

todavía en cierta medida continuó entre ellos. Convencidos de su error por los acontecimientos que habían ocurrido recientemente, vinieron e hicieron una confesión completa a Pablo, y reconocieron públicamente que sus artes secretas eran engañosas y satánicas. Muchos hechiceros también abjuraron de la práctica de la magia y recibieron a Cristo como su Salvador. Reunieron los costosos libros que contenían las misteriosas “cartas de Éfeso” y los secretos de su arte, y los quemaron en presencia de todo el pueblo. Cuando se hubieron consumido los libros, procedieron a calcular el valor del sacrificio. Se estimó en cincuenta mil piezas de plata, equivalentes a unos diez mil dólares.

La influencia de estos eventos fue más amplia de lo que Pablo pensó entonces. La manifestación del poder de Cristo fue una gran victoria para el cristianismo en la misma fortaleza de la superstición. Desde Éfeso se difundió ampliamente la noticia y se dio un fuerte impulso a la causa de Cristo. Estas escenas del ministerio de Pablo vivieron en la memoria de los hombres, y fueron el medio para convertir [425] a muchos al evangelio, mucho después de que el apóstol mismo hubiera terminado su curso.

Cuando los conversos de Éfeso quemaron sus libros de magia, demostraron que las cosas en las que una vez más se habían deleitado eran ahora las más aborrecidas. Fue por medio de la magia que ofendieron especialmente a Dios y pusieron en peligro sus almas, y fue contra la magia que mostraron tal indignación. Aquí se dio la mejor evidencia de la verdadera conversión.

Esos tratados sobre adivinación contenían reglas y formas de comunicación con los malos espíritus. Eran las normas del culto a Satanás, instrucciones para solicitar su ayuda y obtener información de él. Al retener estos libros, los discípulos se habrían expuesto a la tentación; al venderlos habrían puesto la tentación en el camino de otros. Habían renunciado al reino de las tinieblas y no dudaron en hacer ningún sacrificio para destruir su poder. Así triunfó la verdad sobre los prejuicios de los hombres, sus actividades favoritas y su amor al dinero.

Se supone cariñosamente que las supersticiones paganas desaparecieron antes de la civilización del siglo XIX. Pero la palabra de Dios y el severo testimonio de los hechos declaran que la hechicería es practicada en esta era cristiana y en esta nación cristiana tan ciertamente como por los magos de antaño. El antiguo sistema de magia es, en realidad, el mismo q

lo que ahora se conoce como espiritismo moderno. Satanás está encontrando acceso a miles de mentes presentándose bajo la apariencia de amigos difuntos. Las Escrituras de la verdad declaran que “los muertos [426] nada saben”. Sus pensamientos, su amor, su odio, han perecido. Los muertos no tienen comunión con los vivos. Pero fiel a su temprana astucia, cuando en la forma de una serpiente engañó a la madre de nuestra raza, Satanás emplea este ardid para obtener el control de las mentes de los hombres.

Los oráculos paganos tienen su contraparte en los médiums espiritistas, los clarividentes y adivinos de hoy. Las voces místicas que hablaron en Endor y Éfeso, siguen engañando a los hijos de los hombres con sus palabras mentirosas. Los misterios del culto pagano son reemplazados por las asociaciones y sesiones secretas, las oscuridades y maravillas de los hechiceros de nuestro tiempo. Sus revelaciones son recibidas con entusiasmo por miles que se niegan a aceptar la luz de la palabra de Dios o de su Espíritu. Mientras hablan con desdén de los magos de antaño, el gran engañador se ríe triunfante cuando se rinden a sus artes en una forma diferente.

Sus agentes aún afirman curar enfermedades. Pretenden emplear la electricidad, el magnetismo o los llamados “remedios simpáticos”; pero en verdad, el poder magnético del que se jactan es directamente atribuible a la hechicería de Satanás. Por este medio lanza su hechizo sobre los cuerpos y las almas de los hombres.

Los enfermos, los afligidos, los curiosos, se comunican con los malos espíritus. Todos los que se aventuran aquí están en terreno peligroso. La palabra de verdad declara cómo Dios los considera. En la antigüedad pronunció juicios sobre uno que pidió consejo a un oráculo pagano: “¿No es porque no hay Dios en Israel que tú envías a consultar a Baal-zebul, el Dios de Ecrón? por tanto, no descenderás del lecho en que subiste, sino que ciertamente morirás.”

[427] El mundo visible y el invisible están en estrecho contacto. Si se levantara el velo, veríamos ángeles malignos empleando todas sus artes para engañar y destruir. Dondequiera que se ejerce una influencia para hacer que los hombres se olviden de Dios, allí Satanás está ejerciendo su poder hechizante. Todos los que se aventuran en escenas de disipación o placer irreligioso, o buscan la compañía del sensualista, el escéptico o el blasfemo, mediante relaciones personales o por medio de la prensa, son

manipulando la hechicería. Antes de que sean conscientes, la mente está desconcertada y el alma contaminada. La amonestación del apóstol a la iglesia de Éfeso debe ser atendida por el pueblo de Dios hoy: “No participéis en las obras infructuosas de las tinieblas, sino más bien reprendedlas”.

* * * * *

Capítulo 35—Pruebas y victorias de Pablo

Durante más de tres años, Éfeso fue el centro de la obra de Pablo. Aquí se levantó una iglesia floreciente, y desde esta ciudad se difundió el evangelio por toda la provincia de Asia, tanto entre judíos como entre gentiles.

El apóstol había contemplado durante algún tiempo otro viaje misionero. De nuevo deseaba visitar las iglesias de Macedonia y Acaya, y después de pasar algún tiempo en Corinto, ir a Jerusalén, después de lo cual esperaba predicar el evangelio en Roma. En cumplimiento de su plan, envió a Timoteo y Erasto antes que él a Macedonia; [428] pero sintiendo que la causa en Éfeso aún requería su presencia, decidió quedarse hasta después de Pentecostés. Sin embargo, pronto ocurrió un evento que aceleró su partida.

El mes de mayo estaba especialmente dedicado al culto de la diosa de Éfeso. El honor universal en que se tenía a esta deidad, la magnificencia de su templo y su culto, atrajo una inmensa concurrencia de personas de todas partes de la provincia de Asia. Durante todo el mes las festividades se llevaron a cabo con la mayor pompa y esplendor. Los dioses estaban representados por personas elegidas al efecto, que eran considerados objetos de adoración y eran honrados con procesiones, sacrificios y libaciones.

Los concursos musicales, las hazañas de los atletas y los feroces combates de hombres y bestias atraían a multitudes admiradoras a los vastos teatros. Los oficiales escogidos para dirigir esta gran celebración eran los hombres de más alta distinción en las principales ciudades de Asia. También eran personas de gran riqueza, ya que, a cambio del honor de su posición, se esperaba que sufragaran todos los gastos de la ocasión. La ciudad entera era un escenario de exhibición brillante y jolgorio salvaje. Imponentes procesiones barrieron el gran templo. El aire resonó con sonidos de alegría. El pueblo se entregó a las fiestas, a las borracheras ya las más viles desenfrenadas.

Esta temporada de gala fue una ocasión de prueba para los discípulos que habían llegado recientemente a la fe. La compañía de creyentes que se reunían en el

escuela de Tirano eran una nota inarmónica en el coro festivo. El ridículo, el reproche y el insulto fueron amontonados libremente sobre ellos. Por las labores de Pablo en Efeso, la adoración pagana había recibido un duro golpe. Hubo una caída perceptible en la asistencia a [429] la fiesta nacional y en el entusiasmo de los fieles. La influencia de sus enseñanzas se extendió mucho más allá de los verdaderos conversos a la fe. Muchos que no habían aceptado abiertamente las nuevas doctrinas, se iluminaron tanto que perdieron toda confianza en los dioses paganos.

La presencia de Pablo en la ciudad llamó especialmente la atención sobre este hecho, y se pronunciaron contra él fuertes y profundas maldiciones.

Existía otra causa de insatisfacción. Durante mucho tiempo había sido costumbre entre las naciones paganas hacer uso de pequeñas imágenes o altares para representar sus objetos de adoración favoritos. Las estatuas portátiles se inspiraron en la gran imagen de Diana y circularon ampliamente en los países a lo largo de las costas del Mediterráneo.

También se buscaron ansiosamente modelos del templo que consagraba al ídolo. Ambos eran considerados objetos de culto, y se llevaban al frente de procesiones, viajes y expediciones militares.

Un negocio extenso y lucrativo había crecido en Éfeso a partir de la fabricación y venta de estos altares e imágenes.

Aquellos que estaban interesados en esta rama de la industria encontraron que sus ganancias disminuían. Todos unidos en atribuir el cambio no deseado a las labores de Pablo. Demetrio, un fabricante de altares de plata, reunió a los trabajadores de su oficio, y por medio de un llamado violento trató de provocar su indignación contra Pablo. Manifestó que su tráfico estaba en peligro, y señaló la gran pérdida que sufrirían si se le permitiera al apóstol apartar a la gente de su antigua adoración. Luego apeló a la superstición reinante, diciendo: "Además, veis y oís que no sólo en Éfeso, sino en casi toda Asia, este Pablo ha persuadido [430] y ha echado a mucha gente, diciendo que no son dioses los que son. hecho con las manos; de modo que no sólo este nuestro oficio está en peligro de ser despreciado, sino también que el templo de la gran diosa Diana debe ser despreciado, y su magnificencia debe ser destruida, a quien adora toda Asia y el mundo." Este discurso actuó como fuego a la hojarasca. Las pasiones excitadas del pueblo se despertaron y estallaron en el clamor: "¡Grande es Diana de los Efesios!"

Rápidamente circuló un informe del discurso de Demetrio. El alboroto fue tremendo. La ciudad entera parecía en conmoción. Pronto se reunió una inmensa multitud, y se hizo una carrera hacia el taller de Aquila, en la judería, con el objeto de asegurar a Pablo.

En su furia loca, estaban listos para despedazarlo. Pero el apóstol no se encontraba. Sus hermanos, al recibir una insinuación del peligro, lo habían sacado apresuradamente del lugar. Ángeles de Dios fueron enviados para custodiar al apóstol fiel. Aún no había llegado su hora de morir como mártir .

Al no poder encontrar el objeto de su ira, la turba se apoderó de dos de sus compañeros, Cayo y Aristarco, y con ellos corrieron hacia el teatro. El lugar de escondite de Pablo no estaba muy lejos, y pronto se enteró del peligro de sus amados hermanos. Su coraje estaba a la altura de la ocasión. Siempre estuvo listo para avanzar al frente en la batalla por su Maestro. Olvidándose de su propia seguridad, deseaba ir de inmediato al teatro para dirigirse a los alborotadores. Pero sus amigos se negaron a permitirle sacrificarse así. Gayo y Aristarco no eran [431] la presa que buscaba el pueblo; no se temió ningún daño grave para ellos . Pero si se viera el rostro pálido y afligido del apóstol, despertaría de inmediato las peores pasiones de la multitud, y no habría la menor posibilidad humana de salvarle la vida.

Pablo todavía estaba ansioso por defender la verdad ante la multitud; pero finalmente fue disuadido por un mensaje de advertencia del teatro. Varios de los más honorables e influyentes entre los magistrados le enviaron un ferviente pedido para que no se aventurara en una situación de tan gran peligro. Esta prueba de la consideración que los principales hombres de Asia tenían a Pablo no fue un pequeño tributo a la excelente integridad de su carácter.

El tumulto en el teatro aumentaba continuamente. “Algunos lloraban una cosa, y otros otra; y la mayor parte no sabía por qué se habían juntado.” Por el hecho de que Pablo y algunos de sus compañeros eran de ascendencia hebrea, los judíos sintieron que se les echaba odio y que su propia seguridad podía estar en peligro. Deseando que se entendiera que no tenían simpatía por los cristianos, adelantaron a uno de ellos para exponer el asunto ante la gente. El orador escogido fue Alejandro, uno de los artesanos, un calderero, a quien Pablo se refirió después por haberle hecho mucho mal. Alejandro era un hombre de considerable

habilidad, y dedicó todas sus energías a dirigir la ira del pueblo exclusivamente contra Pablo y sus compañeros. Pero la multitud no estaba de humor para hacer distinciones agradables. Al ver que Alejandro era judío, lo echaron a un lado, y el alboroto aumentaba continuamente mientras todos a una voz gritaban: "¡Grande es Diana de los efesios!" Este [432] grito continuó durante dos horas.

Por fin se produjo un silencio momentáneo, por puro agotamiento. Entonces el registrador de la ciudad atrajo la atención de la multitud, y en virtud de su cargo obtuvo una audiencia. Por su prudencia y buen juicio pronto logró calmar la excitación.

Se reunió con la gente en su propio terreno y mostró que no había causa para el tumulto actual. Apeló a su razón para decidir si los extraños que habían venido entre ellos podían cambiar las opiniones de todo el mundo con respecto a su diosa regente. Dijo él: "Varones efesios, ¿qué hombre hay que no sepa que la ciudad de Efeso es adoradora de la gran diosa Diana, y de la imagen que cayó de Júpiter? Puesto que no se puede hablar de estas cosas en contra, debéis estar quietos y no hacer nada precipitadamente. Les pidió que consideraran que Pablo y sus compañeros no habían profanado el templo de Diana, ni ultrajado los sentimientos de nadie al injuriar a la diosa.

Luego cambió hábilmente el tema, y reprendió el proceder de Demetrio: "Por tanto, si Demetrio y los artesanos que están con él tienen algo contra algún hombre, la ley está abierta y hay diputados; que se defiendan unos a otros. Pero si alguna cosa inquiriereis sobre otras cosas, se determinará en asamblea legítima." Terminó advirtiéndoles que tal alboroto, levantado sin causa aparente, podría someter a la ciudad de Éfeso a la censura de los romanos, causando así una restricción de su libertad actual, e insinuando que no debe haber una repetición de la escena. Habiendo tranquilizado por completo con este discurso a los elementos [433] perturbados, el registrador despidió a la asamblea.

Las palabras de Demetrio revelan la verdadera causa del tumulto en Éfeso, y también la causa de gran parte de la persecución que siguió a los apóstoles en su obra de promulgar la verdad. "Esta, nuestra nave, está en peligro". Con Demetrio y sus compañeros, la enseñanza y la difusión del evangelio pusieron en peligro el lucrativo negocio de la creación de imágenes. Los ingresos de los sacerdotes y artesanos paganos eran

en juego; y por esta razón instituyeron la más amarga oposición al apóstol, y rehusaron recibir o investigar la nueva religión, que los habría hecho sabios para la salvación.

Las labores de Pablo en Éfeso finalmente concluyeron. Sintió que el entusiasmo que prevalecía era desfavorable para la predicación del evangelio. Su corazón estaba lleno de gratitud a Dios porque su vida había sido preservada y porque el cristianismo no había sido desacreditado por el tumulto en Éfeso. La decisión del registrador y de otros que ocupaban cargos honorables en la ciudad había puesto a Pablo ante la gente como alguien inocente de cualquier acto ilegal. Este fue otro triunfo del cristianismo sobre el error y la superstición. Dios había levantado un gran magistrado para vindicar a su apóstol y mantener a raya a la multitud tumultuosa.

Pablo se despidió de sus hijos en la fe con una afectuosa despedida. Empezó su viaje a Macedonia, pensando en el camino para visitar Troas. Lo acompañaban Tíquico y Trófimo, ambos efesios, quienes fueron sus fieles compañeros y colaboradores hasta el final de su vida.

[434]

El ministerio de Pablo en Éfeso había sido una temporada de trabajo incesante, de muchas pruebas y profunda angustia. Enseñó al pueblo en público y de casa en casa, instruyéndolo y amonestándolo con muchas lágrimas. Los judíos incrédulos se opusieron continuamente a él, quienes no perdían la oportunidad de suscitar el sentimiento popular en su contra. Una y otra vez fue atacado por la turba y sometido a insultos y abusos. Por todos los medios que podían emplear, los enemigos de la verdad trataron de destruir los efectos de su trabajo para la salvación de

hombres.

Y mientras luchaba así contra la oposición, y con celo incansable impulsaba la obra del evangelio y protegía los intereses de una iglesia aún joven en la fe, Pablo llevaba sobre su alma la carga de todas las iglesias. Tampoco fue liberado ni siquiera del impuesto del trabajo físico. Aquí, como en Corinto, trabajó con sus propias manos para suplir sus necesidades. En el cansancio y el dolor del trabajo incesante y el peligro constante, debilitado por la enfermedad y, a veces, deprimido, prosiguió su trabajo con firmeza.

Las noticias que recibió, de apostasía en iglesias de su propia plantación, le causaron profunda angustia. Temía mucho que sus esfuerzos en favor de ellos resultaran en vano. Muchos desvelados

la noche la pasó en oración y ferviente reflexión, mientras se enteraba de los nuevos y variados métodos empleados para contrarrestar su obra. Cuando tuvo oportunidad, escribió a las iglesias, dando reprensión, consejo, amonestación y aliento, según lo exigía su estado. En sus epístolas, el apóstol no se detiene en sus propias pruebas, pero hay destellos ocasionales de sus trabajos y sufrimientos en la causa de Cristo. Azotes y prisiones, frío, hambre y sed, peligros por tierra y mar, en la ciudad y en el desierto, de parte de sus propios compatriotas, de los paganos y de los falsos hermanos, todo esto lo soportó por causa de la verdad. Fue difamado, injuriado, "hecho la escoria de todas las cosas", "perplejo, perseguido, atribulado por todas partes", "en peligro a cada hora", "siempre entregado a muerte por causa de Jesús".

En medio de la constante tormenta de oposición, el clamor de los enemigos y la deserción de los amigos, el intrépido apóstol a veces casi se desanima. Pero miró hacia el Calvario y con nuevo ardor siguió adelante para difundir el conocimiento del Crucificado. Estaba recorriendo la senda manchada de sangre que Cristo había recorrido antes que él. No buscó la descarga de la guerra hasta que se despojó de su armadura a los pies de su Redentor.

Han pasado dieciocho siglos desde que el apóstol descansó de sus trabajos; sin embargo, la historia de sus fatigas y sacrificios por causa de Cristo se encuentran entre los tesoros más preciados de la iglesia. Esa historia fue registrada por el Espíritu Santo, para que los seguidores de Cristo en todas las épocas pudieran ser incitados a un mayor celo y fidelidad en la causa de su Maestro.

¿Cómo se eleva este héroe de la fe por encima de los hombres autoindulgentes y amantes de la comodidad que hoy en día llenan las filas del ministerio? Cuando están sujetos a las dificultades y pruebas ordinarias de la vida, muchos sienten que su suerte es dura. Pero, ¿qué han hecho o sufrido por la causa de Cristo? ¿Cómo aparece su registro en comparación con el de este gran apóstol? ¿Qué carga del alma han sentido por la salvación de los pecadores? Saben poco de abnegación o sacrificio. Sobre ellos *descansa* la misma obligación que impulsó al apóstol a sus infatigables labores. Sólo aquellos que emulen su fidelidad, compartirán con él la corona de la vida.

Capítulo 36—El martirio de Pablo y Pedro

Los apóstoles Pablo y Pedro estuvieron por muchos años muy separados en sus labores, siendo la obra de Pablo llevar el evangelio a los gentiles, mientras que Pedro trabajó especialmente para los judíos. Pero en la providencia de Dios, ambos debían dar testimonio de Cristo en la metrópoli del mundo, y sobre su suelo ambos debían derramar su sangre como semilla de una vasta cosecha de santos y mártires.

Cerca del tiempo del segundo arresto de Pablo, Pedro también fue apresado y encarcelado. Se había vuelto especialmente detestable para las autoridades por su celo y éxito en exponer los engaños y derrotar los complots de Simón el Mago el hechicero, quien lo había seguido a Roma para oponerse y obstaculizar la obra del evangelio. Nero creía en la magia y había patrocinado a Simon. Por lo tanto, se indignó mucho contra el apóstol, y se vio impulsado a ordenar su arresto.

La malicia del emperador contra Pablo se acentuó por el hecho de que miembros de la casa imperial, y también otras personas distinguidas, se habían convertido al cristianismo durante su primer [437] encarcelamiento. Por esta razón hizo el segundo encarcelamiento mucho más severo que el primero, concediéndole poca oportunidad de predicar el evangelio; y decidió acortar su vida tan pronto como pudiera encontrar un pretexto plausible para hacerlo. La mente de Nerón quedó tan impresionada con la fuerza de las palabras del apóstol en su último juicio que aplazó la decisión del caso, sin absolverlo ni condenarlo. Pero la sentencia sólo fue diferida. No pasó mucho tiempo antes de que se pronunciara la decisión que envió a Pablo a la muerte. Siendo ciudadano romano, no podía ser sometido a tortura y, por lo tanto, fue condenado a ser decapitado.

Pedro, como judío y extranjero, fue condenado a ser flagelado y crucificado. Ante la perspectiva de esta terrible muerte, el apóstol recordó su gran pecado al negar a Jesús en la hora de la prueba, y su único pensamiento fue que no era digno de tan gran honor como para morir de la misma manera que su Maestro. Pedro se había arrepentido sinceramente de

ese pecado, y había sido perdonado por Cristo, como lo demuestra la alta comisión que le fue dada para apacentar las ovejas y los corderos del rebaño. Pero él nunca podría perdonarse a sí mismo. Ni siquiera el pensamiento de las agonías de la última y terrible escena pudo disminuir la amargura de su dolor y arrepentimiento. Como último favor, rogó a sus verdugos que lo clavarán en la cruz con la cabeza hacia abajo. La petición fue concedida, y de esta manera murió el gran apóstol Pedro.

Paul fue conducido de manera privada al lugar de ejecución. Sus perseguidores, alarmados por el alcance de su influencia, temían que se ganaran conversos al cristianismo, incluso por las escenas de su muerte. Por lo tanto, se permitió la presencia de pocos espectadores. Pero los endurecidos [438] soldados designados para acompañarlo, escucharon sus palabras y con asombro lo vieron alegre y hasta gozoso ante la perspectiva de tal muerte. Su espíritu de perdón hacia sus asesinos, y su inquebrantable confianza en Cristo hasta el final, resultaron ser un sabor de vida para vida para algunos de los que presenciaron su martirio. Más de uno aceptó al poco tiempo al Salvador que predicaba Pablo, y sin temor selló su fe con su sangre.

La vida de Pablo, hasta su última hora, testificó de la verdad de sus palabras en la segunda Epístola a los Corintios: "Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para alumbrar del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros. Estamos atribulados por todas partes, pero no angustiados; estamos perplejos, pero no desesperados; perseguido, pero no desamparado; derribado, pero no destruido; llevando siempre en el cuerpo la muerte del Señor Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo." Su suficiencia no estaba en sí mismo, sino en la presencia y la agencia del Espíritu divino que llenó su alma y sometió todo pensamiento a la voluntad de Cristo. El hecho de que su propia vida ejemplificara la verdad que proclamaba, dio poder convincente tanto a su predicación como a su comportamiento. Dice el profeta: "Tú guardarás en perfecta paz a aquel cuyo pensamiento en Ti persevera; porque en Ti confía." Fue esta paz nacida del cielo, expresada en el semblante, la que ganó muchas almas para el evangelio.

El apóstol miraba hacia el más allá, no con incertidumbre [439]. manchados o con temor, sino con gozosa esperanza y anhelante expectativa. Como

se paró en el lugar del martirio, no vio la espada reluciente del verdugo, o la tierra verde tan pronto para recibir su sangre; miró hacia arriba, a través del tranquilo cielo azul de ese día de verano, al trono del Eterno. Su lenguaje fue, oh Señor, tú eres mi consuelo y mi porción. ¿Cuándo te abrazaré? ¿cuándo te contemplaré por mí mismo, sin un velo que oscurezca en medio?

Pablo llevó consigo a lo largo de su vida en la tierra la misma atmósfera del Cielo. Todos los que se asociaron con él sintieron la influencia de su conexión con Cristo y el compañerismo con los ángeles. Aquí reside el poder de la verdad. La influencia no estudiada e inconsciente de una vida santa es el sermón más convincente que se puede dar a favor del cristianismo. El argumento, incluso cuando no tiene respuesta, puede provocar sólo oposición; pero un ejemplo piadoso tiene un poder que es totalmente imposible de resistir.

Mientras el apóstol perdía de vista sus propios sufrimientos cercanos, sentía una profunda solicitud por los discípulos a quienes estaba a punto de dejar para hacer frente a los prejuicios, el odio y la persecución. Se esforzó por fortalecer y animar a los pocos cristianos que lo acompañaron al lugar de la ejecución, repitiendo las preciosas promesas dadas a los que son perseguidos por causa de la justicia. Les asegura que nada fallará en todo lo que el Señor ha dicho acerca de sus probados y fieles. Se levantarán y brillarán; porque la luz del Señor brillará sobre ellos. Se pondrán sus vestiduras hermosas cuando se manifieste la gloria del Señor. Por una breve [440] temporada pueden estar abrumados por múltiples tentaciones, pueden estar destituidos del consuelo terrenal; pero deben animar sus corazones diciendo: Yo sé en quién he creído. Él es capaz de mantener lo que he confiado a su confianza. Su reprensión llegará a su fin, y vendrá la mañana alegre de paz y el día perfecto.

Pablo declaró a sus hermanos: A nuestros padres no les pareció qué cosas grandes y buenas debían darse a los que creen en Jesús. Querían ver las cosas que vemos y oír las cosas que oímos, pero murieron sin la vista ni el conocimiento.

La mayor luz que hemos recibido es derramada sobre nosotros por el evangelio de Cristo. Los hombres santos de la antigüedad fueron reconocidos y honrados por Dios porque fueron fieles en unas pocas cosas; y son sólo aquellos que mejoran con la misma fidelidad su mayor confianza, quienes

serán con ellos considerados siervos provechosos, y serán coronados de gloria, honra e inmortalidad.

Este hombre de fe contempla la escalera presentada en la visión de Jacob, la escalera que descansaba sobre la tierra y llegaba hasta los cielos más altos, y sobre la cual los ángeles de Dios ascendían y descendían. Sabe que esta escalera representa a Cristo, que ha conectado la tierra con el Cielo, y el hombre finito con el Dios infinito. Oye ángeles y arcángeles magnificando ese glorioso nombre. Su fe se fortalece al recordar que patriarcas y profetas confiaron en el mismo Salvador que es su apoyo y consuelo, y por quien da su vida. Esos hombres santos que de siglo en siglo enviaron su testimonio de la verdad, y los apóstoles, que para predicar el evangelio de Cristo salieron al encuentro del fanatismo religioso [441] y la superstición pagana, que no estimaron sus vidas caras a sí mismos si podrían llevar en lo alto la luz de la cruz en medio de los oscuros laberintos de la infidelidad; todo esto lo escucha testificar a Jesús como el Hijo del Altísimo, el Salvador del mundo. El grito de triunfo del mártir, el intrépido testimonio de la fe, cae sobre sus oídos desde el potro, la hoguera, el calabozo, desde los antros y cuevas de la tierra, desde las almas firmes que están desposeídas, afligidas, atormentadas, pero de las cuales el mundo no es digno. Con una seguridad que se fortalece continuamente, declaran: “Yo sé a quién he creído”. Y al entregar sus vidas como testigos de la fe, dan un testimonio solemne y condenatorio al mundo, declarando que Aquel en quien confiaron ha demostrado ser capaz de salvar hasta lo sumo.

El Capitán de nuestra salvación ha preparado a su siervo para el último gran conflicto. Rescatado por el sacrificio de Cristo, lavado del pecado en su sangre y revestido de su justicia, Pablo tiene el testimonio en sí mismo de que su alma es preciosa a la vista de su Redentor. Su vida está escondida con Cristo en Dios, y está persuadido de que Aquel que ha vencido a la muerte es poderoso para conservar lo que se le ha encomendado. Su mente capta la promesa del Salvador: “Yo lo resucitaré en el último día”. Sus pensamientos y esperanzas se centran en la segunda venida de su Señor. Y a medida que desciende la espada del verdugo y las sombras de la muerte se acumulan en torno al alma del mártir, su último pensamiento salta hacia adelante, como lo hará su primer pensamiento en el gran despertar, para encontrarse con el Dador de vida que le dará la bienvenida al gozo de los benditos. .

Han pasado casi una veintena de siglos desde que Pablo el anciano [442]

derramó su sangre como testimonio de la palabra de Dios y del testimonio de Cristo. Ninguna mano fiel registró para las generaciones venideras, las últimas escenas de la vida de este santo varón; pero la inspiración nos ha preservado su testimonio moribundo. Como un toque de trompeta ha resonado su voz a través de todas las edades, animando con su propio valor a miles de testigos de Cristo, y despertando en miles de corazones afligidos el eco de su propia alegría triunfante: “Ya estoy listo para ser ofrecido , y la hora de mi partida está cerca. He peleado la buena batalla, he acabado mi carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que am